PAUL THURIN

El libro de Joan



CONTRALUZ

PAUL THURIN

El libro de Joan

Traducido del francés por M.ª Dolores Torres París

CONTRALUZ

Primera parte

1

El ángel me mira.

No importa dónde esté, él me sigue con la mirada. Es un ángel hermoso, lo reconozco, tan grácil, tan sereno. Parece como si durmiese con los ojos abiertos. Debería sentirme halagada de que me observen así, pero a veces me gustaría que me olvidase. Al fin y al cabo, yo elegí la soledad; aquí somos docenas las que la hemos elegido, y lo hemos hecho para huir de las miradas. Hay algo más que me incomoda. Le falta una oreja desde que un pedazo del techo, desconchado por la humedad, se desprendió llevándose un poquito del rostro. Eso no le resta nada a su gracia, por supuesto. La oreja mutilada se mantiene oculta en las sombras, por lo que nadie lo nota. Pero yo, aunque no la vea, la presiento, y eso me basta para imaginármela. Esa deformidad me perturba.

Hace algún tiempo, la abadesa mandó venir a un escultor. El maestro miró al ángel como si fuese un simple ladrillo y luego sacudió lentamente la cabezota para decir que no. Se marchó sin pronunciar palabra. Además de cabezón, aquel hombre tenía las manos grandes. La abadesa parecía contrariada; ella también sacudió lentamente la cabeza, una cabeza estrecha y arrugada, ceñida por el velo. Una boca fruncida, que siempre parece estar a punto de decir que no. Desde aquel día, no se volvió a hablar de la reparación del ángel. Después de todo, quizá esté en manos de Dios hacerlo. ¿Son los ángeles esculpidos asunto del Señor? ¿Se ocupa Dios de las orejas de piedra? ¿Es Él quien se encarga del mantenimiento de su Creación?

A todas estas preguntas, la abadesa respondería que sí, con esa boca que siempre parece decir que no. Joan, en cambio, respondería que no, con esa boca que siempre parece decir que sí. Pero la abadesa es la abadesa, mientras que Joan… Bueno, Joan recibió del Señor la peligrosa misión de ser Joan.

*

Joan se halla a una toesa de mí, cantando. Somos varias decenas las que entonamos el Cántico de Simeón, *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, en el último oficio del día. Cuarenta voces de mujeres elevándose hacia la bóveda de nuestra iglesia, tan alta que, cuando las voces callan, su eco persiste durante un minuto entero. Parece girar suavemente en el techo, entre las nervaduras de los arcos, antes de desvanecerse como una nube.

Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace…
[Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo
se vaya en paz como prometiste…].

Cuarenta voces de mujeres de todas las edades, algunas finas y penetrantes, otras bajas y veladas, otras ruidosas. Está también la de la vieja Winifred, que me recuerda el sonido de un cepillo frotando la piedra. En medio de estas voces distingo claramente la de Joan. Nunca se pierde entre las otras treinta y nueve. No es más fuerte, como la de Lavinia, ni más aguda, pero destaca. Es la voz en la que se apoyan todas las demás. Incluso Mary, que no canta, se apoya en ella.

Quia viderunt oculi mei salutare tuum,
quod parasti ante faciem omnium populorum…
[Porque mis ojos han visto tu salvación,
que dispusiste ante todos los pueblos…].

Todas las monjas se apoyan en ella, todas aceptan seguirla con confianza hasta la última nota. El final del cántico marcará el final del día y será la promesa de una breve noche de descanso. Cantamos despreocupadamente hasta que Joan se calla de repente. Las hermanas continúan un instante por inercia; luego, una segunda voz se calla, después otras y, con ellas, dos más, la mía y la de

Lavinia. Y se hace el silencio. O se haría, si la abadesa, a pesar de todo, no siguiera cantando sola. Con los ojos cerrados, insiste:

Lumen ad revelationem gentium
et gloriam plebis tuae Israel.
[Luz para iluminar a los gentiles
y gloria de tu pueblo Israel].

Incluso cuando pronuncia *gloriam,* su boca parece articular una especie de *no* irrefutable. Finalmente, la abadesa se calla. Nuestras cuarenta voces flotan durante un minuto bajo la nave antes de desvanecerse. Todas las miradas se vuelven hacia Joan, incluso la de la abadesa. La mayoría son inquisitivas; algunas, inquietas. Solo la de la abadesa es airada.

—¿Y ahora qué pasa, Joan? No se interrumpe un oficio. Continuad… *Nunc dimittis servum tuum, Domine*. ¡Vamos, vamos!

Joan tiene los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia la izquierda. Presta atención, pero nadie sabe a qué.

—Escuchad.

En un movimiento cómico, todas las hermanas inclinan la cabeza hacia la izquierda, como cuarenta pájaros. Todas cierran los ojos, todas aguzan el oído para intentar percibir aquello que únicamente Joan es capaz de oír.

—Escuchad…

La abadesa no ha cerrado los ojos ni inclinado la cabeza. Da una palmada, cuyo eco asciende hasta la bóveda, y gira unos segundos como una corneja asustada antes de huir.

—Joan, ¡basta ya!, perturbáis el oficio. ¿Qué habéis oído esta vez? ¿Un gavilán, como el otro día? ¿Una lavandera, como la semana pasada? ¿O el bramido del ciervo?

Joan abre los ojos. Su mirada se posa en Winifred, luego en Mary, después en mí, y por último en la segunda Mary. Parece como si acabase de despertar e intentase reconocer el mundo en el que ha caído. Finalmente, se vuelve hacia la madre abadesa.

—Una tormenta.

—No digáis tonterías, Joan. No hay tormenta ni nada que se le parezca. El cielo ha estado despejado todo el día, y el viento del norte…

—Una tormenta, granizo. Vamos a perder el fruto.

—No es momento de recitar el Apocalipsis. Ni siquiera escucho truenos.

—Tenemos una hora para salvar los ciruelos.

Dicho esto, Joan alza ligeramente los faldones de su hábito y se dispone a abandonar la iglesia a la carrera. Su movimiento es tan rápido y decidido que la mitad de las hermanas se pone en marcha para seguirla.

—¡Joan! ¡Os lo prohíbo! Volved a vuestro sitio. ¡Eleanor, Mary, Helisende!

Esta vez, la autoridad de la abadesa se impone al impulso de Joan. Eleanor, Mary y Helisende regresan a sus sitios. Helisende, ese es mi nombre. También era el de mi abuela. A una señal de la abadesa, entono con las demás:

Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace…

Una hora más tarde, estalla la tormenta; en pocos minutos, se pierde toda la cosecha de ciruelas.

2

El año pasado, el séptimo u octavo del reinado de Eduardo II, Joan predijo las lluvias torrenciales que habrían de pudrir las cosechas y encarecer el precio del grano. Alguien le preguntó si lo había leído en los Evangelios o en las páginas de Isaías. Joan respondió que había escuchado el viento y había observado las copas de los álamos y el caudal de los arroyos. Había advertido el color de la hierba, el olor particular de la tierra al removerla y el de los muros de la abadía.

Tres años antes de aquellas lluvias torrenciales, yo ingresé en la abadía, recibí el velo sagrado y una de las hermanas, con gesto solemne, me cortó el cabello. La abadesa me acogió con calidez. Digamos que lo hizo con toda la calidez de la que entonces era capaz. Me sonrió, y la sonrisa le deformó levemente la línea de la boca, como si entrase en contradicción con sus costumbres. Yo sabía lo que significaba aquella alegría. Lo sabía porque me lo habían enseñado. Aquella alegría significaba la dicha de incorporar una oveja más a su arca. Significaba el extraño placer de consagrar su vida al silencio, al trabajo, a la oración, a la soledad y a la castidad. A veces, incluso, al sufrimiento. En resumen, la abadesa se alegraba de hacerme partícipe de su destino.

Como me llamo Helisende de Wigmore y pertenezco a una de las ramas menos pobres de la familia de Wigmore, fui recibida con los brazos abiertos. Conviene que en algún lugar del inmenso libro de Dios sea dicho que mi pertenencia a la pequeña nobleza de Herefordshire me otorga el derecho de consagrar mi vida a la lectura de los Evangelios. Otras muchachas de mi edad, nacidas con menos fortuna, también se encuentran aquí, en la abadía. No visten el hábito de las monjas, sino el delantal de las sirvientas.

Cuando llegué aquí, Joan ya formaba parte de las religiosas desde hacía años. Su cabello había tenido tiempo de volver a crecer. Junto con el nombre de la abadesa y el de Jesucristo, el de Joan era el

más pronunciado entre las hermanas. Sin embargo, me llevó varios días ponerle un rostro a ese nombre. Joan era invisible, permanecía recluida en una celda, una de las últimas del ala este, junto al gran roble. Algunas decían que ella estaba enferma. Otras, que cumplía penitencia. Comprendí entonces que la abadesa había ordenado su aislamiento después de imponerle el látigo. Ignoro cuál fue el pecado cometido.

Una noche, durante el oficio, Joan hizo su aparición. Juro que no la vi llegar. No se encontraba entre nosotras y, de repente, allí estaba, de pie, entre Rose y Winifred, en el grupo de hermanas alineadas a la derecha de la abadesa. Yo formaba parte, como aún hoy, del grupo de hermanas a la izquierda de la abadesa, de modo que Joan me quedaba justo enfrente. La observé largo rato, intentando discernir en sus rasgos o en su porte lo que podía justificar aquella admiración teñida de incredulidad con la que las hermanas pronunciaban su nombre. Admito que encontré su rostro bello y gracioso, pero simple. Podría ser el rostro de un icono. Podría haber sido el de una verdulera o el de una princesa del linaje Plantagenet. Su tez era pálida, como la de una monja que nunca trabaja en el campo. Su respiración, agitada. Estaba tratando de adivinar el color de los cabellos bajo el velo cuando me di cuenta de que había dejado de cantar hacía varios minutos. Y también de que, durante todo ese tiempo, mientras yo intentaba desentrañar su naturaleza, Joan me había estado mirando fijamente. Me sonrojé, por supuesto, y bajé la cabeza. Me uní a mis hermanas en oración lo mejor que pude. Más tarde, cuando me atreví a posar de nuevo los ojos en Joan, comprobé que seguía mirándome sonriente.

Ahora suelo pensar que ella y el ángel de piedra pertenecen a la misma familia. Sin duda, son hermano y hermana. Comparten esa misma forma de mirar sin parpadear.

*

La vida de una abadía benedictina está hecha de repetición, silencio y trabajo. Las monjas parecen obligadas a vivir en una mezcla de esperanza y resignación. Tienen puesta la esperanza en la salvación

eterna, pero se resignan a la existencia terrenal. Nuestros días y nuestras noches están marcados por los oficios, desde maitines hasta completas. A veces nos imaginamos que la vida cotidiana de las religiosas está llena de aburrimiento cuando, de hecho, la regla nos obliga a multiplicar las tareas. Pasamos constantemente de la oración al huerto, y del huerto a la oración. Incluso cuando las hermanas se consagran a la meditación, permanecen atentas a la campana que las llama al orden.

Nuestra iglesia se alza al oeste de la abadía. Cada tarde se beneficia de la luz del ocaso: cuando el tiempo no está nublado, un bellísimo fulgor atraviesa las tres ojivas y juega con los pilares de enfrente. Pero los días en Yorkshire suelen estar nublados, especialmente en los últimos años. Desde mi llegada, solo en contadas ocasiones he podido presenciar ese juego de luces. Una tarde, al final del verano, vi el resplandor del crepúsculo, rojo y trémulo, animando las piedras como si cobraran vida. Las hermanas se reúnen aquí para cada servicio, incluso por la noche. Para ir de los dormitorios a la nave de la iglesia, no queda más remedio que atravesar el claustro. En pleno invierno, el frío glacial corta nuestro sueño en dos, como una cuchilla. Si la iglesia es el centro de nuestra vida monástica, el claustro es el corazón de la abadía, donde las hermanas meditan en silencio y las novicias reciben su enseñanza. Cada mañana, un cierto número de monjas se reúne en la sala capitular para discutir los trabajos del día bajo la mirada de la madre abadesa y la dirección de la priora. O de Winifred, la mayor entre nosotras. Todas sin excepción la obedecen casi instintivamente, sin cuestionar su autoridad.

La abadía dispone de una vasta cocina, una enfermería, los alojamientos del servicio, el dormitorio de las novicias, el de las monjas, las celdas dispuestas a lo largo de dos alas, una sacristía, un calefactorio donde se encuentra el fuego comunitario y donde las hermanas pueden reunirse en lo más crudo del invierno. Y alrededor, las tierras del señorío, donadas a nuestra comunidad hace mucho tiempo. Jardines, un huerto, con los ciruelos dañados por la tormenta. Unas modestas caballerizas, un establo y un granero, que confieren a esta parte de la abadía el aspecto de un próspero corral.

Hay también, por supuesto, una muralla circundante, una puerta de fortificación y una torreta octogonal cuyo uso jamás he logrado desentrañar.

La celda de la abadesa está a unos pasos de la sala capitular. Linda con una estancia que le sirve de locutorio y despacho. Allí se guarda, según dicen las hermanas, una reliquia de altísimo valor, un fragmento de san Cutberto envuelto en una gasa de seda. Una carta relata la peregrinación de los huesos hasta nuestra abadía, lo que es una forma de dar fe de su autenticidad. Algunas hermanas han tenido el privilegio de ver la carta. Muy pocas han sido dignas de contemplar la reliquia. La madre abadesa es muy celosa de sus tesoros. Para ella, sin duda, los celos no figuran entre la lista de pecados.

La abadesa es la guardiana del rigor. Comprueba si el tejido de nuestros hábitos es lo bastante rígido y áspero. Recuerda la exhortación de san Pablo, según la cual las mujeres deben guardar silencio en las asambleas. El tiempo que no dedicamos a la oración, hemos de dedicarlo a las labores propias de las mujeres. La madre abadesa cuenta con las cocineras para que no se nos sirvan manjares demasiado sabrosos —basta con que sean nutritivos—. El clima austero del país, las lluvias que pudren el grano y los cuervos ávidos de frutos ayudan a la abadesa a preservar la austeridad del refectorio. Cuervos y lluvias son sus valiosos aliados. No es el caso de Joan. A fuerza de consejos y sugerencias, Joan se las ingenió para mejorar la cotidianidad de las hermanas. Me refiero a sus comidas. Ignoro de dónde le viene su pericia en jardinería, y hasta en agricultura, pero lo cierto es que Joan, en pocos años, consiguió cambiar el color de nuestros huertos. Lo hizo con discreción, pero con eficacia. Cuando llegó aquí, se encontró con un horizonte infinito de coles. Ahora, y pese a los inviernos crueles, la huerta nos ofrece menta, melisa, apio, enebros, raíces dulces, lechugas, malvas, habas, guisantes y diferentes tipos de calabazas en otoño. Y el huerto de frutales, cuando no lo destroza el granizo, nos regala en los días soleados una imagen, si bien disminuida, del jardín del Edén.

A veces creo que entre la abadesa y Joan se libra una batalla silenciosa en el terreno de las cocinas. Se dice que la abadesa llegó un día a desechar varias cestas de manzanas intactas, bajo el pretexto de que estaban podridas. Al día siguiente, Joan trajo, a saber de dónde, tres grandes capazos llenos de manzanas rojas y dulces. Las cocineras las cocieron de inmediato, sin esperar la habitual censura de la abadesa. Aquella misma noche, esta comió una empanadilla de manzana perfumada con canela. Era divertido ver cómo los rasgos de su rostro se esforzaban en ocultar los signos del deleite. Mientras tanto, las hermanas contenían la risa. Joan, no. No solo no se contuvo, sino que incluso se atrevió a reír. Y, entre estos muros, la risa es tan rara como la presencia de un hombre.

*

El nombre completo de Joan es Joan de Leeds. También ella, como casi todas nosotras, proviene de la aristocracia de Inglaterra. Un privilegio que le valió la suerte de ser internada desde muy temprana edad entre las hermanas benedictinas, asegurándole así la mejor educación posible para la salvación de su alma. Se cuenta que Joan ingresó en la abadía cuando aún era una niña. Se suele decir de las niñas encerradas desde muy temprano entre los muros de un convento que lo ignoran todo de la existencia. Pero ese no era el caso de Joan. En unos diez años de vida, había tenido tiempo suficiente para reunir su pequeña colección de saberes. En sus bolsillos, si los vestidos de las niñas los tuvieran, se habrían encontrado piedras de distintos colores, flores secas, conchas, utensilios, una mariquita, grageas y una horquilla del pelo. Pero en su memoria, todavía reciente, había mucho más. Joan había tenido tiempo de ver hombres y mujeres, primero solos y luego juntos. Había tenido tiempo de ver el comercio de hombres entre ellos, de mujeres entre ellas, e incluso (aunque muy brevemente) el comercio de hombres con mujeres. Había visto cuerpos desnudos, los de sus hermanos y hermanas. Había visto la muerte, es decir, dos cadáveres de perros, un caballo hinchado y los restos mortales de una tía que yacía, con las manos entrelazadas, en una cama

gigantesca. Su tía despedía olor a cera, como algunos muebles, y nadie había logrado cerrarle los ojos. Joan creyó durante mucho tiempo que los muebles pertenecían a la familia de los muertos.

Desde muy pequeña deseaba probar todos los frutos. Había experimentado el dolor y, para comprenderlo mejor, se lo había infligido a sí misma. Lo había hecho con la más absoluta calma, como si realizase un estudio. Había visto ciudades, borrachos, soldados mutilados, imágenes multicolores en los libros. Había escuchado una música celestial que surgía de una flauta dulce, soplada por un hombre grueso de rostro porcino que, acto seguido, escupió en el suelo.

Este bagaje heterogéneo no le bastaba; ningún equipaje es suficiente. Cuando Joan se vio encerrada tras los muros del convento y vio la boca fruncida de la abadesa, lamentó al instante no haber llenado más sus alforjas. Lo peor (me lo confesaría más adelante) fue no saber con qué podría haberlas llenado. No solo desconocía gran parte del mundo, como todas nosotras, sino que no tenía ni idea de cuánto había por descubrir. La madre abadesa y Winifred le repetían que conocer a Jesús era mucho mejor que conocer el mundo.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué, Joan?

—¿Por qué renunciar a conocer el mundo si se quiere conocer a Jesús?

—Porque Jesús sustituye al mundo, Jesús contiene el mundo, Él es el mundo.

Joan parecía una niña inteligente cuando levantaba la cabeza de aquella manera para mirar a los adultos. La abadesa se obligó a reconocer en aquel gesto un signo de inteligencia, a admitirlo y apreciarlo. Pero la tentación de ver en su rostro más bien la faz del Maligno era grande. Sobre todo cuando Joan, sin pestañear, le replicaba:

—Jesús contiene el mundo porque Él conoció el mundo. Entonces, ¿por qué en nuestro caso no…?

—Jesús lo conoció en nuestro lugar para dispensarnos del deber de comprometernos al contacto con las cosas.

—*Et vidit Deus quod esset bonum*. «Y vio Dios que era bueno». Dios hablaba bien del mundo, ¿no?

—Lo entenderás cuando seas mayor.

Joan se hizo mayor, pero no lo entendió mejor. Tras los muros del convento, la niña se convirtió en una joven y luego en una mujer, pero siempre monja. Ahora es sor Joan, o simplemente Joan, sin el «de Leeds» que la identifica como hija de la nobleza. La primera vez que tuvo la regla, creyó que estaba enferma; después pensó que se trataba de un estigma. Quiso hablar con la encargada de la enfermería. Luego pensó en una ironía del destino, preguntándose si un estigma, o un milagro, podría ser una broma del Señor. Después pensó en la marca de una maldición, dado el lugar de donde provenía aquella sangre: una parte del cuerpo muy poco común, si se la compara con la planta de los pies, por ejemplo. Guardó en secreto su maldición, como hacemos todas. Vio reaparecer esa señal una vez al mes, aproximadamente; era lo bastante regular como para creer que era un mensaje. Luego, al comprender que todas las hermanas, cada una a su ritmo y sin decir palabra, vivían aquel ritual, dedujo que debía de tratarse de una particularidad de las monjas. Un regalo del Señor a cambio de una vida de castidad. Algo así como la sangre de Cristo o un signo de vida. Algunas hermanas se encierran cuatro días seguidos retorciéndose de dolor sobre la paja, lo que sin duda se debe a que la sangre de Cristo es difícil de llevar. Cuando Joan se decidió al fin a hablar con la enfermera, esta le respondió:

—Lo entenderás cuando seas mayor.

Y dale con que cuando sea mayor. El caso es que Joan se hizo mayor y sigue sin entender. Podría presentarse otra vez ante la madre superiora y formularle preguntas irresolubles. Con los años que dura esta historia, la abadesa ha aprendido a dar una sola respuesta válida para todas las preguntas. Ya no le dice: «Lo entenderás cuando seas mayor», porque ya ha alcanzado la mayoría de edad, sino algo así como: «Es un misterio divino».

Me apuesto lo que sea a que, de tanto repetir esta máxima, la abadesa ha acabado por creérsela. Deleitarse con una empanadilla de manzana y desaprobarla al mismo tiempo, eso, para ella, es un

misterio divino. Uno más. Nada quebranta el orden del mundo. Nada quebranta la fe de la madre superiora.

3

La organización de la abadía es estricta, está sujeta al régimen de la regla de san Benito, que rige todo cuanto existe. Las oraciones, el trabajo, por supuesto, pero incluso nuestras breves horas de descanso están sometidas a un reglamento. Joan suele decir: «Dios está en todas partes, de acuerdo, pero san Benito se insinúa en los rincones más pequeños». Ella parece percibirlo en cada ángulo de cada estancia, como si fuese polvo que conviene barrer. A veces encuentra inoportuna su presencia, sobre todo cuando busca el sueño, envuelta en sus ásperos cobertores. Nadie sabe dónde ni cómo ha podido leer Joan determinadas obras escritas por Eloísa, una abadesa de Francia. Según esta, la regla de Benito fue concebida para hombres. Solo puede ser observada por hombres y merecería ser adaptada a un convento de mujeres. Es una observación hecha hace ya mucho tiempo, cuando Tomás Becket era arzobispo de Canterbury, una época casi legendaria. Pero desde aquella carta nada ha cambiado realmente. La mayoría de las hermanas se resigna a esta regla como a una ley natural. Ya no le presta atención, salvo Joan, que no cesa de repetir las palabras de Eloísa como si se la hubiese cruzado esa misma mañana en el huerto y hubiesen mantenido una animada conversación. Aunque la madre abadesa fue a buscar en la biblioteca del convento un ejemplar de los escritos de Eloísa, volvió con las manos vacías. Cuando interrogó a Joan sobre sus lecturas, esta le dio una respuesta imprecisa, con cara de no acordarse de nada.

La mayoría de las hermanas aprecia a Joan por lo que es, una monja imprevisible. La ven cruzar el claustro cuando la creían sentada en la sala capitular, y viceversa. Admiran en secreto su aplomo. Incluso aquellas que menos la aprecian se someten a su autoridad natural. Otras, por supuesto, ven en esa seguridad un pecado de orgullo, el más grave de todos, al parecer. Perdonarían más fácilmente a una descarriada, tal vez porque el desenfreno está

fuera de su alcance. La abadesa lleva años esperando que la edad impulse a Joan a renunciar a su arrojo. En vano, el arrojo persiste, quizá más disimulado, más discreto. Adopta formas inesperadas. Joan encuentra a veces la manera de hacerse perdonar su audacia. En esas ocasiones, le basta con un gesto, un ademán gracioso capaz de desarmar a cualquiera. Pero la mayoría de las veces la abadesa se muestra inflexible. Y Joan desaparece durante días, lejos de nosotras, recluida en una celda.

Incluso las hermanas que sueñan con ver a Joan fulminada por la cólera divina (estoy pensando en Harriet) no pueden menos que sentir gratitud hacia ella cuando logra, a saber por qué tejemanejes, mejorar las austeras comidas del refectorio. Las mismas que un día dicen que Joan es visitada por la Virgen, al día siguiente aseguran que la ha visitado el demonio. Las novicias murmuran sobre ella; otras monjas aseguran que Joan no es visitada por nadie, que su alma está tan vacía de Dios como de diablo, lo que no deja de ser un pensamiento aterrador. Una monja poseída por Satanás les inquieta menos que una monja abandonada por el Altísimo.

*

Como ya he dicho, cada mañana, la mayoría de las monjas, a excepción de las novicias más jóvenes, se reúnen en la sala capitular. Allí se discuten los asuntos del convento. Hablamos un poco del Señor y mucho del rendimiento de nuestras tierras. Todas las noches, entre el último oficio del día y el primero del día siguiente, en el momento en que las hermanas se abandonan al sueño más profundo, Joan se levanta. Deja su lecho y se aproxima con paso sigiloso a la estancia donde arde en silencio el fuego comunitario. Avanza por el corredor, seguida pronto por una hermana, luego por una segunda, y después por cuatro o cinco más, todas parecidas en la oscuridad, bajo sus esclavinas. Caminan sin hacer ruido, como si hubiesen aprendido a posar el pie sin tocar el suelo. La oscuridad es completa, o casi: solo Joan lleva una vela, una candela nueva de tres pulgadas, que ha escamoteado de la cocina aprovechando la indulgencia de las cocineras. La llama

tiembla al abrigo de la palma de su mano. Las corrientes de aire entre las celdas y el calefactorio son a veces bruscas, sobre todo en invierno. Pero Joan siempre consigue mantener encendida la llama. Eleanor ve en ello la señal de un milagro. Una de las dos Marys lo ve más bien como un signo de habilidad. La segunda Mary no forma parte del grupo de hermanas que acompaña clandestinamente a Joan cada noche al calefactorio.

Durante mucho tiempo, yo tampoco formé parte de esta minúscula asamblea. No me había llegado ningún rumor sobre ella y puedo afirmar que Joan siempre la ha guardado en el más estricto secreto. Hasta que una noche, mientras dormía profundamente y soñaba con las colinas de Herefordshire, oí un ratón que arañaba la madera de mi cama. Aquel ratón era Joan. La llama de la candela temblaba al abrigo de la palma de su mano. Me hizo una seña para que la siguiera. Un solo gesto elegante y cautivador. Podría haber creído en una aparición y haberme vuelto a dormir. En lugar de ello, me calcé las sandalias, me protegí del frío, abandoné todo temor y me encontré en el pasillo, rodeada de figuras sigilosas que parecían darme la bienvenida.

El calor del calefactorio parece aún más reconfortante en plena noche, cuando todo lo que lo rodea está cubierto de escarcha. Las criadas encargadas de mantener el fuego lo alimentan con leños y lo dejan ronronear hasta las primeras luces del alba. Cuando las hermanas han entrado en calor, se destocan de la capucha. Así descubro los rostros de Eleanor o de Mary, de Millicent o de Rose, temblorosos, iluminados apenas por la única llama. Joan deposita la palmatoria sobre una losa en medio del círculo de mujeres. Luego toma la palabra. Entre nosotras, lo llamamos «Palabras de la última vela». Al principio, me pareció una denominación demasiado solemne y un poco blasfema, como si Joan pretendiera usurpar el lugar del arzobispo de Canterbury. Pero comprendí que no había nada serio en este título. Una vez más, Joan llevó la gravedad hasta el punto en que se transforma en farsa.

¿Cuánto tarda en consumirse una candela de tres pulgadas? Las de nuestra abadía, de ínfima calidad, se consumen en poco más de una hora. Nuestros rostros declinan, del rojo al gris, y a continuación

regresamos a nuestros lechos, a tientas en la oscuridad, antes de levantarnos para la primera oración del día. Las noches son cortas, algunas de nosotras cabeceamos y nos dormimos durante la oración. La abadesa ve en ello la prueba de la pereza.

Durante las sesiones de «la última vela», no hablamos de los asuntos de la abadía ni del rendimiento del señorío. Puedo afirmar sin mentir que hablamos del Señor. Mejor dicho, Joan habla del Señor. Pero tiene esa forma tan suya de hablar de Él, vagando a veces muy lejos del asunto. Se podría pensar que se trata de observaciones inconexas, aunque yo diría más bien que son libres. Joan deambula como le place.

A veces también guarda silencio, pero no para buscar sus palabras en la oscuridad, sino para aguzar el oído. Porque ha escuchado un paso, una puerta o un tintineo de llaves. Contiene el aliento. Nos prohibimos respirar. Los pasos se alejan, se pierden en la lejanía de un corredor, parecen no haber existido nunca. O bien se acercan, se hacen más nítidos y firmes, como si la persona no calzase sandalias de cuero, sino zapatos de hierro. Tememos ver levantarse el pestillo del calefactorio; Joan está a punto de apagar la candela. Si alguien entra, quizá no vea más que sombras inanimadas y tenga miedo de saber más; con un poco de suerte, temerá despertar los fantasmas de las monjas desaparecidas y se dará media vuelta.

Los pasos se acercan y luego se detienen. Reanudan la marcha, como a regañadientes; se alejan y se apagan. La llama arde todavía. Al cabo de un minuto, Joan comienza a hablar de nuevo.

—No era la priora; habría reconocido sus pasos.

Según Joan, el paso de la priora es irregular; no como el de un cojo, sino como el de una persona asimétrica.

En la penumbra, Joan habla un poco de todo, de Dios y del diablo, por ejemplo, o del bien y del mal. Su tema predilecto es el Paraíso. Asegura haber leído la Biblia solo para hallar una definición del Paraíso que la satisficiera plenamente, algo que pudiera servirle de guía, como si se aventurase mar adentro y tuviera que orientarse con ayuda de las estrellas. Joan nunca encontró esa definición; el

Paraíso siguió siendo un enigma. Para Joan, este misterio es lo único que realmente importa. Todo lo demás se deriva de ello.

—El Señor no nos dio el Paraíso para que no hiciésemos uso de él. Aceptar el Paraíso tal como es, tragárnoslo entero sin preguntar qué significa, sería como adoptar una palabra vacía. No vale nada. ¿Recordáis la respuesta de Cristo cuando le presentaron a la mujer adúltera?

Ninguna de nosotras responde, pero todas la conocemos. Cristo dijo a los fariseos: «Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra». Solo que, para Joan, hay algo más:

—Cuando le presentaron a la mujer adúltera, Cristo se arrodilló y escribió en la arena con la yema del dedo.

Sí, ahora lo recuerdo; está en el Evangelio de Juan. Cristo escribe en la arena, pero nunca se sabrá qué.

—Yo sé lo que escribió en la arena. La definición del Paraíso y el lugar donde se encuentra. Pero no basta, no podemos conformarnos con letras trazadas en el polvo. No podemos arrodillarnos, escribir en la arena las palabras «estoy vivo» y luego dejar de vivir.

Para Joan, el Cielo y el Infierno no son dos versiones del más allá, sino dos preguntas formuladas aquí y ahora. No hay que esperar a la muerte para saber lo que está pasando. Joan sigue hablando del diablo, de las tentaciones, de la mujer adúltera y de quienes la acusan, antes de huir perseguidos por la vergüenza. Pero sea cual sea el tema, siempre procura que su última palabra coincida con la extinción de la llama, ahogada en la cera. Esta noche, mientras cita con voz serena el Cantar de los Cantares («Huye, amado mío, como la gacela o el cervatillo, al monte de los aromas»), pronuncia estas palabras:

—Quiero escaparme del convento.

En ese preciso instante, la llama se apaga y nos sumimos en la oscuridad.

4

En ese momento, creemos que se trata de una extravagancia. O quizá sea una imagen. Sí, es eso; Joan se ha expresado en parábola, al modo de Cristo. En resumen, desea alcanzar el «más allá», porque el «más allá» es el único lugar donde aún puede tener una oportunidad de encontrar el Paraíso. Solo así su proyecto de fuga deja de inquietarnos. Sin embargo, dicha interpretación no nos satisface del todo. El tono de voz de Joan no era el de la parábola. Era una afirmación, desde luego, pero esa afirmación tenía algo de interrogativo. Aquella noche, Joan no nos pidió nuestra opinión, sino nuestra ayuda. Y también nuestra aprobación.

No se abandona la abadía. Para una monja, el único modo de dejarla es la muerte. Hay que rendir el alma, exhalar el último suspiro y luego devolver el cuerpo a la tierra. Cada una de nosotras tiene la certeza de que reposará algún día en el cementerio del convento, al amparo de una cruz, no lejos del gran roble. De aquí al Juicio Final, la madera de nuestra cruz será corroída por la lluvia, desaparecerá, igual que nuestro nombre de los registros. Entonces sí nos habremos ido para siempre. No hay otro camino hacia el exterior. Los votos son perpetuos, son estrictos, y la madre abadesa vela por su cumplimiento. Cuando la abadesa se ausenta, las hermanas se vigilan unas a otras. A esto lo llamamos «amor al prójimo».

Hace casi dos años, la abadesa se resignó a permitir la entrada de un hombre en el recinto de la abadía. Ocurre de vez en cuando. A veces es un albañil el que viene a realizar una obra de envergadura que ninguna monja puede acometer; otras, el pocero encargado de vaciar una fosa séptica. O bien un techador acompañado de su aprendiz. Aquel día eran dos, un carpintero y un herrero, reclutados a la desesperada para inspeccionar los daños de la puerta, carcomida por las lluvias torrenciales. Según la abadesa, ya no cerraba, y la seguridad de sus protegidas se hallaba comprometida.

Yo creo, más bien, que temía ver a las más jóvenes fugarse por aquella abertura. La madre abadesa tuvo que superar un dilema: o tolerar una puerta entreabierta o permitir la entrada de dos hombres. Se trataba de elegir entre dos peligros.

El carpintero y el herrero se presentaron una mañana. El carpintero, un galés llamado Siarl, nos observó una a una. Había venido a revisar la puerta, pero parecía estar tomando nuestras medidas. Sin embargo, se mostró afable; el suyo era el aspecto de un padre de familia a punto de convertirse en abuelo. El herrero, en cambio, evitaba nuestra mirada. Jamás alzó los ojos hacia nosotras. Pasó horas arrodillado ante la enorme cerradura de la puerta, dándonos la espalda. Nunca dijo su nombre. Después de su partida, la inmensa puerta se abatió sobre nosotras; la abadesa en persona verificó el cerrojo. Una vez convencida de que nadie podía entrar ni salir, se retiró a sus aposentos.

Nadie saldrá de la abadía. El linaje no cambia nada. Las sirvientas de baja condición, hijas de campesinos, de ribereños y a veces de siervos, que no tienen más que sus manos y no saben leer, a veces me parecen más libres que las monjas. Nada las retiene aquí salvo la miseria del exterior. Mas para ellas, el muro del convento es solo un muro, se puede ver desde ambos lados. Si no fuera por la miseria, Joan podría envidiar a esas muchachas sin linaje. Cambiaría sin pestañear su apellido De Leeds por un par de zuecos. Pero está la miseria.

*

Joan no habla en parábolas. Tiende a preferir el significado literal de cada palabra cuando el sentido figurado, por prodigioso que sea, no la satisface.

Escuchó a Harriet traducirle el Cantar de los Cantares palabra por palabra:

—«Que su mano izquierda se coloque bajo mi cabeza. Y que su diestra me abrace». Este versículo se interpreta fácilmente, Joan.

—Ya lo creo, Harriet.

—La cabeza representa tu espíritu. La mano izquierda es la severidad del Señor, que es el sostén de tu espíritu. La mano derecha es el amor del Señor, que te reconforta. ¿Lo comprendes?

—¿La comprensión decepciona?

—Jamás. La luz es un arrobamiento.

—Entonces quizá no lo comprenda.

Joan señala otro versículo.

—¿Y este, Harriet? ¿Cómo hay que interpretarlo? «Yo soy un muro, y mis pechos son como torres».

—Bueno, este es transparente…

Harriet guarda silencio un buen rato, con la mirada perdida, rumiando esa transparencia.

—Cada una de nosotras es una abadía. Cada una de nosotras está rodeada por un muro. Cada día que pasa se suma un ladrillo a ese muro.

—¿Y los senos?

En ese preciso instante suena la campana; hay que levantarse para el oficio. Harriet agradece a Dios el haberla librado del aprieto. Según ella, Dios siempre actúa bien. Siempre llega a tiempo. Se aleja a trotecillo corto, como si temiera perder las sandalias en cada paso. Joan se queda sola con el Cantar. Le gustaría seguir preguntando: «¿qué significa verdaderamente "he recogido mi mirra", qué significa "me sacio del panal y de su miel, mi vino y mi leche he bebido", qué significa "me he despojado de mi túnica", qué significa "se conmovieron mis entrañas cuando mi amado deslizó su mano por la abertura de la puerta"?».

Durante un momento, Joan intenta aplicar a esas entrañas el tipo de interpretación tan querida por Harriet.

—A ver… ¿Las entrañas son el alma, o la fe, o la penitencia? Y en ese caso…

Nada sirve. El texto del Cantar de los Cantares se dispersa en el aire como polen de diente de león en primavera. Para Joan, la única manera de traerlo de nuevo a la página es traducir «túnica» por «túnica», y sanseacabó. El amado es un amado, el panal de miel es un panal de miel. Joan no sabe lo que significa ser una abadía. En

cambio, las palabras «panal» y «miel» son una verdad inmediata. Una evidencia que endulza la garganta.

Si el panal de miel es un panal de miel, escapar de la abadía significa escapar de la abadía. Todas las hermanas presentes en la sesión de la última vela se preguntan cómo piensa hacerlo Joan. Y todas saben que Joan sabe perfectamente cómo hacerlo. De no ser así, no habría hablado de su deseo de fuga. ¿Esperará a la noche? ¿Conoce alguna salida aparte de la puerta principal? ¿Planea aprovechar una visita? ¿Se ofrecerá a llevar un mensaje al señor de la región? El sueño me vence poco a poco. Aún soy joven, el insomnio es un problema de las hermanas mayores. Entre cabeceo y cabeceo, cinco, diez, hasta veinte formas de huir visitan fugaces mi mente, como otras tantas posibilidades. Luego se superponen, se mezclan hasta contradecirse. Algunas son grotescas, como aquel dibujo de un mono visto una vez en un salterio, el único mono que he visto en toda mi vida. En uno de mis sueños, Joan emprende el vuelo desde la torreta octogonal mientras la abadesa y Harriet intentan recoger en un barreño las letras desperdigadas del Cantar de los Cantares, como si fuesen granos de pimienta.

Joan no se irá volando. Pero abandonará el convento, su voluntad y su deseo sirven de profecía. Para saber cómo lo hará, habré de aguardar a la próxima sesión de la última vela.

Con ese pensamiento, me duermo por completo. Un instante después, me despierto. Es la hora fría del oficio de maitines.

*

Al día siguiente, la jornada transcurre como de costumbre, como cada uno de los miles de días pasados entre estos muros. Solo el granizo, las inundaciones, un incendio en el establo, la enfermedad o la muerte logran arrancarnos de la rutina. Fuera de eso, el tiempo avanza lentamente. Aquí hemos recreado una forma de eternidad casi envidiable. Quizá la única eternidad que exista. Lo digo sin ánimo de ofender a Dios Nuestro Señor.

Primero cantamos el himno de la mañana.

Iam lucis orto sidere, Deum precemur supplices.

«Mientras el astro de la luz despunta, supliquemos a Dios que nos ampare». Luego se celebra la asamblea de las monjas en la sala capitular. Se reparten las tareas del día, los trabajos del campo o del jardín. Antes del oficio de tercia llega la hora en que la madre abadesa desaparece en sus aposentos para enfrascarse en sus cuentas misteriosas. Al regresar de sus meditaciones, la vemos ora radiante, ora sombría, según el estado de las finanzas de la abadía. Esos asuntos no son de la incumbencia de las monjas jóvenes como yo.

Más tarde, nuevas misas y oraciones, otro himno cantado a cuarenta voces y el estudio de las Sagradas Escrituras. Una vez finalizado el mismo, nos dedicamos a ese tipo de trabajos propios de las mujeres, conforme a los consejos dados por san Jerónimo a su discípula Demetria: «Asegúrate de tener siempre a mano una labor de lana. En su defecto, tira de los hilos de la rueca. Haz girar el huso en la lanzadera para tejer la trama. Lo que otras mujeres han hilado conviértelo en ovillos, o reúnelo para tejerlo». Cuando no es la lana, es el cuero, el trenzado de cuerdas, de mimbre o de paja, ciertos trabajos menudos de madera y alfarería en barro seco, a falta de horno. Nunca nos faltan ocupaciones; me refiero a las que no están reservadas a las criadas.

Sexta, nona y completas, después de lo cual las hermanas retornan a sus respectivas soledades, en su celda o en uno de los dormitorios. Un poco más tarde, algunas de nosotras nos levantamos con sigilo. Joan tiene ya en la mano su candela de tres pulgadas.

*

No nos propone acompañarla en su fuga, lo sé. No porque nos juzgue indignas de su evasión. Se niega a imponernos una elección difícil. Al no pedirnos que demos el paso, nos ahorra la vergüenza de mostrarnos cobardes. Además, sabe hablarnos de su deseo de huida sin el menor asomo de orgullo. No, Joan no ha pecado nunca de orgullo, ni siquiera por aproximación. Tampoco está en su naturaleza el pecado del egoísmo. Dicho sea de paso, de los ocho vicios

enumerados por Evagrio, el único que le conozco es la gula. Añadiría la tristeza, y a veces la desesperación. (Tengo entendido que para el dominico Tomás de Aquino solo hay cuatro pecados capitales. La lujuria no se cuenta entre ellos. Supongo que el teólogo italiano no se equivocaba).

Para Joan, la evasión será una simple partida, como el día en que paró de cantar y se arremangó la túnica para ir a salvar la cosecha. La evasión será la demostración de su valentía. Y, sin embargo, cuando llegue el momento, admiraremos su coraje. Joan no se cansa de repetirnos que permanecer en el lugar donde estamos también exige mucho valor. Nos esforzamos en creerla.

No tuvo la jactancia de reunir en torno a ella a doce monjas, como los doce apóstoles. Habría sido una provocación vulgar. Se conforma con seis cómplices, elegidas con sumo cuidado, por su discreción, por su calma y, si he de creer a la propia Joan, por su inteligencia. Me llevó mucho tiempo comprender qué entiende ella por inteligencia, y aun ahora no estoy segura de saberlo, prueba, sin la menor duda, de la fragilidad de la mía. Nuestra discreción es fundamental. Ninguna de las seis hermanas presentes en torno a la llama hablaría de sociedad secreta; sería introducir al Maligno en la abadía. Cultivamos el secreto, vinculado no a la malicia, sino a la humildad. Como estamos acostumbradas a ser humildes, nos resulta fácil ser discretas.

Y aquí estamos, a la luz de la candela, Millicent, Eleanor, una de las dos Marys, Hereswith, a quien todas llaman Rose, Lavinia y yo, Helisende de Wigmore.

Millicent es una mujer eternamente joven y temerosa. Los rasgos de la vejez se plasmarán algún día sobre ella, pero como un velo suplementario, transparente. Su miedo la acompaña desde el amanecer; es un leve temor por nimiedades, como el de tropezar con un escalón o el de olvidar su labor. Curiosamente, esta sucesión de pequeños temores la vuelve invencible, la protege del gran y único temor: el miedo al Infierno.

Eleanor es entusiasta; a veces podría pensarse que apasionada. Es también la más silenciosa de las benedictinas. En el coro, nuestras voces siguen la de Joan, pero, cuando se trata de guardar

silencio, es Eleanor quien nos marca el compás. Su entusiasmo, entonces, no se expresa: permanece dentro de su cuerpo relajado. Le hace brillar los ojos; también los hace moverse. En definitiva, la quietud de su cuerpo y la vivacidad de su entusiasmo se equilibran y hacen de Eleanor una monja aparentemente común.

Mary posee el espíritu más hospitalario que conozco. Es una morada sin puertas; todo entra en ella, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo trascendente y lo fútil. Solo ella reconoce a los suyos, pero lo hace sin desfallecer. Adopta, por ejemplo, las antiguas supersticiones de Yorkshire sin creer demasiado en ellas, para reconfortarlas, para consolarlas. Tiene un rostro diminuto, un cabello de bebé muy fino y muy rubio que deja ver la piel del cráneo.

Desconozco por qué Hereswith se hace llamar Rose. Cuando llegué a la abadía, Hereswith ya se llamaba así; su primer nombre se había perdido en alguna parte. La sencillez del actual armoniza con la de sus gestos y su forma de hablar, como un maullido de gato adormilado. Rose tiene los ojos rojos e hinchados; sospecho que llora cuando nadie la ve. Viene de Escocia.

Lavinia es la de la voz más fuerte. Sus hombros anchos le confieren un porte casi varonil. La abadesa suele confiarle los trabajos de fuerza, fiándose de su aspecto y de su voz. Sin embargo, esos hombros son más frágiles de lo que parecen. Es más, la propia Lavinia se sorprende de la potencia de su voz. Le da un poco de vergüenza; le gustaría que se notara su delicadeza; sería más honesto. A veces teme engañar a los que la rodean. Ese engaño la perturba.

A la izquierda de Lavinia me siento yo. No me atrevo a describirme; las hermanas benedictinas aprenden a no contemplarse a sí mismas. El amor propio es impensable; los espejos son raros, opacos y puramente utilitarios. Se dice que el único espejo viable está en los aposentos de la madre abadesa. Allí comprueba la forma de su boca, la que dice «no» incluso cuando dice «sí». En cuanto a Joan… Bueno, Joan es Joan, su rostro cuenta menos que sus palabras, y su figura, menos que sus movimientos. Al escribir estas líneas, me doy cuenta de que, en su ausencia, podría evocar fácilmente la postura de su cabeza, pero no el color de su cabello.

*

La vela arde; esperamos unos segundos. Joan aguza el oído. Solo nos faltaba que a la madre abadesa le diese por pasear por este lado de la abadía y descubriese una rendija de luz bajo la pesada puerta del calefactorio. Eso parece imposible, porque la sala del fuego se halla en un nivel inferior, pero el riesgo siempre está ahí. Y si no es la abadesa, una de las criadas, que podría dar la alarma por error. O Harriet, o la vieja Winifred, que acudiese a comprobar, por las dudas, si las monjas, solas y castas, permanecen, en efecto, solas y castas.

—Voy a escaparme del convento.

Recordemos que la noche anterior, Joan había dicho: «Quiero escaparme». Ahora, en cambio, su voluntad es firme. Joan sabe ser, en el momento justo, el oráculo de sí misma. Una de nosotras (creo reconocer la voz de Millicent) pregunta:

—¿Cómo vas a hacerlo?

Lo comprendemos de inmediato: de golpe hemos pasado de un «por qué escaparse» a «cómo llevarlo a cabo».

—Os lo iré explicando poco a poco; es mejor que no lo sepáis todo. Creedme, es por prudencia. Deposito toda mi confianza en vosotras. Desde este momento, cuento con vuestra ayuda.

Me pregunto si Joan no habrá reunido durante años a unas cuantas hermanas en el fondo de un oscuro calefactorio con el único fin de elegir a quienes la ayudarán en su fuga. A cada una su lugar, a cada una su papel. «Se hizo el censo por orden del Señor, asignándole a cada uno el servicio que debía prestar y lo que debía llevar» (Números, 4:49).

Joan añade:

—He reflexionado mucho.

Cosa que no sorprende a nadie.

—Primero, pensé en aprovechar la noche. O quizá ir al huerto y esperar un momento de descuido para poner pies en polvorosa. Pero corro el riesgo de que me atrapen, me traigan de vuelta aquí, me aparten, me sometan a penitencia y me acepten de nuevo. Y entonces, por toda la eternidad, sería una Joan apagada, la que

habría desperdiciado su única oportunidad. No. Escuchadme con atención. La única forma de alcanzar el exterior es organizar mi muerte, seguida de mi funeral.

Contenemos la respiración. Incluso la llama parece haberse inmovilizado; ya no titila. Cuando recuperemos el aliento, la llama reanudará su danza y Joan tomará de nuevo la palabra. Es evidente que no nos ha reunido para hablarnos de su muerte o, peor aún, de un deseo de muerte voluntaria.

—No os alarméis; sobreviviré a mi funeral, y no será ninguna resurrección milagrosa. Estaréis allí, cuento con vosotras, para verme enterrada. Estaréis allí para llorarme, y antes de eso, junto a mi lecho para recoger mi último suspiro.

Sea como fuere, Joan no está dispuesta a morir. Su pensamiento es ajeno a la muerte. Si Joan tuviera que pasar el resto de sus días en el convento, los dedicaría a reescribir una Pasión sin condena a muerte, sin calavera, sin lanza clavada en el costado de Cristo.

—Os diré cómo va a ocurrir: caeré enferma. Será una enfermedad lenta, pero irrevocable; ya os explicaré cómo. La abadesa vendrá a visitarme y luego dejará de hacerlo. Estaré con los estertores de la agonía y la abadesa se imaginará que me muero debido a mi impiedad. O bien creerá que entrego mi cuerpo al Señor, lo uno o lo otro. Tal vez se sienta orgullosa. Mis repugnantes despojos serán visibles desde lejos y solo vosotras os atreveréis a acercaros. Vosotras los depositaréis en tierra; yo os indicaré cómo hacerlo. Mi humildad justificará una ceremonia rápida. Me escaparé durante mi funeral. Después, la abadesa volverá a sus misteriosas cuentas. De día, lloraréis por mí. Por la noche, os reuniréis aquí y una de vosotras tomará la palabra en mi lugar.

Tras otro momento de silencio, a la trémula luz de la vela, Joan añade, como si recordara un detalle accesorio:

—Será necesario también que una de vosotras se las arregle cada mañana para hacerse con una candela de la cocina.

Y la llama se apaga con estas palabras. Esta noche, la vela es más corta de lo habitual.

5

En las cocinas no solo encontramos candelas de tres pulgadas. Hay frutas, confituras, sebo, tocino, queso de oveja, pescado ahumado y, algunos días, pescado fresco y anguilas que las mozas de cocina decapitan de un tajo. Allí se almacenan sacos de harina, espelta y alforfón, castañas, habas y guisantes secos en abundancia, que hay que cocer durante mucho tiempo en grandes marmitas. Su cocción sume la cocina en una bruma dulzona. Hay también gran cantidad de hierbas, frescas o secas, borraja, acedera, coles y nabos en salmuera, conservados en barriletes que parecen panzas de gigantes aturdidos por la digestión. Al frente de la cocina está Talbot, la cocinera. Nadie la llama de otra forma, ni en su presencia ni en su ausencia. Es Talbot, a secas, un apellido francés. Antes de conocerla, me la imaginaba opulenta y omnipresente. Lo es, omnipresente, sí, pero pequeña y enjuta, casi enclenque. Talbot ayuna coronada de ristras de salchichas de asno. Y vigila con celo; no se hurta ni una manzana en su cocina. Si Joan distrae de allí cada mañana una vela, es con su venia. Tal vez incluso con su anuencia.

La autoridad de Talbot es incontestable; se impone a las mozas de cocina, pero se extiende más allá de los límites de su territorio para alcanzar al resto del servicio, en otras dependencias del convento. Las muchachas que lavan la ropa, las que limpian el refectorio o las que sirven la mesa y se ocupan de las tareas más humildes acatan las órdenes de la cocinera. Con el tiempo, Joan ha logrado convertir a Talbot en su aliada. Sin embargo, desde el primer día, reinaba una gran desconfianza por ambas partes. Talbot vio en Joan a una mocosa insolente. A diferencia de la abadesa, no confiaba en que los años la aplacasen; intuía que la edad no atenuaría jamás su audacia, sino que tan solo cambiaría su color. Luego, al reconocer en esa audacia un signo de agudeza de espíritu, acabó por adoptar a aquella chiquilla indisciplinada. A Talbot le gusta la docilidad, pero prefiere con mucho la inteligencia.

Talbot nunca ha demostrado afecto hacia Joan. De hecho, me pregunto si es afecto o, más bien, respeto. El caso es que, cuando Joan entra en su cocina, Talbot no dice nada ni interrumpe su trabajo. Si está de espaldas, sigue de espaldas. Las demás muchachas de la cocina ven surgir a Joan como si fuese la aparición de santa Marta. Hace falta ser muy perspicaz para notar que Talbot, sin apartarse de sus fogones, percibe la presencia de Joan. Quedarse quieta es su forma de darle la bienvenida.

La candela de tres pulgadas es el viático que Talbot ofrece cada día a Joan. Pero no es solo eso. A la primera de cambio, interroga a la cocinera sobre las plantas que se acumulan en la cocina, entre los huevos de gallina y las alubias. Sus preguntas son insistentes. Joan las repite hasta que su curiosidad queda satisfecha. Sin dejar de trabajar, Talbot responde y responde hasta el límite de su paciencia. Antes o después, acaba soltándole:

—Si tanto quieres saber de hierbas, bien podrías darte una vuelta por la enfermería. Allí aprenderás todo sobre la salvia, el hipérico, la pimpinela, el beleño, el eléboro, la ambrosía o la dedalera, todo lo que te dé la gana.

Por supuesto, está la enfermería. Pero Joan sabe, y Talbot también, que fue confiada a la vieja Winifred, la de la voz de cepillo frotando una losa. Tampoco ignora que Winifred no es en absoluto hospitalaria; su enfermería es una celda cerrada, donde solo se admite a una monja cuando su estado lo exige. En la mayoría de las ocasiones, Winifred considera que la dolencia es benigna y devuelve a la hermana a su sufrimiento, a la oración, a la paciencia y a la misericordia de Dios. Solo cuando Dios no logra detener una hemorragia, la vieja Winifred abre su puerta. Entonces deja entrar a la monja, junto con un poco de luz del día. Luego, en la penumbra de su antro, la cuida a su manera.

—Joan, ¿por qué no te das una vuelta por la enfermería? Quizá halles allí lo que buscas. Si es que buscas algo.

—Tú sabes tan bien como yo que allí solo encontraré a Winifred y manchas de humedad. La enfermería no es tu cocina, Talbot, no huele a tocino ahumado ni a las setas de otoño. Winifred huele a ratón muerto y a refajo viejo. No tiene nada que enseñarme. No

distingue el perejil del laurel… Y esta de aquí es la hierba de San Juan, ¿no?

Joan señala un ramillete de flores amarillas, algo marchitas.

—Sí. Si aguzas la vista, verás los agujeritos en cada pétalo.

—En efecto, los veo. Pensar que Nuestro Señor se entretuvo agujereando uno a uno con un alfiler…

—No blasfemes.

—No blasfemo. ¿Acaso no creó Dios el mundo en sus menores detalles? A menos que delegara esta tarea en sus ángeles. Ángeles perforadores de pétalos, una tarea que exige una minuciosidad asombrosa. Mira, la luz pasa a su través.

—Joan, no toques mucho esas flores.

—¿Por los agujeros?

—Porque son un veneno. Y no es conveniente que el ganado las coma. Ve a lavarte las manos.

Joan no se ofende por ser comparada con el ganado. Obedece y va a lavarse las manos. Piensa en esa luz que se filtra a través de los minúsculos orificios. Una vez que los atraviesa, ¿la luz se convierte en una madeja de filamentos?

*

Tras una madura reflexión, Joan renuncia a la hierba de San Juan. Me enteré, por una confidencia de la segunda Mary, que Joan, so pretexto de familiarizarse con una determinada forma de trazar las letras, solicitó a la abadesa permiso para consultar un *Liber conservationis sanitatis senis*, de un tal Guido da Vigevano. Se trata de un libro muy antiguo, que llegó a nuestra abadía por inciertos vericuetos. Ni siquiera la abadesa conoce su procedencia exacta. Lo más probable es que no lo haya abierto nunca, a diferencia de Joan, a la que hemos visto repetidas veces enfrascada en la lectura de aquel tratado sobre la «preservación de la salud de los ancianos». No importaba que no fuese una anciana ni buscase cómo preservar la salud. Pasaba con parsimonia las pesadas páginas del *Liber conservationis* con la esperanza de hallar allí lo que ansiaba, lo contrario de un medicamento, una sustancia que alterase el cuerpo,

pero solo lo necesario. Se dijo que, con un poco de astucia, lograría revertir el principio de una poción saludable para tornarla en un brebaje ponzoñoso. Pero no tuvo tiempo, porque la abadesa consideró que Joan pasaba más horas con el *Liber* que con las Escrituras. La echó de nuestra modesta biblioteca y encerró el *Liber* en algún lugar tan secreto que todavía debe de seguir allí. Y allí acabará olvidado.

Adiós a la hierba de San Juan; lástima de los secretos que tal vez guarde el *Liber conservationis sanitatis senis*. Joan sabe que debe recurrir a otro método para fingir la enfermedad y hacer que su superchería sea creíble. La suerte se alió con ella. Las lluvias de primavera, las mismas que casi arruinan por segunda vez la cosecha en sazón, favorecieron el brote de toda clase de setas. Millicent, en el colmo de sus aprensiones, temió ver la tierra entera cubierta de ellas, tras la putrefacción de los cultivos y la muerte del ganado, como en el transcurso de un segundo Diluvio. Una mañana, mientras trabajaba en el huerto con otras monjas, Joan vio a un niño acuclillado junto a un seto, a unas cuantas toesas de ella. Cuando el chiquillo alzó la cara hacia Joan, que se había acercado a él, la miró sin parecer verla. Luego prosiguió su rebusca entre las hojas empapadas.

—¿Recoges setas?

El niño no respondió. Tenía una entre los dedos. Joan notó que el pie blanco y terroso del hongo se parecía a los dedos también pálidos y terrosos del niño. Si el arrapiezo entendió la pregunta, debió de considerar que no merecía respuesta. Le parecería inútil o, en cualquier caso, menos útil que una seta. Joan decidió agacharse para ayudarlo, consciente de que, de un momento a otro, la voz de la abadesa, como el graznido de una corneja, la llamaría al orden.

—¿Te ayudo? Mira, aquí hay otra. ¿No la coges?

—No. Esa no. Ni esa, ni esa otra.

El niño señala con el dedo terroso tres setas de las que solo se ve el sombrerillo redondo, irregular y pálido. Luego añade:

—Aquella, sí.

Señala otra, también de sombrero redondo, irregular y pálido. Joan pregunta:

—¿No son iguales?

El niño levanta la cabeza. Hay en su mirada una pizca de asombro y otra pizca de lástima. Joan se da cuenta de que, a sus ojos, no vale más que Winifred, incapaz de distinguir entre el perejil y el laurel. Observa con más atención los tres hongos. Cuando llegue el momento, nos enseñará a reconocer esa leve tonalidad amarilla, como las flores de la hierba de San Juan, que marca la diferencia entre la seta buena y la mala. No es un adorno ostentoso, es un signo apenas perceptible. Por esa razón, mucho más temible. Su discreción, creo yo, es el verdadero signo del diablo.

Joan se incorpora. La abadesa la llama con su voz de corneja. Suena la campana. Es hora de volver a rezar.

Al día siguiente, tras el rezo de prima en la sala capitular, la abadesa reprocha a Joan su indocilidad. Es un reproche tan regular como el canto del gallo al amanecer. Pero esta vez, la abadesa ordena una medida disciplinaria: el castigo del flagelo, tal como prescribe nuestra regla. Esa noche, Joan dormirá bocabajo.

No le hará falta tragarse las lágrimas, porque no las habrá derramado.

*

El inconveniente de esas setas con manchas amarillas es que, al cocinarlas, despiden un hedor muy desagradable y penetrante. Imposible para Joan experimentar con su cocina privada en los dominios de Talbot con el pretexto de mejorar su cotidianidad. Talbot tiene un olfato demasiado fino para dejarse engañar. Joan tampoco puede correr el riesgo de llevar fuego a su celda.

Los días siguientes pasa un hilo de cáñamo a través del frágil pie de las setas, sin quebrarlo, y cuelga su ristra en el rincón más oscuro del calefactorio, donde acaban por secarse. Su aspecto se vuelve aún más repulsivo al arrugarse. Luego, como una penitente fervorosa, Joan se resigna a ingerirlos crudos, al principio en porciones pequeñísimas. Mastica con determinación, sin torcer el gesto y, si se le escapa una mueca, las demás hermanas lo interpretan como un exceso de contrición. En pocos días, la

imprevisible Joan se convierte en una monja apagada, febril y secretamente atormentada. Su andar se torna más lento. Como si no quisiera mancillar nada, aprieta la mandíbula y, como quiere tener bajo control el calendario de su enfermedad, se esfuerza por mantener la cabeza fría. Cuando la abadesa repara, por fin, en la tez cenicienta, en los labios fruncidos, en la sonrisa agria, en su silencio de reclusa, cree que se ha obrado un milagro. El tan esperado milagro de la metamorfosis de Joan en una auténtica benedictina.

Entonces, una tarde, mientras entonamos una vez más el Cántico de Simeón, en la última palabra del versículo *secundum verbum tuum in pace,* Joan riega las losas delante de sus pies con un chorro anaranjado y nauseabundo. La infame fuente se agota enseguida, en medio del silencio. Sé que Joan, en ese instante, acepta su vómito como una confirmación, tal vez incluso como una bendición. Y sé también que la abadesa, en su fuero interno, da gracias a Dios. Rara vez coinciden Joan y la abadesa en un mismo instante de satisfacción, y casi por las mismas razones.

Se autoriza a Joan a regresar al dormitorio. Si la fiebre y los vómitos persisten, se enviará a Winifred junto a su lecho. Winifred se aproximará con recelo, mirará a Joan con disgusto, la palpará sin entender nada y recetará alguna pócima elegida al azar, por simple asociación de ideas.

Mientras las hermanas reanudan el Cántico de Simeón, *Quia viderunt oculi mei salutare tuum,* Joan se aleja de la nave, sostenida por las dos Marys.

Más tarde, durante la cena, no se presenta en el refectorio. El rostro de la abadesa se ensombrece. Está dispuesta a tolerar que una de sus monjas sea sometida a una pequeña prueba divina, pero no a costa del orden establecido. Por nuestra parte, Millicent, Rose, Eleanor y yo, reunidas por el doble secreto de la vela y de la enfermedad fingida, también rezamos por el regreso de nuestra hermana, no vaya a ser que el Señor, ofendido por la trapacería, castigue a Joan con una de esas verdaderas plagas que solo Él puede mandar. Rogamos para que Joan no coquetee con la muerte hasta el punto de cruzar al otro lado.

Por fortuna, al día siguiente, no a la hora nocturna de maitines, sino durante el servicio de laudes, Joan reaparece. El rostro, pálido, y los ojos, ojerosos. Adivino que todavía habita en ella una gran firmeza tras esa fachada vacilante. Lo veo en la mirada que Joan dirige a toda la comunidad. No sonríe, pero mantiene la calma.

Millicent, Rose, Eleanor, Mary y yo, a quienes pronto se nos une Lavinia, rodeamos a Joan con el pretexto de reconfortarla. Nos hallamos en un rincón del claustro, en el lado opuesto de la sala capitular. Sabemos que disponemos de muy poco tiempo antes de reanudar nuestras labores del día. En pocas palabras, pronunciadas en voz baja, Joan distribuye nuestros papeles: para no llamar la atención de la abadesa ni despertar la curiosidad de algunas monjas indiscretas, tendremos que turnarnos en la recogida de setas. Joan nos explica también cómo conservarlas, cómo secarlas y luego reducirlas a polvo para facilitar su uso.

Cuando llega mi turno, aprovecho otro día de mal tiempo, una niebla tan espesa que no tarda en tornarse en lluvia, como si el agua no cayera del cielo, sino que brotase del suelo. Me cuesta mucho distinguir el característico rastro amarillo pajizo. En una bruma tan densa, todo parece disolverse, y todo se torna gris, como la tonalidad de ciertas arcillas. Pero, de regreso a la abadía, me doy cuenta de que llevo cuatro de esas setas maléficas entre los pliegues de mi hábito.

Pocos días después, Joan yace en una celda, lejos de las demás monjas. Es lo bastante grave como para que la abadesa le rinda visita, acompañada de Winifred. A petición de Joan, la abadesa ha consentido que yo permanezca a su lado. Como era de esperar, Winifred se acerca a la enferma con reticencia, casi tapándose la nariz. Le impresiona el color de la piel, así como su textura. Le pide a Joan que saque la lengua, cosa que ella hace sin rechistar y con mucho celo. Por un momento, la creo capaz de sacar una lengua de una toesa de largo, solo por diversión. Winifred, una vez pasada la sorpresa, observa la sinhueso con aire circunspecto. Lo que no daría ella por hacer alarde de sabiduría, pero ante semejante lengua pierde el aplomo.

—Puedes volver a guardártela.

Joan no lo hace. Cierra los ojos, con la lengua todavía fuera, como si le hubiese dado un pasmo. Un estertor brota de su garganta. La abadesa parece asustada. Me pregunto si el gusto natural de Joan por la burla no acabará arruinando su proyecto.

—Joan, ¿me oyes? Vuelve a meter la lengua dentro de la boca.

Esta vez, Joan obedece. Cierra las mandíbulas con un chasquido. Winifred, le toca la frente con cautela. Coloca los dedos en varios puntos a lo largo del brazo. Duda, repite sus gestos torpemente, como si manipulase una anguila viva. Pasa un minuto. La abadesa la interroga con la mirada. Winifred se decide, al fin, y extrae de su memoria, al azar, algunos nombres de plantas:

—Semillas de mostaza, raíz de violeta, euforbia.

La garganta de Joan emite un nuevo estertor. La abadesa da un respingo. Probablemente se esté preguntando si un demonio alojado en el interior de Joan no acaba de manifestarse. Un demonio con forma de sapo. Yo soy la única que sabe que no es un estertor, sino una risa.

Con una leve inclinación de cabeza, Winifred abandona la celda, visiblemente aliviada de salir sana y salva de allí. La madre abadesa dice:

—Que así sea. Helisende, os permito quedaros un ratito junto a Joan, pero no lo prolonguéis. Ahora está en buenas manos.

La madre abadesa sale a su vez. Entonces oigo a Joan decirme con voz débil:

—¿Has oído? Menuda estúpida. ¡A quién se le ocurre prescribirme eméticos cuando estoy vomitando todo el santo día!

6

Durante los días siguientes, Joan alterna recaída con remisión. Cuando permanece recluida en la celda que se le ha asignado, desliza bajo su lecho un plato que contiene una maceración de aro y ruda fétida. El hedor nauseabundo que emana del mejunje basta para ahuyentar a las raras visitantes que se le acercan. Cuando vuelve a dejarse ver, tras algunas noches de dolores, está aún más pálida y descompuesta. Parece haber viajado con Lázaro. Ha perdido mucho peso. Me doy cuenta de que jamás había visto a Joan con las mejillas hundidas.

Siempre con el propósito de controlar el calendario de su agonía, se concede algunos días de recuperación. Durante esas jornadas, renuncia a su dosis de setas, e incluso evita la euforbia y la raíz de violeta. Aprovecha sus menguadas fuerzas para reunirnos por la noche e instruirnos con todo detalle en la continuidad de nuestra misión.

—Mi enfermedad es ya un hecho consumado. La madre abadesa me considera una causa perdida. Soy la monja enfermiza del convento. No le extrañará verme recaer. Pero ha llegado el momento de dar el siguiente paso.

—¿Más setas aún, Joan? ¿No temes dañar irremisiblemente el cuerpo con esas comidas y vómitos?

—No lo arruinaré durante mucho más tiempo, Millicent. Moriré antes de enfermar del todo. Creo que ha llegado la hora de pasar del debilitamiento al fallecimiento. Por eso os he reunido. Tenemos que organizar mi muerte y, después, mi funeral. Voy a tener que abandonar este mundo más temprano que tarde. Debemos pensar en las consecuencias. La madre abadesa, ya sea afligida o aliviada, eso ahora es lo de menos, querrá visitar mis restos, y tal vez rezar junto a ellos. No podré fingir estar muerta durante mucho tiempo en su presencia, aunque la abadesa no se entere de la misa la media como Winifred. ¿Y si otras quisieran también despedirse de mí? Es

posible que Talbot quiera darme su último adiós. Y sabéis de sobra que a Talbot, a diferencia de la abadesa, no se le puede ocultar nada.

—¿Cómo vas a hacerlo? —pregunta Rose.

—Tal vez el hedor de la ruda fétida las aleje —dice Lavinia—. Bastaría con aumentar la dosis de decocción.

—Tu idea es buena, pero no será suficiente. Aunque esos detalles ya los pensaremos después. O, mejor dicho, los pensaréis vosotras, cuando yo ya no esté.

Aunque sepamos que Joan contempla su desaparición como una muerte fingida, las expresiones del tipo «cuando yo no esté» siguen provocándonos escalofríos. Rose hace la señal de la cruz.

—¿Recordáis la carta de san Jerónimo a Demetria?: «Asegúrate de tener siempre una labor de lana a mano. En su defecto, tira de los hilos de la rueca. Haz girar el huso en la lanzadera para tejer la trama. Lo que otras mujeres han hilado conviértelo en ovillos, o reúnelo para tejerlo». Bien, pues proseguid de día con vuestros trabajos de mujeres. Hacedlo con esmero, con buena voluntad, con aplicación y con brío. Es el único modo de acallar las sospechas. Pasaréis inadvertidas y nadie imaginará que hacéis algo malo. Pero aprovechad vuestro trabajo y el material que se desliza entre los dedos y en vuestras herramientas. Aprovechad también vuestras destrezas para ayudarme en mi tarea.

En la oscuridad del calefactorio, en torno a la minúscula llama, las hermanas nos miramos. ¿Qué quiere ahora Joan de nosotras? ¿Que armemos las tablas de su ataúd?

—Me ayudaréis a fabricar un maniquí a mi imagen y semejanza. Tendrá mi altura y mi silueta. Tendrá mi expresión, una vez recostada en mi lecho. A cada una de vosotras os confiaré un fragmento, que habréis de ocultar de algún modo. Cuando llegue el momento, lo ensamblaremos en mi celda. Lo vestiré con mi hábito, lo taparé con mi cobertor. Contaremos con la penumbra de mi habitación para crear la ilusión. Será esa efigie la que llevaréis a enterrar y la que lloraréis. No temáis blasfemar. No hay blasfemia, y si la hubiere, vosotras estaríais libres de ella, porque no sois capaces de blasfemar de verdad.

La llamita de la vela vacila.

—Cuando la madre abadesa y la inocentona de Winifred vengan a certificar mi muerte, será ese maniquí lo que toquen. Estará frío, lánguido y rancio. El olor de la muerte habrá saturado por completo el aire de la celda. Tal vez Winifred quiera tomarme el pulso en la muñeca. Pues bien, le daremos una muñeca que palpar. Desde mañana, si aún queréis ayudarme, trabajad la lana, la arpillera, la paja, la madera, el mimbre, el cuero y la arcilla. Reunid guata, vellón sin cardar, esqueletos de animales y hasta tiestos rotos.

Joan se abandona al ensueño de esa efigie, como si se tratase de un espantapájaros de tamaño natural, diseñado para asustar al arzobispo de Canterbury —en el improbable caso de que al arzobispo se le ocurriera asistir a sus exequias.

—Habrá que modelar también un rostro semejante al mío.

En ese instante, la vela se apaga. Sospecho que fue Joan quien sopló sobre la llama, aprovechando nuestra estupefacción.

*

Nunca he cruzado el mar, ni para llegar al continente ni para ir a la isla de Irlanda. Esa isla que, según cuentan, ignoró durante mucho tiempo los Evangelios, aferrándose a sus supersticiones de hadas y enanos. La isla que, según tengo entendido, tampoco conoce las serpientes. Debido a su extremo aislamiento, jamás fue invadida por víboras ni culebras. Para ello habrían debido cruzar las aguas, lo que no está al alcance, creo yo, de tales bestias. Por culpa de una serpiente, el hombre y la mujer conocieron la caída; fueron marcados por la culpa y nos la transmitieron. ¿Significa eso que Irlanda, sin serpientes, es un país libre de pecado? Es una pregunta que bien podría hacernos Joan. Pero a esa pregunta, la madre abadesa respondería sin titubeos: la voluntad de Dios se aplica a todo el universo.

También nos diría: la serpiente es un símbolo. Pero ¿un símbolo de qué? A veces me cuesta comprender. Cuando algo se convierte en símbolo, me da la impresión de que se diluye en el aire. Su consistencia se vuelve inasible.

Por culpa de la serpiente, la tierra produce espinas y abrojos; por culpa de la serpiente, las mujeres paren con dolor. Y también por su culpa trabajamos. Para confeccionar la efigie, nos repartimos las tareas. Lavinia se encarga de reunir suficiente mimbre para la estructura general del cuerpo. Rose opina que convendría rellenar el maniquí con algún material pesado a fin de proporcionarle un peso más adecuado. Un cuerpo consumido por la enfermedad sigue teniendo peso. Incluso se dice que si está muerto pesa más que vivo. Y eso sin contar con el peso del alma, que se escapa. Sea como fuere, Rose se dedica a llenar sacos de arena, cosidos con sus propias manos, que reunirá cuando llegue el momento.

Eleanor recoge retales de cuero usado, u otras piezas mal curtidas o deterioradas por la lluvia. Ha conseguido salvar parte de la piel de una cerda sacrificada hace unos días. Me imagino que Joan piensa darle el aspecto de piel humana. No sé si es prudente llevar la ilusión tan lejos. Quizá nuestro deseo de ilusión sea en sí mismo otra ilusión. Pero Joan no cesa de repetirnos que debemos confiar en nuestra pericia. Si no lo hacemos nosotras, ¿quién va a hacerlo en nuestro lugar?

Mary y Millicent se encargan del acopio de paja y harina. Talbot apartó hace poco un saco de harina de pésima calidad, echada a perder por un parásito, que la cocinera se resiste a utilizar. Ni qué decir tiene que no ha olvidado el saco —Talbot nunca olvida nada—, de modo que Mary y Lavinia se contentaron con sisar una cuarta parte, procurando luego devolverle al saco la redondez de un bulto bien lleno. Esa harina estropeada, mezclada con agua, nos servirá de engrudo para salir al paso. Por otro lado, Millicent ha ido reuniendo aquí y allá prendas usadas. En la penumbra de su celda, Joan las cose una por una. Aprovecha la escasa luz de la luna llena. Y aunque no la haya, sigue cosiendo. Una vez, en York, vi a un zapatero ciego. Era muy hábil, pero parecía no querer darse cuenta de su destreza.

Desde hace algunos meses me encargo de cortar el pelo a las hermanas que lo solicitan. Por lo general, arrojamos los cabellos cortados junto con los desechos, como si fueran materia vil. Pero ahora, cada vez que cortamos el pelo, recojo los mechones, del

tamaño que sean, largos o cortos. Joan macera ceniza de sarmientos y de fresno durante una noche entera en vinagre, y luego unta esa pomada sobre los cabellos para darles un tono semejante al suyo. Se pregunta si debería mezclar sus propios cabellos con los que hemos recogido. Espero contar pronto con una cantidad suficiente para fabricar una peluca. Será tosca, sin duda, pero también quedará sumida en las sombras. Desde que contribuimos a la elaboración de la efigie de Joan, nos amparamos mucho en la oscuridad. Antes, la noche nos inquietaba. Ahora, nos asiste.

De momento no hablamos de ello, pero postergamos la etapa del rostro. Aquí no es solo cuestión de habilidad, sino de una forma de incomodidad. Pienso en ello cada vez que entono el Cántico de Simeón bajo el ángel del rostro mutilado. Nada nos impide hacer retratos, y de hecho nuestra abadía está decorada con representaciones de Nuestro Salvador, pero también de Marta, María, José, el Bautista y muchos otros. El fresco de la pared de la sala capitular nos permite incluso ver el rostro de algunos profetas. No nos ponemos de acuerdo sobre su identidad, unas dicen que son Isaías, Ezequiel y Jeremías; otras, que Daniel, Oseas y Habacuc. Ciertamente, esos retratos existen, y los admiramos cuando no nos olvidamos de mirarlos. Pero los profetas murieron hace tanto tiempo que su imagen es lo único que nos queda de ellos. Joan, en cambio, modelará su retrato en vida.

Avanzamos a paso de tortuga. Ella tiene razón al decir que nuestra aplicación al trabajo nos libra de toda sospecha. Parecemos monjas como las demás, entregadas a su tarea. Pero en una abadía tan cerrada sobre sí misma, las sospechas acabarían por aflorar si no actuásemos con cautela. Nuestro trabajo, sea bueno o mediocre, llegará a buen puerto si actuamos con prudencia. Cada día trabajamos como miniaturistas, con fragmentos minúsculos. Hace falta mucha imaginación para creer que una figura de tamaño humano nacerá de la suma de fragmentos tan pequeños.

*

Una mañana, entre el rezo de tercia y la comida, tuve que presentarme en los aposentos de la madre abadesa. Harriet vino a transmitirme la citación, con semblante severo, como si le hubiese infligido el agravio a ella. Rara vez tengo la oportunidad de entrar en estos aposentos, por lo que los recorro con la mirada, dispuesta a no perder ni un detalle. Tal vez busque los huesos de san Cutberto encerrados en su relicario, o el ejemplar del *Liber conservationis sanitatis senis*. Aunque, en realidad, lo que sobre todo busco es saber cómo una abadesa dispone sus estancias.

La madre abadesa también me contempla con severidad. Pero no es la misma expresión que la de Harriet. No parece reprocharme una falta hacia ella, sino juzgar el mundo terrenal en su conjunto.

—Helisende, me atormenta la pena. El estado de Joan empeora. Ya solo se levanta una vez por semana. Y aun así, dudo que vuelva a repetirse…, al menos durante mucho tiempo. La visito todos los días, pero Joan calla. Guarda para sí sus sufrimientos.

Baja la mirada. Sé lo que está pensando. Está constatando que el sacrificio de Joan y su silencio ante el dolor son admirables, que su serenidad es una prueba de virtud. La abadesa lamenta tal pensamiento; se prohíbe confiármelo. Me atrevo a interpretarlo como un signo de debilidad.

—Sin embargo, necesito saber más. Por eso interrogo a una persona que se manifiesta no solo como una religiosa disciplinada, sino también como amiga y confidente.

Levanta la cabeza para mirarme a los ojos. No ha dicho lo que espera de mí exactamente. Me deja en la incertidumbre, acaso para hacerme más vulnerable. O tal vez porque no sabe qué información podría proporcionarle. Y, a decir verdad, no tengo ninguna. La enfermedad de Joan es un hecho. Las monjas ya especulan sobre la fecha de su muerte, para saber si los funerales entorpecerán las labores o la siembra. Todas conocen ya el olor a agonía que se desprende de su celda al abrirse la puerta.

—Hay una cosa en Joan que se me escapa, y me gustaría comprenderla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué cosa, reverenda madre?

—Un secreto, una intención, tal vez una pena. Un recuerdo doloroso. Un pecado.

—Oh, no creo, madre.

La abadesa se pone tensa.

—¿Qué sabéis vos al respecto?

Lamenta haber alzado la voz. Es mi turno de bajar la cabeza.

—Creo que lo sabría, reverenda madre.

Añado enseguida:

—Aunque no puedo estar segura.

Demasiado tarde, porque la abadesa ahora está convencida de la existencia de quién sabe qué secretillo entre Joan y yo. Aprieta los dientes; lo adivino por la forma que adoptan las mandíbulas.

—Quiero poder contar con vos, Helisende. Mi puerta os está abierta. Venid a hablarme cuando sepáis que ha llegado el momento.

Luego acierta a esbozar una sonrisa, que es su forma de despedirme.

7

El estado de Joan empeora, si es que tal cosa es posible. Cada día creemos que ha alcanzado un grado de postración más allá del cual no queda nada, salvo el cardo de los cementerios. Pero al día siguiente, al despertar, la encontramos aún más demacrada, más pálida si cabe, casi gris. La fiebre y los espasmos de los vómitos parecen ser los últimos signos de vigor. Joan solo se reanima al temblar. Millicent pregunta, con razón:

—¿No estará Joan de verdad a las puertas de la muerte? ¿No será castigada por representar esta comedia?

Todas compartimos ese temor. Resulta admirable la capacidad de Joan para imitar actitudes con semejante aplomo. Pero también hay algo inquietante, peligroso. Eleanor dice incluso, con voz sosegada:

—Hay algo diabólico en ello.

Ha aprendido, como todas nosotras, que el diablo es imitación. Al diablo le place fingir, de ahí que adopte con frecuencia formas seductoras, para perdernos más y mejor.

La única forma de disipar nuestros temores es volver al trabajo. Conforme pasan los días, el maniquí va cobrando forma bajo las manos de Joan. Al menos, debería hacerlo, aunque es difícil saberlo a ciencia cierta. Como sigue fragmentado, por precaución, solo el último día nos permitirá verlo en su totalidad; ese día, nos felicitaremos o sufriremos una decepción.

Trenzar el mimbre, cardar la lana o manipularla aun sin cardar y todavía húmeda de sebo, amasar la tierra mezclada con agua o la piel de un animal, recoger mechones de pelo muerto para hacer un postizo, dar a la materia inerte la forma de un brazo o una pierna, todo ello nos ocupa toda la jornada, cuando los quehaceres ordinarios nos dejan libres.

Joan, en cambio, se entrega por completo a su tarea, aprovechando su enfermedad para no abandonar ya su celda. Modela un brazo, modela un hombro y un cuello, modela su pecho.

No me la imaginaba tan habilidosa: a partir de materiales vulgares es capaz de formar su mano izquierda y, al día siguiente, la derecha. Les da el tono adecuado con tintura de cáscara de nuez. Llegado el momento, esas manos se cruzarán sobre el pecho de la difunta.

Un día que me encontraba a solas en los baños con Lavinia, me preguntó en voz baja:

—¿Qué crees que hará Joan, una vez fuera? ¿Caminar? Pero ¿cuánto tiempo, cuántos días, y adónde va a ir? Está tan débil que no pasará de Bishopthorpe. Alguien la recogerá en una cuneta y la traerá de vuelta al convento.

Solo puedo responderle banalidades sobre la fuerza de Joan, su vigor, sus recursos insospechados. Si ha sido capaz de dominar su enfermedad, también será capaz de dominar su recuperación. No se irá sola, al menos durante las primeras yardas, y llevará en su zurrón lo necesario para reponerse. Mis palabras parecen tranquilizar a Lavinia. A mí no me consuelan en absoluto.

Con el paso de los días, extremamos nuestras precauciones. El otoño es todavía una estación de labores en el campo; el invierno será menos exigente, pero también menos luminoso, lo que limitará nuestras horas de trabajo. Y Joan quiere escapar antes de que lleguen las primeras heladas. Pese a todas nuestras cautelas, me pregunto si nuestros tejemanejes no han despertado ya la curiosidad de algunas hermanas —Harriet la primera, porque, so capa de misericordia, visita a Joan varias veces al día—. Harriet odiaría a Joan desde lo más hondo del corazón si el odio no fuera pecado. Así que la odia sin confesárselo, y cada día, venciendo su repugnancia, acude a su lecho para asistir a la descomposición de su cuerpo. El olor de la ruda fétida no la incomoda, al menos por ahora.

Cuando no contempla la agonía de Joan, Harriet nos observa, como si hubiese oído campanas acerca de la existencia de una congregación dentro de la congregación. Una noche, cuando regresaba a mi cama, la vi junto a la puerta del dormitorio, con la mano en el picaporte, como si quisiera entrar o acabara de salir. Se justificó azorada:

—Me ha parecido ver un ratón escaparse por aquí.

Y emprendió un trotecillo hasta alejarse de allí. Nuestra abadía tiene muchos defectos, pero no tiene ratones. Con la ayuda de tres gatos, Talbot les da caza sin cuartel.

Una vez sola en mi cama, me devano los sesos para averiguar qué podría haber encontrado Harriet, aunque lo más seguro es que no hubiese tenido tiempo de registrar a fondo. Menos mal que la peluca está cuidadosamente escondida dentro de una vieja almohada de cáscaras de salvado.

Esa misma noche, durante la cena, ante una asamblea de monjas inclinadas sobre su plato de manjar blanco, la abadesa decide leernos ella misma, en lugar de su priora o de alguna hermana elegida para la ocasión. Eso es bastante inusual, sobre todo tratándose de quien se precia de ser la guardiana de la monotonía.

La madre abadesa sube los escalones hasta el pequeño púlpito del refectorio y abre el breviario por la página de los Proverbios, lo cual, a su vez, es de lo más insólito. En general, la abadesa prefiere leer el episodio de la transfiguración de Cristo en el Evangelio de Mateo. O bien elige la vida de algún santo. Esta vez, recita algunos Proverbios con voz uniforme, demasiado aguda, pero lo bastante fuerte para que todas la escuchemos, hasta llegar al siguiente versículo:

—«Engaño hay en el corazón de quienes traman el mal».

Para nuestra sorpresa, la superiora pasa varias páginas sin leerlas hasta llegar al capítulo de los Salmos. Su voz estridente prosigue:

—«Llena está su boca de maldiciones, falsedades y engaños. Bajo su lengua no hay sino malicia e iniquidad».

Dicho lo cual, la abadesa desciende las escaleras del púlpito y vuelve a su sitio. Desde donde estoy sentada, veo a Rose y a Millicent palidecer lentamente. No alcanzo a ver a Eleanor ni a Lavinia, y de Mary solo distingo la nuca.

Unas horas más tarde, en mitad de la noche, nos encontramos en el calefactorio. Lavinia solo ha podido hacerse con media vela de la cocina, pero es más que suficiente para esta ocasión; no tenemos valor para prolongar la reunión. Esta vela tan corta será un buen pretexto para abreviar nuestra sesión sin confesar nuestros temores.

Creo que la palidez no se ha ido de los rostros de Rose y de Millicent, pero tal vez me equivoque, porque la luz trémula de la llama es engañosa. Hablamos en voz baja durante unos minutos, no lo suficiente para tranquilizarnos del todo, pero sí para tomar una decisión: la de acabar con todo esto cuanto antes. Cada día que pasa, más nos parece que la empresa de Joan está condenada al fracaso.

*

Y henos aquí ya en noviembre. Ahora, cada mañana comienza entre la niebla, una niebla que se va deshaciendo a lo largo del día, aunque con una lentitud desesperante. Y cuando por fin el cielo está despejado, el día comienza a declinar. Pronto escasearán las ocasiones para trabajar en el huerto, en el jardín o en los campos. Luego vendrán los grandes fríos y, con ellos, los largos meses de reclusión aún más estricta. Meses de oración, de lectura, de legumbres secas y col en salmuera. Ya no podremos recoger nuestras setas de venas amarillas.

Por esta y otras razones, Joan ha organizado los días venideros.

—El día trece, mi estado se agravará y una de vosotras avisará a la abadesa. Tú, Helisende, si te parece bien.

—Me parece bien.

—Ese día, la madre abadesa vendrá a visitarme y me oirá en confesión.

Joan medita mucho rato, previendo sin duda el contenido de su última confidencia.

Por una vez, estamos reunidas en su celda, alrededor de su cama y sin vela. Si alguien nos sorprende aquí, siempre podremos decir que asistimos a nuestra hermana enferma.

—El catorce de noviembre entraré en agonía. No debe haber nadie en esta estancia aparte de vosotras. Habrá que encontrar el modo de alejar a la abadesa, a la priora y, sobre todo, a la metomentodo de Harriet. Inventad un pretexto. Decid, por ejemplo, que mi enfermedad se ha vuelto contagiosa.

Lavinia se anticipa a las demás:

—Estoy dispuesta a sacrificarme.

—¿Qué quieres decir con sacrificarte?

—Me refiero a las setas. Permíteme que yo también las coma, solo un pellizquito. Diremos que estuve demasiado tiempo a tu lado, cogiéndote la mano, refrescándote la frente. Y entonces nadie se atreverá a acercarse.

La propuesta parece divertir a Joan. Esboza una débil sonrisa. Si no estuviese tan agotada, se le iluminarían los ojos.

—Es una idea excelente. Y no creas; esas malditas setas al final no son tan horribles. Pero dejan un regusto espantoso; se te queda en la boca durante días. Espero librarme de él antes de darle un beso al duque de Yorkshire.

—¿Quieres besar al duque?

—Es una forma de hablar. Él, o cualquier otro duque, de Yorkshire o de Lancashire, ya veremos. Por ahora, volvamos al catorce de noviembre. Entro en agonía. Bueno, me muero. Una cosa menos. Vosotras estaréis en mi celda; sois bastantes para distraer la atención de las hermanas, que serán presas del pánico. La abadesa tampoco verá nada, no pensará en contaros, ni las prioras. En cuanto a Harriet, lo repito, hay que apartarla.

—Pero ¿cómo?

—Eso es algo que aún debemos resolver. En los días previos a mi muerte, introduciréis todos los elementos de mi maniquí en mi celda. Los esconderéis bajo mi lecho. Si no bastara para ocultarlos, meteréis ropa blanca y trapos en abundancia, como para absorber mis fluidos.

Mary se santigua. Rose también.

—Lo que no quepa bajo el lecho, lo ocultaréis entre los trapos. Después armaremos el maniquí y lo tenderemos aquí, donde estoy yo. Tal vez haya que hacer algunos ajustes. Luego iréis a buscar a la abadesa, que acudirá, y sin duda también Winifred.

—Querrán certificar tu muerte.

—Sí, deberán hacerlo, ya hemos hablado de ello. Habrá que confiar en la suerte… o en la ayuda de Dios.

—¿Crees que el Señor querrá ayudarte?

—Cuento con Él.

—¿En una tarea tan blasfema?

Joan reflexiona. Mira al techo con tanta intensidad que todas alzamos la vista, como si la faz de Dios estuviese a punto de aparecer allí.

—Bueno, lo veremos llegado el momento. Quizá Dios tampoco quiera dejarme salir, pero voy a hacer todo lo posible por mi parte. Tendremos que actuar con rapidez, es nuestra mejor baza. Deberéis convencer a la abadesa de la necesidad de intervenir con celeridad, para evitar el contagio o para evitar que mi cuerpo consumido por la enfermedad se desmorone y se vacíe de…

—¡No! Te lo ruego, Joan, saltémonos esos detalles.

Mary hace la señal de la cruz por segunda vez. Rose se lleva la mano a la boca. Confieso que yo hago lo mismo.

—Se llevarán mis despojos, los meterán en un ataúd y ese es el ataúd que enterrarán. Y ahora viene lo más importante: entre el momento en que mi cuerpo sea expuesto ante toda la comunidad y el momento de llevarlo al sepulcro, dejaré la abadía.

—¿Y por dónde saldrás?

—Por la puerta principal.

—Pero ¿de qué manera?

—Al paso del caballo.

—¿Qué caballo?

—El del carpintero que habrá clavado mi ataúd.

—¿Un carpintero? No lo entiendo.

Veo a Joan sonreír, con la misma sonrisa de hace un momento.

—No habrá solo un féretro, sino dos. Un error del carpintero. Mientras entierran uno, ocupado por un maniquí, yo me iré lejos de aquí, tendida en el mío, pero estaré vivita y coleando. Os lo prometo.

*

Podría parecer incongruente recurrir a un carpintero para construir un ataúd, cuando en Yorkshire abundan los artesanos cuyo oficio es precisamente ese. Pero en una de sus últimas conversaciones con la abadesa, Joan la convenció con un argumento irrebatible: un

carpintero le saldrá más a cuenta a la comunidad. A la abadesa no le extrañó ver a Joan preparar sus funerales con tanta calma y resignación. La calma y la resignación ante la muerte son parte de las enseñanzas de nuestra Madre Iglesia. Joan interpretó ese papel a la perfección.

Unos meses después de su primera visita, el maestro carpintero volvió a llamar a nuestra puerta. En esta ocasión, se trataba de reparar el púlpito mayor de la iglesia, que había pasado a ser un peligro. Joan fue la primera en notar la grieta, la priora había estado a punto de partirse el cuello y no le quedó más remedio que ordenar la reparación. Más tarde, fue un dintel el que amenazaba con ceder, y luego una de las vigas del establo. Joan, a quien nada se le escapaba, era siempre la primera en advertir los desperfectos. A veces sospecho que los provocaba ella misma con el único propósito de hacer entrar a un extraño en la abadía. Pero eso es atribuirle demasiado a Joan. Si me equivoco, Dios sabrá perdonarme la maledicencia.

Las cosas ocurren siempre de la misma forma: la abadesa llama al carpintero, que acude casi de inmediato, obediente y dispuesto. Realiza sus reparaciones y Joan aprovecha para entablar conversación. Le pide a Siarl que le describa el mundo al otro lado de los muros, como si regresara de un largo viaje a Oriente. Y Siarl, con su voz de barítono, le relata modestas maravillas, mitad reales, mitad imaginarias. Joan las escucha con avidez, prometiéndose no olvidarlas nunca.

Con el tiempo, las visitas de Siarl se han vuelto una rutina. Y para la abadesa, la rutina es el antídoto contra el mal. De tanto cruzar nuestro umbral, el carpintero se ha vuelto una figura familiar dentro de la abadía. Un honor poco común para un hombre, sobre todo si no es el padre de una monja o una canonesa.

Desde luego, Siarl no se parece en nada a un aristócrata de Yorkshire. Su nombre y sus modales son galeses, igual que su acento, pero su impresionante estatura lo hace parecer descendiente de daneses. Podría muy bien ser bisnieto de un guerrero del rey Svend, «el de la barba ahorquillada».

No hay nada más lógico que encargarle un ataúd a ese buen hombre. Puede que los tablones sean más gruesos, más pesados y difíciles de trasladar, pero qué más da. De modo que, una vez más, la abadesa manda llamar al maestro carpintero, allá donde vive, en las tierras de Brockfield. De nuevo, el carpintero acepta, y unos días después lo vemos cruzar la puerta que él mismo había reparado.

Debe de estar al tanto de la agonía de Joan, porque advierto en su rostro signos de una leve tristeza. No obstante, algo jovial persiste en sus arrugas, ignoro por qué milagro. Diríase que este gigantón no conoce la melancolía. La madre abadesa lo invita a visitar a la enferma. Joan, con voz entrecortada, pide que la dejen a solas con el carpintero. Ni la abadesa ni la priora, afligidas por el estado de la moribunda, tienen fuerzas para negarse.

Sé que Joan aprovecha entonces ese encuentro sin testigos para confiarle su secreto a su amigo Siarl. Le habla de la falsa dolencia, de las setas con venas amarillas, del maniquí de mimbre y del falso funeral. Me imagino a ese hombre, con aire de guerrero danés, escuchándola con una mezcla de incredulidad, inquietud y admiración.

Ni una sola vez le pregunta a Joan las razones de su fuga. Sus únicas preguntas son las de un carpintero; su única preocupación es conocer el número de féretros y de qué tamaño han de ser las tablas. Para un hombre de su oficio, importa poco el propósito de una casa; lo primordial es que se sostenga en pie. Una fuga es como un edificio.

Siarl escucha a Joan con suma atención. Harán falta dos ataúdes de madera sólida, una carreta cubierta, una pareja de caballos. Él asiente con la cabeza en señal de aprobación y luego, sin añadir palabra, vuelve a su hogar, en Brockfield. Joan, aliviada, se duerme soñando con las maravillas inventadas por un carpintero para entretenerla.

8

Construir dos ataúdes no es el único cometido de Siarl. También tendrá que recorrer las cinco millas que lo separan de la heredad de Clarence de Leeds. Clarence es el tío de Joan, o mejor dicho, uno de sus tíos —tan numerosos, sin olvidar a las tías, que los Leeds parecían destinados a ocupar la mitad de Yorkshire. En realidad, es una familia diezmada, la Providencia ha sido bastante cruel con ellos. Inventó para todos sus miembros incendios, inundaciones, lluvias torrenciales, enfermedades, fratricidios, la ruina y hasta la locura.

Los padres de Joan perecieron juntos el mismo día y a la misma hora mientras cruzaban el estuario que separa Brough de Barton. Las aguas del Humber, en apariencia tranquilas, se revelaron más peligrosas de lo esperado. Aquel día, los esposos se llevaron consigo a un recién nacido hasta el fondo del estuario.

Después de tanto luto, el viejo Clarence se encontró solo con su hijo menor, John, siempre absorto en sus ensoñaciones, y con el primogénito, también llamado Clarence, que había partido al continente. El viejo Clarence había tomado la costumbre de adentrarse hasta lo que él supone que es el centro de su prado, el corazón mismo de sus tierras. Y allí, como hiciera Job, interpela a Dios para pedirle explicaciones por sus desdichas. No hay ninguna razón para que Clarence obtenga respuestas de Dios; en todo caso, no mejores que las obtenidas por el santo Job en su momento.

Una mañana, Clarence ve que se acerca un hombre jovial, con acento galés y apariencia danesa. El hombre le pregunta:

—Estoy en las tierras de Clarence de Leeds, ¿no es verdad?

—Lo estáis, amigo mío.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar al señor de las mismas?

—Os referís a Clarence de Leeds, supongo.

—¿Está muy lejos de aquí?

—En absoluto, lo tenéis ante vos. Si no sujetáis a vuestros bueyes, el viejo Clarence acabará pisoteado.

Siarl se destoca de su sombrero.

—Señor, traigo un mensaje para vos, sobre vuestra sobrina.

—¿Cuál? Apenas me quedan.

—Joan.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—Todavía no. En realidad, el mensaje no es sobre Joan, sino de su parte.

—La lluvia arrecia, venid a resguardaros conmigo y hablaremos de ello.

*

Joan de Leeds está viviendo oficialmente sus últimos días. Hasta ahora, todo se desarrolla como lo había planeado. Mary, Eleanor, Millicent, Rose y yo seguimos los acontecimientos con admiración, estupor y muchísimo miedo. Solo Joan parece encontrar normal que los hechos ocurran tal como los había planeado.

Lavinia ha caído enferma también. Enseguida se le ordenó guardar cama. Su reacción a las setas fue más rápida y violenta, pero también más corta. Creo que se ha recuperado del todo, aunque siga quejándose de fatiga y dolor. Estas jeremiadas bastan para asustar a la abadesa. Joan debe mucho a este sacrificio de Lavinia. Sin él, su añagaza habría sido descubierta rápidamente.

Estamos a 13 de noviembre. Los días brumosos han dado paso a jornadas de lluvia fina. Como estaba previsto, el estado de Joan se deteriora repentinamente. Desde hace unos días ha interrumpido su dosis de setas. Necesita recobrar fuerzas, lo sabe, y su enfermedad resulta ahora tan indiscutible que le basta con guardar cama. Para compensar, ha deslizado bajo su jergón la carroña de un gavilán.

La última visita de Winifred se remonta a unas dos semanas antes y su única decisión fue desmayarse. Yo fui la encargada de llevarla de vuelta a su enfermería para cuidarla con sus propias hierbas.

En el camino de vuelta, cuando me dispongo a regresar a la celda de Joan, diviso a la madre abadesa en compañía de la priora, ambas

con rostro compungido, conversando en voz baja. La abadesa, al verme, me hace señas para que me acerque.

—Helisende, dada la condición de nuestra desdichada Joan y la de Lavinia, es nuestro deber tomar una decisión. Debemos trasladar cuanto antes a Joan al hospicio anexo, que usamos como lazareto en los casos graves, donde llevamos a las enfermas contagiosas.

—Oh, reverenda madre, si me permitís…

—Te escucho, hija mía, habla con sinceridad.

La abadesa me dirige esa mueca que, en ella, hace las veces de sonrisa benévola. Si Joan es encerrada en el lazareto para vivir allí sus últimas horas, su plan estará condenado al fracaso. Debo hallar las palabras adecuadas para evitarlo. Y debo hallarlas ahora.

—Es demasiado tarde. Joan está exremadamente débil. El menor movimiento podría matarla. Y, si no rinde su alma en el camino, temo que el lazareto agrave su estado. Joan se sabrá perdida. Y lo que necesita es esperanza, estoy convencida. Debemos ofrecerle a nuestra hermana todas las razones para creer que saldrá adelante de esta prueba.

La abadesa y la priora me escuchan con circunspección. Tras un largo silencio, la abadesa dice:

—Tienes razón. Es demasiado tarde, Joan está muy débil. Dejemos a la desdichada donde pueda descansar. Bien, Helisende, ve con ella.

Me apresuro, temiendo que la abadesa cambie de parecer.

Joan ha trabajado sin descanso, las piezas del maniquí están listas. La mayoría ya se encuentra en su celda, oculta con mucho disimulo; las otras aguardan en otros lugares. Es casi hora de juntarlas. Hace algunos días, poco antes del oficio de completas, modelé una máscara de tierra seca; Joan dormida me sirvió de modelo. No se parecía mucho, pero al colocar la peluca sobre ese rostro sin vida, di un paso hacia atrás. Temí ver abrirse sus párpados de barro. Más tarde, Joan decidió retocarla para hacerla más convincente. Era un trabajo delicado, más aún careciendo de espejo, pero debo admitir que logró darle a ese rostro de tierra una expresión familiar. Como si Joan supiera con exactitud a qué se

parecería una vez dormida para siempre. La máscara sigue siendo inquietante, aunque ahora no está exenta de cierta belleza.

Joan me dice, con un hilillo de voz:

—Eres muy joven y relativamente nueva aquí.

—Ya no tanto ni del todo nueva.

—Lo bastante, en todo caso, como para no haber presenciado la agonía de una hermana. Me refiero a una agonía de verdad. Normalmente, cuando una de nosotras está a punto de morir, toda la congregación se reúne, con el pretexto de brindarle compasión. Nadie quiere perder detalle. Tres o cuatro monjas, de las más fornidas, la sacan de la celda donde estaba aislada o, en su caso, de la enfermería y la llevan en brazos ante la congregación. Cirios, cruces, oraciones. La comunión y luego la extremaunción. Imagínate el resto. Lo que no sabes es que todas las hermanas pasan a darle un beso de despedida a la moribunda. La última de la fila tiene muchas probabilidades de besar un cadáver.

—Sí, hermana, lo sé. Conozco el ritual.

—Entonces comprenderás que debemos evitar a toda costa esa situación. Si me expongo ante todas, ya no podré ceder mi lugar a mi efigie. Y, si la sustitución se lleva a cabo antes de la exposición de mi cuerpo, las hermanas se extrañarán al besar un pedazo de madera.

—Lo lograremos, con la ayuda de Dios.

—Lo lograremos con la ayuda de la astucia y la precisión.

*

El 14 de noviembre es el día postrero. La mayoría de las monjas se ha reunido en la iglesia para empezar el *Te Deum*. La solemne oración de gracias, llegado el momento, se tornará en réquiem.

La abadesa rinde su última visita a la moribunda. Joan no se ha ahorrado nada: su aspecto es repulsivo, como si hubiera modelado el rostro a imagen de su máscara. De hecho, ha untado la piel con un poco de tierra parda que le traje del huerto. Mary, por su parte, se ha encargado de la infame tarea de sacar de la cocina un cubo lleno de vísceras de cerdo. El desagradable hedor que hasta

entonces reinaba en la celda se ha vuelto mefítico. La abadesa, al entrar, reprime una arcada. Besa su cruz de marfil y veo en sus labios que murmura algo. Sin la menor duda, pide a Dios que la perdone.

Comprendo al instante que la madre abadesa acaba de renunciar a las ceremonias ordinarias de la abadía. Joan no será expuesta ante la congregación; tampoco habrá procesión para darle el beso de despedida. En cuanto a la comunión y la extremaunción, la abadesa las administra a toda prisa, sin convocar a la priora, ni a la camarera, ni a ninguna de las ancianas, que deberían reunirse en torno a la enferma.

Joan murmura una última oración, sin terminarla. Alza lentamente la mano hacia el rostro de la abadesa, como si quisiese acariciarlo. La abadesa retrocede espantada. Por segunda vez pide perdón al Señor. Estoy segura de que Él, que ha conocido crímenes mucho más terribles, la perdonará al instante. La madre abadesa se pone en pie, visiblemente perturbada, y abandona definitivamente la estancia.

Una hora después, los cánticos prosiguen en la nave de nuestra iglesia. Lavinia aprovecha la presencia de todas las hermanas en el oficio para salir de su celda sin ser vista. Lleva a la de Joan las últimas piezas de mimbre que completan la silueta del maniquí. Sin decir palabra, Joan ensambla el extraño cuerpo. Primero las piernas, luego los brazos, después un torso esquelético, que recubre con lana y arpillera. Ajusta la que sirve de cráneo, al que fija como puede el rostro de barro seco y la peluca. A medida que cobra forma, el maniquí nos impone más respeto y nuestro silencio se vuelve más profundo. Igual que en las largas comidas, nos comunicamos por signos, los mismos que las benedictinas aprenden de sus mayores. Joan se esmera en reforzar aquí y allá algunos elementos, desliza su cruz en torno al cuello del muñeco, le endereza ligeramente la cabeza y le coloca la cofia de su hábito.

«¡Qué hermosos son tus pies en tus sandalias, hija de príncipe! Las curvas de tus caderas son como joyas, talladas por manos de artífice. Tu ombligo, una copa redonda llena de vino. Tu vientre, un celemín de trigo ceñido de lirios. Tu cuello, una torre de marfil».

Miro a Joan actuar. Me doy cuenta de que Lavinia también ha dejado de trabajar para observarla, seguida por Eleanor y Rose, y al final por todas nosotras, fascinadas por esa mezcla de despreocupación, precisión y solemnidad. Joan parece sentir un extraño placer al realizar esta tarea, aunque también detecto en ella una profunda tristeza. Presiento que, a pesar de su espíritu travieso, en este preciso instante se deja atrapar por la gravedad. Sus últimos gestos ya no son los de una joven haciendo una travesura macabra.

Joan contempla largo rato su maniquí. ¿Cómo ha logrado, toquecito a toquecito, alcanzar tamaña semejanza? Lo hemos visto tomar forma día a día, pero hasta ahora no parecía sino una efigie aproximada, lo justo para crear una ilusión. Joan, sin embargo, se ha empeñado en que la ilusión sea lo más elaborada posible, y por eso se esmera en añadir los últimos detalles. Se desprende de su velo y lo deposita sobre el maniquí. Algo no la convence; ignoramos qué. Rose dice en voz baja:

—Joan, el tiempo apremia.

—Lo sé.

Ella espera. Duda. Tras una larga reflexión, se decide al fin: se acerca a la efigie, toma la cabeza entre ambas manos con infinita delicadeza, como si cogiese un cáliz de oro, y la inclina para que repose de lado.

Contempla satisfecha el resultado. Oigo la voz de Millicent:

—Joan, hay que…

—Lo sé. El tiempo apremia. Hay que darse prisa. Tranquilas, ya estoy muerta. Miradme.

Todas dirigimos la mirada al maniquí.

—Ahora que he muerto, id a avisar a la abadesa. Pero no dejéis que entre nadie más. Ya ha dado la orden; nadie osará poner un pie aquí. Mandará llamar al carpintero. En dos horas, como mucho, Siarl estará aquí, y en tres yo ya estaré lejos.

Luego, una amplia sonrisa ilumina su rostro. Hacía mucho tiempo que no le veía esa sonrisa tan suya, tanto la de la bienaventurada como la de la astuta.

—Muy bien, ¿quién quiere darme el beso de despedida?

*

Pasan dos horas, dos horas y media; el carpintero no ha llegado todavía. Hemos avisado a la abadesa, y ahora en la nave de nuestra iglesia resuenan los cánticos del oficio de difuntos. Algunas hermanas se extrañan de no haber podido hacer una última visita a Joan de Leeds. Pero los rumores corren como la pólvora en una abadía rodeada de altos muros, y las pocas curiosas que se acercan a la celda de Joan se dan enseguida media vuelta. Como hiciera antes la abadesa, besan su cruz y piden al Señor que les conceda su perdón infinito.

La lluvia fina se intensifica y pronto se convierte en un aguacero pertinaz. El ruido de las gotas sobre el tejado del establo y las caballerizas ahoga el canto del oficio.

Según lo acordado, Millicent, Rose, Eleanor, Mary y Lavinia han ido a la iglesia para unir sus voces a las del resto de las hermanas. Yo me quedo sola, acompañada de las dos Joan. La falsa yace sobre el jergón, con el rostro vuelto de lado. La verdadera se oculta en las sombras.

Los minutos pasan. Escuchamos la lluvia, con la esperanza de distinguir, a través de esa cortina, el ruido del portón, el de una carreta, y los pasos del jovial Siarl a lo largo del corredor. Para vencer el tedio, para ahuyentar el miedo, Joan acompaña muy bajito el Cántico de Ezequías, que se eleva desde la iglesia, entonado por cuarenta gargantas.

—*Præcisa est velut a texente vita mea; dum adhuc ordirer, succidit me: de mane*…

Joan canta con voz dulce y sigilosa, pero serena, sin llanto ni lamentos. Si alguna hermana la oyese desde fuera, pensaría que soy yo la que canta.

—«Devanas mi vida como un tejedor y cortas la trama de la mañana…».

En ese instante oímos ruido de pasos, la voz de la abadesa seguida de la del gigante danés. Por fin.

La puerta de la celda se abre y aparece Siarl empapado de pies a cabeza, lo que le da un aspecto casi lastimoso. Al avanzar, él

también queda sobrecogido por el olor acre y penetrante. Vence su repugnancia, pero no puede evitar mirar con aprensión el maniquí, temiendo, no sin angustia, reconocer a la verdadera Joan en aquel despojo nauseabundo.

—Pido perdón, ¿eh? ¡Menudo tiempecito! ¡Horroroso! Me he quedado atascado tres veces en el camino.

Siarl se vuelve hacia mí, aunque sus palabras van dirigidas a la invisible Joan.

—Y eso que he hecho ensillar dos caballos en lugar de mis bueyes. Los de Percy. Son fuertes. Pero un caballo, bajo el diluvio…, no sé yo.

Estoy escuchando a Siarl hablar de los caballos de su vecino Percy cuando me percato de que la abadesa ha entrado a su vez, sin hacer ningún ruido. ¿Habrá descubierto ya el engaño? La lluvia ha humedecido tanto el aire que el maniquí se ha hundido ligeramente. Permanece en penumbra, cubierto por un lienzo, pero la pierna derecha parece haberse soltado, retenida apenas por el tejido. Como la abadesa le mueva un solo hueso, el maniquí se hará pedazos.

—Debo, pues, darle un beso… Señor, dame fuerzas.

Se aproxima con pasos menudos. Al llegar al borde del lecho donde yacen los falsos restos, la abadesa cierra los ojos. Se inclina.

—¡Oh, Dios!, ¿cómo es posible?

Con los ojos todavía cerrados, acerca los labios a la máscara de barro. No me da tiempo a ver si los posa realmente sobre la piel de la difunta: la abadesa se yergue rauda.

—¡Pobre infeliz!

Antes de abandonar la celda, tiene una última palabra para el carpintero:

—No os demoréis, por piedad. El alma de Joan se ha ido; todo lo que queda es esta… cosa. Démosle cristiana sepultura.

*

Todo debe ir deprisa ahora, o al menos así debería ser. Pero el diluvio parece haber sido enviado para entorpecer nuestros movimientos. El maniquí se ha convertido en un amasijo

desvencijado, difícil de manejar. Siarl ha ido a buscar los dos ataúdes de pino a su carreta, cubierta por un gran capote de lona.

—Con esta lluvia, al menos tengo una buena excusa, ¿no es verdad? Llueve a cántaros, tapo mi carreta, ¿no? Más discreto imposible. Es buena lona, ¿eh?, pero no durará. Lástima… Alguien me ha preguntado que por qué dos féretros. Creo que era la priora. Una mujercita que anda algo escorada. Le respondí: «por si uno se rompe, ¿no?». Se fue, satisfecha, a abrigarse de la lluvia, sin hacerme más preguntas.

Joan emerge de las sombras. Siarl la observa, impresionado por el debilitamiento de su cuerpo.

—Entonces, ¿a cuál embarco, a ti o a ella?

Señala el maniquí. Está a punto de reírse, pero se contiene.

Con nuestra ayuda, Siarl desliza este dentro del primer ataúd. Por suerte, no se descoyunta; las tablas del féretro ayudarán a mantenerla en su sitio.

—Te toca. Este es para ti, ¿eh?, ¿no es cierto?

Joan se recuesta en su ataúd. Siarl ha dispuesto en él varios chalecos viejos de cabritilla para hacerle el trayecto más llevadero. Joan cruza las manos sobre el pecho, cierra los ojos. De pronto, abrumada por el remordimiento, se incorpora, sale del ataúd y me estrecha entre sus brazos.

—A ti y a las demás, Rose, Lavinia, Millicent, Eleanor, Mary, que Dios os bendiga. Y que os ame, si puede. Si Él no puede, lo haré yo. Y, si me es dado, os bendeciré en su lugar. Adiós.

Vuelve a tenderse entre las tablas de madera, cierra los ojos, cruza las manos. La segunda vez ya resulta más fácil. Siarl deposita la tapa, sin clavarla.

—Y ahora, un último esfuerzo.

Me mira con preocupación.

—Por todos los…, no estarás sola, ¿verdad? ¿Dónde están las demás?

—En el oficio de difuntos. Cantando.

—Deberían estar contigo, ¿no? Habrá que cargar con el ataúd…

—La abadesa lo ha previsto todo. Pedirá a las más fuertes que os ayuden.

—Pero no me refiero a ese ataúd, me refiero a este, al de repuesto. El que lleva a Joan dentro y todos creen que está vacío, ¿no es verdad? Si está vacío, no pesa, ¿eh? Se lleva sin esfuerzo, ¿no? ¿Quién puede ayudarte? ¿Cuáles son las forzudas? Más forzudas que tú, claro.

Lo pienso un instante. Desde luego, no es Millicent, ni Lavinia. ¿Eleanor, quizá? ¿O Rose?

—Pues la una o la otra, qué más da, o mejor las dos, ¿eh? ¡Corre a buscarlas, tráelas por las orejas si hace falta! Yo aguardo aquí. ¡Rápido, ¿eh? Rápido!

Correr rápido es difícil. El aguacero vuelve todo lento y penoso. La humedad cala nuestras almas y nuestros hábitos. Correr vestida con un hábito benedictino no solo es incómodo, sino indecoroso. Y aun así no escatimo esfuerzos; el ruido de mis sandalias resuena bajo las bóvedas. Saber que Joan está encerrada en una caja de madera también me pone nerviosa. Llego sin aliento a la iglesia, donde, por fortuna, casi nadie se fija en mí. El oficio de difuntos prosigue; cuarenta voces se funden en un solo canto. Lo más difícil ahora es acercarme lo suficiente a Eleanor y a Rose para hacerles una seña, y luego partir con ellas con el mismo sigilo. ¿Cómo pasar inadvertida en una comunidad que preconiza la vigilancia de unas sobre otras?

Tardo más de lo que me hubiera gustado, pero con la ayuda de gestos torpes logro llamar la atención de Rose. Por suerte, esta vez no se ha colocado, como acostumbra, en la última sillería del coro. Poco después, Eleanor también responde a mis señas. Como el oficio transcurre en penumbra, logramos abandonar la iglesia subrepticiamente, sin ser vistas. O eso espero. Una vez fuera, atravesamos el atrio, el patio hasta el claustro y luego las arcadas hacia los aposentos, sin cruzar palabra.

Llegamos demasiado tarde: apenas hemos alcanzado el corredor, vemos a cuatro monjas venir a nuestro encuentro. Caminan con paso lento y mesurado; portan el féretro de Joan; mejor dicho, el de su maniquí. Tras ellas avanzan la abadesa y la priora, con semblante grave. Entre las que portan el féretro distingo a la segunda Mary, a Mildred y puede que a Julian. No alcanzo a ver el rostro de la cuarta, oculto en parte por el ataúd. Al no poder darnos la vuelta, nos

hacemos a un lado para dejar pasar la procesión. Al cruzarse con nosotras la madre abadesa me lanza una mirada. Todo pasa muy rápido; a ella le da tiempo a sorprenderse, pero no a entender lo que le sorprende. Un instante después, vuelve a bajar la cabeza. Me pregunto si su aflicción por la muerte de Joan es sincera. Solo Dios puede saberlo.

Las vemos alejarse. Su marcha lenta y solemne parece no tener fin. Como estamos apuradas, todo lo fúnebre se nos antoja insoportable. Cuando la procesión desaparece por fin al fondo del corredor, ocultas por la primera arcada, reanudamos la carrera hasta la celda de Joan. Hallamos al carpintero en un estado de gran agitación. Su paciencia lo ha abandonado.

—Ah, por fin. Aquí estáis. ¡Venga, manos a la obra, cada una por una esquina! Tú aquí y tú allí. Hay que levantar a la vez. Todas a una, ¿eh? Juntas conmigo… ¡Rápido y bien!

Siarl lanza todavía un par de consignas más en su lengua. No sé si cuenta o si son juramentos lo que profiere. El ataúd pesa más de lo que me imaginaba.

El trayecto hasta la carreta es azaroso. El estado del terreno fuera de nuestros terraplenes de piedra es tan deplorable que me pregunto si los caballos lograrán salir algún día. Un pensamiento absurdo me inquieta: ¿y si Joan encontrase la muerte dentro de su caja, ahogada bajo este diluvio? Con un enérgico empujón, Siarl coloca el ataúd sobre el piso de su carreta. Nuestra misión acaba aquí y ahora.

Recuerdo las palabras de Joan:

—Me iré de la abadía.

—¿Por dónde?

—Por la puerta principal.

—¿Y cómo?

—Al paso del caballo.

—¿Qué caballo?

—El del carpintero.

El caballo está ahí, incluso hay dos, ateridos de frío. Eleanor y Rose se alejan ya, alzando el hábito con ambas manos. En estos momentos, las hermanas del otro cortejo con las que nos cruzamos

deben de estar depositando el maniquí en medio de la congregación, para exponerlo a la vista de todas. ¿Dónde? ¿En la capilla, tal vez? ¿O quizá en la sala capitular?

Siarl echa la lona sobre su carga y luego reclama con voz potente:

—¡Abrid!

Dos sirvientes llegan corriendo, con la cabeza hundida en los hombros. Los veo maniobrar, echando pestes, el enorme cerrojo de la puerta de fortificación: el hierro ofrece resistencia, como si lo hubiese hinchado la lluvia, igual que ha hecho con la madera. Finalmente, las pesadas puertas se abren. Siarl ya está en el pescante con las riendas en la mano. Es entonces cuando me asalta otro pensamiento absurdo. ¿Y si Mildred, Julian, la segunda Mary y la otra monja cuyo rostro no he visto se hubiesen llevado a la verdadera Joan? ¿Y si el bueno de Siarl, momentáneamente distraído, no se hubiese dado cuenta? ¿Y si estuviese a punto de sacar de la abadía un simple maniquí de madera? Por más que me repita que mi temor es infundado, que el carpintero nunca habría cometido un error tan grave y que nos habríamos dado cuenta, no logro tranquilizarme.

La idea es absurda, y sin embargo la creo a pies juntillas. La creo precisamente porque es absurda. *Credo quia absurdum*. ¿Dónde he leído yo esa frase? ¿Quién la dijo? ¿Quién la escribió? Eso es lo de menos ahora. Lo que quiero es estar segura. Tengo que comprobarlo a toda costa y le grito al carpintero:

—¡Un momento!

Siarl detiene los caballos a regañadientes. Me deslizo bajo la lona y golpeo dos veces el ataúd.

—¿Joan?

Golpeo de nuevo.

—Joan, ¿estás ahí?

Mi pregunta queda sin respuesta. A través del aguacero, oigo pasos precipitados. Me atrevo a levantar la lona y en ese momento veo a la priora caminar decidida en nuestra dirección. No puedo evitar fijarme en que camina como algunos pájaros, balanceando la cabecita hacia delante, a saltitos, con cada paso. Si bajo ahora de la carreta, levantaré las sospechas de la priora. Pero ¿cómo voy a

permanecer bajo esta lona? ¡Eso es imposible! Los pasos se acercan. Dudo entre dos opciones, y ninguna me parece buena.

En medio de mis vacilaciones, la carreta se pone en marcha. Siarl acaba de gritar algunas palabras en su lengua a los caballos, que arrancan sin más la carreta del profundo lodazal en que parecía incrustada para siempre. El carpintero tenía razón: los caballos de Percy son fuertes y en muy poco tiempo alcanzan un buen ritmo. En cuestión de segundos, la carreta ya rueda rápido, chirriando, chapoteando. Primero se balancea peligrosamente de izquierda a derecha algunas yardas, hasta estabilizarse. Ya está lejos de la abadía cuando creo oír cómo se cierra la puerta de fortificación.

Joan es libre, ahora. O debería serlo, si no hemos cometido un error funesto. Sea como fuere, yo soy, a mi pesar, el polizón de su fuga.

*

Así prosiguieron las exequias de Joan, en su ausencia, según lo que contarían más tarde Eleanor y Millicent.

En la sala capitular, cuarenta benedictinas con la cabeza gacha procesionan alrededor de un maniquí. La madre abadesa les ha dado instrucciones estrictas: esta vez, excepcionalmente, no habrá beso de despedida. Las monjas se contentarán con saludar a Joan de Leeds de lejos, a la luz de los cirios. Posarán la mirada sobre los restos mortales de su hermana y la encomendarán a Dios, después de lo cual regresarán a la iglesia para reanudar el oficio de difuntos. La comunidad de la abadía se recogerá entonces en el canto y la oración.

El maniquí da el pego. Pero ¿por cuánto tiempo todavía? La lluvia le es favorable, reina una profunda oscuridad, acaso la misma que cubrió la tierra el día de la muerte de Cristo. «Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora novena…». Los cirios apenas logran iluminar la estancia; solo un tímido resplandor viene a acariciar los rostros y las paredes. Pero es una luz débil y engañosa, parece a punto de extinguirse. En medio de la sala capitular, constreñida en su cuna de madera, yace la efigie de Joan

de Leeds, con el rostro vuelto hacia un lado, las manos juntas, unas hermosas manos esculpidas por la propia Joan y bruñidas con tintura de cáscara de nuez. Lanza a sus hermanas una mirada de muerte.

El paso de las monjas es lento. Si no fuera por la lluvia, reinaría el silencio. «A su voz, hay tumulto de aguas en los cielos». El agua rebosa de los canalones y se precipita en los toneles, que también se desbordan. Todas las que osan mirar los restos mortales de Joan quedan impactadas por su rostro. Algunas, aquellas que nunca supieron amar a Joan, encuentran esa máscara escalofriante, como si contemplaran el rostro de la mismísima muerte. Otras la encuentran agraciada, como si Joan fuera ya una santa y su santidad se revelase ahora. No faltan incluso las que ven en ella una singular mezcla de fealdad y belleza. Bajan la mirada de inmediato, pero esa visión las perseguirá durante mucho tiempo.

—Haced que se le dé sepultura hoy mismo. La visión de este cuerpo me desconsuela.

La abadesa dicta sus órdenes en voz baja. La muerte de una religiosa exige adoptar gestos pausados y reverentes. Cuando las monjas hablan, susurran. Ya habrá tiempo de hablar en voz alta. Pero como benedictinas que son, ese tiempo no será jamás un tiempo de excesos: seguirán guardando silencio, cubriéndose la cabeza con un velo blanco o negro. Continuarán trabajando cada día y seguirán considerando la muerte como una bendición.

Con el paso de las horas, la lluvia amaina, y luego, contra todo pronóstico, escampa. El cielo negro se vuelve gradualmente más gris, más pálido, casi blanco. Al final del día, habrá quien tal vez llegue a ver un jirón de cielo azul, en algún lugar de poniente. Pero la tierra sigue empapada y así seguirá durante mucho tiempo. Cuando el ataúd haya descendido a la fosa, reposará sobre un palmo de agua. Los tres sepultureros encargados de la tarea resbalan a cada paso. Rellenar la zanja no les resulta difícil, la tierra parece querer volver por sí sola a cerrar aquella hendidura. Cuando plantan sobre la tumba de Joan una cruz con su nombre, se dicen a sí mismos que no durará mucho en pie en un suelo tan suelto. Mañana mismo habrá que enderezarla.

Dentro de un año, tal día como hoy, la madre abadesa ordenará a Talbot duplicar las raciones de la cena de las hermanas. Será una forma de conmemorar la muerte de Joan de Leeds, monja benedictina, desaparecida en algún lugar de Yorkshire, el año del Señor de 1318, décimo del reinado del rey Eduardo II.

Segunda parte

1

El universo empieza aquí.

Eso es lo que piensa Joan, encerrada en una caja estrecha e incómoda. Los caballos de Percy son fuertes, pero el camino está encharcado, abarrancado por la lluvia, y la carreta de Siarl acusa ya los años de servicio. Tras una carrera recta durante un tramo, ha vuelto a cabecear. El carpintero corrige con destreza los traqueteos, aunque a costa de violentos enderezamientos. Dentro de su ataúd, Joan es zarandeada de un lado a otro sin piedad, como un recién nacido arrojado a una canasta y luego a las aguas turbulentas. Pero, si los jirones de los viejos chalecos de cabritilla no bastan para protegerla, los años de contrición entre los muros de la abadía le han enseñado a sufrir sin quejarse. Desde donde me hallo, también bastante baqueteada, no escucho ni un solo gemido, solo los golpes que da el cráneo de Joan contra la madera de su ataúd.

«Mío es el mundo —dicen las Escrituras—, el mundo y cuanto contiene». Para Joan de Leeds, el universo comienza aquí mismo, en este camino devastado, entre dos cunetas inundadas de agua. Pero qué extraño comienzo. Qué insólita libertad, entre cuatro tablones de madera mal escuadrada, arrastrada por la brusquedad de un par de caballos.

Joan le había dicho al carpintero:

—Cuando hayamos perdido de vista la abadía, detendrás los caballos y vendrás a liberarme. No podré respirar durante mucho tiempo en esa caja. No temo quedarme sin aire, sino acostumbrarme a la muerte ahí dentro. El resto del viaje será más fácil, lo haremos con calma hasta el feudo de mi tío Clarence.

Joan lo había previsto todo: primero unas cuantas millas hasta recorrer una distancia suficiente, lejos de la abadía, lejos de la abadesa y de la priora. Una vez que la carreta de Siarl haya atravesado el primer bosque al sur del convento, Joan podrá considerarse a salvo, o casi. Será como si hubiera cruzado el

horizonte más allá del cual será para siempre invisible, inencontrable e irrecuperable. Lo había planeado todo, salvo mi presencia a su lado.

Según lo acordado, Siarl hace que sus caballos se detengan, con demasiada brusquedad para mi gusto. Me sangra la mano derecha de tanto aferrarme a una de las tablas.

—Te pido perdón, ¿eh?

Me ayuda a bajar. Debo de parecer un pajarillo herido.

—He visto venir a la priora y me he dicho: «alguien se ha ido de la lengua, ¿no crees?, y ahora vendrán a por nosotros». Entonces, ¡huesque!, ¡ria!, decidí largarme. Estaba seguro de que podíamos contar con los caballos de Percy… Estás sangrando, ¿no es verdad?

—No es nada. Hay que liberar a Joan.

Desde el inicio del viaje, aparte del ruido de la cabeza contra la madera, no he oído nada procedente del maldito ataúd. Siarl levanta la tapa de un solo gesto. Me estiro en las puntas de los pies para mirar por encima de los hombros del carpintero. Joan está tendida, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados, la frente arañada. Pregunto:

—¿Está muerta?

—Qué ocurrencia.

—Sí, está muerta.

—Eso no sería propio de ella. Además, mira…

Joan abre muy despacio los párpados. Sus ojos, un tanto desorientados, vacilan antes de fijarse en el cielo.

—Así que este es el cielo del mundo exterior. Aquí también llueve. Espero que el mundo, pese a todo, merezca la pena.

*

«Ese día, aun el más valiente de los guerreros huirá desnudo», afirma el Señor. Las palabras recibidas por Amos me vienen a la memoria mientras Joan se incorpora con dificultad y, tras varios intentos, logra salir de su ataúd. Habría deseado para ella un primer día de libertad más alegre, más jubiloso. Un día de primavera, por ejemplo, como esas de amor y de pájaros que cantan los poetas de

Francia, con su estilo tan singular. Me doy cuenta de que Joan está muy debilitada por tantas semanas de aislamiento voluntario. El rato pasado en esta carreta no ha hecho sino empeorar su estado. Estoy segura de que, si pudiera verse a sí misma, rasguñada, escuálida, desgreñada, el hábito hecho un pingajo, le daría un ataque de risa. Se plantaría en medio de un campo, como suele hacer su tío Clarence, salvo que ella lo haría para asustar a los cuervos.

Y, sin embargo, es para mí para quien Joan reserva su compasión.

—Helisende, ¿qué ha sucedido? Te he arrastrado en mi huida sin querer. ¿Qué voy a hacer contigo ahora? No puedo obligarte a cometer el mismo crimen que yo. Siarl tiene que llevarte de inmediato a la abadía. La abadesa no debe advertir tu ausencia, sería peligroso para mí. Y desastroso para ti.

—Llevarme de nuevo al cenobio significa regresar con todas sus consecuencias; tú tendrías que esconderte otra vez en el féretro y correr el riesgo de que te descubran. Cuando partimos, vi a la priora correr hacia nosotros. Quizá ya haya dado la voz de alarma.

Me vuelvo hacia el carpintero:

—¿No es así?

—No, no lo creo, porque ya nos habrían pillado. Pero regresar allí, ¿no?, eso sí que es un riesgo… Para mí, uno muy pequeñito. Para ti, Helisende, algo mayor. Y para ti, Joan, un riesgo enorme. Así que yo, ¿no?, pues lo tomas o lo dejas, ¿eh?, y a mí me da igual, yo me la juego. Pero el resto depende de vosotras.

La lluvia está amainando. En medio de un paisaje de bosque y pradera cubierta de matorrales, del que empieza a levantarse una niebla obstinada, como si la tierra devolviese toda el agua recibida, se hallan tres extraños personajes: un gigante, una joven monja y una fugitiva hecha harapos. Los tres, enzarzados en una conversación que se asemeja a una transacción, y pronto a una disputa. Me da vergüenza confesárselo a Joan, que tiene el valor de marcharse, pero yo no tengo fuerzas para dejar la abadía. No tengo fuerzas para acompañarla. Y creo que tampoco el deseo de hacerlo.

—No te pido que vengas conmigo, Helisende, ya lo sabes.

—Lo sé. Mi lugar está en la abadía. Perdóname y compréndeme.

—Por supuesto que te perdono y que te comprendo.

—De tu perdón no tengo duda alguna. Pero ¿entiendes que, para mí, para Eleanor, para Rose, para Millicent y Lavinia, para Mary, el saberte fuera será como una forma de libertad? No debería bastarnos, pero es así, al menos por ahora. La energía que hemos dedicado a tu huida es la misma que emplearemos en imaginarte. Pensaremos en los menores detalles, día tras día, hora tras hora. Será nuestra parte de evasión y nadie podrá arrebatárnosla. No me sentiré prisionera mientras sepa que tú estás en otro lugar.

—Si has de regresar a la abadía, procedamos sin demora. Siarl, haz girar tus caballos. Vuelves allí por una razón o por otra, ya se te ocurrirá un pretexto. Yo seguiré sola.

—¿A pie?

—No tardaré mucho. El feudo no se halla lejos. Estaré allí antes de que anochezca. Indícame solo la dirección que he de tomar.

Siarl suelta la brida para señalar un punto hacia el este.

—Por ese lado. Dos horas de marcha, ¿no? Bueno, dos horas y media en tu estado, ¿eh? Dentro de una hora, tendrás Wheldrake a tu izquierda, continúas hasta el río, luego giras hacia el sur y vas bordeando el río hasta Thorganby. Me esperas allí, que ya te alcanzo yo, ¿no es verdad?

Joan vuelve el rostro hacia oriente. La oigo repetir en voz baja: «Wheldrake a la izquierda, seguir el río hasta Thorganby…».

—Mientras tanto, yo llevo de vuelta a la chiquilla. Ya encontraré una excusa: les diré que el viejo Siarl no sabe dónde tiene la cabeza, ¿no?, que se ha olvidado su mazo y sus clavos. Y, si la priora me viene con sus sermones, ¡cuidadito!, le diré que me encontré por el camino al de las patillas y que le di un paseíto, ¿no es cierto? Sí, pediré un poco de sopa caliente, y tú, Helisende, encontrarás la forma de salir de debajo de la lona sin que te vean, ¿sí? ¿No es así?

El carpintero sube de un salto a su carreta y hurga en el ataúd como si fuese el arcón de un ajuar nupcial. Saca de allí los chalecos de cabritilla.

—Toma, Joan, para el camino. No tengo más que esto y mi calabaza medio llena. Pero será suficiente hasta Thorganby. Adiós, ¿sí? Y buena suerte…

Los caballos trotan ya a buen ritmo. Joan se queda sola, envuelta en la niebla. Me giro para mirarla por última vez. Desde lejos, no es más que una silueta irreconocible. En el fondo, quizá sea eso lo que siempre soñó ser.

*

Nuestro regreso transcurre en silencio. A medida que nos aproximamos a la abadía, la tristeza se mezcla con una creciente preocupación. Pronto llega el momento en que debo ocultarme bajo la lona. Tampoco nos va a llevar mucho tiempo, me dice Siarl. No sé si sus palabras me tranquilizan o me inquietan aún más. La carreta se bambolea de un lado a otro del camino resbaladizo. Oigo cómo se abre de nuevo la gran puerta de defensa, el crujido de la madera y el hierro. El carpintero desmonta, la servidumbre cierra el portalón, el cerrojo chirría al encajarse en la armella. Y aquí estoy, de nuevo en el punto de partida, envuelta en el silencio habitual de la abadía. Siarl se ha alejado; distingo su voz, pero no sus palabras. Luego ya no oigo nada, salvo el resuello de los caballos de Percy, algunos pasos sobre el barro y, de cuando en cuando, la voz de alguna criada. Más lejanos aún, me llegan desde la iglesia los cantos del oficio de difuntos. ¿Cómo saber cuándo estará despejado el camino? No puedo permitirme esperar a la noche.

Cuando me atrevo a salir de la carreta, respiro aliviada al ver que la niebla ha espesado. Hay un Dios para Joan, y también uno para la pequeña Helisende. Me echo la capucha sobre la cabeza. Dudo: ¿adónde ir? ¿A la iglesia, para unirme al coro de monjas? ¿A mi cama? ¿A las cocinas, en busca del consuelo de Talbot y las cocineras?

Opto por ir a la enfermería; al menos tengo el pretexto de una herida en la mano derecha para refugiarme en esa cueva perfumada de salvia y valeriana. La vieja Winifred sabrá curar una herida corriente y moliente. Por una vez se sentirá útil, se mostrará orgullosa, y eso la hará indulgente, casi amable. Le inspiraré compasión, y eso ayudará a hacer olvidar mi ausencia. Al menos, así lo espero.

*

Joan se repite una y otra vez: «Hacia el este, Wheldrake a mano izquierda, seguir el río hasta Thorganby». Con los caballos de Percy, un paseo semejante lo haría en un periquete. En la niebla, a través de caminos embarrados y páramos empapados, se vuelve una travesía incierta. ¿Cómo saber dónde está el este, cuando la bruma ha borrado el sol y es seguro que no habrá ninguna estrella en el cielo? ¿Cómo estar segura de que las sombras de aquellas construcciones, algo a la izquierda, merecen el nombre de Wheldrake?

La vida de la abadía es el eterno reinicio de un mismo día; la vida de las benedictinas no es más que una sola jornada, reproducida idénticamente. Las únicas excepciones son las fiestas litúrgicas, como la Semana Santa, y la muerte de alguna de las hermanas. «Hoy soy yo la que ha muerto», recuerda Joan. «Hoy, gracias a mí, las hermanas tienen un poco de distracción».

Este pensamiento apenas basta para aliviarla de su agotamiento, sus dolores y su inquietud. ¿Dónde está el este ahora? ¿Dónde está el oeste? ¿Dónde encontrar el sur? Pronto habrá perdido también el sentido de arriba y abajo. «E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del mismo de las que estaban sobre él. Y llamó Dios al firmamento cielo». ¡Caramba!, qué fácil parece para Dios. Abajo está abajo, arriba está arriba, y la noche sigue al día. Mas para una criatura al límite de sus fuerzas, que acaba de estar al borde de la muerte y camina sin rumbo, adivinar dónde se halla el cielo es una prueba insuperable.

«Y vio Dios que era bueno». Esto también se lo repite Joan, para mantenerse despierta. Esto es bueno, el mundo es bueno, y es el que está empezando a pisar, a descubrir, lo mejor que puede, poniendo un pie delante del otro. Parece querer escaparse de ella, detrás de una espesa niebla, pero no será así durante mucho tiempo. Acabará por entregársele. Joan ha tenido el valor de mostrar su cadáver delante de toda la congregación de monjas. Habrá una noche, habrá un amanecer, mañana será el segundo día, saldrá el sol y el aire será límpido.

«Y dijo Dios: "Cúbrase la tierra de verdor, de hierba verde que engendre semilla y de árboles frutales…"».

Joan piensa: «si tan solo el mañana pudiera ser hoy, con su sol, sus semillas y sus árboles frutales, entonces podría descansar, como José y María durante su huida a Egipto». Se repite una vez más las instrucciones de Siarl, Wheldrake, el río, Thorganby. Se pregunta dónde se habrían detenido a descansar José y María. ¿En qué lugar le recomendarían a Joan que se echara un rato a dormir? En un pesebre, sin duda. Por ahora, sin embargo, no hay sombra de pesebre ni de redil. Tampoco hay una cueva propicia en la falda de una colina, por la sencilla razón de que no hay colina. Solo las grandes extensiones verdes y pardas de Yorkshire.

A Joan le flaquean las piernas; está al límite de sus fuerzas. El regusto ácido de las setas de venas amarillas invade su boca. «Al diablo el pesebre, al diablo el aprisco», se dice. «Me tumbaré aquí, al borde del camino, solo un ratito».

Y añade en voz alta:

—Y si algún ángel quiere aparecer para guiarme, que no lo dude.

Luego pierde el conocimiento.

2

La enfermería es un pobre refugio, pero me basta, lo acepto con la humildad de una benedictina que ha estado a punto de romper su voto de obediencia. Ni toda mi pobreza ni mi castidad reunidas habrían sido suficientes para hacerme perdonar. No de inmediato, al menos. La abadesa habría visto en mi falta un mal ejemplo, susceptible de ser seguido por monjas impresionables y por novicias aún indecisas. La enfermería, húmeda y desoladora, está como siempre, a oscuras; parece el lugar idóneo como guarida de malhechores. Habría que tener un olfato experto para percibir, a través del olor a tierra y madera empapada, el aroma de la melisa.

Por fortuna, Winifred no está; en este momento debe de estar cantando en la nave de la iglesia. Oculta entre las demás hermanas, fingirá llorar la pérdida de Joan de Leeds y encomendará a Dios el alma de su hermana difunta. Y, si Dios no la quiere, el Príncipe de las Tinieblas sabrá cuidar de ella.

En la enfermería, por ahora, no hay nadie más que Clydwyn, una mujer sin edad, como si hubiese venido al mundo sin haber sido acabada del todo. Es enfermiza y casi ciega. Winifred la aprecia precisamente por esas dos cualidades y Clydwyn se mueve sin problemas por la angosta penumbra de su enfermería. Es la ayudante de Winifred, aunque todas sabemos que esta la considera su sirvienta personal.

Le confío mi mano derecha; la sangre se ha restañado, pero la herida aún está en carne viva. Clydwyn me atiende con diligencia, sin hacerme ninguna pregunta. Aprovecho la ausencia de Winifred para quedarme en la enfermería. Aquí, poco a poco, voy recobrando la calma. Pasan las horas, cae la noche, la oscuridad se hace más profunda. Clydwyn permanece sentada en una silla, inmóvil, sumida también en las sombras. Creo que duerme, aunque la oigo rezar. Cuando estimo que ha concluido el último oficio del día, regreso en silencio a mi jergón, con el estómago vacío. Por ahora, estoy a salvo.

Esa sensación no dura. Un poco más tarde, en la hora más tenebrosa de la noche, es decir, en el momento del oficio de maitines, cuando me uno a la procesión de las hermanas con la cabeza gacha, apenas arrancada del sueño, siento una mano cerrarse sobre mi brazo. La abadesa está frente a mí.

—¿Dónde estabas?

—Acabo de levantarme de la cama.

—Lo que te pregunto es que dónde estabas ayer. No te vi en el oficio de difuntos. ¿Dónde estabas, Helisende? Obedece y no mientas.

Si miento, cometo un pecado. Si digo la verdad, confieso un pecado más grave. Debería escoger el pecado venial, la mentira.

—¿Me vas a contestar o te ha comido la lengua el gato?

—Estaba acostada.

—¿Te permites el lujo de faltar al oficio? ¿Estás enferma como Lavinia?

—No.

—¿Entonces?

—La muerte de Joan me ha abatido profundamente.

—¿Y para qué sirve el oficio de difuntos, sino para poner en común nuestras penas?

—Tenéis razón…

—¿Y la razón de esto cuál es?

La abadesa me agarra la mano derecha. Clydwyn la envolvió con una cataplasma de salvia medicinal en un paño fino de algodón, milagrosamente limpio. «El Señor extendió su mano y me tocó la boca. Y dijo el Señor: "He aquí que he puesto mis palabras en tu boca"». Ah, ojalá pudiera ser como Jeremías. Pero es todo lo contrario, soy como el necio de Isaías, el que profiere disparates: mi boca habla más rápido que mi pensamiento.

—Me he mortificado. Perdonadme.

—¿Te has mortificado? ¿Por qué?

—Por la vergüenza de haber perdido a Joan, de no haber logrado salvarla; por la vergüenza de quedarme sola, en lugar de unirme a las demás; por la vergüenza de ceder a la pena y al egoísmo.

—Son muchas vergüenzas esas.

La abadesa acerca un cirio a la palma de mi mano para observarla con más atención.

—Que el Señor, en su infinita misericordia, se apiade de ti, Helisende. Sé que amabas a Joan de Leeds. Pero aquí no aliento este tipo de prácticas. El silencio, el estudio y la oración son suficientes. No me agrada el sufrimiento excesivo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Ahora ve a reunirte con las demás. Verás cuánto ganamos al disolvernos por entero en la comunidad.

Cuando entro en la iglesia, los cantos ya han comenzado. El eco de cuarenta voces flota ya muy alto, entre las nervaduras de las bóvedas.

*

Ahora que Joan ha sido enterrada, la abadía puede retomar su ritmo habitual. Como ya he dicho, la abadesa ve en la rutina el mejor de los remedios. La eterna jornada reanuda su curso, idénticamente, sin desvíos. Esa es la razón, sin duda, de que amemos el paso de las estaciones. Las plantas y los árboles llevan una vida más variada que la nuestra. Joan, a veces, cuando aún estaba entre nosotras —en el convento, se entiende—, incluso envidiaba a las coles. Pero precisaba:

—No me refiero a las coles que conservamos en salmuera. A esas las compadezco, pobrecillas. Hablo de las coles vivas, las que nacen y florecen…

El oficio de maitines, el oficio de laudes, los oficios de prima, tercia, sexta, luego el de nona y, finalmente, el de completas, el último. Transcurren unas horas, el tiempo justo para sumirse en un sueño ligero, y ya las campanas nos despiertan de nuevo para el oficio de maitines. Hay una mañana, hay una tarde. Otra mañana seguida de otra tarde. Joan ha decidido trocar esta existencia circular por una vida de aventura, a lo largo de un camino del que lo ignora todo.

*

Al menos, Joan debería seguir un camino. Pero de momento está inmóvil. Yace de espaldas. El regusto ácido ha desaparecido de su boca y la humedad la ha calado hasta los huesos. Piensa que ha sido un error acostarse sobre la hierba. Piensa que la enfermedad la alcanzará y la muerte vendrá tras ella, una muerte de animal. La dureza del suelo se le clava en los hombros. Cuando lo palpa, los dedos no tocan tierra ni hierba, sino algo más seco, como una tabla. Durante un instante, Joan cree haber vuelto a su ataúd.

—Dios mío, esas necias se han equivocado otra vez, me han enterrado en lugar de…

Se incorpora, presa del pánico.

—No me importa morirme de frío, pero no por un estúpido error.

En ese momento, se le acerca una silueta, ancha y corpulenta, y en alguna parte de esa masa Joan distingue un rostro. Rojo, granujiento y flácido como las barbillas de una gallina. Joan dice:

—¡Vaya!, aquí llega la Muerte, y yo ya me he muerto. Qué lástima, precisamente ahora…

—¿Dónde ves tú la muerte, pichoncita mía?

La Muerte no es la muerte, sino una mujer vestida con una amplia cota parda, más o menos bien atada, y sobre los hombros una piel rojiza. Joan se pregunta si esa mujer no habrá despellejado un zorro para abrigarse.

—Si soy yo la que tomas por la muerte, que sepas que soy insensible a los halagos. Bueno, pues ya que te has despertado, puedes beberte el caldo tú solita.

Joan mira hacia su izquierda: un cuenco de caldo y, en torno a él, un batiburrillo de pieles, marmitas, utensilios y sacos de arpillera. Vigas y puntales de aspecto endeble, ristras de cebollas y ajos. Y desbordando de lo alto, el ramaje de una techumbre de paja.

—¿Dónde estoy?

Busca dos palabras sepultadas en su memoria. Hace un rato, antes de perder el conocimiento, las recitaba en voz alta para no olvidarlas.

—¿Esto es Wheldrake? ¿O he llegado a Thorganby?

—Ni lo uno ni lo otro, pichoncita. Wheldrake está a tres jornadas a pie. Y Thorganby queda al sur de Wheldrake, siguiendo el curso

del río.

—¿Y cómo puede ser que me halle a tres días de Wheldrake, si hace apenas un momento estaba a dos horas de camino?

La mujer deja escapar una risita, que sacude la piel de su rostro, y este, a su vez, se pone a temblar.

—Los demonios se han apoderado de tu sesera, pichoncita mía, desvarías. Comes las horas y vomitas los momentos. Mejor será que bebas mi caldo, anda.

Joan bebe un sorbo de ese líquido humeante.

—A ver, ¿qué te parece? ¿Está bueno?

—Ni bueno ni malo, quema. Su sabor no me recuerda a nada.

—Mejor que mejor; bebe, chiquilla.

La mujer acerca un taburete a la tabla donde Joan permanece acostada. Se sienta exhalando un largo suspiro. Cada uno de sus movimientos se propaga como una onda por su piel flácida; Joan tiene la impresión de que esta mujer nunca está del todo en reposo.

—Bebe y, mientras tanto, te lo cuento. Te encontré medio muerta, por los parajes de Camblesforth.

—¿Eso está cerca de Wheldrake?

—Sí y no. Más bien no. Escúchame, deja de parlotear. Te encontré allí, tiesa. Casi te piso. ¡Ah, qué poquita cosa somos!, sobre todo tú. Bueno, eras muy poquita cosa antes de que yo apareciese. Ahora vas mejor; hay un santo protector de las pichoncitas como tú. Te traje aquí. Puedo decirte dos cosas. Primera: no vayas a creerte que fue como llegar y besar el santo. Eres flaca como una garduña, pero pesas lo tuyo. Y yo ya no tengo la fuerza que tenía. Es más, me pregunto si la he tenido alguna vez. Y luego, ¿cuál era la otra…? Ah, sí: que te he salvado la vida.

—Se lo debo todo.

—No lo sabes tú bien. Ahora dime: ¿qué mosca te ha picado para comer esas porquerías amarillas?

—¿Qué porquerías?

—Las setas. Las reconozco por el tinte que te dejaron en la piel. Y también por el olor.

—Me moría de hambre.

—Eres un bicho raro, me pregunto de dónde has salido. ¿En vez de morirte de hambre tranquilamente en los brazos del Señor, prefieres morirte horriblemente con esas porquerías amarillas del demonio?

—No sabía que eran malas.

—Por aquí hay de todo, qué quieres que te diga. Hasta las trompetas de la muerte son comestibles. Hay que ponerle mucho empeño para comer veneno. Y muy mala suerte, o al contrario, una suerte de mil demonios. Un poco más y dejas este valle de lágrimas, ¿entiendes? Pero por suerte para ti me crucé en tu camino, o más bien tú te cruzaste en el mío. Bebe otro traguito. Lleva celidonia, hierba de Judas y ricino. Y alguna otra cosita. Bebes, duermes un poco y luego despiertas con otra cara. No eres la única a la que tengo que cuidar, bonita.

La poción, al enfriarse, se torna más amarga. Joan se pregunta si existirá en este mundo alguna medicina que se deje beber con gusto. Algo como la leche y la miel mezcladas. Pese a sus reticencias, Joan bebe, necesita recuperar fuerzas antes de reemprender la marcha. Tal vez Siarl la esté esperando en Thorganby. Si no llega en la hora próxima, es probable que se alarme. Tras apurar la última gota haciendo una mueca, pregunta:

—¿Llevo mucho tiempo aquí?

—Tres días, pichoncita. Pero no te preocupes, el hospedaje es gratuito, igual que el caldo.

—¿Tres días? Dios mío, debería estar en Thorganby. Dejadme marchar.

—Pichoncita, yo no te retengo.

La mujer del rostro rojo posa una mano sobre la frente de Joan, que se queda dormida al instante.

*

El emplasto preparado por Clydwyn ha resultado eficaz: mi herida va cerrando. Cuando se la muestro a Winifred, acerca la nariz a la palma de mi mano. La observa, pese a la falta de luz, y no parece hallar en ella nada alarmante. Se limita a darme un jirón de tela para

reemplazar el que hasta entonces usaba como venda. Pero no es de algodón ni está muy limpio. Como el emplasto de salvia ha desaparecido, ya no tengo ninguna razón para vendarme la mano, así que la dejo al aire, rezando para que termine de curar sola.

Cuando me cruzo con la abadesa, no hace otra cosa que mirarme la palma con desconfianza. Debe de sospechar que intento imitar los estigmas de Cristo crucificado. Eso significa que, además del pecado mortal de mutilación, cometo también el pecado de orgullo. No hace mucho, eso me habría valido más de un latigazo. Pero la abadesa todavía respeta el duelo y los castigos han sido suspendidos.

Eleanor, Mary, Lavinia, Millicent y Rose arden en deseos de interrogarme. Solo ellas saben que subí por error a la carreta que se llevaba a Joan lejos de aquí. Quieren saber más. Pero desde ese día parece que la vigilancia de la abadesa, de la priora e incluso de la camarera se ha vuelto más intensa sobre todas nosotras, como si compartieran una sospecha. Harriet tampoco me quita el ojo de encima. Dondequiera que vaya, allí está ella. Parece una lechuza a plena luz del día, capaz de girar la cabeza en todas las direcciones, sin emitir ningún sonido.

Aun así, Eleanor y las demás me lo han confirmado: los funerales de la efigie de Joan se celebraron sin incidentes. La asamblea de las hermanas rindió homenaje al muñeco sin sospechar en aquello el menor engaño. Estaba muy maltratado por la lluvia y amenazaba con desarticularse por momentos. Pero el carpintero se las había arreglado para sujetarlo entre las tablas del féretro: el maniquí se mantenía erguido, como amarrado. Jamás las hermanas vieron a Joan quedarse tan quieta durante tanto tiempo. La ilusión, por lo visto, fue perfecta. Joan tiene motivos para enorgullecerse, si Dios le permite estar orgullosa de una impostura. Bajo la solemne dirección de la abadesa, en la tierra consagrada de nuestra abadía, recibió cristiana sepultura un maniquí de mimbre, de barro, de estopilla, de buriel y de cabellos teñidos.

A causa de la vigilancia creciente, evitamos reunirnos. Por acuerdo tácito, renunciamos a celebrar por la noche la reunión de la última vela. Temo que esas sesiones no vuelvan jamás a la vida. Por otra parte, en ausencia de Joan, ¿tendrían sentido?

Aprovechamos el azar para cruzarnos y darnos noticias. Logramos intercambiar alguna palabra durante los oficios y, si la luz nos es propicia, nos comunicamos por señas. También hablamos a hurtadillas cuando nos cruzamos en la enfermería, en el refectorio, de camino hacia la sala capitular, a los baños o, que Dios me perdone, al lado de las letrinas.

Con la práctica, nos hemos vuelto más audaces y nos hacemos las encontradizas con más frecuencia. Retazo a retazo, logro componer el relato casi completo de la fuga de Joan. Su evasión es una victoria y, pese a ello, las hermanas están preocupadas.

—¿Joan le pidió al carpintero que te trajera de vuelta? Eso es muy propio de ella, audaz hasta el final —dice Rose.

—Quizá demasiado audaz esta vez —opina Millicent—. Le ha faltado prudencia. A saber qué ha sido de ella.

—Es valiente.

—Pero está enferma. Debilitada por su régimen, por todas las noches dedicadas a construir esa enorme muñeca. Pregúntale a Lavinia. Ella sabe muy bien lo que es desmayarse con cada vómito. ¿Dónde estará ahora?

Tranquilizo a Millicent. A esta hora, Joan debe de hallarse, tal como estaba previsto, en casa de su tío, Clarence de Leeds. Y, si hacemos caso de lo que nos contó Joan, ese viejo excéntrico no la obligará a regresar a la abadía. Admirará su determinación. Los Leeds se sienten particularmente orgullosos de su valentía e independencia, lo consideran incluso un rasgo familiar. Joan me hablaba mucho de una de sus antepasadas. Se llamaba Hilda, el mismo nombre que la abadesa de Whitby. Dicen que vivió en tiempos del rey Arturo. Todas las mujeres de la familia de Leeds se comparan con Hilda, porque combatió sola contra cien hombres durante la batalla de Camlann. También se dice que habría tenido un hijo del mismísimo Arturo. No es fácil superar esa gesta.

—¿Cien hombres contra ella sola? Eso es una leyenda —me dice Millicent.

—Seguramente tienes razón, pero esa leyenda ha sido repetida tantas veces que ha terminado por volverse cierta. Joan honra la

memoria de Hilda, y su tío Clarence también. Y apuesto lo que sea a que verá una segunda Hilda en su sobrina.

No estoy segura de haber tranquilizado a Millicent. Aún veo la frágil silueta de Joan desvanecerse en la bruma, definitivamente sola. Hilda habrá despanzurrado a cien hombres, pero empuñaba una espada. Joan va con las manos desnudas, aunque, no hay que olvidarlo, está armada con una voluntad de hierro.

Harriet, nuestra silenciosa lechuza, acaba de aparecer en el rincón del claustro donde conversamos en voz baja. Es hora de callar y dispersarse. Y de que cada una vuelva a sus ocupaciones. Mientras me alejo, me viene a la mente la pregunta de Millicent. ¿Dónde se encuentra Joan ahora?

Seguiré repitiéndome esta pregunta durante los próximos meses.

*

La mujer de la cara roja le había dicho: «Bebes, duermes un poco y luego despiertas con otra cara». Joan bebió, se sumió en un profundo sueño y, al despertar, tenía otra cara. El regusto amargo de las setas ha desaparecido. En su lugar, en la lengua, un sabor dulce, como si hubiera estado masticando violetas.

Faltó a su cita en Thorganby. Seguramente Siarl la esperara una hora, quizá dos. Antes del anochecer, emprendería el camino de vuelta para devolver los caballos a su vecino Percy y enganchar sus dos bueyes a su vieja carreta. Tal vez regresase al lugar al día siguiente, sin muchas esperanzas. Se diría que Joan tenía recursos suficientes para llegar sola, a pie, a casa de su tío Clarence.

—Hice lo que pude, ¿eh? Cumplí mi misión, ¿no es verdad? Hasta arriesgué el pescuezo. Así que, digo yo, ¿qué más puedo hacer?

Siarl les dirige esta pregunta a sus dos bueyes. Ni uno ni otro sabe qué responderle. Le devuelven esa mirada dulce y comprensiva que solo tienen estos animales. Esa mirada consuela al carpintero. Se suena con dos dedos, se cala la capucha, sube al pescante de su carreta y con un solo grito los pone en marcha.

¡Qué más da la cita!; lo principal para Joan es estar viva y libre. Supo franquear los altos muros de la abadía, supo combatir el

veneno, se abrió paso entre la niebla. Ahora, está otra vez en pie, restablecida, y la niebla ha dado paso a una luz espléndida de otoño. ¡Ah, lástima que esta luz paradisíaca no la hubiese acompañado el día de su fuga!

—Ahora podrás volar con tus propias alas, pichoncita.

—Gracias por todo.

—Y ya que has recobrado tus fuerzas, respóndeme: ¿cómo te llamas?

Joan duda antes de contestar:

—Joan.

—¿Y qué hacía Joan tan sola, al borde del camino, por los alrededores de Camblesforth, sin capa y sin provisiones, salvo una calabaza casi vacía?

—Me dirigía a casa de mi tío.

—¿Tu tío? ¿El que vive en Thorganby?

—No en el mismo Thorganby, sino en los alrededores.

—Bueno. Te daré con qué hacer el camino hasta Wheldrake. Pero te apañarás. Encontrarás algo para comer, beber y dormir antes de llegar a Thorganby.

Joan no sale de su asombro ante el extraño rostro de la mujer. Ayer, ese tinte rojizo y esa piel ondulante la hacían parecer monstruosa. Hoy, Joan la encuentra reconfortante y hasta un tanto bonachona. Como si la flacidez de su carne traicionara la ternura de su alma.

—Dime una cosa más, pichoncita. ¿La vida en la abadía era tan penosa que preferiste abandonarla?

Joan se tensa, su rostro palidece.

—No te preocupes, hija mía. No pienso llevarte de vuelta. Tampoco voy a denunciarte.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Ya ves. Soy lo bastante vieja como para reconocer a una monja a primera vista. Y, además, me vas a perdonar, pero mientras dormías tuve tiempo de leerte como un libro abierto.

Joan se vuelve a tensar. Esta vez, su rostro se pone rojo como la grana.

—¡Ah!, pichoncita, te pones pálida, luego roja, tu cara cambia a cada momento. Es muy entretenido.

—No me gusta la idea de que me lean como un libro.

—Oh, pero fue una lectura preciosa, muy instructiva. Y el buen Dios me vigila. No llegué a pasar las páginas del capítulo prohibido.

La ocurrencia la hace reír, la risa le agita la piel del rostro como una cortina carmesí. Joan también sonríe.

—Tienes la piel muy blanca, se te dibujan las costillas en el torso, llevas la marca de una cruz en el cuello y te cortas el pelo tú misma. ¿Me equivoco? También sé reconocer las huellas que dejan los latigazos. Las hay antiguas y más recientes. Es la disciplina de los monasterios. Eres benedictina, ¿verdad?

Joan asiente.

—Incluso apostaría a que reconozco el estilo de la persona que te azotó. Pero eso ya no tiene importancia. Todo ha quedado atrás.

La extraña mujer hunde la mano en un tarro y saca un puñadito de vainas verde pálido. Se lleva una a la boca y comienza a masticarla.

—Me quedan siete dientes, ni uno más. No son muchos, pero uno de ellos ha encontrado la forma de hacerme daño. Me envenena la sangre. Los clavos de olor son buenos para calmar el dolor. Y esto es para camuflar el sabor. Toma, prueba tú también.

—Oh, creo que reconozco…

—Cardamomo. Las vainas son algo viejas, no las encuentro a menudo.

—Creo haber visto algo parecido en la cocina de Talbot.

Así pues, el perfume en la boca no era de violetas, sino el de esta fragante vaina.

—Joan, pichoncita, también vi pinchazos de aguja en tu dedo. ¿Cosías en la abadía?

—Un poco… Diversos trabajos…

—Por supuesto. Y las yemas de los dedos están doradas, como si hubieras usado tintura de nuez.

Joan, por su parte, se apresura a preguntar:

—Ya sabéis mi nombre, pero yo ignoro el vuestro. ¿Cómo os llamáis?

—Yo, cuando me llamo, me digo a mí misma «mi vieja». Mis padres, cuando aún estaban en este mundo, me llamaban Elfe. Pero creo que me bautizaron con el nombre de Elfstrude. Las gentes del lugar me han puesto toda clase de apodos. Todos valen más o menos lo mismo. El alguacil del condado, cuando habla de mí a sus ayudantes, me llama «la Proveedora». Así que, ya ves, tienes dónde elegir.

Joan reflexiona. Elfe es un nombre bonito, quizá demasiado bonito para una criatura como ella. Elfstrude suena demasiado arcaico; parece remontarse a los tiempos del rey Arturo. Joan decide que, a partir de ahora, llamará «Proveedora» a esta mujer a quien le debe estar sana y salva.

3

Joan ha emprendido de nuevo el camino, pero esta vez su debilidad no la acompaña. Ha recobrado fuerzas suficientes como para continuar a pie hasta el feudo de Clarence. La Proveedora le ha llenado su calabaza extrayendo agua de un aljibe situado al fondo de un jardín informe, una maraña de maleza, brezos, árboles muertos, ramas desnudas, ramas podridas y hierbas altas, las buenas mezcladas con las malas al tuntún. Joan se sorprende al saborear un agua tan dulce extraída de un lugar tan agreste. Le viene a la memoria un pasaje de la Biblia, del Libro de los Proverbios: «Escápate como la gacela de las manos del cazador, como el pájaro de las manos del lacero». Se lo repite como hace apenas unos días se repetía las indicaciones de Siarl por miedo a olvidarlas.

Si el alguacil del condado le dio el nombre de «Proveedora» a esta anciana tan rara es porque provee de todo tipo de bienes a quienes los solicitan. Esta habilidad es lo bastante conocida en el condado como para convertirla en una figura legendaria o en el objeto de los peores chismorreos.

—¿Todo tipo de bienes? Pero ¿qué clase de bienes son esos?

—Todo tipo de cosas que se puedan tragar, pichoncita. En tu caso, ricino, celidonia, hierba de Judas. Y también cardamomo. Porque necesitabas un buen reconstituyente. A los que tienen hambre, les procuro alimento. A los que están enfermos, les doy medicinas. A quienes desean esto o aquello, les encuentro en mi jardín algo que los conduzca hacia esto o aquello. Y, si no está en mi jardín, estará en una fresquera, en una tinaja, en una artesa, bajo las cenizas o colgado en alguna cercha puesto a secar.

La Proveedora hace una pausa, el tiempo justo para que la piel de su cuello se aquiete. Luego prosigue:

—Proporciono todo tipo de bienes y servicios, siempre que se me retribuya por ello. Cambio tres clavos de olor por un huevo de gallina, y todos contentos.

«Escápate como la gacela de las manos del cazador». La Proveedora no es una cazadora, no espanta a los hombres ni a las mujeres que pasan ante su casa. Y, si caza, lo hace con cautela, como quien recoge una baya madura sin aplastarla. Joan no ha necesitado escapar; es más, casi se ha sentido triste en el momento de la despedida. Felizmente, el asombro se sobrepuso muy rápido a la tristeza. Joan se dio cuenta de que estaba experimentando la angustia de la separación por vez primera en su vida. Ni siquiera el día en que llegó a la abadía, en el momento de cruzar el portal, sintió esa congoja; su curiosidad fue entonces más fuerte que la tristeza de dejar atrás a su familia. La urgencia de explorar un nuevo lugar había borrado cualquier sentimiento de pena, melancolía, o incluso el miedo. Había tantas cosas por descubrir entonces, que hasta la boca fruncida de la abadesa era motivo de encantamiento. Hicieron falta una falsa dolencia convertida en verdadera, unas exequias, una fuga, un sueño profundo de varios días, para que Joan sintiese, al fin, la dulce amargura de las despedidas.

Por eso sigue avanzando, un paso tras otro, siguiendo las indicaciones de la Proveedora. Son tan precisas como las de Siarl. Pero Joan, que solo ha conocido los caminos del claustro, se orienta con dificultad en los páramos de Yorkshire. Al menos, esta vez, el cielo está despejado: ni lluvia ni llovizna ni niebla. El terreno es firme, no una sucesión de surcos colmados de agua y lodo. La luz de noviembre sigue siendo una hermosa luz de otoño, como a ella le gusta, rasante y dorada. Joan decide tomar esa luz como una señal; la guiará hasta el feudo de Clarence. Al entregarle un hatillo repleto de manzanas, guisantes, una gran cantidad de bayas secas, un trozo de tocino y una torta de pan, dura como una piedra, la Proveedora le dijo:

—Dos días de marcha, como mucho, y llegarás allí, pichoncita. Pero ¿y luego?

—¿Luego?

—Por ahora, la granja de tu tío es un fin. Eso está muy bien, aunque, una vez allí, una vez llegues, te darás cuenta…

—¿De qué me daré cuenta?

—De que la granja de tu tío no es un final. Es más bien un alto en el camino. Pero ¿antes de ir adónde?

—No lo sé exactamente.

—No me sorprende del todo. Tienes temple. Al menos supiste partir; por algo se empieza. Tienes tiempo de sobra para elegir un destino.

Al alejarse de la casa, Joan creyó oír la voz de la Proveedora. Quizá fuera una oca, u otro animal. Se giró. La extraña mujer seguía allí, de pie ante su choza, tan temblorosa como siempre. Desde lejos, Joan aún podía ver su rostro rojo y casi distinguir los ojos. La Proveedora llevó ambas manos a la boca para gritarle algo. Joan creyó oír: «No tengas prisa», pero no estaba segura.

«Escápate como el pájaro de las manos del lacero».

*

Dos días de caminata, la Proveedora tenía razón. Al alba, Joan distingue una casa de labor tras un cercado, o más bien unos cobertizos adosados a una casa más vasta. Cree reconocer el prado donde Clarence, no hace mucho, preguntaba al Señor por las razones de sus desgracias. Cuando al fin llega, más fatigada de lo que habría imaginado, uno de los criados se acerca a la recién llegada para anunciarle que el señor Clarence de Leeds había partido hacía cuatro días. Joan hace un cálculo rápido: tres días pasados en el camastro de la Proveedora, más dos días para restablecerse del todo, y otros dos de camino. Debería haber llegado al señorío de Clarence hace una semana. Su tío la esperó, pero se cansó de aguantar. Habrá pensado que aquel carpintero le había contado patrañas. O bien llegó a la conclusión de que Joan había renunciado a su plan de fuga. En ese momento, esa idea lo decepcionó. Le hubiera gustado que Joan se mostrase digna de Hilda la Gallarda.

—El amo partió para un largo viaje. Me temo que no volverá hasta dentro de mucho tiempo.

—¿Se fue al continente?

—Oh, no, no tan lejos. De momento, está en Coventry.

Joan imagina a Clarence desafiando el mar para encontrar a su hijo Clarence el joven. Tanto como buscar una sola brizna de hierba en medio de las Midlands. La muerte por ahogamiento se ha vuelto una maldición tal en la familia que Clarence prefiere limitarse a realizar viajes por tierra firme. Ya son bastante agotadores y peligrosos.

El criado tiene los ojos muy juntos. Su rostro es casi tan estrecho como el de la abadesa o el de Mary. Sin embargo, es menos severo que el de la primera y menos angelical que el de la segunda. Como sus hombros también son estrechos y sus orejas están curiosamente aplastadas a ambos lados del cráneo, Joan se pregunta si al nacer no habrá sido prensado entre dos tablas de amasar.

—El amo nos dio instrucciones, por si llegabais. Aquí se encuentra uno de sus hijos, el menor, John. O al menos lo esperamos, hoy o mañana, ¿quién sabe? Aunque, a lo mejor, ya está aquí, en la granja.

El criado habla con un deje lento, casi arrastrado, pero agradable y reconfortante. Añade:

—Con él, nunca se sabe. Dios es testigo. Cuando uno cree que está en un lugar, vaga como un espíritu por cualquier otro.

—Pues en ese caso, estamos hechos para entendernos.

*

Algunas mañanas, al despertar, arrancada de mi sueño por el tañido de las campanas que llaman a maitines, creo que es hora de reunirme con Joan y las demás en el calefactorio. Entonces tengo la impresión de que allí sigue ardiendo una vela. Esa impresión, por supuesto, no dura mucho. Una vez que recobro el sentido, me doy cuenta de que el tiempo de las conversaciones nocturnas ha terminado. En el cementerio, la tumba de Joan empieza a parecer una sepultura antigua. La tierra que la cubre se ha secado, la cruz de madera comienza a oscurecerse; pronto la cubrirá la hierba. Ha bastado una sola partida para abrir una brecha en el calendario.

La actitud de la abadesa, por ejemplo, ha cambiado. Incluso envuelta en su indiferencia y severidad, parece afectada por la

desaparición. Le falta una adversaria de su talla. Echa de menos las impertinencias de Joan, o sus preguntas sobre el Señor. Pero eso no es todo, la abadesa se ha vuelto más estricta si cabe. Está siempre en guardia. Algo entorpece el fluir regular del tiempo. Algo altera el orden uniforme de la abadía. Y algo le impide a nuestra madre superiora recobrar su serenidad. Harriet sigue apostada aquí y allá, perpetuando su vigilancia. Su cabeza de lechuza gira a diestro y siniestro. Luego, contrariada al no hallar nada sospechoso, parte a espiar a otro rincón. Al mismo tiempo, la abadesa multiplica sus visitas a Talbot, dueña y señora de sus cocinas. Confiamos plenamente en Talbot, y además la cocinera nada sabe del ardid de Joan. Pero también sabemos lo observadora que es. ¿Es posible que haya percibido algún detalle que ponga a la abadesa tras la pista?

Una semana con sus siete días después de la huida de Joan, mientras la mayoría de nosotras estamos reunidas en la sala capitular, la abadesa da comienzo al capítulo con una lectura del Evangelio de Mateo. Su voz es monótona, algo débil, como si se abriera paso con dificultad. Hace una pausa justo después de leer:

—«Y si tu mano derecha es para ti ocasión de pecado, córtala y arrójala lejos de ti».

La priora, escorada hacia un lado, parece dormitar. Desde que tuvo edad para hablar conoce de memoria los cuatro Evangelios, lo que la dispensa de prestar atención. La abadesa marca una segunda pausa tras leer el versículo siguiente:

—«Cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Que tu limosna quede en secreto».

La pausa se prolonga, la abadesa cierra el breviario.

—Amén. Es tiempo de penitencia y mortificación. ¿Quién de entre vosotras desea confesar sus faltas ante la asamblea?

Sus ojos se posan en mí. Bajo la cabeza para huir de esa mirada.

Poco después, ese mismo día, Harriet viene a decirme que la abadesa me ordena presentarme en sus aposentos.

—La lectura del Evangelio ha sido muy instructiva esta mañana, ¿verdad? —me pregunta.

—La lectura del Evangelio es siempre instructiva, reverenda madre.

—Y, sin embargo, no parece haberte enseñado el temor de la mentira.

—¿Qué queréis decir?

—Esto.

La abadesa me agarra la mano, la que todavía lleva la marca de una herida. Los dedos de la abadesa son los de una anciana, apenas capaces de pasar las cuentas de un rosario. Pero en torno a mi muñeca se cierran como un cepo.

—¿Sigues afirmando que se trata de una mortificación, Helisende? ¿Tú misma te infligiste esa herida?

—Sí, reverenda madre.

—¿Con qué exactamente?

—Con unas tijeras.

—¿Y pretendes decir que esas tijeras las cogiste con la mano izquierda para herirte la derecha? El demonio te sopló al oído una mentira, pero era una mala mentira. Si estuvieras diciendo la verdad, te habrías herido la mano izquierda con unas tijeras que sostendrías con la derecha.

Guardo silencio. Ojalá pudiera mantenerlo el mayor tiempo posible.

—Entonces, explícate.

La abadesa señala el crucifijo.

—¿Serás capaz de mentir por segunda vez ante Jesucristo? «Llena está su boca de maldiciones, falsedades y engaños. Bajo su lengua no hay sino malicia e iniquidad».

—Sí, así lo dicen los Salmos.

—Muy bien, Helisende, conoces las Escrituras. Ahora, dime la verdadera causa de esa llaga.

—Me lastimé.

—¿Y por qué me lo ocultaste?

—Me daba vergüenza.

—¿Por qué habría de avergonzarse de sus heridas una monja? ¿Qué significa todo esto?

Significa la madera áspera de una tabla de ataúd. Significa una carreta de carpintero. Significa la fuga de Joan. Pero todo eso debo

callarlo. Me repito: el silencio no es una mentira, la omisión no es una mentira. Pero no me atrevo a mirar a Cristo en la cruz.

—Te escucho, Helisende.

—La muerte de Joan me ha conmovido profundamente.

Pero me doy cuenta de que esto no le bastará, así que, ante el asombro de la abadesa, me arrodillo.

—Reverenda madre, recibid mi confesión.

—Te escucho, hija mía. Habla tranquila.

—Aquel día, el día de su muerte, no podía quitarme aquel rostro de la cabeza. El rostro de Joan. Tampoco podía ahuyentar los malos pensamientos. Temí sentir por ella un amor ilícito. Un amor más allá del que una hermana puede tener por otra hermana. Esos pensamientos se volvieron más fuertes y más precisos mientras ayudaba al carpintero a cargar el ataúd vacío. Creo que el Señor entonces me envió una señal. El ángulo de la tabla penetró en mi mano hasta hacerla sangrar. No mentí al hablar de mortificación.

Me callo. Me pregunto si debo prolongar la confesión, o si estas palabras bastarán para disipar sus dudas. Permanezco de rodillas. Busco dentro de mí la fuerza para derramar lágrimas, pero no lo consigo. A falta de mejor solución, decido derrumbarme. Al cabo de un buen rato, en el que solo se oyen mis sollozos fingidos, la abadesa me ayuda a levantarme.

Con una voz dulcísima y comprensiva, me impone diez azotes. A modo de consuelo.

4

El criado de rostro ojijunto y hombros estrechos guía a Joan por la pequeña propiedad de su tío. Aturdida por dos días de caminata, no parece ver más que establos, graneros y largas estancias desnudas donde arde un fuego de chimenea.

—En ausencia del amo, la finca vive a ritmo lento. Además, entramos en el invierno. Es tiempo de trabajos de interior.

Le muestra las cocinas, la sala de la estufa para el baño y, con aires de cortés sepulturero, las letrinas. Luego la conduce a su aposento.

—Aquí está el vuestro. El del joven amo John se halla en el mismo piso, un poco más lejos. Si deseáis instalaros…

Joan se pregunta qué entiende el criado por «instalarse». Para ella, ocupar una habitación significa echarse sobre un simple jergón tras haber recitado las oraciones. Tras haber cerrado la puerta, se da cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, puede realmente acomodarse en una estancia. La ocupa como su territorio. Y como se siente incómoda ante una libertad y un lujo tan repentinos, trata de recuperar los recuerdos de su infancia. Tal vez encuentre en ellos un modelo por el que guiarse. ¿Cómo hacía entonces?

Pasa una noche, luego un día. Joan ocupa su cámara. Se atreve a participar en las comidas cuando la avisan de que la mesa está puesta. Se aventura en la estufa. Se muerde la lengua para no decirle a la joven que ha venido a servirla que una benedictina, por norma general, solo tiene derecho a un baño al año. Luego, una tarde, mientras mira caer la lluvia, es testigo de la inesperada aparición de John. John de Leeds, el hijo de Clarence.

—Perdonadme —le dice—. Ignoraba que estuvieseis aquí.

—Ignoraba que vos estabais en mi casa. Estáis perdonada, prima. Supongo que yo también lo estoy.

Joan descubre a un muchacho muy joven y muy pálido. Recuerda a su tío Clarence como un hombre fuerte y sanguíneo. Tal vez atrajo

para sí toda la sangre de la familia. Y no dejó nada para sus hijos. El muchacho, tímido, llena el silencio con una risa que enseguida juzga necia. Joan se dice que la presencia de una mujer lo avergüenza, aunque sea solo una joven monja recién salida del convento. De cara a la ventana, finge contemplar cómo cae la lluvia. Espera un tiempo prudencial. Cuando se gira de nuevo, el muchacho ha desaparecido.

Pasan unos días. Joan se acostumbra al régimen sobrio y tranquilo de la casa. La lluvia ha vuelto, los trabajos del campo están suspendidos, todos se han refugiado bajo techo. Joan preferiría conocer el mundo bajo un sol dorado en lugar de acurrucarse junto a una chimenea. No obstante, se dice que es prudente esperar antes de salir de nuevo a los caminos. Más vale permanecer invisible. La cortina de lluvia parece haber sido puesta ahí para protegerla.

En el curso de esas jornadas, el joven John aparece y desaparece del modo más imprevisible. La única estancia donde Joan tiene la certeza de no encontrarlo es la estufa. A menos que se oculte bajo una sábana. A veces le gustaría que fuera así; eso rompería la tranquila monotonía de la heredad. Cuando se lo cruza, ambos intercambian palabras escuetas. El joven habla del tiempo, de las nubes y del frío. Joan se pregunta si los hombres y las mujeres fuera de la abadía solo hablan de la lluvia. Sería un verdadero desperdicio. ¡Qué lástima! Habiendo tantas otras cosas de que hablar, ¿por qué conformarse con la lluvia? ¿Y por qué este joven parece tener tanto miedo? Joan creía que el miedo estaba reservado a las mujeres enclaustradas tras los altos muros del convento.

Adquiere el hábito de bañarse. Debe de tratarse de un pecado, otro más. El exceso de atención a su cuerpo, o el exceso de molicie, qué más da. Un día, al regresar de uno de esos baños, con la piel de los dedos arrugada, se cruza con John. Parece surgir de una esquina del corredor.

—Esta lluvia no para nunca —dice, después de tragar saliva varias veces.

«Ah, no, esta vez no saldrás al paso tan fácilmente», se dice Joan. Sin darle tiempo a escabullirse, le pregunta:

—A vuestro parecer, ¿de dónde viene la lluvia?

John la mira desconcertado. Se pregunta si su prima conoce ya la respuesta o no. ¿Quiere poner a prueba su saber o espera de él la explicación de un verdadero misterio? John decide dar una respuesta neutra, la más neutra posible:

—La lluvia viene de las nubes.

—Y las nubes ¿de dónde vienen?

—Están en el cielo.

—Bueno, pero ¿de dónde vienen?

—Del lugar donde están las nubes.

—Y ¿dónde está ese lugar?

El joven vuelve a tragar saliva. Tragar saliva parece, en él, una tarea agotadora. Joan decide proseguir en su lugar:

—A lo mejor, Yorkshire es el lugar donde se forman las nubes. Parece como si naciesen aquí. A lo mejor, se cultivan aquí como en ninguna otra parte. Y llueven sobre Yorkshire. Por lo tanto, sería una lluvia procedente directamente de nuestras tierras, ¿no os parece?

—A lo mejor…

—Pero la verdadera pregunta es: ¿por qué dijo Dios «Eso es bueno»?

—¿Por qué dijo Dios qué?

Esta vez, el muchacho está tan perplejo que olvida su deber de tragar saliva.

—¿Por qué dijo «Eso es bueno»?

—Bueno, supongo que porque era verdad. Dios dice la verdad.

—¿Y la verdad es que eso es bueno?

—En cierto modo.

Joan observa que el joven ha empezado a pensar. Oh, todavía es muy rudimentario, pero es un buen comienzo. Un pensamiento empieza a florecer en la mente de John de Leeds. Se endereza y frunce el ceño. Joan prosigue:

—Hay dos palabras importantes en la frase «Eso es bueno». ¿Cuáles?

—Supongo que «eso» y «bueno».

—Exacto. En tu opinión, primo, ¿qué designa «eso» y qué significa «bueno»?

—«Eso» designa el mundo y…

Se interrumpe, por miedo a equivocarse.

—Deja que te diga una cosa, primo. Esa es la frase más enigmática de las Sagradas Escrituras. Dios la colocó al principio de su libro. Y te diré otra cosa: tú y yo sabemos lo que es bueno. Lo sabemos como una evidencia. Pero nunca sabremos qué es el mundo.

Guarda silencio y deja que se prolongue, para que su primo recorra por sí mismo el camino hasta la conclusión. Luego remata:

—Lo bueno es nuestra única certeza. Solo esta certeza nos permite vivir en un mundo eternamente misterioso.

—Nunca lo había pensado —responde John al cabo de un momento.

—Nadie lo ha pensado nunca. Excepto yo.

Joan se da cuenta de que ha hablado con demasiada arrogancia. La abadesa lo consideraría un pecado. Pero la abadesa está lejos ahora, del otro lado de los muros del convento, así que la joven decide perdonarse.

*

Joan se pregunta lo que sabe su primo de ella. Él no le ha dicho nada al respecto y Joan no se atreve a interrogarlo por miedo a quebrar una armonía frágil. Intuye que, si el muchacho le ofrece la hospitalidad del señorío, es porque obedece las instrucciones de su padre, aparte de que la casa es lo bastante grande como para albergar a una mujer joven. Pero ¿qué le habrá dicho Clarence a su hijo? ¿Cómo le habrá presentado a Joan? Sin duda, le hablaría de sus padres, que fallecieron ahogados al atravesar el estuario del Humber. Habrá mencionado al recién nacido, arrastrado por la corriente; y a sus otros dos hermanos, el primero, cuya vida fue segada por la enfermedad, y el segundo, que había partido muy lejos, al Piamonte, en Italia, para unirse a los frailes más pobres. Pero ¿le habló de Joan como una monja benedictina fugitiva? ¿O le pintó un retrato elogioso de una mujer libre, digna de Hilda la Gallarda? Si este es el caso, ¿qué mirada arroja el joven sobre esta extraña criatura? Una monja de clausura que, de la noche a la

mañana, sin mendigar autorización alguna, rompe sus votos de pobreza, obediencia y castidad.

John ignora casi todo de la vida en una abadía. Solo sabe que hay muros muy altos, horas de oración y comidas en silencio. Sabe que tanto las monjas como los monjes, a su debido tiempo, deben pronunciar sus votos perpetuos. Se pregunta si romper tales votos significa automáticamente hacer los votos contrarios, es decir, si romper el voto de castidad significa, más o menos, prometer ante Dios el de fornicación. John se pregunta también qué quería decirle su prima al mencionar esa frase tan anodina en apariencia, «Eso es bueno». El muchacho se da cuenta de que, desde aquel día en que Joan le preguntó de dónde vienen las nubes, no ha parado de hacerse preguntas. Mejor dicho, las preguntas se han metido en su cabeza como un enjambre de abejas, han hecho allí su nido y allí zumban perpetuamente.

Quizá el tío Clarence no haya dicho nada sobre Joan y haya corrido un tupido velo sobre su huida. Se habrá cuidado incluso de no mencionar nada sobre ese carpintero con envergadura de guerrero danés que había venido a avisarlo. Fiel a su costumbre, se habrá mostrado lacónico. Una mañana, encontrándose con John por azar entre el establo y la caballeriza, se limitaría a advertirle acerca de la llegada de Joan:

—No la conoces, pero es tu prima, aunque no la hayas visto nunca. Se quedará unos días; le debemos hospitalidad. Joan perdió a sus padres; no tiene más que a Dios y a mí para acudir en su ayuda.

El joven se habría limitado a asentir con la cabeza. Luego se olvidaría del asunto sin más.

Ahora, tendido en el lecho de su aposento, las preguntas siguen zumbando. Las abejas, por lo general, duermen al caer la noche. Las preguntas, en cambio, se agitan en la oscuridad. ¿Por qué? Esa es otra pregunta que viene a sumarse a todas las demás.

John contempla las vigas y los canecillos del techo, percibe el olor del heno avivado por la humedad. Se pregunta si, de verdad, lo bueno es nuestra única certeza. Se pregunta si una sola certeza basta para vivir en un mundo misterioso. Se pregunta si el mundo es

realmente misterioso, como afirma su prima, o si, por el contrario, es particularmente simple. Simple como una calabaza de invierno. Para saberlo, lo mejor sería preguntárselo. No al mundo, sino a Joan. Al fin y al cabo, su prima no dudó en preguntarle, a bocajarro, de dónde venían las nubes. Al día siguiente, tampoco se había privado de hacerle otra pregunta mientras él se encontraba en la estufa como Dios lo trajo al mundo, y ella apostada al otro lado de la puerta. Le había preguntado su parecer sobre un verso del Cantar de los Cantares:

—A ver qué te parece, primo… Cuando se dice «Allí me sacio del panal y de su miel», ¿significa «allí me sacio del panal y de su miel», o quiere decir otra cosa?

John tiritaba. No se atrevió a responder. Primero, porque no estaba seguro de tener la respuesta; luego, porque temía hablar con voz temblorosa. Tras un largo silencio, la prima se había marchado. Oyó sus pasos alejarse.

Nada impide a John hacer ahora sus preguntas a su vez. Nada le impide ir al encuentro de su prima, en la estancia que le sirve de aposento, en un extremo de la larga casa. Él se quedará al otro lado de la puerta y le preguntará si el mundo es misterioso o, por el contrario, de una abrumadora sencillez.

John se levanta, sus pies descalzos tocan el suelo helado. Se envuelve en un manto, coge la vela y atraviesa las largas estancias en dirección al aposento de su prima. A medida que se acerca, su paso se vuelve más lento. Las últimas yardas se le hacen largas. Una vez en la puerta, llama dos veces con la yema de los dedos. Susurra:

—En tu opinión, prima, ¿el mundo es un misterio o bien es de una gran simplicidad?

Joan no responde. ¿Estará temblando también ella? John insiste, con voz más firme:

—En tu opinión, prima, ¿el mundo es un misterio o bien es de una gran simplicidad?

Y añade:

—Te he traído la respuesta a la pregunta que me hiciste. Cuando dice «allí me sacio del panal y de su miel», significa «me sacio del panal y de su miel». No veo qué otra cosa podría significar.

Se calla, sorprendido de su propia audacia. No le llega ninguna respuesta. ¿No habrá hablado lo suficientemente alto? ¿Habrá respondido Joan, sin que su voz traspasase la madera de la puerta? Para salir de dudas, ¿no debería entrar en la estancia y hablar sin obstáculos?

John abre muy despacito la puerta y entra. Menos mal que su prima no está temblando desnuda junto a la cama. Debe de dormir profundamente. Se acerca, con la vela en mano, paso a paso, cuidando de no despertarla. Otra pregunta se suma a las que vibran en su mente. ¿Por qué tanto cuidado de no despertarla si lo que deseas es hacerlo para plantearle tus preguntas?

Otro paso, ya está cerca del lecho, lo bastante como para tocarlo. El joven advierte, entonces, que la cama está vacía.

John regresa a su cámara. Su pregunta sobre el mundo misterioso quedará sin respuesta esta noche. Y su respuesta al enigma del panal deberá esperar a mañana, o a cualquier otro día. Recorre de nuevo las largas estancias hasta su alcoba. Ojalá pudiera ahuyentar las preguntas zumbadoras. Se pregunta si existe un ahumador para las preguntas como lo hay para las abejas. De nuevo, en su aposento, se despoja del manto y desliza su cuerpo helado en la cama. El miedo lo atenaza. Por un momento, cree que un demonio se ha arrastrado bajo las sábanas. Al instante comprueba que ese demonio es su prima.

Su cuerpo está tibio. Joan no ha tenido tiempo de enfriarse entre su cámara y este lecho. John se pregunta por qué milagro no se la ha encontrado en el camino. Debió de haber pasado junto a ella sin verla. Todas las mujeres son tramposas, dicen los hombres; ¿será que eso les permite volverse invisibles?

John no se atreve a moverse, permanece rígido como una figura yacente, tendido en su lecho. Nota que el borde de su muslo roza el costado de su prima. Se pregunta si debería disculparse. Se pregunta si debería hablarle. Se pregunta si debería hacer como si no pasara nada.

Se pregunta si el mundo es un misterio o bien de una gran simplicidad.

*

Según Joan, su primo todavía tiene en los labios la leche de su primera infancia y el ombligo húmedo como el día que nació. Si le hablase en francés, lo llamaría *damoiseau,* es decir, un doncel, un gentilhombre que espera ser armado caballero. Como suele hablarle en su lengua, debería llamarlo *esquire*. Mas por ahora no dice nada, no tiene ninguna razón para llamarlo, ni por un nombre ni por otro.

John, en su lado de la cama, todavía rígido, escucha una respiración que no es la suya, la respiración de una mujer joven. Cree percibir también un olor a hierba segada, en el que reconoce el olor de su prima. Se dice que le gustaría ver el rostro secreto de las damas. Para ello tendrá que cruzar una puerta, lo sabe. Tendrá que entreabrir una cortina, luego otra y otra más. Las cortinas formarán pliegues a cada lado, cada vez más numerosos y más profundos. John, intranquilo, sabe bien que acabará por perderse en esos pliegues. Y, en ese caso, ¿cómo hallar el camino de regreso? ¿Dando media vuelta?

Las horas que pasan no son ni inocentes ni verdaderamente culpables. Es la noche de una doble iniciación, tímida e incompleta. Joan lo dirá más tarde: ella y el doncel apenas mojaron los pies en el río, sin atreverse a bañarse del todo, sin desearlo siquiera. Bastó para hacerse una idea del agua, de su dulzura y de su corriente.

Joan contará también que el doncel, en un momento dado, rozó con un dedo el corazón salvaje de su prima. En lugar de instruirse con la ayuda de sus sondeos, se perdió en una perplejidad más profunda. Era una perplejidad placentera. Tuvo tiempo, antes de dormirse, de acariciar la suave redondez de un vientre, el pelaje de un animalillo, los pétalos de una flor. Luego descubrió, sin querer, una asombrosa untuosidad de aceite, de ungüento o de lágrimas, y algo semejante a una segunda boca aspirando la yema de su dedo.

Joan no permaneció quieta, aunque descubrió una nueva forma de quietud, una forma voluptuosa. Avanzó, al tuntún, una rodilla, luego un hombro, después el pulgar y el índice, sin objetivo preciso. Más tarde, al hablar de su primo, añadirá: «Su pajarillo estornudó en mi mano, tres o cuatro veces seguidas, irguiéndose cada una de las

veces». Eso duró apenas unos segundos. Joan recogió lágrimas, otro tipo de lágrimas; dedujo que el goce era lo opuesto a la tristeza, con ser de la misma familia. Menos de un minuto después, recordaba la floración de los castaños.

Ambos, sin saber en qué etapa del amor se habían detenido, se durmieron con rapidez. Encontraron el sueño enlazados, en una postura húmeda.

5

A la mañana siguiente, el fuego de la chimenea se ha extinguido y la habitación vuelve a estar helada. Joan ha desaparecido. También su olor a hierba segada. De todos modos, hace tanto frío que todos los olores parecen haber quedado atrapados en la escarcha.

En el otro extremo de la casa, en una estancia igual de fría, Joan se despierta. Tiene cuidado de no moverse, pero esta inmovilidad no es la de esta noche. Es una quietud nacida de la simple pereza, que ya no le parece un pecado. Joan recita en voz baja un pasaje del Cantar de los Cantares: «Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaban mirra y de mis dedos la mirra se derramaba sobre la manecilla del cerrojo».

*

Al mismo tiempo, muy lejos del lecho de Joan, en la sala capitular, la abadesa lee también un pasaje de la Biblia. No ha elegido un versículo del Cantar de los Cantares. Ella ama, sobre todas las cosas, leer el Cantar de los Cantares por el placer de explicar a las que la escuchan que «mi amado» se refiere a Jesucristo y que «me he despojado de mi túnica» significa que la oveja entra desnuda en el reino de Dios. Pero esta mañana ha optado por repasar el Deuteronomio. Recita, con su voz siempre monótona y débil:

—«Así que guardaos bien, ya que no visteis ninguna figura el día en que el Señor os habló en Horeb en medio del fuego, no sea que os corrompáis y hagáis para vosotros una imagen tallada semejante a cualquier figura de hombre o mujer».

Como los días precedentes, como todos los días que seguirán hasta el fin de los tiempos, la abadesa cierra su breviario y pronuncia su frase habitual:

—Es tiempo de penitencias. ¿Quién de vosotras desea compartir sus faltas con la asamblea?

A partir de entonces, es como si cualquier mención a los ídolos en las Escrituras se hubiera convertido en su obsesión. En ocasiones cita el libro de Isaías: «¿A quién, pues, asemejaréis a Dios o con qué imagen lo compondréis?». Algunas veces, el de Miqueas: «Todas sus imágenes talladas serán destrozadas». En otra ocasión, de forma más clara, eligió un pasaje del Levítico: «No haréis para vosotros ídolos». Todas nos preparamos para escuchar un comentario. Pero la abadesa prefirió no decir nada. La prohibición de esculpir un ídolo flota sobre las monjas como una alusión. O más bien como una amenaza.

Poco después, Millicent me informa de que han descubierto restos de cera derretida en el calefactorio. Adivino al instante que el plural no puede esconder a otra que no sea Harriet. A fuerza de husmear en todos los rincones, esa lechuza acabó dando con un rastro comprometedor. Pero tranquilizo a Millicent, que tiembla como una hoja. Nadie podrá establecer un vínculo entre unos restos de cera derretida y la reunión clandestina de monjas. Ni tampoco nadie podrá vincular dicha reunión con la falsa muerte de Joan. Cuando Millicent vuelve a su labor, todavía tiembla un poco. Solo está tranquila a medias. Tengo que confesar que yo no lo estoy en absoluto. Me pregunto qué otra huella podría encontrar Harriet si continuara sus pesquisas. ¿Habremos sido imprudentes? Desde que Joan recobró su libertad, tal vez nos hayamos equivocado abandonándonos a nuestro triunfo. Pecamos de vanidad y descuidamos el resto. Quién sabe si Harriet, o la priora, o la propia abadesa, no habrán encontrado bajo el jergón de Rose o de Lavinia algún recorte de cuero comprometedor. Yo misma, ¿lo habré limpiado todo a mi alrededor?

Por lo demás, creo que veo a Harriet cada vez más a menudo, por todas partes, como si me estuviera siguiendo. Camina siempre a pasitos, como con miedo a perder las sandalias, pero lo hace silenciosamente. Me pregunto si ha aprendido a no tocar tierra y a flotar unos dedos por encima del suelo. Por lo general, se sitúa a mis espaldas; solo la percibo por azar. Harriet se parece a una de esas alegorías del remordimiento que se ven pintadas en algunos libros. Su rostro tiene el color del abadejo, un pescado que Talbot consigue

a veces. Y es extrañamente cuadrado. Con regularidad, Harriet charla con la vieja Winifred en el umbral de su enfermería. Veo a Winifred mover la cabeza; a veces dice «sí», otras «no». Pero nunca sabré a qué se refiere con ese sí y ese no.

Me temo que, a pesar de su rostro adusto y su malevolencia, Harriet posee una mirada muy aguda. Además, es una mujer tenaz. No tarda mucho en encontrar, aquí y allá, fibras de mimbre, recortes de tela, paja, restos de trapos y pelusa. Sigo pensando que no hay nada sospechoso en ello. Cualquiera puede llevarse al dormitorio lo necesario para remendar un hábito roto, por ejemplo. Pero cuando me cruzo con alguna de las hermanas que hasta hace poco participaban en las sesiones de la última vela, leo en su mirada una nueva preocupación. Al salir del refectorio, Mary me dice con voz entrecortada:

—La abadesa fue a interrogar a Talbot a su cocina.

—Bueno, no tiene por qué ser nada malo, Mary; no sería la primera vez; no hay por qué alarmarse.

—Pero ¿por qué razón hace eso?

—Hay mil razones que explican la presencia de la abadesa en las cocinas. Yo misma la he visto visitar la cilla. Una abadesa debe velar por los suministros.

—Pero si Talbot habla…

—¿Qué quieres decir, Mary? Talbot no sabe nada de esto.

—Sabe lo de la vela.

Debo reconocer que Mary tiene razón. Este pensamiento me preocupa desde el principio. Pero creo que puedo contar con Talbot. Como dueña y señora de sus dominios, la cocinas, no se sentirá obligada a revelar a la abadesa todos los secretos de su reino. Al menos, eso espero, con la ayuda del Señor.

—Lo entiendo, Helisende. Talbot tiene sentido del honor. Es taciturna y celosa de sus prerrogativas. Pero quién sabe si podría hablar sin saberlo. ¿Y si ha notado desapariciones extrañas?

Mary tiene razón, no puedo contradecirla. Inevitablemente, Talbot tuvo que haber notado algunos detalles extraños. Nada se le escapa a esa mujer inflexible, sobre todo dentro de las paredes de sus dominios.

—Si aún no ha hablado con la abadesa o con la priora es porque no ha considerado oportuno hacerlo, por una razón u otra. Solo nos queda rezar para que no cambie de opinión.

—Pero, si la abadesa le hace preguntas, Talbot no podrá mentir.

—Bueno, nosotras mentimos, ¿no? Tú, yo, Millicent, Rose, todas.

El rostro de Mary se desencaja. Me apresuro a continuar:

—Y, sin embargo, Dios no nos ha castigado.

—Todavía.

—No lo hará. Hay muchas maneras de ocultar una verdad frágil. La verdad pura y dura está desnuda, Mary, ya lo sabes.

—Sí.

—Esa desnudez debe ser velada, como debe serlo nuestra desnudez. Es una cuestión de recato. En rigor, no se trata de mentiras.

En ese instante me viene a la mente un versículo del libro de Miqueas: «Su lengua no es sino engaño en su boca». Otro de esos versos que la abadesa podría citar. Mary me pregunta:

—¿Estás segura de que no son mentiras?

Está preocupada, pero se aferra a esa débil esperanza. Siento que podría, con una sola palabra, concederle la redención.

—Créeme, Mary, hemos actuado sin tacha. De ahora en adelante, Joan está fuera. Va y viene libremente, como miles de otras Joan en el mundo. Ninguna de ellas se halla en pecado. Dios nunca quiso que todas las hijas del universo fuesen monjas.

—¿No?

—No. Si así fuera, ¿quién tendría hijos? ¿Quién pariría con dolor? ¿Quién se uniría a su amado?

Mary se sonroja. Prefiero ese rubor a la palidez temerosa de antes.

—Tienes razón.

—Del mismo modo que Dios no quiso que todos los hombres fueran soldados ni que todos los árboles dieran fruto.

Ya he señalado que la mente de Mary es la más hospitalaria del mundo, capaz de acoger con igual facilidad lo verdadero y lo falso. Es una suerte para ella, pues esta vez ofrece hospitalidad a mis palabras tranquilizadoras. A mí, sin embargo, me parecen demasiado

endebles, dadas las circunstancias. Harriet prosigue, día tras día, lo que cada vez se asemeja más a una investigación. Un cierto nerviosismo se apodera de toda la abadía, mientras el nombre de Joan se susurra aquí y allá, en la iglesia, en el refectorio y en el claustro. Hasta hace nada, su nombre se pronunciaba con respeto y tristeza forzada, como se debe pronunciar el nombre de una hermana llamada por Dios. Ahora, eso ha cambiado.

Y de nuevo, la voz de la abadesa, todavía mortecina aunque desabrida, se eleva en la sala capitular. Lee con tono severo un pasaje del libro de Habacuc:

—«¿Para qué sirve una imagen tallada? ¿Para qué sirve una imagen fundida que enseña la mentira? ¿Para que el artífice que la forjó deposite en ella su confianza mientras fabrica ídolos mudos?».

Y añade, con tono glacial, su fórmula habitual:

—Es tiempo de penitencias.

*

Donde está, Joan ignora por completo los acontecimientos en curso. Al despertar en el lecho de su alcoba —una verdadera, no una simple celda con un jergón y un crucifijo—, aún se maravilla de no tener la obligación de acudir a la iglesia. Cuando abre los ojos en plena noche, se acerca a la ventana. Si el cielo es propicio, puede calcular la hora según la posición de las estrellas. Si la más brillante de la constelación de Virgo se muestra en el horizonte, eso significa que la hora de maitines ha pasado. Las monjas pronto se reunirán para el oficio de laudes.

Han transcurrido ya varios días en el feudo de Clarence de Leeds, pero Joan aún se sorprende de no tener que seguir la regla tan restrictiva de la abadía. Se maravilla también de haberse liberado tan fácilmente de sus votos. Se pregunta si, algún día, ese asombro cesará. Y si la capacidad de sorpresa, a su vez, desaparecerá. Entonces habrá que encontrar otros motivos para maravillarse. Joan no se preocupa demasiado a ese respecto; supone que el mundo es lo bastante vasto allende la abadía para ofrecerle un caudal inagotable de satisfacción. En ese lugar pródigo en flores, en frutos,

en caricias y en colores, el convento aparece como un insignificante pozo oscuro.

Joan no puede imaginar que, mientras ella descansa en su lecho, la abadesa, poco a poco, descubre su impostura.

Por ahora, el feudo de su tío es un remanso de paz. El baño en la estufa es un lujo, tal vez un pecado, al que Joan se abandona una vez al día para asombro de las sirvientas. Se pasea por allí durante la mañana evitando en lo posible encontrarse con su primo John. No es la vergüenza lo que la lleva a actuar así. La vergüenza nada tiene que ver con el comportamiento de Joan. Evita a su primo con el único propósito de hacer de sus encuentros un ritual nocturno. El día arruinaría sus conversaciones. Las volvería más insulsas y más crudas al mismo tiempo. Pero insípidas, como un potaje que se ha enfriado. Sabe, también, que, si John evita mostrarse a su vez, es porque lo atormenta la vergüenza.

Algunas noches, no todas, Joan lo visita allí donde duerme. O, más bien, donde no duerme. Su amor se lleva a cabo entonces, como de costumbre, de forma casi casta. Sin saber con exactitud lo que pasa, intuye que ni ella ni su primo realizan los auténticos gestos del amor. De momento, se contenta con esos prolegómenos infinitos. Supone que John también se conforma con ellos. No sabe que el joven experimenta una especie de alivio. Los gestos del amor le inspiran un vago temor que se confunde con la oscuridad. Le tranquiliza verlos terminar sin más. Las noches en que su prima no lo visita, John busca las razones de su ausencia. Por supuesto, no las encuentra. Con el tiempo, disfruta del placer de la espera, que al principio maneja con torpeza.

Las noches en que la oye acercarse, lo asalta un temor absurdo. Espera no estar congelado. Se palpa los muslos. Los encuentra escuálidos y fríos. Se pregunta por qué extraño sortilegio su prima, después de haber atravesado toda la casa, llega junto él tan suave y tan cálida. Se dice que esa es una diferencia irreductible entre los hombres y las mujeres. Se imagina entonces que debe de haber un gran número de diferencias entre los sexos, y él las ignora casi todas. Otro tipo de temor lo embarga hasta la llegada de Joan.

Si por casualidad se cruzase con ella a plena luz del día, no le dirigiría la palabra. No tendría valor. De noche, cuando cree haber alcanzado el final de todos sus sobresaltos, tiene el coraje de entablar con su prima un diálogo imperceptible. No se ven. Al menos, John mantiene los ojos cerrados. Su diálogo es un cuchicheo compuesto de muy pocas palabras pronunciadas en voz baja. Unas palabras que, una vez reunidas, apenas constituyen una frase. Unas frases que, hilvanadas, difícilmente constituyen una conversación.

*

Lo que todavía le sorprende es que no le recuerden de manera constante sus deberes ni sus votos. Joan se da cuenta de que todo cuanto había en el convento estaba allí para servir de recordatorio y advertencia. Unas veces era la abadesa, otras la priora. Y si no, eran las propias hermanas. Aunque Joan se hallase en soledad, siempre había un ojo en algún lugar para vigilarla: la mirada de un ángel esculpido en piedra; o la de Jesús en la cruz. Joan creía conocer la soledad, cuando aún vivía entre los muros del convento. La de los monjes del desierto, de los penitentes. Ahora se da cuenta de que aquel era un tipo especial de soledad. Hoy, cuando camina por los corredores, por la gran heredad de su tío, cuando reposa en su lecho, cuando permanece en su alcoba o se levanta en mitad de la noche, saborea una soledad muy distinta. Aún no sabe cómo llamarla.

Le sorprende no tener que acudir al oficio. Le sorprende no tener que rezar. Le sorprende no recibir latigazos. Le sorprende no oír pronunciar el nombre de Jesús, de la Virgen o de algún santo de la Iglesia. Le sorprende olvidar ciertas palabras. Espera que pronto haya olvidado el significado de la palabra «pecado». En un mundo donde se ha olvidado lo que significa la culpa, ¿es posible seguir pecando?

En toda la propiedad de Clarence de Leeds solo hay un espejo. Uno solo. A los ojos de Joan, ese único espejo es un lujo insolente en comparación con la austeridad de la abadía. La regla es estricta al respecto, aplicable a todas las monjas: no se infringe la

prohibición de mirarse al espejo. Por supuesto, es posible mirarse a hurtadillas en su reflejo de un vidrio, aprovechando un momento de soledad. Pero, por lo general, la mirada de los demás sirve de espejo. Así, por primera vez en mucho tiempo, Joan descubre su rostro en uno que es casi perfecto. Alto y claro, sin mácula, colgado en una gran sala donde su tío Clarence, cuando está en sus dominios, suele recibir a sus invitados. Joan dudó mucho tiempo antes de acercarse. Miraba el espejo con recelo, desde lejos. Pero el recelo no le impedía sentirse atraída. Sabía que, más pronto que tarde, cedería a la tentación. Mirarse en uno de verdad, exacto, sin engaño, es una prueba de audacia. Y además, es divertido. Joan se dice entonces: «No hay que tomarse demasiado en serio el descubrimiento de una misma».

Se acerca al espejo con una vela en la mano, poniéndose de puntillas, pues está un poco alto para ella.

—¡Vaya! ¿Así que no eres más que esto? Hola, Joan.

Descubría su verdadero rostro, demacrado por las últimas pruebas, las del ayuno y la enfermedad.

—¡No estás tan mal! Si se tiene en cuenta que has muerto y has resucitado.

Pronto, lo sabe, sus mejillas algo hundidas se llenarán, y el sol de la primavera devolverá el color a su rostro.

—Casi podrías ser hermosa, Joan. Ahora tienes derecho a serlo, pero todavía tienes mucho que aprender.

De pie, en esta gran sala, Joan ha encontrado la fuerza para sonreírse. Luego apaga de un soplo la llama de la vela. Y regresa a su alcoba a oscuras.

6

Los días pasan, la lluvia cesa y es reemplazada por algunos copos de nieve. El criado ha adquirido la costumbre de anunciarle a Joan, con voz solemne:

—El amo no regresará hoy. Me han dicho que todavía tardará unos días. Llegó a Aberdaron y de allí a Irlanda, donde se ha quedado inmovilizado por el mal tiempo.

Joan se teme, sin embargo, que no podrá esperarlo. No podrá quedarse en el feudo, a pesar del baño de vapor, del espejo, de las comidas y del fuego de la chimenea. Y a pesar de la presencia de su primo, tan delgado y tan frágil, en un lecho. La Proveedora tenía razón cuando le dijo: «El señorío de tu tío no es un fin, sino un alto en el camino. Mas ¿para ir adónde?».

¿Adónde? Son muchas las veces que Joan se lo pregunta. Huir fue un primer paso en su existencia. Fue muy fácil dar la espalda a todo lo que se rechaza, pero elegir adónde ir es más difícil. ¿Qué otra cosa le había dicho la Proveedora?

«Has sabido partir; pronto aprenderás a tener un destino».

Joan se dice que la Providencia tarde o temprano le mostrará un lugar al que ir.

No tiene que esperar mucho tiempo. La Providencia se manifiesta de manera inesperada, como suele hacer cuando se ha perdido toda esperanza. Joan aguardaba una señal en el cielo, como la estrella que se les apareció a los magos de Oriente para anunciar el advenimiento del rey de los judíos. La Providencia no elige enviar una estrella, sino a un hombrecillo. Se presenta una mañana en el señorío de Clarence. Como se trata de un día especialmente frío, una mañana de nieve fina y densa como la niebla, nadie lo ve llegar. Tan solo se escucha una canción, entonada con voz alegre pero chirriante, como si se burlara de alguien. La canción parece propagarse sola, llevada por el viento. La voz se acerca poco a poco. Luego, de golpe, los criados ven a un hombrecillo emerger de la

cortina de nieve. Va montado en su caballo, un rocín membrudo y achaparrado, seguido de un percherón mucho más viejo y fatigado, cargado con pesados fardos.

—Pues vaya, ya era hora; creí que no iba a llegar nunca. ¡Madre del amor hermoso!, esta casa se aleja a medida que yo me acerco.

Saluda al criado y al resto del servicio. Joan se entera poco después de que el hombrecillo, al que llaman Fergus, acude regularmente a llevar provisiones al dominio.

—Oh, yo hago todo tipo de trabajos—responde cuando Joan lo interroga—. No solo cargo sacos de grano, arranco muelas, cavo pozos. Por si queréis saberlo, señora, mi primer oficio es el de zapatero.

Joan no puede reprimir un gesto de sorpresa. ¿Zapatero este homúnculo? ¡Imposible! Le falta un brazo. Fergus replica con voz burlona:

—¿Que me falta un brazo? Os equivocáis, me sobra uno. Lo que pasa es que tengo uno de más.

—¿Qué queréis decir?

—Eso le sorprende a todo el mundo. Y a mí no me extraña que se sorprendan. Los hombres se preguntan cómo me las apaño con una sola mano. Pero mirad a vuestro alrededor, ¿qué veis? Mancos de dos brazos. Tienen ojos y no ven. Tienen dos brazos y no saben usarlos. Yo solo tengo una mano, pero puedo atarme una sandalia y pelar una manzana al mismo tiempo.

—¿Podéis arreglar un zapato con una sola mano?

—¡Ah!, madamisela, entre nosotros…

Fergus mira a derecha e izquierda y baja la voz:

—Con una sola mano, puedo regar la margarita.

—No comprendo. ¿Qué queréis decir?

—Que puedo hacer el amor con una sola mano.

—Claro, me imagino —dice Joan, muerta de risa.

—Ah, no, perdonad, madamisela, pero no lo imagináis, o lo imagináis al revés. Me explico: si Dios tuviera a bien devolverme a mi esposa, podría cumplir mi deber conyugal con una sola mano.

Tras un instante de reflexión, añade:

—Creo que incluso podría hacer el amor sin manos.

—¿Y vuestra esposa quedaría satisfecha?

—Ella, no lo sé. Yo, sin ninguna duda.

Joan se dice que, si este hombrecillo es el enviado del destino, entonces el destino es un bromista de tomo y lomo. Y también algo socarrón. Y hasta tal vez un poco embustero. Joan decide, sin embargo, que será el tal Fergus, de cuatro pies y nueve pulgadas de alto como mucho, y equipado con un solo brazo, quien le indicará la nueva dirección. Cuando Fergus, ya listo para partir, revisa los arneses de sus caballos, Joan le pregunta:

—¿Adónde vais ahora? ¿Regresáis a vuestra casa?

—Oh, no, no se construyó Roma en un día. Me queda un largo camino por recorrer antes de volver a casa. Estoy tanto tiempo en los caminos que ya no sé dónde vivo. Lo digo en serio… Un día crucé todo el país para volver a mi casa. ¿Podéis creer que jamás la encontré? Jamás. Y eso que era una casa muy hermosa.

Fergus finge sumirse en sus recuerdos. Joan se pregunta si esa hermosa casa existe realmente.

—¿Queréis que os diga una cosa, madamisela? Un día, cuando menos lo espere, encontraré mi casa. Y así podré, al fin, colgar las botas para siempre. ¡Qué alivio! Os lo juro por la cabeza de san Dunstán: quiero morir con los pies descalzos.

Fergus ajusta las últimas cinchas. Comprueba su carga: dos grandes sacos repletos. Con su única mano, toca el borde de su sombrero.

—Adiós, madamisela. Si vuelvo dentro de un mes, ¿os encontraré aquí todavía?

—¡Quién sabe!

—En ese caso, sería un placer. Me agrada vuestra compañía, aunque solo la haya disfrutado una hora. Adiós…

—Esperad un momento. Si os agrada mi compañía, llevadme con vos.

Fergus emite una risita aguda, como un cascabel agitado por una mula.

—¿Habláis en serio? ¿Queréis que os lleve en mi corcel?

Acompaña sus palabras con una sonora palmada en su rocín, que apenas reacciona.

—Así es, Fergus. Llevadme con vos.

—¿Creéis que soy capaz de deleitaros?

—¿No sois capaz de embelesar a una mujer con una sola mano?

—Soy capaz de cualquier cosa. Basta con verse en la necesidad. Cuando no hay otra opción, uno tiene todos los talentos… Aunque mi señor Clarence, a su vuelta, se llevará un chasco al no hallaros en su casa.

—No importa. Me voy con vos. Tenéis dos caballos, uno me servirá.

—¿Os referís a Guillermo el Conquistador?

Fergus señala con la barbilla a su viejo percherón, derrengado bajo los fardos.

—Es un caballo viejo, el bueno de Guillermo. Le tengo mucho cariño, pero, os lo advierto, puede estirar la pata en cualquier momento. Y además, no tengo silla de amazona. Tendréis que adaptaros. ¿Sabéis montar a horcajadas?

Joan escucha esa expresión por primera vez.

—No lo creo.

—Ah… ¿Y sabéis adónde ir?

—Tampoco.

—Ah… ¿Y sabéis adónde debo ir yo?

—No tengo ni idea. ¿Adónde vais?

Fergus apunta con el índice. El dedo se pierde en una cortina de nieve, como si señalara la nada blanca y fría.

—En esa dirección, todo recto, sin desviarse.

—Me sirve. ¡Vamos allá! Permitidme solo un momento para despedirme.

*

Las despedidas son una costumbre necesaria y hermosa, aunque difícil de cumplimentar. Joan todavía es novata en la materia. Huir de la abadía era distinto; no era cuestión de despedirse de las hermanas. Dejar a la Proveedora le costó algo de esfuerzo, nada más. Esta vez se trata de encontrar a su primo John, dondequiera

que se esconda, y comunicarle que se aleja de él, probablemente para siempre.

¿Qué le había dicho el criado ojijunto el día de su llegada?

—Dios es testigo: cuando uno cree que está en un lugar, vaga como un espíritu por cualquier otro.

¿Dónde está ahora? Joan no lo encuentra en su aposento, ni en la estufa, ni en las caballerizas, ni en el granero. Se lo imagina acechando la casa en algún lugar invisible y secreto. Se resigna a marcharse sin despedirse. Tiene muy poco equipaje que recoger porque llegó con una mano delante y otra detrás: la ropa que lleva puesta y cuatro cosas atadas en un hatillo. Observa por la ventana a Fergus, que coloca una silla improvisada sobre su percherón. Se maravilla de ver tanta destreza en un hombre con un solo brazo. Entonces siente una presencia a su espalda. Da un respingo.

—¡Perdóname, John! —se disculpa—. Ignoraba que estabas tan cerca.

—Lo que yo ignoraba es que te disponías a partir.

Joan acaricia el rostro del joven.

—Me hubiera gustado agradecer al tío Clarence su hospitalidad. Me voy, pero volveré.

—Algo me dice que no lo harás.

—Pero nos volveremos a ver, ¿verdad?

Joan piensa en la casa de Fergus, la que el buhonero espera encontrar algún día por casualidad y que ya hace mucho que no existe. Su primo no cree en las palabras de ella; sin embargo, responde:

—Claro que sí, volveremos a vernos, si Dios quiere.

El joven hace de tripas corazón para sonreír. Joan comprende en ese instante que las despedidas incluyen necesariamente una porción discreta de falsedad. Piensa que son dulces mentiras. Acaricia de nuevo la mejilla de su primo. Por primera vez, siente en la yema de los dedos la aspereza de su incipiente barba. Nunca antes había reparado en ello.

—Te pido una última cosa, querido primo.

—¿Qué cosa?

—Guardar el secreto.

—Pero…, sí…, claro.

Joan se apresura a añadir:

—No solo el secreto de nuestras noches. Me refiero también al secreto de mi visita.

—Todo el mundo te ha visto aquí.

—Lo sé. Pero haz cuanto puedas. Pídeles a todos que no digan nada. Actúa como si yo nunca hubiera venido.

—La última encomienda está por encima de mis fuerzas… Aunque procederé como has dicho.

A continuación, Joan posa los dedos sobre los labios del joven. Los encuentra secos, como labios mordidos por el viento del invierno. Recita en un susurro:

—«Yo dormía, pero mi corazón velaba. Y he aquí que la voz de mi amado llama y dice: "Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, perfecta mía, pues mi cabeza está empapada de rocío, mis cabellos de la humedad de la noche"».

Joan guarda silencio un instante y luego añade:

—«Me he despojado de mi túnica, ¿cómo volveré a ponérmela?».

Con un pañuelo se seca las mejillas.

—«Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaban mirra y de mis dedos la mirra se derramaba sobre la manecilla del cerrojo».

Antes de partir, deposita su pañuelo en la mano del joven.

*

Joan se dice que, con el tiempo, aprenderá a despedirse de los lugares y las personas. De momento, sus despedidas son torpes. Pone en ello toda su sinceridad, aunque intuye que gran parte de este mundo aún se le escapa.

Y eso que creía conocerlo, cuando era una entre otras monjas. Aprovechaba la menor ocasión para informarse del mundo, por ejemplo, interrogando a todos los hombres autorizados a traspasar la puerta. Joan se las ingeniaba para cruzarse con ellos, como había hecho con Siarl el carpintero. A todos los desconocidos llegados del exterior les preguntaba, procurando no llamar la atención, noticias

del mundo. Y poco a poco, con esas migajas de conversación, creía poder trazar un mapa del universo. Unos le hablaban de calles angostas en las ciudades, otros del mar y de las olas. Joan, que a duras penas se imaginaba una callejuela, era incapaz de figurarse una ola.

Ahora que está fuera, todavía se siente desamparada, como si siguiera en el punto de partida. O casi. Viaja, avanza; debe de ser una buena manera de conocer un país. Pero ¿qué hacer cuando la llanura infinita y plana de Yorkshire se pierde tras una cortina de nieve fina? No se ve un burro a cuatro pasos, es como si el universo no existiera más allá de lo que alcanza la mano. Joan no ve más que la brida y la crin de su caballo.

Sorprendentemente, eso no impide que Fergus vaya a buen ritmo. Aguija a su rocín con un hábil talonazo y avanza sin desviarse ni un ápice.

—¿Estáis seguro del rumbo?

—Estoy seguro de estar seguro y convencido de estar convencido, madamisela. Ya os había prevenido: vamos hacia allí, de frente.

Señala de nuevo con un dedo enjuto en dirección a la neblina blanca. El dedo parece una patita de pollo, raquítico y de color pajizo. Joan dice:

—Sea, pues. Me fío de vos.

—¡En buena hora!

—Pero ¿podéis decirme qué hay al final?

—¿Al final de qué?

—De ese camino.

—Probablemente otro camino. Los caminos son como la mala hierba, los hay por doquier. Exterminas uno y brotan diez. Y crecen en todas direcciones. Fuera bromas, madamisela, vamos a cabalgar así durante dos o tres días antes de llegar a un destino. Espero, por vuestro bien, que la silla sea cómoda.

Si Joan dijese la verdad, respondería que la silla no es nada cómoda. Va sentada a horcajadas sobre un caballo por primera vez en su vida; no esperaba algo tan inestable y doloroso. Siente calambres y tirones en la parte baja de la espalda. Y también en la cara interna de los muslos, hasta en ciertas zonas íntimas de las que

no podría hablar aquí. Mucho menos con Fergus, porque Fergus es un hombre, aunque sea de una extraña variedad. Joan no es experta en la materia, pero intuye que este pequeño ser, al que le falta un trozo, no es en absoluto ordinario. Debe de ser producto de una transacción entre el hombre y el duende. Se pregunta si los duendes se casan con mujeres humanas para engendrar criaturas mixtas.

—¿Estáis casado, Fergus?

—Mi esposa, Mora, Dios la tenga en su santa mano, se encuentra en algún lugar del país. En algún lugar de ese lado.

Señala con el dedo hacia la izquierda. Joan se pregunta si apunta al este o al oeste. Aunque también podría ser el norte. Fergus añade:

—Y, si no está de ese lado, estará de ese otro.

Ahora apunta hacia la derecha. Joan pregunta:

—Vuestra esposa os espera desde hace mucho tiempo. Estará impaciente.

—Cuando yo era joven, y ella también, sí que estaba impaciente. Han pasado los años; no sé si todavía me espera. Para seros franco, la última vez que la vi se marchaba a Glastonbury con mi brazo izquierdo. Fue ella quien se lo llevó. Creo que lo adoptó. Debió de entrenar mi mano izquierda para que se ocupara de los quehaceres cotidianos.

—¿Estáis bromeando?

Fergus no responde. Joan solo oye el trote de los caballos amortiguado por la nieve y el viento a través de su capucha. Tiene la impresión de que Fergus está a punto de desaparecer en la nieve. Pasa una hora, tal vez dos. Luego oye la voz de Fergus:

—Que sepáis que mi esposa Mora es como mi casa. Algún día la encontraré por casualidad.

Transcurre otra hora. El día declina, pero apenas se nota. De vez en cuando, Joan percibe la silueta de un arbusto o de una construcción, como espectros en la neblina de nieve. Sus dolores se intensifican, luego disminuyen. Se espacian y, finalmente, desaparecen. Joan tiene entonces la impresión de caminar por un mundo que no es ni el interior de la abadía ni tampoco el exterior. Un mundo fuera del mundo, sin obligaciones, sin pecado, sin

latigazos ni vigilancia. El Paraíso tal vez sea esto, un camino sin fin en estas tinieblas blancas. Joan desearía no abandonar nunca este Paraíso.

Y en el mismo momento en que tiene este pensamiento, la abadesa ordena a los sepultureros exhumar su cadáver.

7

Fui demasiado ingenua o demasiado confiada. Pensé que Mary o Millicent exageraban su preocupación. Oponía a ello mi serenidad, y creía que mi serenidad era más prudente que su temor. Pequé de orgullo, y no volveré a caer en ello. Lo cierto es que lo prudente era el miedo. El miedo es la madre de la prudencia. Fui imprudente. Y ahora estoy perdida.

Las sospechas de la abadesa comenzaron cuando Harriet, con sus ojos de lechuza, encontró en el calefactorio restos de cera derretida. Harriet, con la ayuda de Winifred y también (lo supe después) de la priora y otras hermanas, fue reuniendo fragmentos de los materiales utilizados para confeccionar nuestro maniquí. Por supuesto, ni la abadesa ni Harriet podían imaginar el uso de esos trozos de paja o de tela. Ni mucho menos podían entender que yo guardase bajo mi jergón una bolsita llena de mechones de cabello. Pero sus dudas se acrecentaron, hasta el día en que, ignoro las circunstancias, encontraron una vasija de barro con restos de ungüento hecho de cenizas de vid maceradas en vinagre.

Algún tiempo después, fue Talbot quien aportó información. Seguramente sin intención de hacer daño. La idea de perjudicar a Joan siempre le fue del todo ajena. Sin embargo, tanto a los ojos de Talbot, como a los de todas aquí, Joan ya no pertenece a este mundo. Se reunió con el Señor en el Paraíso. Por lo tanto, es imposible hacerle daño. Así que Talbot mencionó, sin inquietud alguna, las preguntas formuladas por Joan sobre las plantas medicinales. Habló de su interés por cierta variedad de hongos. La abadesa no tardó mucho en recordar que Joan había insistido con vehemencia en consultar el *Liber conservationis sanitatis senis*.

Al caer la noche, antes del oficio de maitines, la abadesa se encuentra sola en su lecho, como todas nosotras. Se encomienda a Dios. Reza, está atormentada. Con sus plegarias mezcla sus reflexiones sobre los asuntos de la abadía, mezcla sus recuerdos,

mezcla sus dudas, cada vez más acuciantes. Se siente asediada por malos pensamientos. Se imagina lo peor y se culpa por ello. Se dice que solo el diablo podría incitarla a imaginar algo así. «No», se repite, «una benedictina no puede haber cometido un crimen tan infame». Joan era insolente, indisciplinada, pero era una hija de Dios. Sus insolencias tenían algo de sincero. Las cometía abiertamente, a la vista de todas. Jamás habría mentido de ese modo. Y, sobre todo, jamás habría organizado una mascarada tan infame. Eso habría sido un ultraje, un ultraje al Señor.

La madre abadesa recita en voz baja:

—«Velad por vuestras almas, no os corrompáis fabricando ídolos, imágenes de ninguna divinidad, figuras de hombre o de mujer…». «Todas sus imágenes talladas serán destrozadas…». «No haréis para vosotros ídolos…». ¿Para qué sirve una imagen tallada? ¿Para qué una imagen fundida que enseña la mentira?».

La abadesa piensa en los venenos, en las setas tóxicas, en las cenizas de sarmiento, en los recortes de cuero. Repasa el comportamiento extraño de Joan en sus últimos días de vida. Repasa también las conductas inusuales de algunas hermanas: Millicent, Rose, Eleanor, Lavinia y, sobre todo, Helisende, Helisende de Wigmore. Reúne todos esos elementos, pero se abstiene de llegar a una conclusión que le causa horror.

Se incorpora en su lecho. Está sentada, temblando, mientras aprieta en la mano la cruz de madera que lleva colgada al cuello con una cadena.

—Señor, perdóname, pero tengo que saber a qué atenerme.

Toma una decisión. De inmediato, regresa la calma, deja de temblar y una inmensa tristeza la invade. Después de tantas horas de tormento, la pesadumbre es un consuelo. Y por ahora, mantiene a raya la ira. La abadesa se duerme de nuevo.

Al día siguiente, da sus órdenes. Dos sepultureros se dirigen al cementerio con paso lento, casi a regañadientes. Cavan bajo la mirada de la abadesa, mientras la nieve amenaza con tornarse lluvia. Algunas monjas se atreven a contemplar la escena de lejos. La priora las ahuyenta, las hermanas se retiran, pero regresan enseguida como cornejas en un campo. El aire se enfría

bruscamente y una nieve muy fina comienza a caer. Los sepultureros han terminado de cavar; con la ayuda de gruesas sogas, tras varios intentos, suben el ataúd a la superficie. Uno de ellos fuerza la tapa con un pie de cabra; la madera cruje. Hacen una señal a la abadesa.

Ella se acerca, se inclina. Instintivamente se tapa la nariz, aunque el gesto se revela inútil. Mira el interior del féretro. Hoy la luz es muy tenue, pero lo que ve la madre superiora no deja lugar a dudas. La verdad, desde ahora, es irrefutable. La abadesa ha sido engañada; Dios ha sido engañado. No se han inhumado en tierra consagrada los nobles restos mortales de una benedictina, sino un grotesco maniquí de madera y cuero, cubierto por una máscara de horrenda mueca. Y mientras todas las monjas rogaban por la salvación de su alma, Joan huía. A qué vicios se estará entregando en este mismo instante, eso solo Dios lo sabe.

La abadesa está al borde del colapso. Pero sabe que toda la comunidad la observa. La fuerza que la mantiene en pie es la ira. La ira, al fin, su fiel compañera.

*

Como me temía, me interrogaron sin contemplaciones. La regla prohíbe que se me dirija la palabra hasta nueva orden. Dicha prohibición, por supuesto, no concierne a la abadesa. Me avergüenza confesar que no tengo fuerzas para resistir el interrogatorio. No voy a escudarme en que ya no es momento de disimular, o en que la verdad es conocida y yo no hago más que confirmar lo que la abadesa sabe de sobra. Me consuelo diciéndome que las hermanas cómplices de la fuga sufren una suerte similar y deben de estar haciendo, igual que yo, el relato completo de nuestro crimen. Aun así, la vergüenza me persigue. Los latigazos que se me imponen son un alivio para mí.

Sí, Joan de Leeds fingió la enfermedad, simuló la muerte. Sí, Joan de Leeds creó, con nuestra ayuda, una contrafigura de sí misma. Sí, la propia Joan de Leeds se encargó de colocar ese ídolo en el ataúd. Sí, Joan de Leeds hizo todo lo posible para alejar a los testigos haciendo de su falso cadáver un despojo nauseabundo. Sí,

organizamos y luego asistimos al funeral de un espantajo. Sí, Joan de Leeds huyó de la abadía gracias a la complicidad del carpintero Siarl. Sí, desde ese día maldito, somos varias las que mantenemos vivo el fuego de la mentira.

Recibo la orden de mantenerme alejada de la comunidad. La abadesa exige que me conduzcan a una celda donde me encuentro sola. Sé que recibiré varias sesiones de flagelación. Haré penitencia, comeré sola, rezaré sola. Nadie me dirigirá la palabra hasta el día en que Dios me envíe señales claras de mi redención.

*

La ira de la madre superiora inunda toda la abadía. Arruina el sabor de sus comidas, resuena cada mañana en la sala capitular y hace temblar los muros de la nave. Pero los muros de nuestra iglesia son sólidos, y nuestra abadesa es una anciana debilitada durante sus años de lucha por mantener el orden entre sus monjas. Sabe que la ira se cuenta entre los pecados capitales y, sin embargo, se abandona a ella con cierto placer. Dios la comprende, está convencida de ello: Él también haría oír su cólera si quisiera. Y Él, Él condenará a Joan cuando llegue el día.

Dios sabe dónde se hallará en este momento. Al no ser omnisciente, la abadesa tiene que contentarse con imaginar. Y lo que imagina alimenta su ira. Cuando cierra los ojos, ve a Joan detrás de los velos rojos de un lupanar semejante a los de Babilonia. Y a Joan ofreciéndose, como un animal, al apetito de los hombres.

La abadesa no se conforma con imponer a las culpables las diversas penitencias previstas por la regla. No quiere dejarse vencer tan fácilmente por Joan de Leeds. Joan podrá ser inteligente, pero aún es demasiado joven para burlarse de una venerable abadesa. Así pues, se jura encontrar a la fugitiva, dondequiera que se halle, y traerla de vuelta al monasterio.

—El convento es su casa; aquí es donde debe permanecer hasta el fin de sus días. En la abadía es donde exhalará su último suspiro. Y será aquí, en el cementerio del claustro, donde recibirá cristiana

sepultura. Le hice a su familia la promesa de guardarla a mi lado y cumpliré esa prerrogativa.

Estas firmes palabras las dirige la abadesa a Duns. Duns es un hombre de unos cincuenta años, de rostro redondo y mofletudo, como el de un eterno mozalbete, pero de cabellos ralos y finos como una tela de araña. Fueron rojos; ahora se han vuelto grises. Tiene permanentemente la expresión de un hombre muy cansado. Parece falto de sueño, como si nunca hubiese conocido la paz. Cuando Duns se pone en marcha, se puede deducir por su pesado caminar que ha vivido un buen número de años. Y que esos años no siempre fueron fáciles.

Duns ejerció antaño el oficio de alguacil. Era un oficial orgulloso y escrupuloso. Velaba cada día por el cumplimiento del orden y de la justicia. Lo hacía con tal celo que los hombres y mujeres de su región terminaron por confundirlo con la Justicia misma. Se descubrían al verlo pasar. Avanzaba con la larga vara de los alguaciles en la mano, adornado con las armas reales. Aquel a quien tocaba con la punta de la vara sabía que estaba arrestado. ¿A cuántos malhechores tocó el alguacil Duns con su vara? Ni siquiera él sabría decirlo. Son legión. Es tan difícil velar por el mantenimiento del orden… Es como si el diablo se entrometiera. Cada día incita a los hombres a obrar el mal; unas veces se trata de delitos menores, otras de crímenes atroces. En uno u otro caso, el alguacil Duns conducía al culpable ante el juez. Otras veces, de noche, clamaba al *haro*, el grito mediante el cual todos los aldeanos debían prestar auxilio a la justicia y salir a la caza de un malhechor.

Y al día siguiente, vuelta a empezar. Era raro pasar tres días seguidos sin tener que enfrentarse al desorden. En los mejores días, se trataba de un huevo robado por un niño. Pero en otros, más sombríos, era una oveja destripada o, a veces, una doncella. Había entonces que calmar la propia sed de venganza y, sobre todo, la de los demás. Algunos no entendían por qué Duns les impedía colgar al culpable en la primera rama. A Duns le costaba explicarles que debía salvar la vida del culpable para conducirlo ante la justicia. No lo aceptaban. ¿Acaso la justicia no consiste en colgar a los culpables?

De tanto repetir lo mismo cada día, Duns perdió el ánimo. Siempre había sido amante del orden y la justicia. Siempre había tenido un respeto infinito por la honestidad. Incluso hoy, ama esta por encima de todo. La considera un milagro al alcance de unos pocos. Pese a todo su amor, Duns decidió devolver su vara de alguacil. Ahora se ocupa de su modesta granja, de sus gansos y de su huerto. Lo hace de la manera más honesta posible.

—Alguacil —dice la abadesa—: necesito vuestra ayuda.

—Ya no soy alguacil, os lo he dicho —responde Duns.

—Me lo habéis dicho, sí. Pero es desde hace poco.

—Y con eso basta para no serlo más.

—Estoy segura de que no habéis olvidado nada de vuestro oficio. Siempre habéis obrado en pro de la justicia y el orden.

—Tal vez deberíais acudir a un alguacil en ejercicio. O al alguacil mayor. O al juez de paz.

Duns se halla de pie frente a la abadesa. La anciana está sentada en un banco de madera, humilde e imperiosa a la vez, frágil y decidida.

—La situación es delicada, alguacil. No se puede hablar propiamente de una infracción de la ley. Pero esta joven, Joan de Leeds, ha quebrantado la regla. Se ha escapado…

—¿Se ha escapado del convento?

—Sí, pero eso no es lo más grave. Había depositado en ella toda mi confianza. Era como una hija para mí. Y ella me ha traicionado.

La mano de la abadesa se cierra sobre su pequeña cruz de madera. Para ella es una forma de recordar su autoridad, no de hacer penitencia.

—Recurro a vos, Duns, en nombre de los lazos que nos unen. En el pasado tuvimos buenas razones para entendernos. No lo habréis olvidado.

—No lo he olvidado. Y tuve buenas razones para alegrarme de aquel entendimiento.

Por aquel entonces, las finanzas de la abadía eran prósperas, mucho más que hoy. Tras varios reveses, el alguacil Duns se encontraba al borde de la miseria. Sus estipendios de oficial no

bastaban para saldar sus deudas. Los acreedores lo perseguían incluso en sueños todas las noches. La abadesa fue muy generosa…

—No podré ser tan generosa como en el pasado, alguacil. Que Dios me perdone.

—Lo entiendo.

—Pero sé de vuestro aprecio por la honestidad. Sabed, pues, que, si aceptáis prestarme este servicio, os retribuiré con unos honorarios honrosos.

—En agradecimiento por la ayuda que una vez me brindasteis, no puedo sino prestaros mi ayuda ahora.

—Gracias, alguacil. Sabía que no me negaríais nada.

—Yo también lo sabía, reverenda madre. Lo sabía antes de venir a veros.

La abadesa suspira aliviada. Se levanta y su mano suelta la pequeña cruz de madera.

—Ahora, si queréis acompañarme. Os mostraré la… la cosa.

La priora ha ordenado guardar el estafermo en la enfermería. La luz es escasa, el aire húmedo; es el lugar menos indicado para su conservación. Pero también es el más discreto. Duns se acerca intrigado. Desde que la abadesa le habló de esta fuga y de esta efigie, arde en deseos de verla de cerca. Ante la abadesa y la priora, intenta disimular su curiosidad. Se acerca lentamente.

—¿Podríais proporcionarme algo de luz?

—Por supuesto, alguacil.

Cuatro velas iluminan con luz trémula la contrafigura de Joan. Duns se inclina sobre la efigie. Observa cada detalle de cerca. Se toma su tiempo. La abadesa espera de él un gesto de reprobación, tal vez una señal de asco. Duns debería mostrarse escandalizado. Pero lo que siente, por el contrario, es cierta admiración. Que una joven benedictina haya sido capaz de confeccionar una efigie de esa índole raya en lo prodigioso. ¿Cómo obtuvo los materiales? ¿Cómo diseñó la silueta, el armazón? ¿Cómo logró darle a este ídolo la palidez de un cuerpo joven alcanzado por la muerte? ¿Cómo imitó tan bien una cabellera? Y, sobre todo, ¿cómo supo dibujar los rasgos de su propio rostro?

Duns se detiene largo rato ante la máscara del maniquí. La abadesa, la priora y Winifred hacen una mueca. Duns acerca una vela para ver mejor el dibujo del falso rostro. Finalmente, habla por primera vez desde que descubrió la efigie:

—¿Se le parece?

La abadesa se sobresalta. No esperaba un comentario de ese tipo.

—¿Qué queréis decir? ¿Quién se parece a quién?

—Veamos, ¿la efigie se parece a Joan de Leeds y Joan de Leeds se parece a su efigie?

Como si no supiera responder a semejante pregunta, la abadesa se vuelve hacia la priora. La priora se vuelve hacia Winifred. Winifred se santigua. La abadesa dice entonces, con voz átona:

—«Todo artífice se avergüenza de su ídolo, porque engañosas son sus imágenes fundidas, y no hay en ellas aliento alguno». Libro de Jeremías.

—Permitidme repetir la pregunta. Me habéis llamado para encontrar a Joan, allá donde se halle, y traérosla de vuelta. He aceptado, lo haré. Pero nunca he visto a Joan, ignoro cómo es esa persona. Ahora se esconde en un vasto país. Quizá entre los galeses, tal vez en la comarca de Birmingham, o en Devon, o ya en Irlanda. Mi tarea será ardua, tal vez imposible, a menos que se produzca un milagro.

—Contaréis con la ayuda de Dios.

Duns posa una mano sobre la máscara, la acaricia con la yema del dedo. Las tres mujeres apenas logran reprimir un escalofrío de horror.

—Os lo agradezco. La ayuda del Señor me será muy útil. Pero esto lo será más todavía.

—¿De qué habláis, alguacil?

Duns había estado encorvado hasta entonces; ahora se yergue. Así se mantenía antaño, el busto arqueado hacia atrás, orgulloso, en su época de alguacil. Cuando blandía su vara y tocaba a los malhechores. Entonces debía dar prueba de su autoridad. Su voz, cuando es necesario, sabe ser firme y serena.

—Os pido permiso para llevarme esta máscara. Supongo que es el vivo retrato de la culpable, Joan de Leeds. Será una ayuda muy

valiosa para mí. Incluso podrá servirme como prueba.

La abadesa mira a la priora. La priora mira a Winifred. Winifred se santigua.

—Os lo concedo, alguacil. Llevaos esa máscara, y si podéis, llevaos toda esa cosa con vos. A nosotras no nos es de ninguna utilidad aquí, y todas dormiremos mejor sin esa obra del diablo.

Una hora después, Duns abandona la abadía, a lomos de su yegua torda, llevando en una alforja de cuero la máscara de Joan de Leeds y, en la otra, una modesta suma de dinero.

*

En el mismo momento en que Duns parte en persecución de Joan de Leeds, ella y Fergus se aproximan a los muros de una gran ciudad. La más grande que Joan haya visto desde su partida. Más grande que Sheffield, que Nottingham, Leicester o Northampton.

Fergus apunta hacia las murallas con su dedo enjuto y amarillo como una pata de pollo.

—Henos aquí. Londres.

Tercera parte

1

Las oscuras murallas de Londres se alzan ante Joan. Y a sus espaldas, ya, varios días de cabalgata a través de un páramo cada vez más boscoso. Desde que dejó de nevar, una vez pasada Sheffield, Joan tuvo tiempo de observar una vegetación que parecía descubrir por primera vez: aulagas, escaramujos, helechos, robles, congelados desde hacía semanas, que todavía lo estarían durante algunos meses más hasta el próximo deshielo. Cada mañana, el hielo y la escarcha confieren a las extensiones de hierba esa pátina azulada que Joan aprecia particularmente. Aguarda la primavera para descubrir otra faz de estos parajes. Sabe que entonces podrá ver cómo la vida bulle en los arbustos, en los marjales o en los bosques. Pero, de momento, esta visión de un mundo paralizado por el frío la satisface. Es como si alguien hubiera querido ofrecerle, en primer lugar, una imagen detenida en el tiempo.

Los años de vida en el claustro han hecho de Joan una mujer contemplativa y atenta. Es capaz de percibir las ínfimas variaciones del canto de un pájaro. Ha aprendido sola a leer el desplazamiento de las nubes y lo que anuncian. Adivina la salud de un árbol frutal por el color de sus flores en primavera. Sin embargo, cuando se trata de sobrevivir en el páramo o en los bosques, día tras día, noche tras noche, en pleno invierno, se siente torpe en extremo. En cambio, ve a Fergus moverse como pez en el agua y animarse con viveza a medida que su viaje prosigue. Más de una vez ha llegado a la conclusión de que este hombrecillo incompleto nació, un lejano día, del cruce de una mujer y un gnomo. O de un hombre y una elfa. Entre los duendes aprendió a sobrevivir en la espesura. Fergus parece estar a gusto tanto en las orillas de los arroyos como en los bosques —al principio escasos, pero más numerosos a medida que avanzaban hacia el sur—. En invierno, la vida salvaje no es generosa, pero ese diablillo de Fergus siempre ha sabido encontrar algo tanto para beber como para alimentarse. Eran complementos

bienvenidos, a mayores de los víveres que con previsión había cargado en sus sacos: tres grandes hatillos, aparentemente inagotables, de los que sacaba tiras de tasajo, quesos añejos u hojuelas.

El primer día del viaje, Joan se había fijado en un cuarto bulto, además de los fardos atados a los flancos de los caballos. Ese bulto, sin duda valioso, Fergus lo mantenía siempre cerca de él. Mejor dicho, no cerca sino contra él, contra su barriga, como si se calentara con su contacto. A no ser que fuera al revés, y fuese Fergus quien procurase calor al misterioso contenido de su fardo. Su curiosidad era demasiado fuerte y, tras unas cuantas horas de camino, Joan se atreve a preguntárselo.

—Un poco de ambas cosas, madamisela. Yo me caliento, ella me mantiene caliente, nos procuramos un favor mutuo. Por cierto, como este viento siga azotándonos la cara, será un placer confiarte mi carga. Será tu turno de entrar en calor.

—Pero entonces, ¿qué contiene ese bulto? ¿Carbones encendidos?

—Mejor que eso, ya lo creo. Los carbones, al fin y al cabo, acaban por enfriarse y apagarse. Es la ley del carbón ardiente. Antes o después, acaba como un témpano. Pero esto, madamisela, esto siempre seguirá caliente. Siempre y cuando lo alimentemos y lo cuidemos.

Fergus desata los nudos del saco. Deja salir una cabeza de oca. Una oca desgreñada, sorprendida, diríase que medio dormida, y a la que parece faltarle el aire.

—¿Te paseas por ahí con una oca, Fergus?

—¡Ya lo creo!

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde el principio. Es un presente de tu tío, o mejor dicho, de tu primo.

—Ah, claro. Te regaló una oca.

Joan imagina que esa oca es su viático. Cuando Fergus se canse de sacar de su saco galletas frías como el hielo, sacrificará el animal. Desplumará la oca, la destripará y sus entrañas humearán con el frío, si bien ese humo de entrañas será pronto sustituido por el de

un fuego de sarmientos y leña seca recogida al borde del camino. Entonces, Joan y Fergus podrán darse un banquete como si fuesen dos reyes lejos de sus palacios.

—Oh, siento mucho decepcionarte, madamisela. Esta oca no está hecha para ser comida. Al menos, no por ahora. Algún día tal vez… Está destinada a otro uso y, sobre todo, a otra persona.

—¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás más adelante.

Y dale con lo de «lo entenderás más adelante», la misma cantinela con que la abadesa contestaba a sus preguntas cuando era aún una joven novicia. Ahora es una mujer hecha y derecha. Pero se pregunta si lo habrá entendido. ¿Acaso comprende la voluntad de Dios cuando ni siquiera sabe qué va a hacer Fergus con su oca?

Este hace un ademán con la única mano que tiene. Frente a ellos se halla un torrente demasiado caudaloso para ser cruzado. Habrá que rodearlo. Fergus reflexiona. Se gira hacia el este, luego hacia el oeste. Joan cree ver el saco moverse sobre la barriga del buhonero. Qué personaje tan sorprendente, como salido de una colección de fábulas. Un hombre-duende a punto de parir una oca.

*

El exalguacil Duns cabalga orgulloso sobre su montura, como en los tiempos en que estaba al servicio del juez de paz. Si se atreviera, blandiría de nuevo su vara de ministril, la que tanto intimidaba a la plebe; ganas no le faltan. Pero portar esta vara cuando ya no se es alguacil constituye una infracción de la ley. Y Duns no deja de repetírselo: él venera la honradez por encima de todo. Si queda un solo hombre honrado en esta tierra corrompida, es él. Y, si alguna vez Duns cede a la deshonra, entonces será el fin. Ese día será el Juicio Final.

Bueno, olvidemos la vara. A pesar de todo, Duns se siente investido de una misión, y esa sensación lo llena de alegría. Hacía ya mucho que no cabalgaba así, con paso tranquilo pero decidido, y con un deber en mente que tiene que cumplir: encontrar a Joan de

Leeds dondequiera que esté y llevarla de vuelta a la abadía, que será su última morada.

Duns ha dado su palabra a la abadesa y deberá cumplirla. Cumplir la palabra dada es como ser honrado cada día, es un milagro. Ahora bien, dependerá de nosotros realizar ese milagro. Duns sabe, sin embargo, que encontrar a una joven fugitiva es una tarea casi imposible. No bastaría solo con la ayuda de Dios para lograrlo; haría falta la ayuda de todos sus sacerdotes, la ayuda de los oráculos y (que Dios lo perdone) la ayuda del mismísimo diablo.

Entonces, ¿no fue deshonroso haber empeñado su palabra? A Duns, de pronto, la duda lo corroe. Se promete que consagrará el resto de su vida a su misión, aunque tenga que morir en los caminos. Esa muerte lo redimirá; tal pensamiento lo consuela. Y, además, la abadesa morirá tarde o temprano, solo Dios sabe cuándo. Ese día, Duns quedará libre de su promesa. Ese día, el salario «honroso» desembolsado por la abadía habrá sido gastado hace tiempo.

A pesar de todo, la duda aún lo reconcome. ¿Y si hubiese aceptado la misión únicamente para volver a ser el alguacil que ya no es? No solo sería una mentira, sino un pecado de orgullo.

Duns ahuyenta este mal pensamiento como si espantara un tábano. La verdad es más sencilla: aceptó la misión porque no puede negarle nada a la abadesa. Está en deuda con ella y está saldando esa deuda, ni más ni menos.

¿Cómo empezar?, ¿por dónde? O, mejor dicho, ¿por quién? El exalguacil Duns, desde lo alto de su montura, pregunta a los campesinos con los que se cruza:

—¿Sabéis dónde puedo encontrar a un tal Siarl?

—¿El gigante galés?

—El mismo.

Duns trata de recobrar la prestancia que tenía cuando era más joven. ¿Cómo hacía entonces para transmitir una impresión de autoridad?

—Pues ese Siarl, señor, estará en su casa.

—Os estoy muy agradecido, buen hombre. Pero ¿dónde queda «su casa»?

—Oh, es fácil…

El campesino se lanza a un relato enrevesado, salpicado de digresiones. Por fortuna, Duns ha aprendido a descifrar esa clase de explicaciones. Dos horas más tarde, ve el humo saliendo de la chimenea de una granja. Una hora más a caballo y allí está, sentado frente a Siarl.

—Puede que haya ayudado a Joan a salir de la abadía, ¿eh?, pero, ¡malhaya!, no soy cómplice de su fuga, ¿no?, señor alguacil.

—Ya no soy alguacil.

—¿Que no? Pues nadie lo diría, ¿no es verdad?

—Lo fui, ya no lo soy.

—¿Ah, sí? ¡Qué raro!, yo creía que alguacil se era para toda la vida. Pero a lo mejor me equivoco, ¿no es así?

Duns observa con atención al galés. No le habían mentido: parece un gigante, y más aún considerando que todos los hombres y mujeres que trabajan en su granja son de estatura más bien baja. Como si los hubiera calibrado personalmente antes de contratarlos.

—Una vez Joan dejó la abadía, una vez fuera de su ataúd, ¿adónde se fue? ¿En qué dirección?

—Dudo si decirlo. No sé si debo, ¿no? Malhaya…

—No debéis dudar. No soy alguacil, ya no lo soy. Ya no llevo la vara para arrestar a nadie. Solo ayudo a la abadesa a encontrar a Joan, nada más.

—Ah…

Siarl escupe en el suelo. Luego pregunta:

—Y cuando la haya encontrado, ¿qué?

—No le hará ningún daño. La abadesa prometió, hace mucho tiempo, cuidar de esa niña. Los padres de Joan…

—Sí, ya sé. Ahogados en el estuario, con un recién nacido. ¡Malhaya!…

Escupe por segunda vez. Duns se fija en que el gigante tiene buena puntería: su escupitajo cae exactamente en el mismo sitio que el primero. Sin mirar a Duns a los ojos, Siarl continúa:

—Ya que es una cuestión de familia, ¿eh?… Está el señorío de Clarence. Él también es uno de la familia. Clarence de Leeds, ¿no es cierto? A lo mejor, si yo fuera alguacil, iría a preguntar por allí, por si

acaso tienen noticias. No estoy seguro, ¿eh?, pero nunca se sabe, Dios mediante.

Escupe por tercera vez con la misma puntería.

—Porque… A decir verdad, tengo razones para estar preocupado, ¿eh?… Le había indicado el camino a Joan. Le dije: hacia el este, y después de una hora, estará Wheldrake a mano izquierda. Le dije: «Vas hasta el río, y luego continúas hacia el sur. Después, basta con seguir el curso del río hasta Thorganby». Era fácil, aunque llover llovía a cántaros.

—De acuerdo. ¿Así que en Thorganby es donde está el señorío de su tío?

—No, hombre. ¡Cómo va a estar en Thorganby! En Thorganby era donde tenía que encontrarme con Joan, ¿no es cierto? Y luego hubo aquel imprevisto, y tuve que volver a la abadía. Menuda historia… Cuando por fin llegué a Thorganby, era casi de noche. Ni rastro de Joan. Ni un alma, ¿eh? No tuve tiempo de esperar. Venga a llover y llover, ¿no es cierto?, y yo tenía que devolver los caballos, ¿eh? ¡Malhaya…! A la pobrecilla nunca volví a verla. ¡Que Dios la ayude…!

Escupe en el suelo por cuarta vez. O al menos lo intenta, porque ya no le queda saliva. Luego añade:

—Yo tampoco le deseo mal a nadie, ¿eh? Digo esto solo por ayudar, que me muera aquí mismo. Si llega a aparecer, estaría contento, eso creo, ¿eh? Me quedaría tranquilo. ¿Cómo se dice? ¿Encontrada «sana y salva»?

—Esa es la expresión exacta, sí, «sana y salva».

—Sana y salva. Ah, caramba, ¡qué alivio!

*

Duns reemprende el camino. La voz del gigante galés resuena en sus oídos: «Sana y salva, ¡qué alivio…!». En efecto, sería un alivio. El exalguacil no desea otra cosa que encontrar a Joan con vida. La abadesa no querría que Duns le llevase solo los restos mortales de Joan. No le iba a hacer mucha gracia la idea de sustituir un maniquí por un cadáver.

Pero ¿cómo se las arregla una joven como ella para sobrevivir? Por lo visto, sabe predecir las tormentas por el canto de los pájaros; dicen que incluso auguró el año de lluvias torrenciales que asolaron el país. Sin embargo, jamás conoció otra vida que la del convento. Una vida austera, desde luego, aunque protegida de cualquier peligro.

—Inglaterra es un país peligroso —había dicho también Siarl—. Hay lobos, hay malandrines.

—Cierto, los lobos, los bandidos. Y en invierno, el hielo.

—Olvidáis el diablo. En tiempos de Guillermo, nuestro país era una región pacífica. Vivíamos felices y la primavera duraba más que el invierno.

De esto Duns no está tan seguro, pero se abstiene de decirlo. ¿Cómo era esta tierra en tiempos de Guillermo el Conquistador? No hay nadie vivo para contarlo. Han transcurrido dos siglos y medio desde su muerte. Más de un siglo desde que Ricardo Corazón de León fue atravesado por el virote de una ballesta. ¿Son los tiempos de hoy peores o mejores?

El rey Eduardo II reina desde hace diez años. Cuando subió al trono tras la muerte de su padre Eduardo I, se depositaron muchas esperanzas en este joven. En cada advenimiento de un nuevo monarca, lo juzgamos joven y fuerte, emprendedor. Le otorgamos todas las virtudes y creemos que Dios lo tiene bajo su protección. Con el nuevo rey, se decía, seguro que se acabarán la miseria y la penuria. No habrá más guerras y los franceses devolverán las tierras que Juan sin Tierra perdió.

No ha pasado mucho tiempo, apenas unos años, pero todo es muy diferente. Es verdad que aún hay muchas almas fieles al rey. Pero ¿cuántos, al oír el nombre de Eduardo II, escupen al suelo como hace con tanta destreza Siarl? Dios ya no parece tener a Eduardo bajo su protección. Las lluvias torrenciales del otoño y el invierno de 1315-1316 fueron vistas como un mal presagio. Dios, dijeron algunos, expresa su desaprobación.

Y es que la conducta del rey empieza a molestar. Está casado, y bien casado, con Isabel, hija del monarca Felipe IV de Francia, con la que incluso ha tenido hijos. Pero el rey quiso conservar a su lado

a un tal Piers Gaveston, un apuesto joven procedente de Gascuña. El rey no solo lo convirtió en su valido, sino que le concedió el condado de Cornualles. Los nobles no vieron con buenos ojos esas preferencias, consideradas contra natura y también contra sus costumbres. O contra sus expectativas. Un triste día, Piers Gaveston, el valido, cayó en una emboscada. Con la punta de una larga y pesada espada, sus captores le atravesaron el pecho hasta el corazón. Pese a su caída en desgracia, el desdichado obtuvo un último honor: morir decapitado, como solo los nobles tienen derecho a acabar.

Eso no puso fin a las revueltas intestinas de la nobleza. El joven rey Eduardo no tardó en encontrar otro valido, Hugh le Despenser. Indudablemente, los tiempos son difíciles. La actitud desastrosa del rey se suma a las malas cosechas y la hambruna, de modo que la ira de unos y otros no para de crecer. Allí donde los campesinos callan, se esconde el resentimiento. Los nobles, en cambio, son cada vez menos discretos. Llegan incluso a decir que el soberano es ilegítimo. Cuentan que un loco se paseó de pueblo en pueblo presentándose como el verdadero Eduardo II, hasta que fue encarcelado.

Al exalguacil Duns le habría gustado encontrarse con un loco tan ambicioso. Ya ha conocido hombres que decían ser reyes, pero generalmente eran borrachos cuyas pretensiones se disipaban al mismo tiempo que la borrachera.

Ahora que marcha con paso tranquilo en pos de una monja fugitiva, es consciente de que el país está febril. Soplan vientos de revuelta, no la de los plebeyos, sino la más insidiosa y temible, la de la alta nobleza. Se dice que la propia reina, la esposa del rey, está dispuesta a pactar con los enemigos de su esposo.

Quienes anuncian el fin de los tiempos tal vez tengan razón.

2

Así que esto es Londres. Joan alza la vista. Las murallas de la ciudad son altas, pero ella esperaba algo más monumental. Comparadas con los muros de la abadía, tampoco le parecen tan impresionantes. Y además, ¿para qué demonios sirven si los habitantes de la ciudad pueden entrar y salir a su antojo? Joan se dice que los hombres no construyen murallas para protegerse del exterior, sino para sentirse cómodamente instalados en el interior, sin posibilidad de salir. Ella, que logró escapar del recinto de la abadía, se sorprende ahora al cruzar el amplio foso y pasar luego una de las seis puertas de la ciudad para encontrarse, una vez más, dentro de un cercado.

—Hemos pasado la poterna de Moorgate. Ya estamos en Londres.

Fergus lo proclama en voz alta, con grandes aspavientos de su único brazo. Parece un maestro de ceremonias. También parece entrar en la ciudad como si le perteneciera.

—Londres… La cámara del rey.

—Ah —dice Joan—, creía que el rey dormía en Westminster.

—No digas eso delante de los londinenses, madamisela. Les gusta pensar que están sentados en el trono del rey. Sigamos.

Joan querría avanzar, pero las calles de la ciudad se estrechan enseguida, cada una encajonada entre dos hileras de edificios tan juntos, tan inclinados el uno hacia el otro, que parecen tocarse la frente. El tránsito se vuelve tan difícil que Fergus y Joan se ven obligados a desmontar.

—Detengámonos un momento —dice Joan—. Busquemos un lugar más aireado para que descansen los caballos.

—¿Un lugar aireado? ¿En esta ciudad? Debes de estar de broma, madamisela. Encontrar un sitio espacioso en Londres es como hallar una moneda de oro en mi ombligo. Lo que quiero es encontrar Cheapside, si conseguimos abrirnos paso entre el gentío.

—¿Qué es Cheapside? ¿Un prado?

Dos críos que trotan junto a Joan se echan a reír de forma extraña. Debe de ser el acento de Londres. Fergus ríe también, a su manera, como un cascabel.

—Cheapside es una calle. Pero la mayor parte del tiempo está ocupada por el mercado.

—¿El mercado? Oh, ahora caigo. Ya lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes, madamisela?

—La oca.

—¿Qué oca?

Joan señala el saco de lona que Fergus sigue apretando contra su vientre y exclama con voz triunfal:

—¡La oca es para venderla en el mercado!

—¿Crees que he hecho todo este viaje día tras día, con nieve, con frío, con noches al raso, para vender una oca, una sola, en Cheapside?

Los dos críos, que aún corretean alrededor de Joan y Fergus, se ríen a mandíbula batiente. Y rivalizan en gritos:

—¿Es una oca eso que llevas en el saco, Maneto?

—¿Cuánto por la oca, Manco? ¿Cuánto? ¡Te la cambio por un arenque y una pinta de cerveza!

—¡Fuera de aquí los dos! ¿Por qué no vais a daros un baño al Támesis?

Los críos se alejan. Fergus se vuelve hacia Joan.

—No, esta oca tiene un destino mucho más noble. Como te dije, estoy aquí para cumplir un encargo. Es hora de explicártelo, madamisela. Ven, torzamos por aquí.

Fergus gira a la izquierda, tirando de la brida de su caballo. Joan lo sigue, aturdida por la multitud. Jamás había visto tantos rostros reunidos en el mismo lugar. Ni tantos cuerpos. Y tan distintos. Hombres barrigudos de piel rosada, mujeres esbeltas de tez oscura, tullidos, ancianas de rostro amable. Joan ve, incluso, en la esquina de dos calles, a un joven bellísimo. Le recuerda a su primo John. ¿Qué estará haciendo ahora? Seguramente deambula en silencio por los pasillos del señorío de Clarence. El feudo parece ahora tan lejano como la abadía.

—Ahora a la derecha —dice Fergus.

Avanza con pasitos cortos, muy hábilmente, como si hubiera vivido siempre en ese laberinto. Este hombre-duende es, sin duda, asombroso. Capaz de sobrevivir en el bosque y de abrirse paso en una ciudad abarrotada de gente.

—Ya casi estamos, madamisela.

Joan ve alzarse ante ella una casa blanca de considerable altura, con una puerta monumental. Pregunta:

—¿Qué es esto?

—Austin Friars. El convento de los frailes agustinos.

—¿Un convento?

—No te preocupes, no es ahí adonde vamos. Hay mejores cosas que hacer que entrar en un convento, ¿no te parece, madamisela?

Las palabras del homúnculo tranquilizan a Joan. También se pregunta si Fergus dejará algún día de llamarla madamisela.

*

Un criado conduce al exalguacil Duns hasta la sala principal, una estancia grande y austera, pero considerada lo bastante confortable como para recibir a quienes se presentan sin previo aviso. Duns repara de inmediato en la singular fisonomía del criado. Tiene los hombros estrechos y los ojos muy juntos. Se podría pensar que es bizco, aunque es una ilusión; los ojos miran al frente. El criado parece observar a sus interlocutores con suma atención. Habría sido un excelente juez de paz.

—Nuestro amo Clarence sigue retenido en Irlanda. El mal tiempo… Pero su hijo menor está aquí. John… Iré a buscarlo ahora mismito. Por supuesto, si supiera dónde está, no me llevaría más que un instante. Acomodaos en ese sillón. Os ruego encarecidamente que tengáis la bondad de esperar un momento.

Una hora más tarde, Duns sigue esperando con los ojos cerrados, cuando, de repente, un joven tímido aparece ante él.

—¿En qué puedo ayudaros?

—¿Sois vos John de Leeds?

—Hijo de Clarence de Leeds, en efecto.

—Tal vez podáis ayudarme en mi búsqueda.

—Eso espero, señor. Pero mi padre, Clarence, está actualmente de viaje.

—No busco a vuestro padre.

—¿A mi hermano, entonces? Solo Dios sabe dónde se encuentra. En el continente, creo.

—Tampoco busco a vuestro hermano.

El joven permanece de pie ante Duns. Se apoya alternativamente en un pie y en el otro, como un estudiante durante su examen público.

—Una de mis tías murió ahogada. Fue hace mucho. ¿Venís tal vez por ella?

—Tampoco se trata de vuestra tía.

Duns se pregunta si el joven piensa recitarle toda la genealogía familiar. ¿Cuántos muertos, cuántos desaparecidos en esta familia? No le sorprende ver este vasto señorío prácticamente desierto, ocupado por muchos criados.

—Joven, he sido enviado por una persona de confianza y honor, vinculada a la más respetable nobleza de Yorkshire, para hallar a vuestra prima Joan.

El joven reflexiona un momento.

—¿Joan, decís? Sé dónde podéis encontrarla con toda certeza.

—En tal caso, estoy impaciente por escucharos.

—Ingresó, hace varios años, en el convento de las benedictinas. Supongo que aún sigue allí.

—Precisamente acudo a vos, señor, porque vuestra prima ha dejado la abadía. Para decirlo con propiedad, se ha fugado. Os pido disculpas.

John se pregunta por qué este alguacil de rostro fatigado le pide disculpas. ¿Será el responsable de la fuga de su prima?

—Lamentablemente, señor alguacil, no puedo ayudaros. No estaba al tanto de ese hecho. Y no dejaré de advertir a mi padre a su regreso.

—Permitidme una pregunta. En mi opinión, lo más natural es que Joan de Leeds buscase refugio en esta casa. ¿Qué opináis vos?

—Sí, sin duda… No os falta razón.

—¿Y cuándo creéis que vendrá?

—Pues… lo ignoro.

—¿Me permitiríais esperarla aquí unos días?

El joven se balancea cada vez más rápido sobre ambos pies.

—Sería en vano, señor alguacil.

—¿Por qué en vano?

—Porque Joan no vendrá jamás.

—Pero acabáis de afirmar lo contrario. Según vos, sería natural que buscase refugio aquí.

—Si el señor alguacil me lo permite, sois vos quien lo ha afirmado.

—Tenéis razón, pero os habéis manifestado de acuerdo conmigo.

John traga saliva varias veces, como el día en que habló con Joan por primera vez. Cuando vuelve a hablar, lo hace con voz temblorosa.

—Sería natural que hallase refugio aquí, pero no está en la naturaleza de Joan hacer lo que a vos o a mí nos parece natural. Joan es de índole caprichosa y libre.

—¿La habéis visto últimamente?

—¿Yo? Nunca la he visto.

—Sin embargo, parecéis conocerla bien.

¿Conocer a Joan? ¿A Joan de Leeds, la fugitiva? ¿Quién puede decir que la conoce? Desde luego, no este joven de voz temblorosa. Joan… Una silueta en la noche, que se desliza entre sus sábanas. Un cuerpo asombrosamente cálido, incluso después de haber atravesado un pasillo helado. Un aroma a hierba recién cortada. Una mano gentil. Dulces gemidos de animal.

—Os aseguro, señor alguacil, que no sé nada de nada. Imagino a Joan de Leeds por lo que me han contado de ella. Casi como imagino a Hilda.

—¿Hilda? ¿Quién es Hilda? ¿Otra prima? ¿Una criada?

—No, una antepasada. La llaman Hilda la Gallarda. Durante la batalla de Camlann, Hilda se enfrentó sola a cien hombres. Solo con una espada. Los venció. Lamento no poder ayudaros, señor alguacil.

—Os lo agradezco, caballero. No temáis, la encontraré.

Poco después, el criado conduce a Duns fuera del señorío. En vano intentó el exalguacil interrogarlo a él también, así como a

varios sirvientes y a las muchachas de cocina. Todos le respondieron con un leve gesto de cabeza. Una manera de decir «no lo sé» o «me niego a responderos».

*

En Londres, Fergus se mueve con destreza, pasa ante el convento de los agustinos sin mirar atrás. Avanza por una calle, por otra, y Joan pierde por completo el sentido de la orientación. Le parece que todas las callejuelas de esta ciudad se confunden, hasta el punto de creer que da vueltas en círculo para regresar siempre al punto de partida.

—Hemos llegado. Aquí termina tu viaje —dice Fergus.

—¿Mi viaje?

—No, no me refiero a ti, madamisela. Le hablo a ella.

Entreabre su hatillo, por donde asoma la cabeza desgreñada de la oca. El tumulto de la ciudad parece aturdirla también a ella.

Fergus se detiene frente a la estrecha fachada de una casa, apuntalada por vigas ennegrecidas y atravesada por una ventana. Llama a la puerta con tres golpes tremendos, capaces de hacer temblar los cimientos. Cuando la puerta se abre, Joan solo distingue una alta silueta.

—Ah, Fergus, estás aquí. Pasa un momento, ponte cómodo.

—Gracias, Edwin, es una oferta que no voy a rechazar. El viaje ha sido largo, mis pobres posaderas han visto mucho campo, les vendría bien un descanso. Toma, esto es para ti.

Le entrega la oca, visiblemente aturdida por el periplo y a continuación dice:

—Te presento a Joan.

—¿Se llama Joan?

—No, la oca no. La joven que está aquí.

Una joven… Edwin no la había visto. Igual que Joan, solo había vislumbrado una silueta.

—Entrad, por favor. Estáis en vuestra casa.

A Joan le agrada esa fórmula, que ya había oído en el señorío de su tío Clarence. Pero como nunca ha tenido un hogar propio, le

resulta imposible responder a tal invitación. ¿Significa eso comportarse como en la abadía? Fergus se instala en un banco de madera. Edwin vierte agua en dos copas de peltre. En la estancia oscura, de paredes desnudas, Joan distingue dos arcones y, sobre ellos, algunos libros de gran tamaño.

—Joan ha hecho el viaje conmigo desde la casa de su tío. Una buena caminata. Pensé que el pobre Guillermo el Conquistador la palmaba entre Sheffield y aquí.

—Y yo que pensaba Guillermo había muerto hace ciento cincuenta años.

—Guillermo es mi caballo, el de refresco, un percherón. El que yo monto se llama Arturo. Espero que la oca te sea útil.

—Lo será —afirma Edwin.

Joan observa la oca, que en ese momento se caga de miedo en el suelo.

—Ya lo entiendo —dice—. Vais a venderla en el mercado de Cheapside. ¿Cuánto pueden daros por un ave como esta? No mucho, maltrecha como viene del viaje.

Edwin se acerca con precaución a la oca, hasta acariciarle la cabeza. A Joan le sorprende que una oca se deje tocar con tanta facilidad. El tal Edwin sabe cómo amansar a los animales. A medida que sus ojos se acostumbran a la penumbra, empieza a distinguir las facciones del joven. Sobre todo, ve los rizos de su cabello, de un pelirrojo bastante vivo.

—No voy a venderla en Cheapside —dice Edwin—. Y tampoco tengo estómago para comérmela.

—Entonces, ¿para qué la queréis?

—Para casarse con ella —dice Fergus, dejando oír su risa cascabelera.

La oca emite un tímido graznido. Joan no acierta a interpretarlo, ¿se ríe o muestra su desaprobación? Fergus añade:

—Edwin, estoy rendido. Y cuando estoy rendido, soy mala compañía. Podría acabar mordiendo a alguien. Voy a buscar un lugar donde descansar. Dormiré mil años; que no me despierten antes. ¿Te parece bien que Joan se quede unos días contigo? No tiene adónde ir. Y además, no conoce Londres; tú podrías mostrarle la

ciudad. Una última cosa, joven estudiante: respétala como si fuera mi hermana, ¿entendido?

Y volviéndose hacia Joan:

—Madamisela, no te digo adiós. Nos volveremos a ver, cualquier día, si la Providencia así lo quiere.

Se frota la cara, emite un bostezo colosal y, sin darle tiempo a Edwin ni a Joan para responderle, sale y se pierde entre la incesante multitud.

*

¿Qué hacer en una ciudad de la que no sabemos casi nada? Joan accedió a seguir a ciegas al hombrecillo-duende, sin saber adónde la llevaría. Sin embargo, no le sorprende encontrarse en Londres. Claro que no se esperaba compartir la humilde casita de un muchacho de pelo de fuego, en una calle oscura, en compañía de un ave de corral.

«¿Cómo compartir el hogar de un hombre siendo una mujer?», se pregunta Joan. En casa de Clarence, al menos, tenía su propia alcoba, y en la abadía solo convivía con sus iguales, que no temían desnudarse una o dos veces al año para tomar un baño. ¿Dónde se asean en esta ciudad? En los tejados de las casas no, desde luego. ¿En el río, tal vez? Pero ¿dónde está el río?

Edwin es atento y hospitalario. Joan puede acomodarse, casi confortablemente, en el banco cubierto por varios mantos, donde duerme profundamente. Se recupera de la fatiga del viaje en una sola y larga noche. En los días siguientes, se acostumbra al estilo de vida de Edwin. Durante el día, desaparece entre las páginas de tres grandes libros abiertos sobre la mesa, y por la noche, recorre las laberínticas calles de la ciudad en busca de cerveza y una cena para dos. Es una cena frugal, magra; Joan comprende que Edwin mide sus gastos. Si al menos se decidiera a sacrificar su oca, celebrarían un banquete memorable.

—La oca no es para comer —dice el estudiante—. Bueno, a lo mejor, pero en otra fase.

—Ah, entonces, ¿qué papel desempeña en la fase inicial?

—Soy estudiante de medicina. Mejor dicho, lo era.

Hace algunos años, los padres de Edwin lo habían enviado a Francia a terminar sus estudios. Después de una tormentosa travesía, durante la cual estuvo a punto de entregar su alma a Dios, y tras un largo trayecto a lomos de una mula, Edwin llegó a París. Durante varios años, estudió medicina. Conocía las artes liberales, pero ahora debía obtener el doctorado para poder ejercer. Se sumergió en las obras de Hipócrates y Galeno, en el *Ars medicinae* de Constantino el Africano, luego en el *Canon* de Avicena y en el *Colliget* de Averroes. Pasó las páginas del *Al-Mansur* de Rhazes y también, por supuesto, las de la *Anatomia Mundini*. Todos esos títulos despiertan la curiosidad de Joan, aunque el último la intriga sobremanera.

—¿De qué trata?

—Es un tratado de disección. Para aprender a examinar los cuerpos de los enfermos.

—¿Cuerpos vivos?

—Primero se practica con cadáveres y luego, cuando el médico ha adquirido la destreza suficiente, puede cortar la carne de los vivos.

—Pero eso tiene que ser muy doloroso.

—Yo también lo creo. De hecho, no lo sé. Nunca he cortado la carne viva. La carne muerta tampoco. Al menos, la de un hombre.

Las calles de París estaban llenas de los gritos de los mercaderes y de los alaridos de los mozos ebrios. Edwin, como corresponde, poseía el equipo ideal del estudiante: una lámpara de noche, una reserva de sebo, tinta y un embudo para verterla; la pluma, la regla y la plomada; una piedra pómez y un rascador, para borrar una página ya escrita. Joan se deja llevar por los sueños; a ella también le gustaría sentarse, como una estudiante de París, sobre pacas de paja para escuchar a un profesor. Le gustaría pasar páginas de libros y diseccionar cuerpos sin hacerles daño. Le gustaría tener una piedra pómez para devolverle a una página su pureza original.

—Edwin, ¿conoces el *Liber conservationis sanitatis senis*?

—Sí, lo he leído. No sabía que conocías una obra como esa.

Joan no le dice que había consultado el *Liber conservationis* para buscar la receta de un veneno apropiado. No es el momento de contarle esa historia.

—¿Llegaste a obtener tu doctorado? ¿Eres un verdadero médico, Edwin? No me imaginaba que los médicos vivían en alojamientos tan modestos.

En París, Edwin había seguido todas las etapas de los estudios de medicina. No era un camino fácil, sobre todo para un estudiante pobre, cuyos padres le habían confiado un peculio muy exiguo.

—Estaba a punto de obtener el doctorado. Aún no había pasado de la teoría a la práctica. Faltaban los últimos peldaños. Era el examen público, ante un amplio colegio de profesores. Una ceremonia impresionante, demasiado quizá. Yo estaba decidido, pero era muy tímido. Timidez y determinación libraron una batalla toda la noche. Ganó la timidez. Nunca me presenté al examen público. Renuncié.

—Lo entiendo. En cierto modo, yo también renuncié.

—¿A qué, Joan?

—Te lo explicaré más tarde, si te parece bien. Y ya que hablamos de explicaciones, va siendo hora de que aclares la presencia de una oca en esta casa. ¿Vas a regalársela a un doctor para disculparte por no haberte presentado al examen? ¿O vas a usarla como reserva de plumas para copiar los libros de Hipócrates?

Joan se pierde en sus pensamientos, luego se le iluminan los ojos.

—Oh, creo que ya lo entiendo. ¡Quieres pasar de la teoría a la práctica! Fergus te ha dado esta pobre oca para que realices tu primera disección.

3

Joan no se había equivocado.

Hacía tiempo que se había forjado entre Edwin y Fergus una amistad duradera. Edwin conoció al hombre-duende cuando aún era muy joven, antes de partir hacia París. Fergus lo sabe todo de la vida del estudiante: los años intensos de lecturas en París, el deseo de pasar de la teoría a la práctica y el abandono final. Sabe también que Edwin vive en Londres con escasos recursos. Por eso, cuando Clarence de Leeds prometió a Fergus regalarle una oca bien cebada en pago por sus servicios, este prometió a su vez ofrecérsela al estudiante. Hay un lugar en Londres, en la trastienda de una carnicería regentada por un amigo, donde Edwin podrá operar sin despertar sospechas. Algún día, Fergus está seguro de ello, Edwin se convertirá en un reputado doctor. Será un gran erudito que hablará en latín y empuñará la vara de Asclepio. Pronunciará palabras complicadas. Comprenderá todos los misterios divinos. Y, sobre todo, será rico. Ese día podrá devolver con creces lo que Fergus le ha ofrecido. El buhonero podrá entonces comprar un caballo para sustituir a su pobre y cansado Guillermo.

Pero, de momento, Edwin aún no es un acaudalado médico. Duda si coger la oca para abrirle el vientre y descubrir el interior de los seres vivos. A medida que pasan los días, su valor disminuye. ¡Con lo decidido que estaba antes de que Fergus le entregase el animal! Y ahora está a punto de darse por vencido. Sería una renuncia más. Edwin se pregunta si de verdad está hecho para ser médico. Joan lo alienta con voz suave y resuelta, pero él no se atreve a usar los instrumentos comprados en París, que todavía relucen como nuevos. Se apiada de la oca. Incluso empieza a parecerle simpática, como si fuera su animal de compañía. Joan, sin embargo, le dice:

—Esta oca, pobrecilla, languidece día a día en esta casa. O la devolvemos a su hogar en Yorkshire o tendrás que armarte de valor y sacrificarla. Hay que derramar sangre para ser médico, ¿no? Lo

mismo que para convertirse en mujer. Tarde o temprano, todo el mundo lo sabe, hay que pasar a la práctica.

Hasta la oca parece adivinar el problema del estudiante. Le lanza miradas a ratos inquietas, a ratos recelosas. Para no tener que soportar más esas miradas, Edwin adopta la costumbre de salir a recorrer las calles de Londres en compañía de Joan.

—Aquí está Ludgate, y más allá, Newgate. Estas puertas también son prisiones. Podrás ver la Torre de Londres, que hizo construir Guillermo el Conquistador. Y el puente de diecinueve arcos. Al sur de ese puente hay un castillete, una plaza con horcas, y en ellas, las cabezas de los hombres condenados por rebelión o alta traición. ¿Quieres ir a verlo? ¿O prefieres que te muestre la residencia del obispo de Canterbury? Es magnífica. No tanto como Warwick Inn, la casa de los Neville, pero casi…

En pocos días, Joan conoce toda la ciudad. La recorre pasando por cada una de sus puertas: Cripplegate, Moorgate, por donde entró por primera vez, Bishopsgate y Aldgate, donde, según Edwin, reside el alcalde. Descubre Cornhill y Walbrook, Lothbury Street, el convento de los franciscanos. Pasa ante la posada del Tumbling Bear, donde se reúnen los comerciantes. Pronto, logra abrirse paso por el laberinto urbano con la misma agilidad con que lo hacía Fergus. Y siempre que puede, pasa unas horas entre el ajetreo y el bullicio del mercado de Cheapside. Allí, a cambio de pequeños trabajos, gana lo justo para comer cada día. De este modo, salda en parte su deuda con quien la alberga.

Por ahora, Joan no sabría dónde hallar refugio fuera de esa modesta casa inclinada sobre la calle. En el segundo piso, un espacio abuhardillado al que se accede por una escalera de molinero, ha dispuesto un camastro. No es tan cómodo como la cama de la finca de su tío, pero sí mejor que los austeros lechos de la abadía. Y Joan está acostumbrada a dormir sobre un suelo duro. Cada mañana se disculpa por aprovecharse de la hospitalidad de Edwin. Sin embargo, se da cuenta de que su presencia no incomoda al exestudiante, habitualmente enfrascado en sus lecturas. Y, además, de que parece apreciar cada día más la presencia de la joven. Joan ilumina su soledad. Le aporta un poco de su vitalidad y

él, acaba por admitirlo, un poco de su belleza. Hasta entonces, la hermosura de las mujeres había sido para él un concepto abstracto, como la preciosidad de una miniatura, o la de un razonamiento, el tipo de belleza que se aprecia a distancia.

Esta vez es distinto. La singular presencia de Joan ha vencido sus resistencias. Y ella, por su parte, sabe que no huyó del convento para seguir otras reglas de abstinencia. El joven tiene encanto, con esos llamativos cabellos y esos ojos azul cielo. Joan decide enseguida que sería superfluo resistirse. ¿Para qué pasearse por un huerto si no se desea probar sus frutos?

Joan descubre, al desnudarlo, el cuerpo flexible del estudiante. Intuye que es tan torpe como ella. Pero su torpeza es diferente, más nerviosa. Edwin alterna timidez con arrebatos súbitos, que sorprenden y hacen las delicias de Joan. La primera noche, al encontrarse ante ella, desnudo como Adán, lo invade el pudor. Para vencerlo, comienza a hablar. Sus palabras lo envuelven. Para infundirle confianza, Joan se despoja de sus últimas prendas. Le acaricia la cara, luego el pecho, después el vientre. Le toma suavemente la mano y la lleva a su seno.

La hermosa voz de Edwin, una voz bastante grave para un hombre tan joven, tiembla levemente:

—«Es ineludible hablar de la disposición de las partes llamadas órganos genitales. Estas partes son: la matriz, las mamas, los testículos, los vasos espermáticos y el miembro viril».

—¿Qué dices?

—«Comenzaremos por la matriz…».

—¿De qué hablas, amado mío? ¿Recitas un texto de memoria?

—Sí, *El arte completo de la medicina,* de ʻAli ibn al-ʼAbbas al-Majusi.

—Chist… chist… Silencio.

Joan guía la mano de su amante hacia su vientre.

—«El fondo de la matriz se asemeja, por su forma, al de la vejiga, pero difiere en que posee dos prolongaciones laterales parecidas a cuernos y…».

—Chist, despacito…

—«Hay una sola membrana con vellos dispuestos de diversas maneras. Unos, extendidos, sirven para atraer el licor seminal; los otros, oblicuos…».

—Chist, chist, olvida tus libros un ratito…

Joan posa los labios sobre los párpados del estudiante.

—«¿Qué es el seno de la mujer? Una membrana nerviosa. El seno, espacioso en el interior, es en el exterior, donde se realizan los actos venéreos, bastante estrecho…».

Joan intenta hacerlo callar con un beso.

—«Fuera están los labios llamados *pterigomata* en griego y *pinnacula* en latín…».

Joan deposita varios besos sobre los hombros, el pecho y el vientre de Edwin. Luego, en el espacio situado entre el ombligo y el miembro viril, que se yergue poderosamente.

—«Desde la parte superior desciende hacia el centro lo que se denomina *landica*…».

Edwin no para de hablar. Sus palabras ya no incomodan a la joven, la acompañan. Acompañan gestos que Joan, quizá, jamás se habría atrevido a realizar en silencio. Pero esa noche, la primera de un verdadero «acto venéreo», Joan actúa como si quisiera que sus caricias prevalecieran amorosamente sobre la voz de su amante, hasta el momento en que logra silenciarla.

—«Los testículos, que son los instrumentos del esperma, están formados por una carne glandulosa…».

Edwin hace una pausa, y luego continúa:

—«… blanca, blanda y laxa, a fin de que el…».

Nuevo silencio. Después:

—«… esperma pueda…».

Y en un último esfuerzo:

—«… ser… en… gen… dra… do».

Joan no alcanza a oír la última sílaba. Es más que probable que el estudiante de medicina no la haya pronunciado.

Edwin se sume rápidamente en el sueño. Joan, en cambio, lo busca sin hallarlo. Oye dormir a su amante. Se pregunta si no será injusta al no conceder tal título a su primo John. La respiración de Edwin es regular y profunda. Armoniza bien con sus bucles de fuego.

Joan se pregunta si tendrá más ocasiones de volver a oír respirar a un hombre en circunstancias semejantes. La sangre que ha perdido no la ha sorprendido. Joan también sabía cómo chafardear en los libros acerca de esos saberes que suelen mantenerse en secreto. Y lo que no leyó en los libros lo aprendió de algunas monjas, quienes, a su vez, lo habían aprendido quién sabe dónde.

Edwin duerme bocarriba, completamente desnudo. Joan se recrea en su contemplación de la cabeza a los pies. Recita en voz baja, por temor a despertarlo:

—«El pene es carnoso, nervudo, redondo y hueco. Surge de los dos huesos que forman el pubis. El pene es doblemente necesario. Primero, para expulsar el licor seminal en la *vulva* por medio de su meato. Por esta razón, su constitución es nerviosa, para que, en virtud de su gran sensibilidad, pueda darse un placer intenso, aun en el acto vergonzoso de la emisión del esperma. Es hueco a fin de que, en el ardor del deseo, tenga la posibilidad de expandirse…».

Si Joan no yerra, es un extracto del *De curis mulierum,* escrito hace unos cien años por Trotula de Ruggiero.

Pronto anochecerá. Joan apaga su candela.

Una hora más tarde, logra conciliar el sueño.

*

Los días pasan. Cuando Joan sale de casa para dirigirse a Cheapside o a otro lugar, Edwin permanece en su morada, enfrascado en sus tratados. Cuando él se aventura por las concurridas calles, ella se encierra en su piso abuhardillado. Temen las habladurías. Incluso en una gran ciudad como Londres, una vida de amantes fuera del matrimonio puede considerarse el más infame de los vicios. Para apaciguar al vecindario, habría que obtener el beneplácito de un sacerdote y casarse ante los ojos de Dios. Joan, por ahora, rehúsa esperar la aprobación de hombre alguno de Iglesia. Prefiere admirar los bucles flamígeros de su amante al caer la noche. Y también le place oírlo recitar sus tratados de medicina hasta que se queda sin palabras.

A veces, cuando Edwin le recita un pasaje de Hipócrates, Joan le responde con un versículo de la Biblia:

—Escucha, amado mío, esto está escrito en el Libro de Job.

—Pero si es el libro más triste de las Escrituras.

—Escúchame: «He aquí… Su fuerza reposa en sus lomos, y su vigor en los músculos de su vientre. Endereza su cola, firme cual cedro, y todos los nervios de sus muslos se entrelazan».

—¿Estás segura de lo que me recitas?

—Claro que sí. Conozco las Escrituras prácticamente de memoria. ¿Quieres comprobarlo? ¿Tienes una Biblia en casa, o solo tratados médicos escritos por hombres que en su vida han visto a una mujer desnuda?

No, Edwin no tiene una Biblia. Solo un breviario.

—Entonces tendrás que creer en mi palabra.

Le arrebata el breviario de las manos y lo arroja a la oscuridad. Abraza a su amante.

—¿Ahora guardas silencio, amado mío?

—Creo que ahora puedo callarme.

Joan siente su piel estremecerse. Las manos de su amante se tornan cada vez más hábiles. La joven recita en silencio: «Es hueco a fin de que, en el ardor del deseo, tenga la posibilidad de expandirse…».

Al día siguiente, sin molestarse en ocultarse, Edwin y Joan se dirigen a los alrededores de Fleet Street. Van a la trastienda de una carnicería regentada por un amigo. Llevan consigo la oca que Fergus les obsequió. Allí podrán operar juntos, sin despertar sospechas.

—De todas formas —dice Edwin—, ¿no te da pena?

—Sí, un poco —responde Joan—. Le había cogido cariño. Pero nos perdonará.

La oca deja escapar un leve graznido. Ni Joan ni Edwin sabrían decir si es un grito de alegría o de terror. Ella añade:

—Se requiere un sacrificio si queremos acceder al conocimiento. No es momento de ceder a la piedad. Incluso Abraham estuvo dispuesto a blandir el cuchillo para sacrificar a su hijo Isaac. Y estoy segura de que, si Fergus se muriese de hambre, se comería la carne

de Guillermo el Conquistador, ¿te acuerdas? Su caballo. Incluso creo que estaría encantado de hacerlo.

—Tienes razón.

Sin embargo, una piedad inesperada los alcanza justo al llegar a Fleet Street. Sin decir palabra, Joan deposita el saco que, a duras penas, contenía una oca cada vez más nerviosa y agitada. Deshace el nudo que lo cerraba. La oca, aturdida, se aleja con pasos vacilantes, maravillada de su nueva libertad. Unos pasos más adelante, deja escapar un grito y luego desaparece.

—Jamás sabremos cómo era el interior de su vientre —dice Edwin.

—Jamás sabremos a qué sabe esa oca una vez asada. Ven, encontraremos otras formas para que puedas pasar de la teoría a la práctica. En el mercado de Cheapside venden conejos…

Joan lo coge de la mano. Caminan por Londres como marido y mujer, indiferentes a las malas lenguas.

4

El exalguacil Duns observa atentamente a la anciana. Ha visto muchos rostros a lo largo de su vida. El oficio de alguacil lo puso ante toda clase de semblantes imaginables. Un día condujo a prisión a un hombre cuya nariz era mayor que el rostro, un apéndice nasal del color de la remolacha.

Pero esta mujer posee la faz más asombrosa que jamás haya visto, rosada y flotante. Lo más sorprendente no es el color, sino la flexibilidad de la piel. Diríase que ya no está sujeta al rostro, que flota sobre él como una prenda de vestir demasiado holgada. Cada vez que la mujer habla, su piel ondula al ritmo de su voz. Duns contempla aquel prodigio, fascinado.

—No me estás escuchando, alguacil.

—Llámame Duns. Sin más.

Desde hace días, Duns ha renunciado a especificar que ya no ejerce de alguacil como antaño. Al fin y al cabo, que lo tomen por alguacil podría facilitarle la tarea. Dios quiera que a un juez de paz no le dé por encarcelarlo por el delito de usurpación.

—Muy bien, alguacil, te llamaré Duns a secas. Y tú puedes llamarme Proveedora. Así me conocen en estas tierras.

—Muy bien, Proveedora. He oído hablar de ti.

—Mi fama no iguala la de Lanzarote.

—No, pero algún día se tornará en leyenda. Al parecer, obras milagros.

—No soy yo quien los hace, Duns, sino las hierbas. Si lo desearas, podría devolverte la juventud.

Duns cierra los ojos. Si se deja distraer por los movimientos de la piel de esta extraña mujer, no podrá concluir sus pesquisas.

—¿Y por qué crees, Proveedora, que deseo recobrar la juventud?

—Todo el mundo desea la juventud.

—Tal vez. Pero yo no querría volver a la mía.

La Proveedora ríe con ganas.

—Te entiendo, Duns.

—No he venido a hablarte de mi juventud. Busco a una muchacha. Joan de Leeds, de la familia de los Leeds, en York. Se escapó de la abadía.

—¿Una benedictina? La comprendo. No desea el claustro más de lo que tú deseas tu juventud. Quizá esté harta de recibir latigazos.

Duns se frota la cara con preocupación. Dios quiera que su piel permanezca bien sujeta a los huesos.

—De sobra sabes, Proveedora, que en todas las abadías benedictinas se aplica el látigo. Al menos a quienes han cometido una falta. Así lo quiso la regla de san Benito.

—Pero en ese convento, la abadesa sigue la regla con exceso de celo.

—Entonces sabes de qué monasterio estoy hablando. Y sabes mucho de ese lugar… ¿No te habrás encontrado, por casualidad, con una monja evadida del convento? ¿No conocerás a Joan de Leeds?

—¿Qué te hace pensar eso, Duns?

—Ya te he dicho que he oído hablar de ti. Eres conocida por prestar ayuda. Todo tipo de ayuda, tanto a las que desean ser madres como a las que no. Joan estaba muy débil el día de su huida. Quién sabe si, con algo de suerte, no tropezó con alguien como tú, un alma caritativa dispuesta a socorrer al prójimo y capaz de cocinar toda clase de remedios.

—Quién sabe, en efecto. Todo puede suceder en este valle de lágrimas.

La Proveedora se encoge de hombros; el movimiento se prolonga en los pliegues de las mejillas.

—Pero eso no ocurrió. Lástima por la muchacha que buscas, alguacil.

Durante años, Duns interrogó a muchos hombres y mujeres. Esa práctica le enseñó a reconocer la mentira cuando asoma la nariz. Y hoy cree ver aparecer esa nariz tan familiar.

—Una verdadera pena, en efecto —dice—. Lástima que no me digas todo lo que sabes, Proveedora.

—Te digo lo que sé. Y lo que sé se limita a estos ungüentos. ¿Quieres uno para curar tus dientes negros, alguacil? ¿Uno para los

cabellos que pierdes?

Duns se acaricia el cráneo de manera instintiva.

—No deseo ni lo uno ni lo otro. Hay quienes son más locuaces que tú, ¿lo sabías? Dicen haber visto una extraña comitiva, un día de nieve, no muy lejos de las tierras de Clarence de Leeds.

—¿Qué tipo de comitiva, alguacil? ¿Una mujer montada en un jabalí?

—No. Un manco, montado en un rocín, acompañado de una joven a lomos de un viejo percherón. Montaba como un hombre, a horcajadas.

La Proveedora sonríe. Duns advierte que le quedan pocos dientes. ¿Por qué no empleará sus ungüentos en sí misma?

—Alguacil…, quiero decir, Duns, amigo mío. No soy ni una joven a horcajadas ni un manco. Ya ves que esa comitiva nada tiene que ver conmigo. Te deseo suerte en tu búsqueda. Que Dios te ayude. Adiós.

«No sacaré nada de esta mujer», se dice Duns, disponiéndose a partir.

—Antes de continuar tu largo viaje, acepta esto. Un presente para ti.

La Proveedora le tiende un ramillete de hierbas secas, de un verde intenso, casi azul.

—Estas hierbas ayudan a cerrar los ojos cuando llega la hora de cerrarlos. Pareces muy fatigado, alguacil. Seguro que dormiste mal anoche.

*

En los tiempos en que aún era ministril, armado con su vara, Duns coleccionaba victorias. Desde que vaga en pos de una monja fugitiva es como si hubiese sellado un pacto con la derrota.

«Sé que no me equivoco», se dice. «Son muchos los que callan cuando los interrogo. Pero incluso los que callan me ponen sobre la pista».

Los campesinos vecinos de las tierras de Leeds hablaban de una extraña comitiva. Un manco escoltando a una mujer embozada. Esa

clase de viajeros no pasan inadvertidos. Siguiendo una línea casi recta hacia el sur, Duns recoge testimonios. A veces son demasiado inconsistentes para labrarse una certeza. Joan de Leeds y el hombre de un solo brazo dibujan un rastro fugaz, apenas visible.

Si los hombres dejaran rastros tan nítidos como los animales, la labor del exalguacil sería mucho más fácil. Bastaría con bajar los ojos. La huella de cinco dedos del tejón, la señal de las garras de la marta y sus deyecciones alargadas. La marca del corzo, girada ligeramente hacia fuera, sus patas traseras en forma de V. Las pezuñas abiertas del jabalí, las almohadillas alargadas del lobo. El gato montés, que no deja huellas de uñas. Las cagarrutas redondas del conejo, las ovaladas del ciervo o los excrementos brillantes y quebradizos del erizo.

O bien bastaría con alzar los ojos para leer en los troncos de los árboles el paso de los animales. Aquí un zarpazo, allí un picotazo, más allá la marca de unos dientes.

Cuando siente que ha llegado el momento, cuando la confianza se ha establecido, Duns se atreve a mostrar la máscara de Joan de Leeds. Los campesinos a veces se asustan y siempre se sorprenden. Suelen formular la misma pregunta:

—¿Se trata de una máscara mortuoria, señor alguacil?

Luego hacen la señal de la cruz.

—No, buen hombre. Es el retrato de la persona que busco. Mirad bien. ¿La reconocéis?

Los campesinos miran atentamente, venciendo sus supersticiones. Unos responden que sí, otros que no. Después, Duns vuelve a montar a caballo y reanuda su largo peregrinaje.

Desde que la mujer del rostro flotante le regaló las hierbas, Duns está menos fatigado. Por primera vez en años, cierra los ojos al acostarse. Cuando los vuelve a abrir, ya ha amanecido.

*

En el mercado de Cheapside venden conejos vivos y temblorosos. Quienes los compran los crían en su patio trasero o los desangran para la cena. Recogen la sangre en una escudilla y guardan la piel

para hacer chalecos. Pero cuando Joan compra un conejo en Cheapside, tras ahorrar la suma suficiente, no lo hace para criarlo ni para comerlo. Se lo ofrece a su amado. Y en algún lugar de Londres, en la trastienda de una carnicería regentada por un amigo, el antiguo estudiante de medicina procede, temblando como una vara verde, a su primera disección.

Lo que descubre en el vientre del conejo lo deja pasmado.

A esa disección pronto le siguen otras. Un día, Edwin ayuda a su amigo en la matanza de una cerda. Aprovecha la oportunidad para examinar sus entrañas. ¿Qué dice la *Anatomia Cophonis* sobre el vientre de la cerda? «La matriz se halla sobre los intestinos. Mientras que la vejiga se sitúa por encima de su cuello, el intestino grueso se encuentra debajo. Dividiremos la matriz por la mitad del orificio y luego…».

Cuando regresa de sus operaciones, Edwin da un rodeo por los baños. Se rocía y se frota con fuerza, casi con violencia. No quiere conservar rastro alguno de sangre al volver a su estrecha morada. No quiere besar a Joan llevando aún encima la mácula de sus actividades. Sabe que ella no le haría reproche alguno, tal vez incluso se sentiría intrigada, pues todo le interesa en este mundo. Pero Edwin se niega a acariciarla mientras no se sienta impecable.

Una vez libre de la menor mancha, puede regresar a casa, donde lo espera la joven, de vuelta del mercado. Ahora trabaja allí todos los días, y los ingresos que obtiene son cada vez más generosos. Una tarde, incluso, volvió del mercado luciendo una cofia nueva.

—Me llamo Joan de Leeds y, por primera vez en mi vida, he comprado algo que no se come.

La cofia es muy bonita y se ciñe a su óvalo facial con gracia. Sustituye la vieja, gastada, casi parduzca, que Joan llevaba desde su huida. ¿Conceder tanta importancia a una cofia es un pecado? Sin ningún lugar a dudas, diría la abadesa. Un pecado más. ¿Cuántos hay en este mundo? Sin duda más de ocho. Muchos más. ¿Qué dice Tomás de Aquino al respecto? ¿Y qué puede saber del asunto el presbítero de Aquino, que nunca salió de su convento?

Aquel día, cuando Edwin se encontró con Joan, la joven se quitó la cofia nueva. Luego subieron juntos la escalera de molinero hasta

la planta superior. El techo es muy bajo y allí yacieron los amantes.

—«El amor no es sino un placer acompañado de alegría, y todo placer surge o del exterior, es decir, del alma, o del interior, es decir, de la naturaleza».

—Chist, amado mío, chist… Olvida a los médicos de Salerno… Olvida tus lecciones y dame tu boca…

Pasan algunos días y algunas noches. Joan no ve fluir de su vientre la sangre que solía aflorar con cada luna nueva.

5

La abadesa tuvo a bien ordenar el fin de mi penitencia. Pasé varias semanas en soledad para mostrar a todas las hermanas cuán grande es mi culpa y con cuánta escrupulosidad me arrepiento de mis pecados. No me atrevo a confesarle que me he acostumbrado a esta nueva soledad. Incluso le he tomado cierto gusto. Apenas siento deseos de reunirme con las demás. No estoy impaciente por volver a cantar con ellas el Cántico de Simeón.

Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace…

Hasta la oscuridad y el silencio me resultaron agradables. Pude consagrar la mayor parte de mis noches y mis días a imaginar el viaje de Joan de Leeds fuera de la abadía. ¿Habrá cruzado el mar? Tal vez se halle en un país lejano, donde habrá conocido a un príncipe. Y unos hombres a caballo que se batan por ella, entrechocando espadas contra armaduras. Eso tampoco se lo confesaré a la abadesa.

Una vez liberada de mi aislamiento, constato que la vida en la abadía no ha cambiado. No me sorprende, la existencia monástica se compone de repeticiones. Solo el crimen o el vicio logran introducir novedad en ella. Pero noto también que los rasgos del convento se han acentuado, como si todo se hubiera agravado con el tiempo. El silencio se ha vuelto más denso; los muros, más gruesos, la piedra, más fría y más dura. La madera es más oscura y la cera de las velas exhala un aroma más penetrante. La vieja Winifred me parece más vieja todavía. Harriet se parece aún más a una lechuza.

A Millicent la veo más temerosa si cabe y Rose derrama lágrimas más abundantes.

Cuando vuelvo a ver a la abadesa a la luz del día, constato que sus labios están todavía más apretados. Como si de esa boca no pudiera ya salir verbo alguno. Salvo la palabra «no», pequeña e hiriente como un clavo.

Las hermanas siguen bajo el régimen de la regla de san Benito. Normalmente, esta ley es igual, asegura la continuidad. Pero algo me dice que también se ha endurecido. Se ha vuelto más pesada. Hasta el momento, las benedictinas la seguían como una regla saludable. Ahora la abadesa la aplica como una ley rigurosa e implacable. Los rostros se han congelado, las pocas sonrisas han desaparecido. Con la marcha de Joan, la abadesa ha perdido a quien le oponía una sana contradicción. Y ahora, ¿quién sabrá reavivar en el claustro un poco de apetito por la vida?

A la espera de que regrese la alegría de vivir, me reúno con mis hermanas para el último oficio del día. A sus voces uno la mía, ronca tras meses de silencio.

Quia viderunt oculi mei salutare tuum,
quod parasti ante faciem omnium populorum…

El canto a cuarenta voces resuena durante largo rato entre las nervaduras de los arcos, antes de apagarse.

*

Joan no se aventura a ir a un país lejano, no ha conocido a un príncipe, sino a un joven estudiante que regresó a Inglaterra tras haber abandonado sus estudios. En vez de cruzar el mar, recorre las concurridas calles hasta Cheapside. Allí se encuentra con una mujer de mediana edad llamada Martha, en cuyo puesto echa una mano. Martha tiene un rostro grande y redondo, y en él, unos ojillos como dos semillas negras, tan diminutos que no se les ve el blanco. Mueve sin cesar su enorme cabeza redonda, de derecha a izquierda. Con la ayuda de Joan, vende huevos de pato y de gallina, mantequilla salada y queso de Cheshire. Joan se pregunta a menudo cómo logra traer su queso desde tan lejos. Pero ha notado que otros puestos de

Cheapside también ofrecen productos llegados de las cuatro esquinas del país. Tal vez sean transportados a lomos de caballo, conducidos por hombres con un solo brazo como Fergus.

—Mi mantequilla ya está rancia —dice Martha—. Tengo la impresión de que se enrancia antes que la de los demás. ¿Puedes explicarme eso, Joan? ¿Por qué mi mantequilla se vuelve rancia y no la de esa bruja de Pétronille? Porque la mía es una mantequilla con todas las de la ley…

Se lamenta por su mantequilla rancia y la enorme cabeza se agita en señal de aflicción. ¿Será culpa del mal tiempo o del demonio?

—Si quieres salvar tu mantequilla, límpiala con agua clara y envuélvela en una hoja de col rizada —dice una voz.

Martha se incorpora, ofendida.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

Mira en torno suyo, pero no sabe a quién dirigirse. ¿De dónde viene esa voz?

—Lo digo para ayudarte. Y tus huevos de pato envuélvelos en hojas de ortiga.

La voz se aproxima. Al otro lado de un puesto lleno de sacos de semillas y hierbas secas, se alza una mujer de rostro sonrosado. La piel le flota extrañamente sobre las mejillas.

—Oh, pero ¿a quién tenemos aquí? —pregunta la Proveedora—. Joan, mi pichoncita. Mi pequeña fugitiva…

Joan se sonroja y le lanza a la Proveedora una mirada furibunda.

—Sigues siendo la misma que conocí. Tu rostro cambia con rapidez, se sonroja, palidece, es muy entretenido. Se vuelve más rojo que el mío, ¡que ya es decir!

La Proveedora se acerca a Joan, abre los brazos y de un gesto aplasta a la joven contra su enorme pecho.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte! Cuéntame qué te ha traído hasta Cheapside, pichoncita mía.

Lo que menos le apetece a Joan es que la conozcan en los puestos del mercado con el apelativo de «pichoncita», tanto o menos que el de «madamisela». Se ha guardado muy mucho de pronunciar el nombre de Leeds, salvo ante Edwin, a quien le ha

confiado su secreto. Y sobre todo no quiere que las mujeres de Cheapside, y Martha en particular, la vean como a una fugitiva.

—Vamos a otro lugar —dice.

Una vez fuera del alcance de oídos indiscretos, Joan relata a la Proveedora su periplo. Guarda silencio sobre ciertos detalles que quedarán para siempre en su memoria. La Proveedora es una mujer benevolente, pero lo ocurrido ciertas noches bajo el tejado de paja del dominio de su tío Clarence no le incumbe. Joan no ve inconveniente, sin embargo, en evocar el largo trayecto en compañía de un hombrecillo manco. Sheffield, Nottingham, Leicester, Northampton, hasta las imponentes puertas de Londres.

—Conozco a muchos hombres bajitos —dice la Proveedora—. También me he cruzado con algunos mancos. Pero solo conozco a un hombrecillo con un brazo capaz de emprender tan largo viaje para traer una oca viva a Londres. Se llama Fergus.

—El mismo que viste y calza.

Luego Joan habla de la casa angosta, de un estudiante de medicina con rizos encendidos.

—No digas más, pichoncita mía. Has caído rendida ante esos rizos y esos ojos azules. ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—¿Y ese joven que pronto será médico, te ha examinado con atención?

—Con mucha atención.

La piel flácida de la Proveedora se ondula de satisfacción.

—¡Enhorabuena, Joan! La primavera que llega a Londres te la debemos a ti. Tú la has traído.

—¿Qué quieres decir?

—Se dice que el placer de las mujeres enamoradas hace florecer los árboles frutales. Hace brotar las hojas y ahuyenta las nubes.

—Probablemente no sea la única mujer que disfruta del placer en esta gran ciudad.

La Proveedora observa a Joan entornando los ojos.

—Desde luego que no. Pero, a juzgar por el color de la piel y el brillo del cabello, eres de las más felices. ¿Es habilidoso?

—Muy habilidoso. Muy parlanchín también, pero con el tiempo ha aprendido a proceder en silencio.

—Esas son las bodas que a mí me gustan.

—Pero no estamos casados.

—Vaya cosa, Dios sabrá esperar —asegura la Proveedora—. Y mientras espera, os comprende.

—No podrá esperar mucho tiempo —replica Joan.

Una vez más, la Proveedora entrecierra los ojos. Observa a Joan. Con una mirada, evalúa el estado de su vientre.

—Aún es pronto para que se vea —dice Joan—, pero me ha cesado la costumbre de las mujeres.

La Proveedora baja la voz:

—Dime, Joan, ¿es una buena noticia?

—Debería serlo… Pero no lo es.

La conversación prosigue en un susurro.

—Aún estás a tiempo de decidir. Hay métodos para remediarlo. Y también tengo hierbas, ya lo sabes.

*

—Por supuesto que hay métodos —reanuda la conversación la Proveedora en voz alta, una vez que ella y Joan han encontrado refugio en la buhardilla de la casa de Edwin—. En primer lugar, se debe proceder a elevar de inmediato a la mujer. Pero, está claro que es demasiado tarde. Te enseño estas pequeñas astucias para la próxima vez, hija mía.

—Entendido.

—Los mejores grimorios recomiendan que la mujer dé grandes saltos. Algunos incluso aconsejan dejarse caer. O, si el amado está dispuesto a echar una mano, es posible asestar unos cuantos golpes. Eso sí, es preciso elegir con sumo cuidado el lugar, el método y la fuerza. A veces el estrépito basta para evaporar al niño y provocar el retorno del sangrado. Lo mismo puede lograr un acceso de ira. Aunque primero hay que hallar un motivo para encolerizarse. También se dice que las lágrimas son un medio eficaz,

aunque, viendo la cantidad de lloronas que han acabado siendo madres, lo dudo mucho.

La Proveedora hace una pausa para reflexionar y luego prosigue:

—Se recomienda estornudar. El estornudo es muy eficaz, a condición de que se ejercite a tiempo, lo cual no es tu caso, pichona. Para tales fines se aconseja el uso de una pluma o una brizna de paja. Se trata de empujarla hacia dentro.

—¿Empujarla hacia dentro?

—En la fosa nasal. Consiste en estornudar desde arriba para provocar un estornudo por abajo. Bueno, eso en cuanto a los medios mecánicos. Pasemos ahora a las hierbas. Ahí es donde entro yo.

La Proveedora saca de un hatillo una cestilla de mimbre trenzado en forma de media luna.

—Siempre llevo conmigo lo necesario para satisfacer a una buena clientela. Por eso estoy en Cheapside esta temporada. No solo ando errante por los páramos de York como un espectro en busca de sepultura. Cuando llega la primavera, me dejo caer por Cheapside. Incluso a veces, por la noche, cuando no temo espantar a los viandantes, me acerco con sigilo hasta las casas de algunas familias principales.

El rostro de la Proveedora se balancea de orgullo.

—Las necesidades de los ricos, en esta materia, no difieren de las de los pobres. La raíz de fenogreco actúa de igual modo en el vientre de una mendiga que en el de una princesa.

Acto seguido, saca una bolsita de la cestilla.

—Aquí tienes el fenogreco. ¿Qué más se precisa? Perejil, matricaria, ajedrea, semilla de cincoenrama, orégano. ¿Y luego? ¡Ah, sí!, culantrillo de pozo fresco, lengua cervina, borraja, buglosa, madreselva. Las recetas varían según la mujer. A lo mejor, tú prefieres nardo y ácoro, o semilla de armuelle. Dos escrúpulos de espelta, dos escrúpulos de mirra, catorce granos de jengibre, sabina, siete semillas de peonía. Y miel a discreción. De lo contrario, la poción resulta amarga.

Tras mezclar con esmero los ingredientes, la Proveedora diluye la pomada en un poco de agua, hasta obtener una poción casi

transparente. Añade por último la miel. Joan acerca el vaso a la nariz y frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Un poco más de miel, pichoncita mía? Lejos queda para ti el tiempo de la penitencia… Desde que eres mujer de ciudad, necesitas dulzura. Hala, bebe.

Joan se lleva el vaso a los labios. ¡Bah! Tampoco es tan terrible. El orégano y la madreselva incluso le aportan a la pócima un sabor agradable.

—Considérate afortunada. Hay mujeres que ejercen el mismo oficio que yo y se contentan con introducir semillas de col en el vientre de la mujer. Por la abertura natural.

Joan deposita el vaso vacío.

—Así me gusta. Esta noche quizá tengas algo de fiebre o, a lo mejor, algunos retortijones, como si te hubiera sentado mal una comida. Y dentro de tres días, la sangre volverá.

La Proveedora guarda sus diferentes saquitos en su cestilla en forma de media luna.

—¿Informarás al señor estudiante de medicina?

—Aún no lo sé.

—Piénsalo con calma. Hace años que los doctores como él y las mujeres como yo entablamos una batalla que parece no tener fin. Estamos en guerra abierta, así que prefiero marcharme antes de que regrese, para no incomodarte, pichoncita mía.

Joan se pregunta cómo hará la Proveedora para bajar por la escalera de molinero.

—Ah, una cosa más, Joan. Si acaso temes el juicio de Dios, has de saber que eres inocente. No tienes ninguna culpa por la pérdida de esa alma. Asumo toda la responsabilidad. Llevo ya tantas a cuestas que el Señor acabará apiadándose de mí.

Ya en la planta baja, la Proveedora, jadeante, añade:

—Estas historias de fenogreco casi me hacen olvidar lo esencial.

Por primera vez, Joan cree percibir cierta gravedad en aquel rostro tan móvil.

—Tal vez no sea una buena noticia. Un hombre te busca. Se llama Duns, es un alguacil. Mejor dicho, un exalguacil. Pero actúa como si aún lo fuera. Si no me equivoco, se ha puesto al servicio de la

abadesa. En resumen, quien te busca es ella. Probablemente te quiera de vuelta en la abadía.

«Pero ya estoy a su lado», piensa Joan. «Estoy en la abadía. Es más, lo estaré por los siglos de los siglos. En el cementerio, de donde jamás me moveré. ¿Cómo puede ser entonces que…?».

—Estás advertida, Joan. Mantente alerta. No creo que el alguacil logre seguir tu rastro hasta Londres. Pero ¿quién sabe? Hay demonios que se dedican a guiar a los hombres como él.

La Proveedora abre la puerta, abandona la penumbra de la casa para adentrarse en la penumbra de la calle.

—Búscame en Cheapside, Joan. A mí también me vendría bien tu ayuda.

El corpachón de la Proveedora se abre paso entre la multitud y desaparece en la esquina de la calle.

6

La Proveedora tiene razón: el exalguacil Duns actúa como si aún estuviera al servicio de Su Majestad. Una vez que se presta juramento ante un juez de paz, ese juramento vale para toda la vida.

Desde hace semanas recorre el reino en busca de una fugitiva. Es como buscar una pulga en el vellón de una oveja. Para encontrar la pulga, habría que esquilar la lana. Pero para esquilar la lana, hace falta atrapar la oveja indicada. Maquinalmente, sin creérselo del todo, aunque sin desfallecer jamás, Duns interroga a cuantos se cruzan en su camino. Y cuando juzga que tiene ante sí a un testigo fiable, le muestra la máscara de barro.

—¿Os recuerda a alguien esta cara?

Sea cual fuere la respuesta, el exalguacil vuelve a embalar cuidadosamente la máscara, primero en una bolsa de tela, luego en una manta de lana. La transporta con el mismo celo con el que llevaría una reliquia a Canterbury. ¡Quién sabe…! tal vez algún día Joan de Leeds sea proclamada santa. Entonces, los peregrinos vendrán de todos los rincones del país a besar su máscara. Pero ¿por qué razón habría de convertirse Joan de Leeds en santa? ¿Por haber engañado a la muerte? Eso, más bien, la llevaría de cabeza a las calderas de Pedro Botero.

Duns aún no ha atrapado la oveja ni hallado la pulga, pero sigue su camino. Pasa Sheffield, Nottingham, Leicester y Northampton. En Northampton, una mujer enlutada se acuerda de la extraña comitiva. Recuerda a un hombre muy pequeño pero muy ágil. Contaba chistes verdes y hacía comentarios subidos de tono, aunque la joven que lo acompañaba permanecía al margen. Mantenía su capucha calada para protegerse del viento. La extraña pareja parecía dirigirse a Londres.

*

Tal y como había previsto la Proveedora, Joan sintió esa misma noche unos escalofríos que le recorrieron la piel. Luego fue como si se le hiciese un nudo en el estómago y se le deshiciese al amanecer. Tres días después volvió la sangre. El estudiante de medicina no notó nada. O, si se dio cuenta, se abstuvo de mencionarlo. Guardó un secreto que Joan no le había confiado. «Y eso le honra», pensó Joan.

Desde hace unos días, la exclaustrada trabaja para la Proveedora, que ha instalado su humilde puesto de hierbas y polvos en el cogollo del mercado de Cheapside. Cuando Joan le comunicó que se iba, la vieja Martha pareció contrariada. Movió su enorme cabeza de un lado a otro, cada vez más despacio. Sus ojillos diminutos parecían desaparecer entre la carne como dos granos de pimienta en la masa de pan.

—Muy bien, Joan, como quieras. Yo te ayudé, pero tú eres libre de abandonarme. Ya encontraré a otra. Supongo que no querrás pasarte la vida junto a una pella de manteca rancia. Tú vales más que eso, ¿no? Vete, ingrata, no te retengo. Pero no vengas a llamar a mi puerta si alguna vez necesitas ayuda. Y saluda a tu amiga, esa vieja garrapata de cara fofa.

En Cheapside, junto a las pellas de mantequilla y las gallinas vivas, la Proveedora ofrece sus surtidos de hierbas. Algunas mujeres londinenses miran sus ramilletes con recelo; otras se inclinan con interés ante los artículos más raros que ofrece el puesto: vainas de cardamomo, macis en polvo, hisopo fresco o seco, alcaravea e, incluso, raíces de galanga.

—No hay nada mejor para el pato asado, pichona —dice la Proveedora a una mujer que contempla con asombro su surtido—. Picatostes triturados, canela, jengibre, vinagre, una buena cucharada de sal y la raíz de galanga. Ya me contarás.

A otras mujeres, que se remolonean por el puesto fingiendo interés por el tomillo sanjuanero, la Proveedora termina mostrándoles ciertos preparados más secretos. Les explica, a media voz, qué puede esperar una mujer de esas mezclas que atesora en saquitos de tela. Joan la mira actuar. Le sorprende ver cómo esta

mujer, bastante rústica, incluso animal en algunos de sus gestos, se desenvuelve de forma tan hábil. Cortés y astuta a la vez.

—Esto es lo que requiere la clientela de Cheapside: oficio y honradez. Si no fuera honrada, Joan, al día siguiente mi cabeza aparecería clavada en una pica, como la de los conspiradores que desean la muerte del rey Eduardo.

Joan trata de imaginar el extraño rostro de la Proveedora en la punta de una pica, mecida por el viento, ondeando como una enseña rubicunda.

—Pero tengo otra clientela que exige un trato más delicado. Y ahí es donde entras tú, Joan. Para las comadres de Cheapside, me sobro y me basto yo solita. Mas para las aristócratas, como las Poultney o las Neville, mi pinta de osa peluda no es la más apropiada. Por lo visto las asusto.

En pocos días, Joan se convierte en la emisaria particular de la Proveedora. Lejos de las gallinas vivas de Cheapside, recorre las calles de Londres más cercanas a la muralla y llama a las puertas de las mansiones donde residen las familias prominentes. Evita el acceso principal y da la vuelta que lleva a la entrada de servicio. Ante aquellas damas magníficas, aprende a olvidar que su nombre es Joan de Leeds y que su propia familia se aferra a una rama de la nobleza. Una rama quebradiza, es cierto, pero que aún no se ha desgajado del árbol.

Se muestra humilde. Interpreta la humildad aprendida durante los años en que fue una simple monja. La abadía era, en aquel entonces, una escuela de inocencia y hoy Joan puede aprovechar sus lecciones. Habla de sus hierbas como si no comprendiera del todo sus efectos. Lady Percy o lady Sheffield, las duquesas y las condesas, entienden muy bien de qué se trata, y eso es lo principal. Les gusta pensar que esa joven ingenua, muy educada pero tan sencilla, apenas es consciente de lo que dice. Y eso las reconforta. Aleja de sus almas la idea de pecado.

—¿Cómo debemos llamarla, señorita? —le preguntó un día la condesa de Richmond.

A Joan la pregunta la pilla por sorpresa, como si acabara de entrar en la sala un juez de paz para mandarla a prisión. Espera ver

aparecer al instante al alguacil que la persigue. Nunca lo ha visto, pero imagina un rostro adusto y un cabello como las alas de un cuervo. Acto seguido, responde:

—Rose, señora. Llamadme Rose.

Sin saber si realmente es necesaria esa precaución. El nombre de Rose le vino a la mente por su amiga escocesa, tan sencilla, siempre al borde del llanto.

—Bueno, Rose… Sabed que estoy muy satisfecha. Podéis transmitírselo a quien os envía.

La condesa deposita solemnemente una moneda en la mano de Joan. Así es como dan limosna estas damas, piensa: concediendo a su gesto una importancia desmesurada. Las monedas se suman al modesto salario que la Proveedora le paga de forma irregular.

Con el tiempo, Joan, bajo el nombre de Rose, se ha vuelto tan eficiente y tan cortés ante las damas que las monedas se multiplican. Aprende incluso a adivinar el momento en que la condesa de Richmond deja su escaño, desaparece en la estancia contigua, abre un cofre y extrae su pequeño tesoro. En ese momento, el rostro de la dama se ilumina. Irradia generosidad.

En pocas semanas, Joan logra lo que antes le parecía imposible. Acumula un modesto tesoro. Llevó tanto tiempo el hábito benedictino que la mera existencia de dos monedas de plata, una al lado de la otra, le parecía inconcebible.

—Gracias, Joan —le dice la Proveedora—. Gracias a ti, mi temporada en Londres ha sido una pesca milagrosa. Lo que me pagan las grandes damas compensa con creces lo que me dan a regañadientes las arpías de Cheapside, siempre quejándose. Podré regresar a mis tierras como una reina. La reina de las mejillas rojas.

«La reina de las mejillas fofas, más bien», piensa Joan.

La Proveedora no es la única que se beneficia de su pesca milagrosa. Cada noche, tras su ronda por las mansiones pegadas a la muralla, Joan saca de su manga las propinas recibidas de aquellas damas tan virtuosas y las añade a su salario. Cuando logra alinear sobre la mesa no dos, sino veinte monedas de plata, las deposita en un paño, cuyos cuatro extremos anuda. Esa misma noche, mientras

contempla los rizos de su amante arder a la luz de una vela minúscula, hace tintinear su pequeño fardo.

—Toma, Edwin, esto es para ti.

El joven extiende la mano, sorprendido por el peso de una bolsa tan pequeña.

—Es mi forma de agradecerte tu hospitalidad.

—Soy pobre, y mi hospitalidad es bien escasa.

—Te equivocas. Y eso no es todo. Con este dinero volverás a París. Irás a ver a los doctores, les pedirás que te escuchen de nuevo. Y esta vez, te atreverás a presentarte al examen público. Quedarán impresionados por tu conocimiento. Y, sobre todo, comprenderán que la disección ya no guarda secretos para ti. Cuando regreses a Londres, serás doctor en medicina.

—Si te hago caso, Joan, y me voy, ¿querrás esperarme?

—Te esperaré aquí mismo.

Joan contempla los rizos de su amante por última vez. Cuando Edwin regrese, ¿seguirán siendo del color de las llamas? El estudiante, pensativo, sigue sopesando el diminuto hatillo. Y Joan apaga la vela.

*

El exalguacil Duns observa el ramito de hierbas secas que le ofreció la Proveedora. Hace unos días, aún podía llamarlo ramillete. Hoy no queda casi nada, salvo un hilillo de hebras que se deshace entre los dedos. La Proveedora es una mujer extraña, a saber qué clase de pactos tendrá con el diablo, pero hay que reconocer que sus medicinas cumplen lo que prometen. Ahora que las hierbas se las ha llevado el viento, ¿volverá el exalguacil Duns a perder el sueño?

De momento, Duns observa los movimientos de un hombrecillo manco. Tan fascinado está con su destreza que olvida sus problemas de insomnio. Con una sola mano, el hombrecillo desata los arneses de su viejo percherón, pliega las bridas y las guarda cuidadosamente mientras mordisquea el borde de una torta de avena.

—Puedo hacerlo todo con una sola mano, amigo mío. Mi brazo izquierdo y yo nos perdimos de vista hace mucho tiempo. Se fue por

su lado a vivir sus propias aventuras. Es un pillastre. Pero sabe apañárselas, no me preocupa. Yo también me las apaño, y soy un rapaz. Llevo tanto tiempo sin brazo izquierdo que me pregunto cómo me las arreglaba con él. Debía de ser muy torpe. Un brazo de más es un brazo de sobra. ¿Tú qué opinas, alguacil?

El exalguacil Duns responde lentamente, con la voz de alguien que ha viajado mucho.

—Ando en busca de Joan de Leeds. Una benedictina que se escapó de su abadía hace varios meses.

Fergus frunce el ceño, como si examinara una a una las palabras que acaba de oír. Duns observa cómo las arrugas de la frente se prolongan por las mejillas hasta el cuello.

—Alguacil, me recuerdas a ese tipo que andaba buscando al único justo escondido en la ciudad maldita. ¿No es una fábula que aparece en la Biblia?

—Así es.

—Entonces hay que rezar a Dios. No veo otra salida.

—Yo sí la veo. Me hablaron de un hombrecillo al que le falta un brazo.

Fergus deja oír su risa de costumbre, que repica como un cascabel.

—¿Qué tiene que ver un enano manco con una monja benedictina, alguacil?

—Los vieron juntos cerca de Northampton. Cabalgaban en esa dirección. Rumbo a Londres.

Fergus se encoge de hombros.

—Te equivocas de presa, ministril. Yo viajo en dirección contraria.

—Justamente. Vienes de Londres. Eso significa que estuviste allí.

—Puede que sí, puede que no. La verdad es que ando de un lado a otro correteando por los alrededores de Northampton. Pero, por si no te has dado cuenta, te hago notar que estoy solo.

Duns siente de pronto una oleada de cansancio. ¿Por qué se callan todos o le mienten? ¿Creen que él, que ha sido alguacil y a quien nada se le escapa, es un ingenuo que se traga todas sus mentiras? ¿Y por qué razón se empeñan en proteger la fuga de Joan de Leeds?

—¿Cómo te llamas?

—Fergus, alguacil. Y él es Guillermo el Conquistador.

Duns echa un vistazo al viejo animal.

—Tu Guillermo está hecho polvo.

—El cansancio acecha a todos en este valle de lágrimas, alguacil.

—No seré yo quien te lleve la contraria, Fergus.

Duns piensa de nuevo en la noche que le espera. Otra noche sin dormir. Si al menos volviera a cruzarse con la Proveedora.

—Escúchame, Fergus. Me han puesto sobre la pista de un hombre con un solo brazo, entre Northampton y Londres. La Providencia me es favorable. Ahora que te he encontrado, no voy a dejar pasar la ocasión. Ayúdame a encontrar a Joan.

—Alguacil, estás siguiendo una pista falsa. Hombres bajitos y mancos los hay a porrillo. Personalmente, conozco a once. Conmigo hacen doce, solo entre Yorkshire y Suffolk. Doce, como los apóstoles. Está Edmund, que tiene unos pies enormes. Llewelyn, que no dice ni mu. Braith el Pecoso, que era herrador. William y Robert, que van juntos a todas partes. Y luego los tres John: el Grande, el Pequeño y el Gordo. Y también…

—¡Basta ya, Fergus! Dime si está en Londres. Y dime si está en peligro. Yo solo quiero su bien.

¿En peligro? Durante un instante, Fergus duda de si el alguacil dice la verdad. ¿Acaso busca el bien de Joan? ¿Merece que le cuente la verdad? Fergus mira a Duns fijamente. Intenta leer en sus ojos un signo de honradez o franqueza. Pero solo logra percibir un profundo cansancio. «Este hombre sí que está hecho polvo», piensa Fergus. «Merecería descansar. Todos merecemos un poco de descanso».

—No sé nada, alguacil. Ve a Londres si te place. Allí hallarás a miles como ella. Y acabarás dando media vuelta.

Fergus da un último mordisco a su torta de avena. Sus mandíbulas se agitan con una rapidez inusitada, lo que le otorga la apariencia de un roedor inteligente. Luego, con igual destreza, se destoca a modo de despedida.

*

Antes de partir para el continente, Edwin había contado a Joan una leyenda sobre el emperador Federico II, heredero de la casa de Hohenstaufen, un rey de pésima reputación. Ahora que su amado estudiante ha partido, esa leyenda la obsesiona. Hace ya mucho tiempo, el emperador Federico ofreció un suntuoso banquete a dos desconocidos que no salían de su asombro ante tanta prodigalidad. Lo que ignoraban era la verdadera razón de tal generosidad. Tras la comida, el emperador ordenó a uno de los comensales que se fuera a dormir. Al otro se lo llevó a la fuerza a una partida de caza. A la mañana siguiente, Federico II mandó a su cirujano que destripara a los dos desconocidos para inspeccionar el contenido de sus estómagos. De esta manera pudo concluir que la digestión es mucho mejor después de una noche de sueño profundo.

A esta hora, Edwin debe de hallarse en la cubierta de un navío, entre Inglaterra y las costas de Normandía. Sus rizos de fuego deben de ondear al viento marino. A menos que el pobre muchacho, sensible a cualquier vaivén, esté devolviendo al mar el contenido de su estómago. ¿Se digiere mejor mecido por el oleaje?

Según lo acordado, Joan espera en Londres el regreso de su apuesto estudiante de medicina. Pasa la mayor parte del tiempo en el piso superior de su casita, a la luz de una vela, procurando no chocar con el techo. De día, visita las grandes mansiones. Saluda a duquesas, marquesas y a sus damas de honor con su más gentil reverencia. Les ofrece un surtido de hierbas secas o de polvos multicolores. Cuando regresa a su casa, dos o tres piezas de buen metal tintinean entre los pliegues de su ropa.

«Un hombre te está buscando», le había dicho la Proveedora hace unas semanas. Un tal Duns, un exalguacil que actuaba como si aún estuviera al servicio de Su Majestad. Aunque, en realidad, está al servicio de la abadesa…

Mientras camina por las estrechas calles de Londres hacia la casa de alguna aristócrata, tal vez lady Percy o lady Sheffield, Joan recuerda las advertencias de la Proveedora. Creía haber olvidado a la abadesa. Su cara fruncida estaba a punto de borrarse. Solo quedaba la línea de su boca. Y, tras su rostro, se desvanecían también los de la priora y la vieja Winifred. Bastó con una sola palabra de la

Proveedora para volver a grabar todas esas figuras en su mente. Algunas noches, la abadesa aparece al pie de su cama, justo donde a veces le gustaba sentarse a Edwin, desnudo como Adán. La abadesa no está desnuda; al contrario, está bien enclaustrada en sus hábitos. La gran capucha de su escapulario la cubre por entero, de modo que la cabeza se funde con las sombras. En lugar de rostro, tiene un agujero negro. Y de ese agujero negro se eleva una voz:

—Lo entenderás más adelante…

Hace meses que Joan goza de su libertad fuera de la abadía. Piensa explorar, una tras otra, todas las etapas del placer y de la libertad. Aún le quedan bastantes por descubrir. Pero Joan tiene una intuición. El día en que agote todas las formas de goce, alguien vendrá a decirle:

—Lo entenderás más adelante…

Alguien la está buscando, alguien está sobre su pista. Eso significa que la abadesa ha descubierto la impostura, significa que ha sometido a las hermanas a un interrogatorio. O bien que alguna de ellas denunció a Joan por miedo al látigo o a largas semanas de aislamiento. A quien la haya traicionado, por supuesto, tendrá que perdonarla. La vida en la abadía está tejida de traiciones. Denunciar el vicio ajeno —incluso el más leve— es, para algunas, el colmo de la virtud.

Joan pide a la Proveedora que le describa al hombre que la persigue:

—¿Qué quieres que te diga, pichoncita mía? Te lo he descrito lo mejor que he podido. Un exalguacil. Un hombre muy cansado. Como si lo persiguiera el hastío. De naturaleza muy tranquila, y sin embargo es alguien tenaz. Se tomará su tiempo, pero, si se lo propone, acabará encontrándote.

—En ese caso, no hay esperanza.

—No esperes huir de él toda tu vida. En cambio, puedes albergar la esperanza de enfrentarte a él algún día. Entonces será el momento de aprovechar tu oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—Lo entenderás llegado el momento.

El rostro de la Proveedora ondula, luego su piel se inmoviliza poco a poco. Joan conoce lo suficiente a esta mujer como para saber que en ella esa inmovilidad es un signo de melancolía.

—Mi pequeña Joan: la temporada de Londres toca a su fin. Pronto levantaré el vuelo; es hora de cambiar de aires. Te dejaré una brazada de hierbas que aún podrás entregar a las damas de los barrios de alcurnia. Lo harás por tu cuenta. El verano ha pasado como el vuelo de una golondrina. Prefiero pasar el otoño y el invierno en mi casa.

—Entonces me quedaré sola.

—No me preocupa, pichoncita mía. Tienes recursos. Y también sé que, a base de codearte con las grandes familias, has hecho buenas relaciones. ¿Me equivoco? No solo con las damas de la nobleza, también con los caballeros. Juraría que jóvenes y no tan jóvenes… Si el alguacil viene a buscarte aquí, esos hombres sabrán protegerte. Te haré una predicción, pichoncita mía: me apuesto lo que sea a que nada ni nadie podrá obligarte a regresar a la abadía.

El rostro de la Proveedora vuelve a animarse. Sus mejillas tremolan como cortinas agitadas por el viento. La tristeza se ha disipado; solo duró un instante. Joan piensa en su predicción. Nadie la obligará a regresar a una celda, ni en la abadía ni en ningún otro lugar. Espera que los oráculos de la Proveedora sean tan fiables como sus pócimas.

7

Con el paso de las semanas, Joan va conociendo las opulentas y ornamentadas mansiones londinenses, que pertenecen a las grandes familias. A veces se trata de una casa de ricos comerciantes; a veces, de nobles cuyos nombres ya son en sí mismos ornamento. Cada una de las familias de la aristocracia se aferra a su singularidad. Un Suffolk es un Suffolk; un Richmond es un Richmond. Pero todas gustan de recordar que están unidas por el hilo invisible del parentesco. Cada duque es primo de otro duque. Y así, saltando de rama en rama, podemos remontarnos hasta el rey Eduardo II de Inglaterra. Eduardo de Carnarvon, hijo de Eduardo el Zanquilargo.

Joan recorre las calles, reconoce los grandes portones, sube las escaleras o es conducida a estancias cuyo techo apenas logra vislumbrar. Largas salas, perforadas por altas y estrechas ventanas, insuficientes sin embargo para dejar entrar la pálida luz de Londres, de modo que, para ahuyentar la penumbra, se proveen de un gran número de candelas que diligentes criados se encargan de mantener constantemente encendidas. Cerca de Dowgate, la mansión de los Derby; junto a Newgate, el gran caserón de la familia Sheffield; en el lado opuesto, hacia Aldgate, el palacete de los Neville. Otra mansión en Lombard Street, donde reside el alcalde, y más lejos, Northumberland Inn, donde se ha establecido la poderosa familia de los Percy. En todos estos lugares, Joan se presenta de forma sutil como la emisaria de la Proveedora, quien le había aconsejado encarecidamente:

—No llames a las cosas por su nombre, sería inapropiado. Será mejor que des un rodeo. Las mujeres que te reciban sabrán entenderte. Y las damas que ya son mis clientas no querrán oír más de la cuenta. Si has de decir una palabra, que no sea la buena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca utilices el término que designa la cosa. Elige mejor un sinónimo. ¿Me entiendes, pichoncita?

Joan sabe bien cómo unas palabras intentan suplantar a otras. Recuerda sus lecturas del Cantar de los Cantares, cuando estaba en el convento. La abadesa le enseñó que «mi amado desliza su mano, y entonces mis entrañas se conmueven» significa en realidad «Dios aparece en el firmamento, y mi alma se desmaya de alegría».

—Ya veo. En vez de decir «poción», digo «néctar». En lugar de «niño», digo «fruto». En vez de «retorno de la regla», digo «buena nueva».

—Sabía que podía contar contigo.

—Y «dedo de Dios» en lugar de «verga del hombre».

El rostro rubicundo de la Proveedora se agita más de lo habitual. Cuando sus mejillas recuperan la calma, añade:

—Lo más difícil para mi pequeño comercio es ser precisa sin pronunciar las palabras. Por ejemplo, cuando hay que detallar la mercancía. Y, por supuesto, cuando toca hacer cuentas y embolsarse el dinero. ¿Lo recordarás?

Joan asiente. Lo recuerda todo. Sabe exactamente lo que necesita cada clienta: para la casa de Dowgate, centaura menor; para la de Newgate, pulpa de coloquíntida…

*

Las visitas a las grandes damas de Londres son cada vez más frecuentes. Y cuando Joan, bajo el nombre de Rose, es recibida en un salón, permanece allí cada vez más tiempo. Llega un día en que incluso la invitan a sentarse. Es tan inesperado que Joan, desconcertada, se pregunta si no le estarán pidiendo que se siente en el suelo. Pero no, es un escabel lo que le señala la señora de la casa.

Joan comprende enseguida que sus clientas de la aristocracia, cuando se reúnen, hablan a veces entre ellas de Rose, la ayudante de la Proveedora, esa Rose tan humilde, pero tan inteligente; tan formal, pero tan despierta; tan cándida también. Parece ignorarlo todo del contenido de su cesta: alholva, matricaria, cincoenrama,

buglosa, madreselva… Algunas damas creen que la inocencia de Rose es la de una novicia educada en el convento, del que aún no ha salido. Son menos las que sospechan que esa inocencia es engañosa, que es como esas cajitas de madera, pintadas con motivos florales, que contienen polvos capaces de devolver a los viejos el vigor perdido. Cajitas que, en apariencia, son también de lo más inocente.

Cuando no debaten sobre la inocencia de Rose, las damas de las grandes familias coinciden en un punto: se maravillan del alcance de sus conocimientos. La joven Rose conoce las Escrituras, las cita sin error, parece saber de memoria extensos pasajes. Maravilló a lady Percy recitando sin interrupción todos los versículos del Cántico de Salomón. Sabe también de teología y de teoría musical. Podría sostener una conversación con un escolar instruido en las artes liberales.

Joan sospecha que su máscara de Rose es frágil. Por eso sigue mostrándose extremadamente cortés. No quiere molestar, a veces rehúsa sentarse y se despide como lo haría cualquier vendedora. Sin embargo, su erudición la convierte en algo más que una simple comerciante. Como había intuido la perspicaz Proveedora, los hombres empiezan a frecuentar cada vez más las reuniones de las damas. También ellos sienten curiosidad por ver de cerca ese rostro. La examinan. Comparan a la Rose real con la leyenda que ya circula sobre ella. Y, por lo general, prefieren a la Rose real. Ese éxito inusitado refuerza su fama.

Joan no conoce el orgullo. Tampoco lo conocía en los tiempos de la abadía. Quería experimentar los vicios enumerados por Tomás de Aquino para conocerlos de primera mano, pero nunca sintió inclinación por la vanidad. Es un vicio de sabor a salmuera, un vicio pobre, apenas bueno para la abadesa. Ahora que su fama corre de casa en casa, Joan no se enorgullece de ello, sino todo lo contrario, se siente incómoda. ¿Y si su leyenda llegara a oídos del alguacil que la persigue?

Sin embargo, es difícil ser discreta cuando los hombres se agolpan para conocerla. Joan sigue pensando en su querido estudiante. Guarda en una caja de madera pintada con motivos florales un

mechón de sus cabellos flamígeros. Reaviva su recuerdo cada noche, recitando desordenadamente algunos Proverbios:

«Cual ave errante lejos del nido, tal es el hombre lejos de su hogar».

O el fragmento del Cantar de los Cantares que le es tan familiar:

«Se conmovieron mis entrañas cuando mi amado deslizó su mano por la abertura de la puerta».

Caer bajo el hechizo de otro, un apuesto caballero con capa de cuero, no sería un crimen. No es culpa suya que el amado esté lejos, y el apuesto caballero, al alcance de la mano. Joan no puede estar al mismo tiempo en otro lugar con Edwin y aquí con este hombre tan guapo. Si cede al encanto del apuesto caballero aquí, su traición nunca alcanzará a Edwin allá.

*

Al llegar al pie de las murallas de Londres, donde se abre la puerta de Moorgate, el exalguacil Duns detiene su montura. Detrás de esa muralla hay miles y miles de hombres y mujeres. Detrás de esa muralla hay miles de mujeres como Joan, como había dicho Fergus. ¿Cuánto tiempo le llevará al exalguacil dar con Joan de Leeds, si es que aún se encuentra en esta ciudad? ¿Y cuánto tiempo para sacarla de allí? Y, una vez la haya capturado, ¿cómo podrá devolverla al lugar del que procede?

Más que nunca, el cansancio se refleja en su rostro. Duns recita un versículo de Isaías: «Nadie se cansa ni desfallece; nadie se queda dormido. Nadie afloja el cinturón de su cintura ni desata la correa de sus sandalias».

El cinturón de Duns no está desabrochado, pero cuelga holgadamente en su cintura. Y la correa de sus sandalias está a punto de romperse. El exalguacil tira de las riendas de su caballo e inicia un giro.

«Volveré con la abadesa», se dice. «Dentro de cuatro días estaré en el convento. Le diré que renuncio a mi misión. Y le devolveré el dinero. Mi tarea es demasiado ardua. ¿Cómo hallar a una joven

entre miles y miles? Las calles de Londres son un laberinto. Ni tres vidas bastarían para encontrar a Joan de Leeds».

Pero Duns sabe de sobra lo que le respondería la abadesa:

—Mi pobre amigo, ¿vais a rendiros tan cerca de la meta? Esperaba algo más de vuestra parte. Un alguacil al servicio de la Corona no se rinde. Y menos aún cuando se encuentra al pie de las murallas de Londres.

La abadesa tiene razón, un alguacil no abandona jamás. Sobre todo cuando se trata de hacer cumplir la ley. Duns tira por segunda vez de las riendas y da media vuelta otra vez. Allí está de nuevo, frente a Londres. Contempla la muralla circundante y su inmensa puerta durante un rato. Suspira, espolea su caballo y entra en la ciudad.

Unas horas más tarde, tras perderse entre las callejuelas y volver a orientarse, Duns es recibido en el convento de los agustinos. Un guardián le abre la puerta. Sin decir palabra, lo conduce a una modesta estancia en la que se encuentra un monje, inmóvil como una estatua de madera. Parece haber estado esperando a Duns desde el principio de los tiempos, congelado en esa postura, con los brazos a lo largo del cuerpo. Sus modales son corteses, pero tiene un pliegue profundo entre los ojos, como una muesca que lo hace parecer severo.

«Pobre hombre», piensa Duns. «Ha fruncido el ceño toda su vida y ahora tiene esa arruga horrenda en medio de la frente».

Con gesto lento, el monje muestra la estancia desnuda.

—No os invito a tomar asiento; no hay donde hacerlo.

—No importa. Me quedaré de pie.

Aunque con lo que Duns sueña con toda su alma es con sentarse. Mejor dicho, sueña con tumbarse y dormir por fin. El monje prosigue, con voz meliflua:

—¿Habéis tenido buen viaje, alguacil?

—No puedo quejarme. Pero me he perdido en la ciudad. Lo cual es tanto más embarazoso cuanto que vuestro convento está a un tiro de la piedra de la poterna de Moorgate, por donde entré.

—La abadesa nos anunció vuestra visita. Su misiva habla de vos en términos elogiosos. Se alude, de forma sutil, a una…

El monje deja la frase en el aire. Duns se pregunta si debería completarla. Por prudencia, guarda silencio y el agustino continúa:

—Se trata de una misión que se os ha encomendado. Podemos acogeros, por supuesto. Aunque solo una noche. Nuestra hospitalidad no conoce límites, pero nuestros medios son limitados. Mañana recibiremos a una delegación de franciscanos. Para los días siguientes, deberéis buscaros una posada en la ciudad. Os indicaré la mejor. Entretanto, he hecho preparar una celda.

El exalguacil le da las gracias. Se pregunta cómo será esa celda. ¿Tendrá siquiera un jergón? ¿O habrá de dormir apoyado contra la pared?

—Si no me equivoco, alguacil, estáis aquí para salvar a una oveja descarriada. Noble misión.

—Una misión complicada. Estoy convencido de que se halla aquí, en Londres. Pero ¿cómo encontrar a una joven en una ciudad como esta?

—Dios os asistirá.

«Argumento irrefutable», piensa Duns. Pero ¿y si Dios no lo asistiera? Más le vale no plantear tal posibilidad; el monje se escandalizaría, así que opta por decir:

—Está en Londres, sí. Pero ¿dónde se esconde exactamente? Tal vez vos tengáis alguna idea.

—Lo único que puedo deciros es que no está dentro de nuestros muros. Sería el último sitio donde vendría a buscar refugio.

—No estaba pensando en eso —dice Duns—. Sin embargo, si…

El monje lo interrumpe:

—¿Qué hace una joven como ella en una ciudad como esta? ¿Qué hace una criatura tras abandonar el reino de Dios?

De nuevo, Duns duda si responder a tales preguntas. Decide que lo más prudente es dejar que el monje se explaye.

—Alguacil, en su lugar, yo buscaría en los antros de mala nota de la ciudad. Solo Dios sabe cuántos habrá, y no me preguntéis dónde, porque lo ignoro. Pero sé que existen. Allí se oye el chillido de los puercos. Allí se respira el hedor del vicio. Guiaos por vuestros oídos y vuestro olfato y pronto habréis concluido.

Al terminar su perorata, el monje calla. Para romper el embarazoso silencio, Duns aventura:

—Tal vez Joan esté en una situación desesperada… Tal vez deberíamos imaginar el lugar donde ha podido encontrar cobijo.

—¿Estáis defendiendo a esa criatura?

—En absoluto. Solo quiero adivinar sus movimientos. Por eso me pongo en su lugar.

El monje abre unos ojos como platos.

—¡Dios todopoderoso! ¿Ponerse vos en el lugar de una mujer? Ni se os ocurra hacer semejante cosa.

Recuperado del sobresalto, el monje añade:

—Seguidme. Os conduciré a vuestra celda. Estoy seguro de que pasaréis una buena noche, bajo la protección de nuestro Señor.

*

Joan casi ha logrado hacer olvidar que trabaja por cuenta de una mercachifle de Cheapside de rostro repulsivo. Ya no necesita fingir que vende infusiones milagrosas y secretas. Las casas más hospitalarias le permiten adentrarse hasta esas largas estancias, oscurecidas por maderas y tapices, donde se recibe a los invitados. Se le dispensan las cortesías reservadas a las viudas del vecindario o a esas mujeres piadosas que se pierden entre las páginas de la Biblia. Joan espera que, en cualquier momento, la hagan regresar por donde llegó, por la puerta trasera. Su presencia es un malentendido; tarde o temprano, alguna condesa acabará por darse cuenta y la echará con exquisita cortesía.

Pero ese momento no llega y la estancia de Joan se prolonga en los salones. Las damas de honor le dedican sus sonrisas. La tarde declina y se torna en noche; una criada entra trayendo algunas velas. Marigold Neville, una mujer cuyo rostro pálido parece flotar plácidamente en la penumbra, interroga a su «pequeña Rose» acerca de los misterios de la fe.

—Rose, decidme, vos que lo sabéis todo. El obispo de Bath se mostraba hace poco perplejo ante mí por un misterio insondable. No

logra comprender cómo es posible que Cristo, a quien nada le es desconocido, pudiera ignorar la fecha del fin de los tiempos.

—La respuesta es simple —responde Joan casi distraídamente, como si le preguntaran la hora—. Para Dios, todo es posible. Absolutamente todo. Incluso el no saber. Si lo desea, puede ignorar. Y eso no mengua un ápice su poder.

Marigold Neville deja escapar un gritito de admiración. Exactamente el mismo que se emite cuando, en medio de un festín, llevan a la mesa un ave al espeto adornada con algunas plumas.

—Hay que reconocer que tenéis respuesta para todo.

Al número de invitados se suman otras damas, a veces llegadas de lejos, ataviadas con mantos de telas preciosas y pliegues primorosos. Joan habla para un público de rostros atentos, todos semejantes, cada cual enmarcado en su griñón. Así es como, una tarde de septiembre, conoce a Aline le Despenser. Su conversación es breve; no hablan de Cristo ni del Juicio Final, solo del viento frío. Joan tarda algo en darse cuenta de que Aline es hermana de Hugh le Despenser. Y de que ese joven, ya por entonces célebre, es desde hace algún tiempo el favorito del rey Eduardo II de Inglaterra.

Cuando Joan refiere tales encuentros a la Proveedora, la mercachifle le espeta:

—Cómo no voy a conocer a Hugh le Despenser. Todo Londres conoce a esa familia. Todo el reino, más bien. Seguramente todos menos tú. Pero no es de extrañar. ¿Qué se puede saber del mundo cuando se vive encerrada en una abadía regida por una devota de la religión del látigo? ¿Qué se puede saber de los asuntos de la corte?

Mientras habla, la Proveedora mezcla con precaución los ingredientes de sus pociones: salvia, aristoloquia, centaura mayor.

—En realidad, hay dos Hugh: el viejo y el joven. El más joven se ha convertido en el valido de nuestro rey. Eso tampoco te lo enseñaron en tu celda benedictina. Desde su posición, el favorito del rey sabe bien cómo beneficiar a su familia. Y por eso los Despenser se han vuelto todavía más ricos de lo que eran.

Mirra, dos escrúpulos y catorce granos. Alumbre, dos escrúpulos. Peonía, un escrúpulo y siete granos.

—No sé qué aspecto tiene el valido del monarca, pero dicen que el rey Eduardo tiene buen gusto. Por supuesto, su buen gusto es por los jóvenes. No a todos los hombres les gustan las mujeres. Eso tampoco te lo habrán enseñado la abadesa ni los Evangelios.

—No. No me lo enseñaron, y sin embargo lo sé.

—¿Y por obra de qué milagro? ¿Lo leíste en alguna parte?

—No, pero lo supuse. Lo deduje.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo dedujiste, Joan?

Pimienta, hierba limón, catorce granos. Jengibre, dos escrúpulos y catorce granos.

—Bueno, da igual, pichoncita. Basta con saber que Hugh le Despenser es el favorito del rey y que eso da mucho que hablar. Las comadres de Cheapside murmuran, pero eso no tiene mayor importancia. Los nobles también lo hacen, y eso sí que tiene mucha relevancia. Porque con frecuencia hablan de ello cargados de rencor. Hugh le Despenser podrá ser el favorito del rey Eduardo, pero no lo es de nadie más. En otras palabras, todo el mundo lo odia. Y ya sabes que hay muchos que desean ver rodar su cabeza.

—¿La de Hugh le Despenser?

—No, la del rey.

—¿Por culpa de su valido?

—Por eso, sí, y por muchas cosas más. El odio se alimenta de cuanto halla a su paso.

Apio, sabina, brotes de álamo balsámico. Clavos de olor, espelta, semilla de ruda.

—Pero, a ver, Joan, entre nosotras…

La Proveedora se inclina hacia ella. Joan nunca había visto aquel rostro tan de cerca. Menos mal que de tanto tratarla ha acabado por acostumbrarse, como uno se acostumbra a los cuernos de un animal extraño. La Proveedora añade en voz más baja:

—Me hablas de Aline le Despenser, de la condesa de Suffolk y de lady Percy. Pero no me cuentas nada de los hombres. Y, sin embargo, los hay, y muchos, en esas grandes casas. Siempre se encuentra a alguno abriendo al azar la puerta de una alcoba.

—Eso dicen —responde Joan con indiferencia—. Pero yo no abro puertas al azar.

—No te hagas la inocente. Hay cosas que sé y otras que adivino. Sé, por ejemplo, que algunas noches dejas tu altillo para ir al encuentro de alguno de esos caballeros, sin que te vean. Malcolm, de los Neville… Tú también tienes buen gusto. Dicen que es un joven apuesto. Y, además, es amigo de Hugh le Despenser. Seguramente también cercano al rey Eduardo. Para una monja fugitiva, estar tan cerca del rey es un gran éxito. ¿Qué me dices?

—Digo lo que dice el Eclesiastés: «No hay mayor bien para el hombre que comer y beber, y que su alma disfrute de sus afanes».

La Proveedora guarda silencio para dedicarse de nuevo a la elaboración de sus ungüentos. Sus gruesos dedos manipulan las diminutas hierbas con suma delicadeza.

—Pichoncita mía, si tus diabluras son tan compatibles con las Escrituras como lo son con tu alma, no tienes razón alguna para privarte… Has recorrido un largo camino desde que saliste de la abadía; ahora tienes el conocimiento de los hombres. Solo me queda enseñarte un poco de la ciencia de las hierbas. Aprende a reconocer lo que hay sobre la mesa: borraja, buglosa, violeta, madreselva.

—Ya sé todo eso. Conozco las plantas que desinflan el vientre de las mujeres preñadas.

—¿Y qué más te gustaría saber?

—Enséñame el nombre de las plantas que provocan el efecto contrario.

—¿Las que favorecen el alumbramiento?

—Las que favorecen el deseo.

—Ay, pichoncita mía, ¿conoces a un solo hombre falto de deseo?

—A veces hay deseo sin la fuerza del deseo.

La Proveedora reflexiona.

—¿Hablas de los jóvenes tímidos? ¿O de los caballeros que podrían ser tu abuelo? Para su ventura, esto es lo que necesitas: nuez moscada, jengibre, clavo, chirivía, rábano picante, nabo y espárrago silvestre. En determinadas proporciones, ajo mezclado con hinojo. Toma también euforbia y algunas bayas secas de laurel reducidas a polvo. O bien una raíz de satirión, primero picada y luego hervida hasta obtener un ungüento, que el caballero debe aplicar allí donde aquel debe actuar. ¿Lo recordarás todo?

Joan cierra los ojos y repite para sí toda la lista.

—Lo recordaré.

—Añade estofado de corazón de cuervo a todo lo que ya sabes. También se aconseja a los mozos algo tímidos, antes de la noche de bodas, ungir su verga de recién casado con hiel de verraco.

—¿Hiel de verraco? ¿Eso es eficaz?

La Proveedora esboza una sonrisita apesadumbrada.

—Solo lo sé de oídas, pichoncita. De oídas.

*

A Duns solo se le ha concedido permiso para pasar una única noche en una celda del convento de los agustinos. Por suerte, la celda contaba con un lecho, constituido por una tabla cubierta con un poco de paja recogida en un saco de arpillera. Y un raquítico cobertor.

Esa noche, Duns quiso dedicarla a dormir. Hizo todo lo posible para ello. Oró a Dios, en vano. Luego rezó a san José, también en vano. Más tarde, rezó al diablo, a santo tapado, escondiéndose bajo el cobertor. Corría un riesgo enorme, estando como estaba dentro de los muros de un convento. Pero el diablo no atendió a su súplica, como tampoco lo hizo el Señor. Agotados todos sus recursos, Duns estuvo a punto de rezar una oración a la Proveedora. Pero lo pensó mejor: si invocar al diablo es una blasfemia, rezar a la Proveedora es ridículo.

¿De qué están hechos sus ramilletes? Si al menos conociera las hierbas, podría ir recogiéndolas por el camino. El humo de sus decocciones bastaría para espantar a los demonios uno tras otro.

Justo antes del alba, rendido por el insomnio, Duns sintió cómo se le cerraban los ojos. Por fin. Estaba a punto de caer en un sueño profundo como un pozo cuando, en ese instante preciso, alguien llamó a su puerta. Ya era hora de irse.

Joan de Leeds se oculta en las entrañas de esta ciudad, Duns lo sabe. Pero no irá a buscarla a los lugares de mala reputación. No comparte la opinión del monje carifruncido. No es que crea a Joan más virtuosa, sino que la sabe más inteligente. El exalguacil debe

actuar con rapidez, antes de que el cansancio lo venza. Y, sobre todo, debe encontrarla y atraparla antes de que logre escaparse de nuevo. Si es necesario, la llevará a la fuerza ante la abadesa, que hará con ella lo que le plazca. Duns recibirá la última parte de su estipendio y dejará la abadía sin mirar atrás. La pesada puerta de madera y hierro se cerrará a sus espaldas. El exalguacil sentirá al fin la satisfacción del deber cumplido.

Entonces, con un poco de suerte, volverá a conciliar el sueño.

*

Es la hora más silenciosa de la noche. Nos encontramos en el calefactorio de la abadía, en torno a una única vela. Eleanor, Rose, Millicent, Lavinia, Mary y yo; todas nos hallamos presentes. Con el transcurso de los días, nuestros temores se han disipado. Hemos conseguido reunir el valor necesario para superar nuestras últimas inquietudes y desafiar las prohibiciones de la abadesa. El escabel donde Joan solía sentarse se encuentra vacío, pero yo me coloco justo al lado. Aunque quizá me equivoque, en la penumbra creo adivinar destellos de desafío en las miradas. Tenemos la sensación de reanudar una antigua tradición.

He reunido a mis hermanas con la intención de hablar de Joan. Quiero instarlas a que imaginen su periplo, para animar nuestra vida cotidiana. Por desgracia, la figura que se impone es la de la abadesa. Lavinia rompe el fuego con voz amarga:

—No creí que su comportamiento pudiera empeorar. Pensé que ya habíamos pasado lo peor.

—Sí, es dura —corrobora Rose.

—Como el pedernal.

—Siempre ha sido estricta, pero desde la marcha de Joan ha perdido la poca humanidad que le quedaba.

Millicent me interroga:

—¿Son ciertos los rumores?

—¿Qué rumores?

—Se dice que ha enviado hombres por todo el país para encontrarla.

—La abadía es rica, pero la abadesa no tiene medios para costear un ejército de valientes soldados.

Oigo una risa discreta. Reconozco la de Mary.

—Y, además, creedme, nadie atrapará viva a Joan.

Tal vez me haya excedido con mis palabras. Tal vez haya hablado de más. Temo que mis hermanas imaginen a Joan cayendo en manos de un asesino, así que añado para tranquilizarlas:

—Joan es demasiado hábil para dejarse capturar. Demasiado astuta. Incluso si sucediera lo peor, tendría suficiente fuerza de voluntad como para no dejarse arrastrar de vuelta aquí.

Lavinia vuelve a la carga:

—La abadesa es cada día más malvada. Ayer alguien la vio golpear a Clydwyn. En la cara… Al parecer porque Winifred no estaba contenta con su trabajo.

—Es cierto —asegura Mary, hablando por primera vez—. Da la impresión de que la fuga de Joan la ha humillado y se está vengando desde entonces. El diablo habita en el cuerpo de esa mujer.

Oigo un crujido de telas. Mis hermanas esbozan la señal de la cruz.

—Si al menos Dios le enviara un mensaje —añade Mary.

—¿Qué clase de mensaje? —pregunta Eleanor.

—Uno que expresase su desaprobación.

Guardamos silencio durante un rato. Luego Millicent hace la pregunta que todas tenemos en mente:

—¿Qué haría Joan en nuestro lugar?

Y yo le respondo:

—Me lo he preguntado muchas veces, Millicent, muchísimas… No sé qué haría Joan, pero creo que sé lo que voy a hacer yo.

*

Duns se siente aturdido. Joan de Leeds está en Londres, se repite. Si bien Londres es un hervidero de gente, por todas sus callejuelas pululan figuras diversas. Cuando no se encuentran cincuenta hombres mezclados con cincuenta mujeres avanzando en todas

direcciones, hay que apartarse para dejar paso a un tiro de mulas. Cuando no deambula por las calles, el exalguacil busca la calma fuera de las murallas; por ejemplo, a lo largo del camino de Shoreditch, que lleva al hospital St. Mary. Una vez a solas, saca de su bolsa el rostro de arcilla modelado por la propia Joan. Lo contempla con detenimiento. Está convencido de una cosa: a fuerza de ejercitar la mirada, a fuerza de estudiar la máscara, logrará reconocer a Joan al instante. Le bastará una sola mirada. Incluso si tropezase con ella por casualidad, con un simple vistazo sería capaz de captar los rasgos del rostro de la monja exclaustrada.

Es posible que se equivoque, pero no importa, porque está convencido de ello. Devuelve la máscara a su talega y regresa al corazón de la ciudad cruzando el arco de Bishopsgate. Una vez en medio de la multitud, pierde sus certezas. «Hay miles de mujeres como Joan dentro de los muros de Londres», le había dicho el hombrecillo manco. Y no se equivocaba. Cada mujer que le da la espalda es Joan de Leeds huyendo una vez más.

Desde el anochecer hasta el amanecer, Duns da vueltas en círculos, con una mezcla de obstinación y cansancio. Pasa frente al convento de los agustinos, Aldgate, la iglesia de San Olaf, San Pedro, Billingsgate y el puente; luego Old Fish Street y el convento de los dominicos. Y, a continuación, tras una breve pausa, vuelta a empezar como un sereno extraviado a plena luz del día. Su mirada de insomne le da la apariencia de un ciego, a veces también la de un resucitado. Algunos transeúntes se hacen a un lado para cederle el paso. Duns avanza: algunos días, no ve a Joan en ninguna parte, como si un velo cubriera sus ojos. Otros, cree ver su rostro en todas partes, pegado a la cabeza de cada mujer con la que se cruza, jóvenes o ancianas, sin distinción de edad ni estatura.

Está a punto de darse por vencido. Daría lo que fuera por huir de la gran ciudad sin volver la vista atrás, retomar el camino, cabalgar día y noche para presentarse por última vez ante la abadesa y confesarle su fracaso, cuando de pronto cree reconocer por fin un rostro familiar. Pero no es el de Joan de Leeds. Este es mucho más singular: vultuoso, arrebatado, de mejillas anchas y rojas como el ladrillo.

—Mis respetos, Proveedora.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? Benditos los ojos, alguacil. No esperaba encontrarte en Londres. ¿Has venido de tan lejos para pedirme algo? La suerte está de tu lado, puedes dar gracias al destino. Un día más y te habrías ido con las manos vacías. Estoy preparando mi hatillo. Mañana mismo me vuelvo a mi tierra, a mi madriguera.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Joan de Leeds, Proveedora?

—Eres terco como una mula, alguacil. ¿Todavía no has logrado echarle el guante? Te creía más capaz. ¿Cómo se las arregla una insignificante monjita para escapar de un representante de la ley como tú? ¿No todos se inclinan ante ti?

—Te lo ruego, Proveedora, estoy demasiado cansado. O quizá demasiado viejo y ya no tengo tiempo para ponerme de palique. Hazme ese favor: dime dónde se esconde.

—No lo sé, mi querido alguacil. ¡No creerás que tu monjita se refugia debajo de mi refajo!

El exalguacil Duns se acuerda de los tiempos en los que no habría dudado en levantar el borde de ese refajo con su vara. La vara oficial del alguacil, la que toca el hombro de los culpables. Mira en torno a él a la gente de Cheapside. Observa el movimiento incesante de hombres, mujeres y niños, el alboroto de las gallinas, ávidas y asustadas. Piensa en el curso de las nubes, en el vaivén sin descanso de las olas del océano, en el ciclo inexorable de los días y las noches. Nada pondrá fin jamás a esas carreras sin término, ni siquiera la detención de Joan de Leeds.

—Entonces no hablemos más de ello, Proveedora, solo dame algo que me permita dormir esta noche.

8

Les hago un gesto para que guarden silencio. Está de más, mis hermanas saben que hay que callar. Aceptan mi ademán, no como una orden, sino como una señal de connivencia. Desde donde estamos, nadie nos ve y nosotras podemos verlo todo. También podemos oírlo todo.

Al cabo de un momento, se alza una voz.

—Pronto se cumplirá un año desde que Joan de Leeds huyó de la abadía. Traicionó a su abadesa, traicionó a la priora, y con ellas a todas las benedictinas. Aquellas a las que no engañó las arrastró a su pecado haciéndolas cómplices. Se sirvió de las tretas del demonio para consumar su delito. Desde entonces, solo Dios sabe dónde se encuentra. Solo Dios sabe qué vida de depravación lleva, lejos de toda rectitud.

La abadesa está de rodillas, en mitad de la noche, en la nave de la iglesia, sola. Con su voz frágil y estridente se dirige al vacío. Tal vez Dios se oculte en ese vacío, puesto que está en todas partes. Tal vez escuche las quejas de la abadesa. Tal vez incluso se digne concederles atención. Dios cumplirá con su parte, no le cabe duda, está en su naturaleza. Es su deber reconducir al redil la oveja descarriada. Pero, si Dios se negara a atender las súplicas de la abadesa, entonces ella no podría contar más que consigo misma. Consigo misma y con un exalguacil fatigado por años de errancia. Y es a él a quien se dirige ahora:

—Confío en ti, Duns. Londres será un hormiguero, pero tú eres el oso hormiguero adecuado que me conviene. Te daré unos días para encontrar a Joan de Leeds. Unas semanas a lo sumo. Y ruego a Dios que me conceda algunos años más de vida. Me siento débil, muy débil. No quisiera rendir mi alma sin haber visto aquí de vuelta, y encerrada bajo siete llaves, a esa hija de Satanás.

La abadesa se persigna. Ha pronunciado la última palabra alzando la voz. Su eco parece flotar en las alturas, siguiendo las nervaduras

de los arcos. Durante un momento, la abadesa cree haber cometido un horrible pecado. Ha gritado el nombre de Satanás en la nave de su iglesia, y ahora el nombre de Satanás vuela como un grajo, de una bóveda a otra…

La abadesa se encuentra mal. Una vez más, las náuseas se apoderan de ella. ¿Es por el nombre de Satanás? ¿Por ese maldito pájaro que vuela de un lado a otro sobre su cabeza? ¿Es por la cena? ¿O será el recuerdo de Joan, que la atormenta hasta el punto de enfermarla? ¿Acaso Joan, al huir de la abadía, le lanzó un hechizo? La abadesa recuerda que, antes de fingir su muerte, Joan simuló estar enferma. Se agotaba vomitando, sus jóvenes fuerzas la abandonaban. En sus últimos días en el convento, la joven parecía una anciana, enjuta, de tez amarillenta, como desdentada.

La abadesa ya no está segura de nada. Ahora es ella quien se consume con cada vómito. Entre arcada y arcada, llega a creer que Joan de Leeds hizo un pacto con el demonio. No puede ser de otro modo, porque una benedictina no habría decidido sola romper su compromiso con Jesucristo. Tuvo que ser el Príncipe de las Tinieblas, bajo la forma de un grajo, quien vino a corromperla. La enfermedad de Joan no era fingida, era el precio que el demonio le hacía pagar. Y ese mismo demonio ha decidido cebarse ahora con la abadesa.

—Soy vieja, pero resistiré con la ayuda del Señor. No soy rencorosa, no. No busco venganza. No soy justiciera, Dios me perdone. Soy justa, soy justa, soy justa.

La abadesa repite la palabra como una letanía, pasando las cuentas de su rosario. Cree estar sola. Pero no es así. En la sombra se ocultan Eleanor, Rose, Millicent, la varonil Lavinia, una de las dos Marys, y yo, Helisende de Wigmore.

—Soy justa, soy justa…

Por más que lo repita, el milagro no se produce.

—Soy justa…

La abadesa se equivoca al agotarse así, en mitad de la noche, en el frío de la iglesia. Se equivoca también al hablar de hechizos. No es un hechizo lo que la enferma, sino un pequeño hongo blanco veteado de amarillo.

Ahora guarda silencio. No derrama una lágrima. Esta anciana hace ya tiempo que enjugó todas sus lágrimas. Permanece inmóvil un instante y luego se tiende bocabajo, con los brazos en cruz, sobre la piedra helada.

Aprovechamos ese momento para retirarnos sin hacer ruido.

*

Joan da vueltas en la cama. Nunca había conocido un lecho tan mullido. Cuando aún era benedictina, su jergón consistía en una tabla apenas ablandada por una fina capa de paja. El de la heredad de Clarence era más generoso. El de la angosta casita del estudiante es suave, aunque también más humilde. La pobreza y los muchos años de uso lo han compactado. Ahora que conoce la verdadera suavidad de una cama, Joan se da cuenta de que ha pasado lo esencial de su vida durmiendo sobre una piedra.

Creía que una cama tan blanda propiciaría el sueño. Ocurre lo contrario. Toda esa suavidad, esa hondura, en lugar de adormecerla, la mantienen despierta. Joan no quiere perderse ni un ápice de esa dulzura. Dormir sería como renunciar a participar en el festín. Sería como cerrar los ojos ante una aparición o taparse los oídos con cera cuando empieza a sonar una música deliciosa. Quiere sentir la caricia de ese lecho en este momento y en el siguiente y en el anterior. Y no quiere olvidar nada. Desearía concentrarse con todas sus fuerzas para atesorar recuerdos para el mañana.

A su lado, Malcolm Neville respira profundamente. «Él puede dormir a pierna suelta», se dice Joan. La suavidad de su cama la conoce desde que nació. Pasó de una placentera cuna a un placentero lecho de niño, y de este a uno de adulto, igual de profundo. Cuando le llegue la hora de morir, pasará de su cama de hombre a un ataúd tan blando como un pañal.

«Tienes buen gusto —le dijo la Proveedora—, Malcolm es un joven apuesto». No se equivocaba. Y acertó también al suponer que en las casas de grandes linajes hay hombres hermosos. Un día, cuando Joan se inclinaba para despedirse de Marigold Neville, apareció un hombre. Tenía toda la pinta de salir de detrás de la

cortina, donde esperaba el momento oportuno. Lady Neville hizo las presentaciones:

—Rose, os presento a mi hijo, Malcolm Neville.

«Parece tan joven, y su madre tan mayor», pensó enseguida Joan, «que podría ser su tatarabuela». Malcolm le hizo un cumplido por el broche de su túnica. Un segundo por los botones de sus mangas. Un tercer cumplido por su peinado. Luego siguieron otros piropos, que recorrieron varias veces su cuerpo. Desde entonces, Joan también ha tenido ocasión de dirigirle muchos halagos.

Malcolm duerme. Joan, sin embargo, preferiría mantenerlo despierto. Querría disfrutar de su amante como de cada uno de los momentos que vive. Querría verlo, tocarlo, oírlo, acunarlo, no perderse ni un rinconcito de su cuerpo. Querría verlo actuar de nuevo, para disfrutar otra vez de sus gestos. Hace apenas un ratito, Malcolm estaba en plena acción. Y Joan se deleitaba con cada pequeño detalle. Le hubiera gustado dividirse en dos para ser dos mujeres: la primera en brazos de su amante, la segunda sentada en el borde de la cama para verlo actuar. Habría querido ser una tercera Joan para oírlo gemir, reír y gritar. E incluso otra más para recoger su savia como un ungüento precioso.

«Se conmovieron mis entrañas cuando mi amado deslizó su mano por la abertura de la puerta». Ahora más que nunca sabe lo que significa la palabra «entrañas». Sabe lo que significa conmoverse. No necesita a nadie que le explique qué quiere decir «se conmovieron mis entrañas». Y sabe quién es su amado. Su amado es el que está a su lado, inmóvil. Pero Joan sabe por experiencia que, dentro de unos instantes, este mocetón empezará a moverse de nuevo. Agitará un dedo, un párpado, luego los labios. Se incorporará. Se apoyará en un codo. Su muslo se flexionará. Se arqueará, todos sus músculos se tensarán; volverá a respirar con fuerza. Y en el momento justo, sus mandíbulas se crisparán.

—Mis entrañas son mis entrañas. Se conmueven porque se conmueven.

Malcolm parece salir de un sueño profundo.

—¿Qué quieres decir?

—«Me he despojado de mi túnica, ¿cómo volveré a ponérmela?».

—¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. Es que acabo de verificar una vieja intuición. La palabra «entrañas» significa «entrañas».

Malcolm agarra el candelabro y lo acerca al rostro de Joan.

—¿Es un acertijo?

—Escucha atentamente: «Los labios de mi amado son dos lirios que destilan mirra… Su paladar es pura dulzura. Sus piernas son columnas de alabastro».

—Es hermoso —dice Malcolm, bostezando.

—Estoy de acuerdo contigo. «Labios» significa «labios», «paladar» significa «paladar», «piernas» significa «piernas».

—«Piernas» significa «piernas», por supuesto. No puede significar otra cosa.

—Y sin embargo, querido mío, los teólogos siempre nos han enseñado que «labios» no significa «labios», y «piernas» no significa «piernas».

Malcolm toma la mano de Joan entre las suyas y la lleva a su boca.

—No tengo el ánimo para hablar de teología, reina mía. Como puedes ver, «labios» significa «labios».

El joven guía con suavidad la mano de Joan a lo largo de su rostro.

—«Mentón» significa «mentón». ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo.

—«Pecho» significa «pecho», y «vientre» quiere decir «vientre». ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Y para decir «ombligo», nada mejor que la palabra «ombligo».

Joan cierra los ojos. Tras un largo silencio, el joven pregunta:

—¿Te gustaría asistir a una disputa entre teólogos?

Joan abre los ojos, sorprendida.

—No ahora, claro; quizá más adelante. Te invitaré, vendrás conmigo. Conozco a unos cuantos sabios. Se reúnen todas las noches para hacerse las preguntas más extrañas. Y luego se esfuerzan en responderlas.

—Iré encantada —asegura Joan, bajando de nuevo los párpados.

—Hay una pega. No admiten mujeres. Tendrás que vestirte de hombre.

Joan se pasa la lengua por los labios.

—Nunca me he vestido de hombre. ¿Me ayudarás?

—Sabía que necesitarías de mi intervención.

—«Me he despojado de mi túnica…» —susurra Joan.

Más tarde, el sueño la alcanza, sin haberlo buscado, en realidad, arrullada por la certeza de que, a veces, las palabras designan lo que nombran.

*

Desde el alba, cae una lluvia fina y constante sobre el mercado de Cheapside. El pueblo llano de Londres no parece quejarse. La lluvia es tan familiar en esta estación que sorprendería más su ausencia. Además, siempre es preferible la lluvia al viento, que se lleva los tenderetes. Como todas las demás mujeres, la Proveedora se ha echado la capucha sobre la cabeza. No por ello desaparece su extraño rostro.

—Esta vez, pichoncita, me despido de ti.

—Sin embargo, algo me dice que volveremos a vernos.

—Si Dios quiere. O si necesitas mis servicios.

La Proveedora recoge sus cosas. Carga una mula que compró la víspera por un precio razonable. Añade en voz baja:

—Ahora ya sabes muchas cosas. Podrás arreglártelas sola si hace falta, ¿verdad? Todas esas noches pasadas con un amante…

Joan la interrumpe con un ademán.

—Aristoloquia, eléboro negro, un escrúpulo y siete semillas de peonía…

—Has aprendido bien tus lecciones. Ya eres invencible, o casi.

La Proveedora hunde aún más su capucha sobre el rostro. Joan comprende en ese instante que esa faz espantosa se le ha hecho familiar. Incluso se ha vuelto una cara tierna y tranquilizadora. Comprende que, una vez se haya ido, echará terriblemente de menos a la Proveedora.

—El eléboro negro no puede hacerlo todo por ti, pichoncita. Acércate, que te lo diré al oído, sin que nadie nos oiga. Te hablé de un hombre, un alguacil que te estaba buscando. Pues ya está aquí. Lo vi con mis propios ojos, ayer, aquí mismo. Sé prudente, desconfía de todo el mundo y mira siempre a tu espalda; habrás de tener ojos en la nuca. Ten mucho cuidado al volver a casa. En cuanto puedas, abandona la ciudad.

La lluvia arrecia. «Mejor así», piensa Joan. El ruido del aguacero ahoga sus palabras.

—Te propondría venir conmigo, pero el alguacil me conoce. Y mi cara de calabaza me delata en varias millas a la redonda. Ya no estás a salvo a mi lado. ¡Quién sabe!… Con un poco de suerte, el imbécil del alguacil me seguirá a mí. Entonces tú respirarás tranquila, tendrás por delante unos días de tregua.

La Proveedora toma las riendas de su mula.

—Ayer le di algo para dormir. El pobre lo necesitaba. A estas horas debe de estar roncando como un bendito. No tienes por qué preocuparte. Adiós, pichoncita, adiós, Joan. Cuánto me gustaría tener tu valor. También me gustaría tener tu edad. Y tu cara, puestos a pedir. Pero, en fin, no se puede tener todo. A veces, ni siquiera se tiene nada.

Al partir, deja escapar un quejido ronco. ¿O será una carcajada? Joan la ve alejarse. Solo alcanza a vislumbrar su espalda y su tosca capucha de lana. Aunque imagina la piel de sus mejillas. ¿Se estremecen todavía por la emoción?

Al lado de la Proveedora, la mula avanza a pasitos.

Joan se pone también su capucha. Se desliza entre el ajetreo y el bullicio de Cheapside en dirección al convento de los agustinos. El exalguacil Duns se pone en marcha de inmediato, como si despertara de su letargo, decidido a no perderla de vista.

*

Ya en su época de alguacil, Duns detestaba la precipitación. Incluso de joven, prefería andar con paso de viejo, lo que provocaba asombro o burla, pero también inspiraba respeto; hombres y

mujeres lo creían más viejo de lo que era, y por tanto, más poderoso. A Duns le gustaba tocar el hombro de los culpables con la punta de su vara. Le complacía la idea de impartir justicia con un simple gesto, sin violencia. Las raras veces que tuvo que llamar en su auxilio a hombres de armas, lo hizo de mala gana, con la impresión de menoscabar su trabajo. Le gustaba caminar despacio. Era, en su opinión, el ritmo adecuado de la justicia. La justicia no galopa, no trota: la justicia camina.

Y sin embargo, ahora se ve obligado a ir deprisa. Joan de Leeds avanza con paso vivo; ya está lejos; se desliza con soltura. Duns comprende que en pocos meses se ha familiarizado con las calles de Londres. Se desplaza sin esfuerzo, sortea obstáculos y sabe colarse entre dos transeúntes que vienen en dirección contraria. Duns es consciente de que debe acelerar o la perderá. Por primera vez en mucho tiempo, se ve obligado a correr. Solo la preocupación por la discreción se lo impide. Y también su dignidad. ¿Qué pensarían los viandantes si vieran a un hombre de su edad, alguien que parece tan fatigado, echando a correr sin motivo? Lo tomarían por un ladronzuelo.

Joan es aún más difícil de seguir porque viste como todas las mujeres de la ciudad. Tenía razón aquel hombrecillo manco. ¿Cómo distinguir a una Joan de otra? Capucha parda, manto negro, y bajo el manto, una túnica larga. Duns no tuvo la oportunidad de distinguir bien su color. Rojo, teja o leonado. Pero ¿cuántas túnicas leonadas hay en las calles de la ciudad? Y esta cortina de lluvia fina que desdibuja todos los matices…

Duns acelera el paso intentando no perder la compostura. Ha hecho bien en no venir a caballo. Es lo bastante alto como para lanzar, de vez en cuando, una mirada por encima de los transeúntes. Mil capuchas se mueven en todas direcciones. Joan deja atrás Cheapside, toma un callejón a la izquierda y, más tarde, en un cruce en forma de Y, gira otra vez a la izquierda. Sale del bullicioso centro de la ciudad y se dirige hacia los grandes edificios pegados a la muralla. La multitud es menos densa. En varias ocasiones, el alguacil está a punto de perder a su presa. Pero la suerte le sonríe y vuelve a encontrarla enseguida. No obstante, se pregunta si la joven de

manto negro y capucha parda a la que está siguiendo es realmente Joan de Leeds.

Algunos pasos más adelante, ella se acerca a una puertecilla abierta en el lateral de una casa imponente. Da tres golpes breves y desaparece tras la puerta entreabierta. Duns se seca el rostro, se acomoda el manto. La lluvia no tardará en calarlo hasta los huesos; ya se cuela entre el manto y la túnica. Conoce lo bastante bien las nubes de su país como para saber que es inútil esperar a que escampe. No hoy, al menos. Habrá que esperar y empaparse. «¿Dónde estamos exactamente?» Duns debería haber prestado más atención. Londres es para él un laberinto del que no se puede salir fácilmente.

—Si no me equivoco —reflexiona en voz alta—, lo que veo allí es el tejado del convento de los agustinos. Y aquello de allá es Elsing Spital, no lejos de Cripplegate.

—Bien visto, alguacil. Ya empiezas a conocer la ciudad.

Duns da un respingo. Una mujer está parada muy cerca de él. No la había oído acercarse. Duns es un buen alguacil, pero habría sido un mal centinela.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido, mientras tú la seguías a ella.

La mujer, carirredonda, tiene un rostro enorme, y su gran cabezota se balancea sin cesar de derecha a izquierda, como un péndulo. Duns le pregunta:

—Ahora que estás aquí, Martha, ¿qué piensas hacer?

—Asistir al arresto de esa muchacha.

—¿Tan ansiosa estás de vengarte, vieja?

—Se lo di todo. La salvé de la miseria cuando vivía en pecado con un estudiante todavía más pobre que ella, aunque igual de desvergonzado. No soporto la ingratitud. Quiero ver cómo se hace justicia.

—Yo no represento la justicia, vieja.

Martha alza hacia Duns unos ojos diminutos, negros como granos de pimienta.

—Entonces, ¿qué representas tú, alguacil? ¿Dónde está tu vara?

—Me la comí un día de hambre.

La vieja observa al exalguacil sin lograr descifrar la frase. ¿Bromea o habla en serio? Duns añade bajando el tono:

—Ahora cállate, Martha. Si quieres esperar conmigo a Joan, hazlo en silencio.

Martha no responde, lo cual, piensa el exalguacil, ya es una forma de obedecer. Luego se apoya contra la pared, en un recoveco donde no la alcanza la lluvia.

«¿Cuánto tiempo habré de esperar?», se pregunta Duns. ¿No debería deshacerse de esta mujer que huele a gallina mojada? De buena gana la echaría, pero sería capaz de armarle un escándalo. Su presencia lo incomoda. Joan podría verlos. Es perspicaz, no tardaría en darse cuenta de que la vieja Martha la ha traicionado.

Fue ella quien se presentó ante el alguacil asegurándole:

—Dicen que estás buscando a alguien… A una muchacha… Una fugitiva. Sé su nombre y también puedo decirte dónde vive.

Duns había sacado de su zurrón la máscara de barro envuelta en una amplia tela. La anciana la miró con temor y repugnancia.

—¿Has hecho tú esta máscara, alguacil?

—No, la hizo ella.

—¡Vaya ocurrencia! Pues es una máscara parlante. La reconozco, es la muchacha que buscas.

Desde el primer momento, la anciana le pareció antipática. Pero Duns siempre ha tenido un alto concepto de su deber. Poco importan los medios, o los testigos, si se alcanza el objetivo. Y su objetivo está aquí, en ese recodo de la calle, frente a una rica vivienda apoyada en los muros de la ciudad.

—¿Sabes quién vive en esa casa, Martha?

—Y tanto que lo sé. Los Neville. George y Marigold. Y, por supuesto, toda la servidumbre… Se dice que Malcolm, el hijo menor, es cercano a Hugh le Despenser. Es decir, cercano a Eduardo.

—¿El rey?

—Por supuesto que el rey. ¿De quién más iba a hablarte? ¿De Eduardo Calzones, el que vende cebollas? No, estoy hablando del monarca.

Duns observa cómo la vieja mueve lentamente el rostro de izquierda a derecha, como si expresara su desaprobación. Al cabo de

un instante, añade:

—Una casa importante, alguacil. Será mejor que actúes con cautela.

Él no ha necesitado jamás los consejos de una vieja para actuar con cautela. La prudencia va unida al deber, y el deber, a la probidad. Duns ha hecho suyas esas tres cosas. Lo único que no puede controlar son las noches de insomnio.

La lluvia persiste. A ojos del exalguacil, esta precipitación constante tiene algo de solemne. Por eso no se queja. Quejarse sería como blasfemar durante una ceremonia.

Es paciente. Se pregunta cuánto habrá de esperar aún. No aparta los ojos de la puerta por donde Joan ha desaparecido hace un rato. ¿Qué pinta Joan de Leeds en esa casa, con los tales Neville tan cercanos al rey Eduardo? Como hace a veces, cuando no sabe, se lo imagina.

*

Por mucho que lo intente, el exalguacil no puede intuir que Joan de Leeds se está desnudando. Se ha quitado la capucha, la cofia, el manto. Se ha despojado de su primera túnica, de mangas anchas y cortas. Luego ha hecho deslizar hasta los tobillos su segundo manto, de mangas largas y estrechas, tras desatarse los cordones, y se ha quedado en ropa interior de algodón. Al cabo de un instante, también se la ha quitado. Se ha quedado desnuda, como para tomar un baño.

—¿Te lo quitas todo? —pregunta Malcolm.

Joan lo mira sonriente.

—Debe ser así, para que el disfraz esté completo.

Malcolm acerca el candelabro:

—Sin embargo, me pregunto si lograrás ocultar ese cuerpo de mujer bajo la ropa de hombre.

Joan no puede evitar reírse.

—Soy capaz de eso y de mucho más, amigo mío. He hecho algo mejor. O peor, según se mire.

Él sigue observándola a la luz de las llamas.

—No es momento de contemplarme, querido. Tampoco es momento de desearme.

—Pero no te deseo. Estoy reflexionando.

—Y tanto que me deseas. Lo veo perfectamente.

Malcolm se sonroja y retrocede. Joan murmura:

—«No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo. Tu cayado y tu báculo me infundirán aliento».

—¿Qué dices?

—Recito el Libro de los Salmos. Tengo que prepararme. Voy a asistir a una reunión de eminentes teólogos, ¿verdad, Malcolm?

Joan se pone de puntillas y le acaricia la mejilla. En voz aún más baja, añade:

—«¿Se gloriará el hacha contra quien la empuña? Como si el báculo levantase a quien lo levanta».

—¿Otro salmo?

—No. El Libro de Isaías…

Malcolm creía haber leído toda la Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento. Al menos, sus profesores se la habían leído. Pero que el diablo lo lleve si recuerda haber oído esas frases… La mano de Joan se desliza ahora por su jubón.

—Te oigo respirar, amigo mío, lo haces cada vez más fuerte… «De sus narices sale humo, como de una caldera ardiente».

—¿Isaías de nuevo?

—No, esta vez es el Libro de Job. Pobre Job… «¿Quién se atreverá a ponerse al alcance de sus fauces?».

A Malcolm no se le cae el candelabro de las manos de puro milagro. Hay que tener cuidado. Las casas se incendian muy rápido en esta ciudad. Retrocede un paso y, con la mayor delicadeza, aparta a la joven.

—Vas a resfriarte, así, desnuda. Además, tengo que encontrarte ropa de hombre. Una túnica o una cotardía, pieles, un cinturón y un manteo. Tendrás que recogerte el cabello.

—«Córtate el cabello y arrójalo lejos…».

Joan se ríe. Malcolm sale de la estancia, que queda a oscuras.

*

Duns se queja. ¡Al diablo con la solemnidad de la lluvia, al diablo con su apariencia ceremoniosa, tan respetable! Duns maldice la lluvia. El agua le corre ya entre los omóplatos y tiene los zapatos empapados. Ni siquiera el Señor querría que alguien enfermase por hacer el bien. Si al menos esta lluvia ahuyentara a la vieja… Pero Martha sigue allí, junto a él. Parece dormir de pie.

La puerta se abre. Un hombre joven y de alta estatura, ricamente vestido, sale de la casa. Duns retrocede aún más en el hueco de la calle. Martha se despabila de inmediato.

—Es él. Malcolm Neville.

Duns entrecierra los ojos. ¿Cómo ver con semejante aguacero?

—¿Estás segura, Martha?

—Confía en mí, alguacil. Es un Neville. Y mira, no está solo.

Un segundo joven lo sigue. Lleva una gran capucha, un amplio manteo y botas de cuero hasta las rodillas.

—¿Y a ese —pregunta Duns— lo conoces?

—Espera un poco. No le veo la cara. Desde luego no es Hugh le Despenser. Hugh es más alto y corpulento. Ese es delgado. Quizá uno de los hijos de Richmond. O uno de esos hombres que no son del todo hombres y que el rey Eduardo ama como debería amar a las mujeres.

Duns observa a los dos alejarse. ¿Qué hacer? ¿Seguirlos o continuar esperando inútilmente bajo la lluvia?

—No es nuestro día de suerte, alguacil —dice Martha.

Por una vez, Duns está de acuerdo con la mujer.

9

La lluvia era fina, pero tenaz, infatigable. Acabó doblegando al exalguacil. No es propio de Duns renunciar a su deber, pero a su edad también hay que saber administrar fuerzas. Permanecer una hora más frente a la fachada de un edificio era, de todas todas, un sinsentido. La intuición de Duns no puede engañarlo en eso: Joan no iba a salir de allí. Al menos no por ahora.

Tras darse un tiempo para sopesar los pros y los contras, refunfuñando, Duns sacudió su manto empapado y abandonó su puesto de observación. Martha rumiaba su decepción. Daría lo que fuese por ver a Joan atrapada por la mismísima Justicia. Antes de despedirse del alguacil, le proporcionó una última pista:

—No me doy por vencida, alguacil. Y tú tampoco debes hacerlo. Te mostraré dónde vive Joan. ¡Quién sabe! Quizá tengas más suerte pescando ese pez en el lugar donde suele desovar.

Luego se alejó, indiferente a la lluvia.

Una hora más tarde, Duns se refugia en el rincón más sombrío de una taberna, a pocos pasos de Bread Street. La taberna se llama Tumbling Bear. El cartel de un oso se balancea pesadamente sobre las cabezas de los londinenses día y noche. El Tumbling Bear sirve de cuartel general a los merceros más prósperos de la ciudad. Allí se reúnen, hablan de paños, de dinero y de Dios.

La sala está invadida por el humo de las cocinas, que se mezcla con el de las lámparas; un humo que pica en los ojos, aunque al menos Duns tiene la impresión de que le seca la ropa. Eso bastará para evitarle una muerte húmeda y fría.

Apenas ha tenido tiempo de entrar en calor cuando se le acercan dos hombres.

—¿Eres el alguacil?

Duns asiente. Los dos hombres se sientan. Duns no distingue más que dos siluetas intercambiables. Desde luego, sería preferible verles la cara. Para hacerse una idea de un hombre, nada como mirarlo a

los ojos y verle la expresión. Pero el tiempo apremia, hay que resignarse. Y, como Duns sabe que tiene ante sí a dos auténticos bellacos, se consuela con no verlos a plena luz del día.

—Martha nos dijo que reclutas gente.

—Sí. Necesito dos hombres fuertes y fiables.

—Los tienes delante, alguacil.

Los dos hombres se golpean el pecho al unísono. Duns se dice que deben de ser hermanos, o incluso gemelos, una idea que lo incomoda. Todo el mundo dice que los gemelos tienen algo de satánico.

—¿Cómo debo llamaros?

—Yo soy Donan, y él, Kyle.

Ahora Duns percibe su acento. Proceden de Escocia.

—¿Sois hermanos?

—Ni siquiera primos, alguacil.

—¿Y tú? —preguntan.

—¿Yo qué?

—¿Cómo debemos llamarte?

Duns lo piensa un instante.

—Alguacil está bien. Necesito gente fiable.

—De acuerdo. Yo respondo por Kyle. Y Kyle responde por mí.

Kyle, que hasta entonces no había abierto la boca, emite un gruñido. Duns dice:

—Me habría gustado que alguien más respondiera por vosotros dos. Pero no tengo elección. Confiaré en vosotros, y que Dios me ayude.

—No te arrepentirás. Estamos a tu servicio.

—Esperad a que os diga de qué se trata. Es un trabajo difícil. ¿Seréis capaces?

Kyle lanza un segundo gruñido, que luego se transforma en palabras:

—Mira mis manos, alguacil, y dime si son capaces.

Kyle extiende dos manos descomunales. Solo una vez en su vida ha visto el exalguacil Duns unos dedos tan anchos y tan duros. Eran las manos de un asesino de Wakefield, colgado de una horca. Un hombre tan fuerte que la muerte tardó tres días en vencerlo.

*

Otra reunión tiene lugar en una pequeña sala del convento de los agustinos, cerca de Moorgate, justo donde Duns había pasado su primera noche londinense sin pegar ojo. No se trata de una reunión de merceros, sino de teólogos. Hay allí monjes del convento, fieles a san Agustín, pero también algunos dominicos venidos de Blackfriars para compartir su saber. O bien sus inquietudes. No faltan los franciscanos, dos o tres estudiantes de teología y visitantes de paso atraídos por la reputación de estos encuentros. No es raro escuchar en ellos a alguna eminencia llegada de París, de Bolonia o incluso de Roma. Uno de los miembros más longevos de la asamblea, un franciscano, un «fraile gris», afirma haber conocido a Tomás de Aquino cuando aún era joven. Incluso dice haberlo visto escribir su obra. Nadie comulga con esa mentira, pero todos la toleran.

Con el tiempo, la asamblea fue aceptando clérigos externos. Luego, hombres sin necesidad de que hubiesen pronunciado ningún voto, principalmente jóvenes de la nobleza. Asisten a estos encuentros por el placer de oír a los teólogos especular sobre las cuestiones más abstractas. Y como los jóvenes de noble cuna son generosos, los monjes les proporcionan un sitio cómodo.

Malcolm se sienta en el rincón de costumbre de la sala, en una lujosa silla puesta a su disposición. Le complace especialmente escuchar a esos hombres pronunciar palabras complejas, como si emitiesen pompas de jabón y luego jugasen con esas burbujas tratando de no reventarlas. Joan se desliza a su lado, disimulada en su amplio manteo. Un monje del convento se le acerca. De tanto fruncir el ceño, tiene una profunda arruga entre los ojos. Joan piensa que en esa ranura cabría una moneda de un penique. Contiene la risa borrando de su mente la imagen de la moneda clavada en mitad de la frente. No quiere ofender al monje, menos aún cuando este se acerca a ella cortésmente y la invita a despojarse del manto.

—Poneos cómodo, señor.

Joan rehúsa, como también rehúsa destocarse. Su nobleza le permite el privilegio de mantener el sombrero calado. Malcolm la

presenta con pocas palabras:

—Es mi primo. Se llama…

—Llamadme Edwin —dice Joan con voz grave.

—Resulta que a mi primo… Edwin… le interesan desde siempre las cuestiones de teología.

El monje se limita a asentir con un leve gesto de cabeza, muy educado, casi servil. Luego se aleja. Joan se inclina entonces hacia Malcolm y le susurra al oído:

—Gracias a ti me codeo con una gavilla de teólogos. Pero lo que me gustaría es ver al mismísimo rey. ¿Cuándo me invitarás a conocerlo? No te avergonzarás de mí, ¿no?

Alguien lleva velas para alumbrar la reunión. Joan recuerda las noches pasadas en la abadía, tiempo atrás, con las hermanas. Entonces era Joan quien hablaba y las jóvenes quienes la escuchaban. Ahora, en esta pequeña sala de los agustinos, ocurre lo contrario. Joan guarda silencio, envuelta en su capa. Escucha a media docena de hombres, algunos de edad provecta, otros imberbes aún, hablar del alma o de la eternidad. La regla exige que los invitados permanezcan en silencio, y Joan lo logra hasta que oye a un muchacho muy joven, sin duda un benedictino, decir:

—Toda prueba de la existencia de Dios es un beneficio. El hombre que aporta tales pruebas es un bienhechor.

Joan lo interrumpe de la forma más cortés posible:

—Cuando un hombre mortal prueba la existencia de Dios, lo hace con sus medios mortales. Su prueba, en lugar de reforzar a Dios, lo degrada.

En la asamblea se alzan varias voces. Todos los teólogos hablan a la vez, sus palabras se confunden. Parece una reyerta de marineros en una taberna. El joven, tras un momento de estupor, pregunta:

—¿Qué queréis decir, señor?

Joan retoma la palabra, esforzándose por dar a su voz un timbre grave y reposado:

—La existencia de Dios solo puede ser probada por medios divinos. Solo Dios es capaz de ello. Dios prueba la existencia de Dios. Lo hizo diciendo: «Yo soy el que soy».

—¿Aludís a…?

Joan lo deja con la palabra en la boca:

—Podemos afirmar a Dios, pero nuestra afirmación estará siempre muy por debajo de la verdad de Dios. Por eso, más nos valdría negar su existencia.

Las exclamaciones arrecian, aún más sonoras. Algunos monjes alzan los ojos al cielo. Otros se encogen, como si quisieran desaparecer, por miedo a dar su opinión.

—No malinterpretéis el sentido de mis palabras. Escuchadme, más bien. Al negar a Dios, se crea provisionalmente un vacío ante nosotros, a nuestro alrededor. Y es a ese vacío al que el hombre se arroja para ir al encuentro de lo divino.

El viejo franciscano, el que dice haber conocido a Tomás de Aquino, hace oír su voz temblona:

—Vuestras palabras carecen de sentido. *Flatus vocis*… *Vade contra virum stultum et nescito labia prudentiæ*. «Aléjate del necio, pues de sus labios no obtendrás conocimiento».

Otro franciscano, corpulento y de mediana edad, con un ojo abierto y el otro cerrado para siempre, se dirige a Joan:

—Ya que sois tan sabio, escucharé con gusto vuestra opinión. ¿Es libre el hombre, o están todos sus actos predeterminados?

—Para Anselmo de Canterbury, la verdadera libertad consiste en obrar el bien. Para Bernardo de Claraval, el hombre es libre de obrar tanto para el bien como para el mal. Según Tomás de Aquino…

—Yo conocí personalmente a Tomás de Aquino —interrumpe la voz temblona.

—Según Tomás de Aquino —prosigue Joan sin inmutarse—, el hombre solo desea una cosa: la felicidad suprema. En el curso de su existencia, solo accede a una felicidad incompleta. Su deseo queda insatisfecho. Ser libre, por tanto, consiste en seguir buscando…

El franciscano corpulento no sale de su asombro. Su único ojo abierto parpadea sin cesar. Varios monjes miran a Joan con curiosidad, como si se tratara de un animal exótico. El vocerío se ha reducido a un murmullo. Malcolm, por su parte, parece disfrutar del espectáculo. Joan da un paso adelante. Se expresa mirando uno a uno a los hombres presentes.

—Según el poeta italiano Dante, la libertad es el mayor don que se nos haya concedido. Gracias a ella, podemos ser felices aquí en la tierra como hombres. Y en el más allá seremos felices como dioses.

Desde el otro extremo de la sala, un franciscano invisible se expresa entonces con voz aflautada y chillona:

—Anselmo, Bernardo, Tomás y ahora ese italiano… Pero para vos, para vos, señor, ¿qué es para vos la libertad, bajo la mirada de Dios?

Joan permanece largo rato en silencio. Malcolm imagina que se arrepiente de haber tomado la palabra, de no haber sido más prudente. Pero la pausa de Joan solo obedece a que está buscando las palabras adecuadas.

—La libertad de los hombres… y de las mujeres… se nutre cada día del gran número de posibilidades que nos ofrece Dios, que es el amo y señor de las posibilidades. Tiene todas a su disposición. Hemos venido al mundo para tomar posesión de ellas…

Joan deja la frase en el aire, para añadir:

—Aprovechar todas las posibilidades: eso es lo que significa ser libre.

En ese momento, a Joan le gustaría que se apagasen todas las velas. Todos esos cráneos tonsurados se perderían en la noche. Todos los rostros se fundirían en la oscuridad más absoluta. Pero en lugar de eso, oye por última vez la voz temblona, siempre la misma:

—«Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para no parecerte a él».

Las velas no se apagan, pero ya titilan. Es tarde. Los teólogos no tardarán en abandonar furtivamente el convento para dispersarse por las calles de Londres. En el momento de despedirse, Joan se encuentra con la mirada de un hombre: el monje de modales corteses y ceño fruncido que la observa largamente. El rostro del religioso permanece imperturbable. Luego da media vuelta y desaparece por un pasillo.

*

Ha caído la noche y ha escampado. Cada uno dirige sus pasos hacia el lugar de donde ha venido. Los dominicos vuelven a Blackfriars, los

franciscanos, a Greyfriars. Los demás regresan a sus parroquias, o a sus conventos, o bien a modestos alojamientos de estudiantes. Joan se acostumbra a su atuendo masculino, se esfuerza en imitar la apariencia de los hombres al caminar por la calle. Da grandes zancadas, como hace Malcolm con su andar decidido, tan alegre y viril. Encuentra que la túnica y el manteo son tan cómodos como la ropa de mujer. En cambio, la espada al costado dificulta su caminar. Por esa razón, un ojo adiestrado podría reconocer en Joan a una mujer, en lugar de a un joven aristócrata acostumbrado a portar armas. Pero una espada también tiene sus ventajas. Mientras avanza sola en la noche, Joan se complace en sentir la guarda de metal, fría, mordiente, tranquilizadora. Se siente invencible.

—A mí, soldados, a mí, asesinos. Y vosotros también, demonios del infierno, venid a por mí. Tengo con qué responderos.

Desenvaina la espada, menos rápido de lo que le hubiera gustado. Luego, con gesto firme, hunde la punta en una tabla de roble.

Al salir del convento de los agustinos, Joan había rechazado la invitación de Malcolm.

—Me voy a casa. Estoy agotada.

—Vaya, qué raro. Eres una criatura incansable.

—Todos esos teólogos, con sus preguntas y sus amonestaciones, me han dejado sin fuerzas.

—Ven a recuperar fuerzas a mi casa. Satirión y jengibre, testículos de perro…

—Son remedios para hombres, amigo mío. Una mujer necesita otra cosa.

—Cualquier otra cosa que necesites, Joan, sabré ofrecértela… Me has parecido admirable frente a todos esos cráneos tonsurados. Oírte hablar de la existencia de Dios me ha hecho pensar de inmediato en las cosas más viles y deliciosas. Me encantaría gozar de tu boca y de tu ciencia a la vez.

Joan ya tiene la mano en la empuñadura de su espada, fría, mordiente y tranquilizadora.

—En otra ocasión, amigo mío, otra noche. Te hablaré de la eternidad según san Agustín. Hablaré y luego, en su momento, me

callaré.

Malcolm se inclina.

—Me muero por oír esa lección de teología. ¿Quieres, al menos, recuperar tu ropa?

—Esta noche prefiero quedarme con la tuya. Considéralo un capricho más.

—No es Dios el amo y señor de las posibilidades, eres tú. O mejor dicho, sois vos, mi querido Edwin. Tienes razón, nos vemos mañana. Además, esta noche tengo una cita… No con una dama, con unos caballeros. Caballeros importantes. Buenas noches, querido Edwin.

Malcolm saluda a Joan como habría saludado a un hombre de su condición. Da media vuelta bruscamente y se alejó con paso rápido, haciendo sonar los talones sobre la piedra todavía húmeda. Es ese caminar el que Joan imita ahora. Tiene la impresión de remedar los pasos de su amante para burlarse de él. Esa idea la divierte. Le hace olvidar la fría empuñadura de su espada.

*

Tras un trecho de marcha silenciosa por callejones cada vez más tortuosos, Joan reconoce una fachada familiar, la de una casa angosta, apuntalada con vigas demasiado viejas. Piensa en su amado estudiante. Cómo le gustaría encontrar esta noche a Edwin en casa. Se dirían apenas unas palabras y subirían por la escalera de mano para refugiarse en el dormitorio de la buhardilla. Pero Edwin está en París, quemándose las pestañas con textos eruditos. Joan no puede quejarse: es la responsable de su partida a Francia. Debe resignarse a volver esta noche, como cada noche, a una casa vacía.

Pero se equivoca. La casa no está vacía. Joan constata que la puerta parece entreabierta. Tampoco es que esté muy segura; es noche cerrada y no consideró oportuno llevar consigo una antorcha de brea. La puerta cruje suavemente al abrirse, con un ruido apenas perceptible. La joven entra con cautela. Conoce el lugar sin verlo. Sabe que tiene que bajar un escalón nada más entrar. Tropezará con la mesa. Y a mano izquierda, sobre una artesa, encontrará una vela y el pedernal para encenderla.

Pero no está sola, lo sabe; hay alguien más en la pieza. Joan percibe una respiración. Demasiado lenta para ser la de un perro y demasiado lenta también para ser la de un hombre joven. Joan aprieta la empuñadura de su espada.

Un crujido, seguido de un ruido de pasos. Joan se pregunta si debería desenvainar la espada, si sabría usarla. Alguien, en la sombra, frota dos piedras una contra otra. Una chispa, luego una llama, y por fin un rostro a la luz de una vela.

Duns se acerca a Joan, que retrocede un paso. Alza la vela para observarla bajo la luz ocre y pregunta:

—¿Quién vive?

Joan desenvaina su espada. Al principio parece torpe, pero logra sostener la pesada hoja sin que le tiemble la mano.

—Menuda cuestión, caballero. En todo caso, debería ser yo quien pregunte quién vive.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí?

—Tengo derecho a haceros exactamente la misma pregunta.

Duns no aparta los ojos de la espada. Joan va distinguiendo poco a poco la silueta del alguacil. Se da cuenta de que no va armado, o al menos no lleva espada ni daga en la mano. Duns recula unos pasos. Enciende una segunda vela con la llama de la primera, vuelve a sentarse en el banco que ocupa y responde:

—Estoy aquí por una persona en particular. Una joven. No esperaba ver entrar a un hombre.

—¿Y con qué derecho os instaláis en una casa que no os pertenece?

—Os devuelvo la pregunta, señor. Vos también habéis entrado en esta casa y tampoco os pertenece.

Joan no responde. Las palabras del hombre dan en el blanco. ¿Cómo justificar su presencia? Observa que Duns habla con voz lenta, tan lenta como su respiración. El exalguacil dice con voz cansada:

—Entrad, señor, tomad asiento. Dos desconocidos en la oscuridad corren el riesgo de matarse entre sí. La única forma de evitar una masacre es conocerse.

Duns enciende una tercera vela con la llama de la segunda. «Este extraño personaje va a consumir todas mis velas en una sola noche», piensa Joan.

—Me llamo Duns. Soy alguacil. Exalguacil, para ser preciso.

Joan se sienta en un banco, al otro lado de la mesa. No se despoja del chambergo ni del manteo.

—Me llamo Edwin. Soy estudiante de medicina. Exestudiante, para ser preciso. Pero no me resigno a abandonar mis estudios. En cuanto reúna el dinero necesario, partiré a París, me presentaré ante los doctores y me reconocerán como uno de los suyos.

Duns asiente. Él tampoco se ha destocado, y se arrebuja torpemente en su manto.

—Estáis empapado —observa Joan.

—La lluvia de Londres es implacable —responde Duns.

Joan duda qué hacer con la espada. El exalguacil pronto acabará comprendiendo que no es experta en su uso. Pero sería imprudente envainarla, de modo que decide dejarla sobre la mesa, al alcance de la mano.

—Os debo una explicación, Edwin. Me han encomendado encontrar a una tal Joan de Leeds, una religiosa. Se escapó de su abadía hace casi un año. Soy responsable de llevarla de regreso al lugar de donde procede.

—¿Y por qué razón?

—¿Por qué razón se escapó?

—Por qué razón llevarla de regreso.

Con gesto meticuloso, Duns acerca una de las tres velas al rostro de Joan.

—Ahora os veo mejor la cara. Devolveré a la religiosa al convento, por las buenas o por las malas, porque he dado mi palabra a la abadesa. Y la abadesa, a su vez, dio su palabra a los padres de la joven.

—¿A sus padres?

Joan se arrepiente de haber respondido con tanta viveza. El tono de su voz ha sido más agudo de lo conveniente. Se corrige con un tono más grave:

—¿Acaso sus padres consideran que la joven pertenece a la abadesa?

—Consideran, al menos, que su lugar está en el convento. Hasta el final de sus días.

—¿Y cómo estáis tan seguro?

Joan cree ver al alguacil estremecerse, como si la pregunta le disgustara. Duns acerca una segunda vela al rostro de la joven.

—No estoy seguro, señor. Tengo un deber que cumplir. Joan de Leeds hizo sus votos. La abadesa hizo una promesa. Todos estamos atados por un juramento. Quiero decir: la abadesa, la fugitiva y yo.

Joan acerca la mano a la guarda de su espada. ¿Sabría atravesar de una estocada a un hombre de esa envergadura? ¿Cómo hacerlo? ¿Es difícil perforar el manto de un hombre? ¿Es difícil atravesar el pecho hasta llegar al corazón? ¿Tendría valor para hacerlo? ¿Le repugnaría su gesto justo en el instante de ejecutarlo? ¿Cómo lo hizo Hilda?

—No veo, señor alguacil, cómo podría seros útil.

—Os confesaré una cosa. Durante el año escaso que llevo recorriendo el país en busca de Joan de Leeds, he conocido a muchos hombres y mujeres. Y una gran parte de ellos me ha dicho esas mismas palabras: «Señor alguacil, no sé cómo podría seros útil». Pues bien, creedme, todas esas personas, de una forma u otra, me fueron de gran utilidad.

—¿También yo lo seré?

—No lo dudo.

Duns saca un pañuelo bajo el manto y se suena varias veces seguidas. El rostro del exalguacil reaparece tras el gran pañuelo, fatigado y un poco aturdido. Duns continúa:

—Vos también, señor, me debéis una explicación. ¿A qué se debe vuestra presencia en esta casa a estas horas?

—No he hecho más que cruzar el umbral. He venido…

Joan se calla. Sin embargo, tiene que responder, y con rapidez. Los pensamientos de la joven corren como una liebre perseguida por una jauría de perros. Saltan de un rostro a otro, de un lugar a otro. El convento de los agustinos…, el franciscano tuerto…, Malcolm…, los criados…, las damas de compañía…, las condesas…, la

Proveedora y sus saquitos de hierbas, el dinero que se embolsó con cada encargo.

—He venido a saldar una deuda. Tengo una deuda con esa joven. Un negocio de plantas medicinales, y yo…

—¿La conocéis, entonces? Ya veis, vos también podéis serme útil. ¿De qué conocéis a Joan?

—Apenas la conozco. Creo que trabaja para otra mujer.

—Sí, la Proveedora.

—Ignoro su nombre.

—¿Y qué más?

Joan trata de mantener la calma. Hace un momento su espada no temblaba. Ahora su voz tampoco debe flaquear.

—Nada más. Solo una deuda pendiente.

—¿En plena noche?

—A mí también me gusta cumplir mi palabra.

—Lo comprendo, Edwin, lo comprendo. Un estudiante de medicina adquiere hierbas medicinales. Luego vuelve a pagarlas. Es lo más normal.

—Así es.

—¿Qué hierbas os suministró Joan de Leeds?

Duns plantea la pregunta con tono indiferente, como si careciera de importancia.

—Aristoloquia, fenogreco, clavos de olor, ese tipo de cosas.

—Ya veo… Y también que sabíais dónde vivía la joven.

El alguacil se mueve inquieto en su banco. Parece un oso saliendo lentamente de una larga hibernación. Apoya los codos sobre la mesa y prosigue, con voz monótona:

—Sabéis su nombre. Sabéis su oficio. Sabéis su dirección. En resumen, sabéis casi todo de ella. Sabéis tanto como yo. Mejor dicho, sabéis más que yo.

Tras una pausa, el alguacil se inclina hacia Joan:

—Conocéis su rostro.

—Me temo que en eso os equivocáis. Me encontré con esa joven en habitaciones oscuras, siempre de forma furtiva. Ella llevaba la capucha calada hasta los ojos.

Duns rebusca bajo su manto. Saca una amplia pieza de tela. Esta vez no es para sonarse. Desdobla el lienzo y desvela una máscara de barro.

—Tomad, miradla bien.

Joan toma su máscara. La contempla en silencio, a la luz de las tres velas. La máscara le devuelve la mirada con ojos vacíos. Joan se maldice por haber esculpido una máscara tan parecida. Respira hondo y hace acopio de todas sus fuerzas para dominar la voz.

—Un rostro parecido a otros muchos, señor alguacil.

—Me temo que en eso os equivocáis, Edwin. Esta imagen solo se parece a una cara.

Joan le devuelve la máscara. Duns la guarda en la tela, dobla los bordes del tejido y lo oculta de nuevo bajo el manto. Luego se pone en pie.

—No averiguaré nada más esta noche. Es hora de regresar a mi humilde alojamiento. Vos haréis lo mismo, supongo. Tomemos cada uno una vela, que la noche es muy oscura. Y no olvidéis vuestra espada.

Duns abre la puerta. Con un gesto, invita a Joan a salir. Una vez fuera, levanta los faldones de su manto.

—Y perdonadme por haberos sorprendido antes, cuando habéis entrado.

—No hay nada que perdonar, señor alguacil.

—En realidad, vuestra irrupción a mí también me cogió por sorpresa. Así que, en cierto modo, estamos en paz. Adiós.

Duns tiende la mano. Joan le ofrece la suya. Siente cerrarse sobre ella la palma firme y fuerte del alguacil. El apretón de manos se prolonga. Duns aprovecha para observar a Joan más de cerca. Luego repite:

—Sí, estamos en paz… Adiós.

La mano del alguacil suelta la de Joan. Su larga silueta, acompañada de una llama diminuta, desaparece en la noche.

10

Las campanas tocan a maitines. Como todas las noches, las hermanas somos arrancadas del sueño. Abandonamos la tibieza del lecho para enfrentarnos al frío del dormitorio, luego al viento helado del pasillo, antes de refugiarnos en la nave de la iglesia. Allí, intentamos entrar en calor con el canto. La priora goza de la prerrogativa de un calentador de manos, que sostiene entre las palmas juntas, como si se tratara de un huevo sagrado. Algunas de las monjas más frágiles también tienen derecho a un poco de confort, una toquilla en la que arrebujarse. Otras se acercan a los candelabros con la esperanza de absorber algo del calor de las llamas.

La abadesa, en cambio, se mantiene erguida, a cierta distancia. Nos muestra que puede prescindir de calentador de manos. Quiere demostrar que, pase lo que pase, es la piedra angular en la que se apoya toda la abadía. Pero es muy difícil no desfallecer cuando se ha alcanzado cierta edad. Y es casi imposible sostenerse en pie cuando se está sometido, sin saberlo, a una dieta a base de setas blancas veteadas de amarillo.

Entre oración y oración, las hermanas conversan en voz baja. Pero la nave de la iglesia amplifica todos los sonidos. Se podría oír el paso de una musaraña. Por eso, con el tiempo, hemos aprendido a dominar el arte de susurrar.

Rose, Eleanor, Millicent, Lavinia, Mary y yo estamos reunidas en el último banco, lejos de los candelabros, donde la sombra y el frío nos protegen.

—La abadesa todavía espera traer a Joan por la fuerza.

—Esa vieja no tiene los medios para satisfacer sus deseos.

—Las finanzas de la abadía están saneadas. El dinero permite pagar a quien sea para cualquier necesidad.

—Pero ¿dónde está Joan en este momento?

—Se esconde.

—No, se mueve libremente.

—Ha salido del país.

—Puede que sea al revés y que esté muy cerca de aquí.

—Mientras tanto, la abadesa echa espumarajos por la boca y se come las uñas.

—Junto con su ración diaria de hongos infernales.

—Que yo sequé y pulvericé.

—Y yo vertí en su caldo.

—No deseo la muerte de nadie, pero un poco de debilidad le hará mucho bien.

—Un poco de debilidad liberará a la abadesa de su pecado de orgullo.

—Chist, más bajo, la priora nos mira.

Las hermanas se callan y reanudan la oración. La priora estrecha su calentador ya tibio contra el pecho. La abadesa se mantiene erguida. Luego se la ve palidecer y tambalearse. Poco después, al término de la plegaria, cuatro criadas la conducen, inconsciente, a la mefítica enfermería de Winifred.

*

Joan camina protegiendo la llamita en el hueco de la mano. ¡A quién se le ocurre enfrentarse a las calles oscuras de la ciudad con una simple vela, apenas válida para el interior, en lugar de llevar una antorcha! A estas horas, los encuentros pueden ser peligrosos. Joan se tranquiliza diciéndose una vez más que su espada la protegerá. Si pudiera, se quedaría para siempre con la ropa que le prestó Malcolm, solo por el placer de sentirse invencible. Y, si decide volver a la comodidad de sus vestidos de mujer, exigirá conservar el derecho a portar espada. Un derecho extensible a todas las damas de Londres. Luego a todas las mujeres del pueblo. Si Joan fuera reina de Inglaterra, promulgaría esa ley el mismo día de su coronación.

Pero Joan no es más que Joan de Leeds, y los Leeds, aunque nobles, están lejos de esas familias que cuentan al rey entre sus primos.

Se pregunta si sería prudente dar media vuelta e irse a casa. ¿Y si el astuto alguacil ha regresado para tenderle una segunda trampa? ¿Cuánto tiempo podrá callejear antes de sucumbir al sueño o ser arrestada por los guardias de la ciudad, acusada del delito de prostitución?

Acaricia la guarda de su espada. «No, mientras esté vestida de hombre, no tengo por qué temer ser arrestada. No hay riesgo de que me confundan con una joven de vida alegre. Mi secreto me escolta y también me protege», se dice.

Oye un ruido tras de sí, algo como un rumor de pasos. Joan se detiene; contiene la respiración. El ruido regular se aproxima, luego parece alejarse. «No», se dice, «es un rótulo que golpea al son del viento».

Reanuda la marcha. La llama de la vela tiembla. No durará mucho más. Joan reconoce las callejuelas, que se han vuelto familiares. Hace un rato que dejó Cornhill; tiene que estar llegando a Walbrook. ¿Dónde podría encontrar refugio esta noche? ¡Qué fatalidad!, porque ha entrado ya en varias de esas casas adineradas para ofrecer infusiones de hipérico, aunque, sin duda, ninguna de ellas estaría dispuesta a recibirla.

Ni siquiera la casa de los Neville. Malcolm debe de dormir a pierna suelta, como suele hacer después de hacer el amor. ¿Estará con otra mujer? La mano de Joan se crispa sobre la empuñadura de su espada. ¿Qué dijo al despedirse? Una cita con unos caballeros importantes. ¿Será que, en el lenguaje de un Malcolm Neville, cuando se dice «caballeros importantes» se quiere decir «vestales»? Según el lenguaje de la abadesa, el «seno» significa el alma, y los «labios» la fe.

Joan ve el rostro de la abadesa flotar en la oscuridad y venir a su encuentro. Es ella, la madre superiora, con esa boca que siempre dice «no». Ahuyenta la visión con un ademán que está a punto de apagar la precaria llamita. El fantasma desaparece al instante.

«¿Qué será de ella?», se pregunta Joan. «¿Y de la abadía? ¿Qué será de mis queridas benedictinas, la asustadiza Millicent; la entusiasta y serena Eleanor; Rose, siempre al borde del llanto; Lavinia, de cuerpo masculino pero de alma frágil? ¿Y Mary y

Helisende? Seguirán estando sometidas a las reglas del convento, bajo el férreo control de la abadesa y la priora, siguiendo al pie de la letra las leyes de Benito de Nursia, reglas escritas hace ochocientos años.

»Y yo», se dice Joan, «yo que camino libremente fuera de los muros del convento, ¿qué regla estoy siguiendo? ¿Escrita por quién y hace cuánto tiempo? ¿Qué oraciones debo rezar, qué azotes debo sufrir? ¿A qué Dios estoy obligada a adorar? ¿Con qué Jesús me casarán a la fuerza cuando recupere mis vestidos de mujer?

»Y todos los demás, a mi alrededor, aquellos que conocí o con los que simplemente me crucé, Fergus, la Proveedora, John, Edwin y Malcolm, incluso ese alguacil que exuda cansancio por los poros. Ellos también deben arrodillarse, orar a su Dios y convencerse de que creen en algo. Ellos también se levantan por la noche para acudir al oficio y cantar a voz en cuello. Y, si les dicen que después de la vida en la tierra les espera una vida mejor, lo creerán».

En la esquina de dos calles, una ráfaga helada amenaza con apagar la vela. Joan se inmoviliza. Mira la llamita vacilar, menguar y luego reavivarse. Reanuda el paso. ¿Esa sombra que ve delante es el convento de los agustinos?

La monja exclaustrada recuerda la disputa entre los teólogos. Todos esos sabios, todos esos hombres, esos cráneos tonsurados. Esas caras de niños o de viejos, esos rostros cándidos o sombríos. Joan recuerda la pregunta que le había hecho el hombre con un ojo cerrado.

—¿Es libre el hombre, o están todos sus actos predeterminados?

¿Qué había respondido ella?

—Aprovechar todas las posibilidades, eso es lo que significa ser libre.

«¿Es eso cierto?», se pregunta. «¿Sigue siendo cierto, ahora que deambulo lejos de casa, sin refugio, con una vela agonizante? Me escapé de la abadía para aprovechar todas las posibilidades, sí. ¿Lo he hecho? He recogido algunas. Aún quedan muchas en los árboles. ¿Seré capaz de aprovecharlas todas?

»¿Y me he librado realmente de la abadía? ¿O la arrastro conmigo, como un pesado manto? ¿Sigo siendo, a mi pesar, una

pobre y obediente benedictina?

»Quizá. O tal vez no… Los únicos momentos en que estoy segura de no ser una obediente benedictina son aquellos en los que estoy en brazos de Malcolm o de Edwin, cuando estoy entre sus brazos, cuando ellos están entre mis piernas, están tan desnudos como yo. En ese momento, solo en ese momento, Dios, que todo lo ve, cierra los ojos».

«Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaban mirra».

*

La llama de la vela parpadea por última vez y luego se apaga. Joan mira a su alrededor. Sin que se diese cuenta, sus pasos la han llevado hasta Aldgate, frente a Warwick Inn, el palacete de los Neville. Como si esperase un milagro. Cuánto le gustaría ver la luz de un cirio tras las rendijas de una contraventana. Una habitación, un fuego y, en esa habitación, un lecho para acogerla…

Joan se pregunta si se atreverá a llamar a la puerta. Algún criado acabará por abrir. Al menos podrá pasar el resto de la noche en la cocina.

Se acerca, pero detiene sus pasos. Al pie de la casa hay un grupo de hombres. Son numerosos. Se oye un murmullo, un concierto de voces graves y discretas. Se oye el tintineo de las espadas. Joan aguza el oído. También hay caballos.

Ella comienza a retroceder, cuando una voz la interrumpe.

—¡Alto! ¿Quién vive?

Esta noche es decididamente extraña, piensa Joan. Una noche bajo los auspicios de la desconfianza. Es la segunda vez en una hora que un hombre le grita: «¿Quién vive?».

—¡Acercaos! ¡Espada en cinta! ¡Nombre y condición!

El hombre que habla parece un guardia, quizá un caballero. Otros hombres, de la misma estatura, se han alineado como para custodiar la entrada de una fortaleza. La joven no tiene otra opción que avanzar con cautela.

—Me llamo Edwin. No vengo como enemigo.

Joan se pregunta si ha empleado las palabras adecuadas. ¿No es incongruente decir que ella no es un enemigo? ¿Y enemigo de quién?

—¿Edwin? —repite la voz, poco amistosa.

A todas luces, el nombre, por sí solo, no basta. Joan añade, torpemente:

—Edwin de Leeds.

Los caballos resoplan ruidosamente, indiferentes a las querellas humanas. Entonces se alza otra voz, más suave, casi cantarina:

—Dejemos acercarse a Edwin de Leeds.

Alguien grita:

—¡Abrid paso!

La fila de soldados se divide en dos, para revelar a tres hombres. A la luz de las antorchas, Joan reconoce a Malcolm. Pero ¿quién es el joven que está a su lado? ¿Y el tercero, al que todos parecen proteger?

Malcolm se quita un guante y estrecha la mano de Joan. Luego, con toda solemnidad, hace las presentaciones:

—Majestad, os presento a mi amigo, Edwin de Leeds. Edwin, te presento a Su Majestad Eduardo.

Pillada por sorpresa, Joan amaga una reverencia. Malcolm la detiene a tiempo.

—No es momento de flaquear ante el rey, Edwin. ¿Otra vez esa dichosa herida del muslo? Permíteme presentarte también a Hugh le Despenser.

Hugh da un paso adelante. Su rostro, iluminado de lado, parece partido en dos, un perfil luminoso, otro oscuro, como la luna en ciertos momentos de su ciclo. Joan observa el rostro del célebre Hugh, el favorito del rey. No le parece más guapo que Malcolm, pero sí más frágil, como si acabara de salir de una reyerta y tratase de reunir fuerzas. Ese aspecto lo vuelve muy atractivo.

El rey pregunta:

—¿Qué hacéis fuera tan tarde?

—Buscando el sueño, Majestad.

—Pues no habéis tenido suerte, buscáis el sueño y encontráis al rey.

—Al contrario, Majestad, no puede haber mayor suerte.

El rey esboza una vaga sonrisa. «Debe de estar acostumbrado a este tipo de fórmulas», se dice Joan. Forman parte de su rutina cotidiana. Tal vez prefiera la franqueza de un amigo a los halagos de los cortesanos. ¿Le habla Malcolm como amigo o como cortesano?

El rey prosigue:

—Os comprendo, Edwin de Leeds. Yo también padezco noches de insomnio.

—¿Y esas noches las pasáis recorriendo las calles de Londres?

—No. Las paso pensando en mis enemigos.

—¿Eso os ayuda a dormir?

—Al contrario. Me mantiene en vela. Permanezco alerta.

Malcolm escucha la conversación con una ligera inquietud. ¿Y si el rey descubre la farsa? ¿Y si Joan, como en la disputa con los teólogos, se deja llevar y pronuncia uno de esos discursos extravagantes que solo ella sabe improvisar?

—¿Tenéis enemigos, Edwin?

—Algunos.

—¿Los conocéis por su nombre? ¿Conocéis sus caras?

—Eso creo.

—¿Habláis con ellos de noche?

—A veces ocurre.

El rey da una orden con voz más firme, dirigida a los suyos:

—A caballo. Listos para partir.

Y añade en voz más baja:

—A veces, señor, ataco a mis enemigos. Pero a veces debo cabalgar en plena noche para no cruzarme con ellos. No es muy glorioso para un rey de Inglaterra.

—La huida no tiene nada de deshonroso —afirma Joan.

Se arrepiente de inmediato de haber usado esa palabra.

—Me agrada vuestra franqueza, Edwin.

—Perdonadla.

—Al contrario, la celebro. Os habrá sorprendido ver al soberano en la calle, de incógnito, con un séquito tan reducido, escoltado por algunos amigos… Veréis, la nobleza del reino se ha confabulado para hacerme daño. Toda la familia Lancaster, Roger Mortimer, e incluso

Edmund de Woodstock, conde de Kent. Los malvados desean mi ruina. Los débiles se alían con ellos. Los cobardes me han abandonado. Los traidores me han engañado… Mi propia esposa, Isabel de Francia, conspira contra mí.

Joan se pregunta si esta extraña noche será aquella en la que vea llorar a un rey.

—Por eso debo abandonar ahora esta ciudad… Pero antes, una pregunta. Si la huida carece de nobleza, ¿qué hacer entonces para escapar de tus enemigos?

Joan comprende que la pregunta va dirigida solo a ella. El rey, que la ha desafiado, espera una respuesta acertada. Joan mira a Malcolm, como si pudiera socorrerla. Malcolm le devuelve un gesto de impotencia.

—¿Qué me decís? Os escucho.

Presa del desconcierto, Joan dice:

—¿Por qué no disfrazarse? Disfrazaos de mujer, por ejemplo.

Malcolm alza los ojos al cielo. Esa es la extravagancia que temía. ¿Qué hará Eduardo II, rey de Inglaterra, ante semejante ocurrencia? ¿Atravesarle el pecho con la espada a este insolente? ¿O contentarse con abofetearlo?

—¿Disfrazarme? Es una idea pintoresca. Pero perspicaz. Ninguno de mis enemigos me imaginaría ni por un instante vestido de mujer. ¿Habéis usado alguna vez un vestido de mujer, Edwin?

Joan balbucea la respuesta:

—No, no creo.

—Vaya, ¿no estáis seguro? Eso también es pintoresco. Sois franco, perspicaz y pintoresco, amigo mío, cualidades muy raras, sobre todo cuando se hallan reunidas en una sola persona.

El rey se acerca a Joan.

—Vuestro rostro es sincero, no está en guardia. Me recuerda al de un amigo a quien quise mucho y me fue arrebatado. Me agrada, en los hombres, esa belleza que no es solamente una belleza viril.

—Gracias, Majestad —dice Joan en voz baja. Luego susurra, casi al oído del rey—: Si la ropa de mujer no os ayuda, haceos pasar por muerto, Majestad. Cread una efigie a vuestra imagen y semejanza. Vuestros enemigos apuntarán al blanco equivocado.

Eduardo observa atentamente a Joan. Se pregunta si está frente a un genio o a un loco. Desde la penumbra, Hugh le Despenser dice con voz grave:

—¡El tiempo apremia! ¡Debemos partir!

—Así es. ¡En marcha!

El oficial grita sus órdenes. En un abrir y cerrar de ojos, el monarca desaparece, seguido por todos los que todavía le son fieles. Solo se queda Malcolm, con una antorcha encendida en la mano.

11

La noche ha sido breve; apenas ha durado una hora. Malcolm ofreció hospitalidad a su amante. Joan volvió a encontrar el lecho ya familiar, ese lecho tan suave en el que le encanta ver dormir a su amado, en el que también le gusta arrancarlo del sueño a fuerza de besos y de cosquillas.

—Gracias, Malcolm Neville —le dice con tono burlón—. Soñaba con que algún día me presentaras al rey y ya está hecho. No me esperaba encontrarlo en tales circunstancias.

—Y yo, preciosa mía, no me esperaba que le sugirieras al rey de Inglaterra salvar la cabeza vistiéndose de mujer… Nunca dejas de sorprenderme.

—Eso es lo mejor que hay en esta vida terrenal, que te sorprendan.

Joan se despoja lentamente de sus ropas de hombre, con gracia, consciente de estar realizando un ritual completamente nuevo. Se desliza desnuda bajo las sábanas.

—Me ha encantado llevar ese traje de hombre. Y sin embargo, qué placer volver a estar desnuda. Déjame dormir un poco. Y al amanecer, si lo deseas, sorpréndeme de alguna manera.

—¿Quieres que me vista de mujer?

—¿Por qué no? Hay que contemplar todas las posibilidades.

Joan pronuncia estas últimas palabras con una voz apenas audible. Malcolm se pregunta si no dormía ya al pronunciarlas y si esas estas llegaban ya desde el reino de los sueños. El joven se desnuda a su vez y se desliza en el lecho. El cuerpo de su amante le parece que arde y tiembla, como poseído por la fiebre. Los temblores disminuyen hasta cesar del todo. Mecido por la respiración profunda de Joan, Malcolm se queda dormido.

Joan es visitada por un sueño. Avanza entre dos filas de hombres y mujeres ricamente ataviados. Al fondo, de pie ante su trono, se yergue el rey de Inglaterra. También viste ropajes majestuosos.

Porta las insignias reales, aunque su rostro es el de la abadesa. Joan tirita de frío, y entonces se da cuenta de que va desnuda. Una mujer se acerca a ella con los brazos cargados de ropa. Tiene un rostro enorme, muy redondo y, en él, unos ojos diminutos y negros como clavos.

—¿Martha? ¿Sois enemiga del rey o su aliada?

Joan coge las prendas, estaban empapadas, semejantes al hábito de una monja salvada de ahogarse.

—Os lo ruego, Martha, ayudadme a vestirme.

Sin hacer un solo gesto, la vieja Martha pronuncia estas palabras:

—«El Señor hará que seas derrotado por tus enemigos. Saldrás contra ellos por un solo camino, pero huirás de ellos por siete. Serás objeto de horror para todos los reinos de la tierra».

Acto seguido, Joan se despierta, presa de una enorme inquietud. Reconoce perfectamente las palabras pronunciadas en su sueño: son versículos del Deuteronomio.

*

El amanecer es luminoso y fresco. Joan no necesita un candelabro para ver, pero fuera del lecho la habitación está tan fría que hay que vestirse con rapidez. Recoge sus ropas de mujer, una prenda tras otra, pensando en el sueño de la noche. Gracias a Dios, su ropa interior, sus calzas, su saya y su corpiño, su cofia y su garnacha, sus túnicas, todo está perfectamente seco. El agua del ahogamiento, el agua de su pesadilla, no las ha mojado.

Malcolm sigue durmiendo. Está agitado, emite quejidos ahogados. «Parece un cachorro soñando con cazar», piensa Joan. «Él es Malcolm Neville, hijo de George y de Marigold, amigo y aliado del rey. ¿Y quién soy yo? No soy monja, ni esposa, ni viuda ni doncella. Desde luego, tampoco soy una meretriz. Mi nombre está escrito en alguna parte, pero nadie lo ha leído todavía».

Joan comprueba los botones de sus mangas, aprieta los cordones de su zagalejo. Corrige la forma en que su tocado se ciñe al rostro. Decide no despertar a su amado. Hay que dejar que el joven cachorro termine su cacería.

Deposita un beso en la frente del bello durmiente. ¿Llegará ese beso hasta su sueño? No es la primera vez que se marcha al amanecer sin despertar a Malcolm. En ese momento, se siente más libre que el rey de Inglaterra perseguido por sus enemigos. Se calza y recorre en silencio el manido camino que lleva al exterior. Conoce la casa de los Neville lo bastante bien como para salir sin ser vista. Ha tenido tiempo suficiente de memorizar qué peldaños de la escalera crujen y cuáles no. Al llegar a la planta baja, se cubre con el manto. Piensa en el Deuteronomio. «Saldrás contra ellos por un solo camino, pero huirás de ellos por siete». ¿Qué podrían designar esos siete caminos?

Cuando abre la puerta que da a la calle, Joan reconoce el rostro de Duns. Está de pie, lejos de ella, como el rey en su sueño. No se mueve, pero la mira fijamente. Alguien dice:

—Es ella.

Joan reconoce la voz de Martha. Al instante, dos hombres la sujetan. Tienen unas manos enormes. Huelen a cerveza y a sudor. Uno de ellos le baja la capucha sobre los ojos. El otro la agarra por las piernas. El resto no es para Joan más que un breve ajetreo ciego.

*

La abadesa no permaneció mucho tiempo en el antro nauseabundo de la enfermería. La vieja Winifred la examinó a toda prisa, dividida entre el respeto y el asco. Menos de una hora después, las criadas la trasladaban con devoción a sus aposentos.

Allí descansa ahora, con el rostro amarillento y brillante. Está bajo la protección de la reliquia de san Cutberto, envuelta en un velo de seda. Vamos a tener que pensar que la reliquia ya no es tan eficaz como lo fue en el pasado. O bien que san Cutberto no siente demasiada simpatía por la madre abadesa. Su estado empeora; el color amarillento del rostro inquieta a la priora, que ha acudido a su cabecera. Y cuando la abadesa logra mover los labios, es para pronunciar palabras incoherentes:

—«Velad por vuestras almas, no os corrompáis fabricando ídolos… figuras de hombre o de mujer… Todas sus imágenes talladas serán

destrozadas… ¿Para qué sirve una imagen tallada?».

Pronuncia oraciones inconexas que a las monjas, a su lado, les cuesta mucho interpretar. Hablan a la vez de Dios y del diablo, de perdón y de maldición. Cuando una criada le lleva la comida, la abadesa encuentra fuerzas suficientes para rechazarla con violencia.

—No quiero más esos manjares, que me envenenan. Solo quiero beber agua bendita.

Temo por la salud de la abadesa. Eleanor, Millicent y las demás comparten mis temores. Solo queríamos doblegar su orgullo. También queríamos dulcificar su severidad. La abadesa multiplica las penitencias, ordena azotes, ayunos y largos períodos de aislamiento. Pero ahora que parece cerca de la muerte, nos embarga un hondo sentimiento de culpa.

—Tenemos que parar —dice Lavinia—. Pagaremos con el infierno la muerte de una mujer devota de Dios Nuestro Señor.

—La abadesa sigue el mismo régimen que Joan, y Joan no ha muerto —les recuerda Mary.

—La abadesa es una anciana frágil.

—No tan frágil. Nos impone vivir al ritmo del látigo.

—La regla benedictina así lo prescribe.

—Pero también la oración, el canto, la lectura, la meditación y la paz. Nosotras hemos perdido la paz.

—La muerte de la abadesa no nos la devolverá.

Al fin nos ponemos de acuerdo. Perdonaremos a la abadesa. En realidad, ninguna de nosotras deseaba su muerte. Por otra parte, si ahora se somete a un régimen de agua clara, pronto verá cómo se restablece su salud.

Mientras espera la curación, la abadesa flota entre dos aguas, la de la lucidez y la del delirio febril. Ya no se la ve aparecer en la sala capitular, donde es sustituida por la priora. Su enfermedad pesa sobre la abadía como una amenaza sorda. Aunque, curiosamente, también infunde un ambiente de tranquilidad. Estamos a la espera, y esa espera es apacible. Entonces nos llega la noticia del arresto de Joan.

Algunas monjas han visto a un correo, un muchacho a horcajadas sobre un animal demasiado grande para él, cabalgando hasta el

convento. Los mozos de cuadra lo hicieron pasar y el chico corrió hasta los aposentos de la abadesa. Los rumores dicen que se acerca un convoy. Está a dos días de camino, conducido por un alguacil y escoltado por dos escoceses tan fuertes como diez hombres. Se habla de una carreta cubierta, tirada por dos caballos. Nos recuerda la carreta con la que Siarl facilitó la huida de Joan. Pero esta vez no se trata de una fuga, sino todo lo contrario. La carreta trae de vuelta a una prisionera.

Cuando el chico a caballo le anuncia la inminente llegada de Joan, la abadesa se queda perpleja. El anuncio se pierde un instante en su mente aturdida, hasta que acaba por comprender. La priora, a su lado, la ve sonreír. Es un acontecimiento tan raro que la anciana se alarma. Pero no, la madre abadesa respira lentamente. Parece, al fin, rebosante de alegría. La alegría prometida por toda su teología.

*

Tirada por dos caballos, la carreta avanza traqueteando por un camino socavado por las recientes lluvias. Joan no ve nada del mundo exterior; yace tendida en la carreta, bajo la lona, sacudida de un lado a otro sin piedad. El accidentado viaje por un camino lleno de baches le recuerda su partida de la abadía. Pero entonces su cuerpo estaba encajado entre las tablas de un ataúd. No es que fuese mucho más cómodo, pero Joan había afrontado aquella prueba con más entereza. Era el trance necesario para conquistar la libertad. Ya no es así.

Tres días y casi tres noches lleva sufriendo las sacudidas del camino. Conoce su destino. Al salir de Londres, tras cruzar la puerta de Moorgate, la empujaron a la fuerza dentro de esta carreta, que tomó rumbo norte. Primero bordeó los campos de Moorfields y luego continuó su camino, dejando atrás la gran ciudad de Londres.

Sumida en la oscuridad, Joan no puede ver a través de la lona los detalles de la campiña. Pero así como no necesita hacer preguntas para saber, tampoco necesita ver para conocer los lugares en los que se encuentra. A veces, de una hora a otra, a medida que avanzan los caballos, Joan percibe ligeras diferencias. El aire es más seco o

más húmedo. En ocasiones tiene olor a heno, otras veces a tierra recién labrada. Para concentrarse mejor, Joan cierra los ojos, como si quisiera hundirse más profundamente en su ceguera. Se siente capaz de reconocer un robledal por su olor. Y cuando no adivina la presencia de un rebaño por el olor, se fía del oído. Distingue el paso de un hombre del de una mujer. El de un mulo del de un caballo. Adivina la densidad de un bosque por el sonido del viento al atravesarlo. Y según el susurro del follaje, sabe en qué dirección se inclinan los árboles.

Percibe el humo de leña, luego el de turba. Reconoce los pueblos por el ruido de los cascos sobre la tierra batida o sobre un puente de madera. También sabe cómo algunas construcciones amortiguan o, por el contrario, amplifican los sonidos. Reconstruye el trayecto recorrido hace un año, pero en sentido inverso. Northampton, Leicester, Nottingham, Sheffield.

Pronostica un aguacero dos horas antes de que caigan las primeras gotas de lluvia. Se lo advierte a su escolta a sabiendas de que será inútil, pero ¿por qué privarse? Joan se muestra benevolente con sus captores, y eso la divierte. «¿Por qué guardarles rencor, si solo obedecen órdenes?», se dice. Obedecer una orden malevolente es, desde luego, un delito. También es una estupidez. ¡Pero cuántos hombres y cuántas mujeres perpetran estupideces de esa naturaleza!

—Va a llover, alguacil; cubríos o no os libraréis nunca de ese dichoso catarro.

El exalguacil no responde. Guarda un orgulloso silencio, si bien Joan lo oye sonarse. Sabe que Duns retiene a su caballo para quedarse rezagado. Cuando se cree lo suficientemente lejos, saca su enorme pañuelo, convencido de que su prisionera no tiene el oído lo bastante fino como para oírlo.

Joan sabe que hay dos hombres que echan una mano al alguacil. Y también sabe cómo se llaman: Donan y Kyle. El alguacil Duns no es muy hablador. No desea conversar con Joan, quizá porque no quiere oír sus reproches ni verse obligado a justificar sus actos. Se considera un carcelero ejemplar. Y un buen carcelero no confraterniza con su prisionero.

Sin embargo, Duns es un buen hombre. Así que, cuando Joan deja oír su voz desde el interior de la carreta, él le responde. El alguacil quiere mostrarse cortés —ser cortés, como ser honrado, es un deber.

—Duns, acabamos de pasar Birdwell, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabéis?

—He reconocido el olor de los gallineros. Y el del lavadero. También he notado un aroma a manzanilla silvestre. Es muy raro en esta estación.

—Verdaderamente, sois muy observadora. Habríais sido un buen alguacil.

—No basta con tener buen ojo para ser alguacil. También hay que ser hombre.

—No importa, hombre o mujer, habríais sido un buen alguacil.

—Os creo, ya que no soy una buena monja.

Joan oye a Duns sonarse la nariz. Es su manera de poner fin a una conversación cuando empieza a resultarle embarazosa.

Con regularidad, uno de los escoceses contratados por Duns entreabre la lona para ofrecer agua y comida a su prisionera. Joan renunció enseguida a entablar conversación con esos dos brutos. Varias veces al día, el convoy hace un alto en el camino y Duns acompaña a Joan a un lugar apartado, tras unas retamas.

—No me miréis, alguacil, ¿entendido?

—Os vigilo, pero no os miro.

—Me pregunto cómo os las arregláis para ello.

Luego Duns la acompaña de nuevo a la carreta.

Cuando vuelve a quedar bajo el pesado toldo de lona, Joan recuerda que está irremisiblemente atrapada.

Al atardecer del tercer día, Joan oye una campana a lo lejos: la llamada a la misa de completas.

—Ya casi hemos llegado, ¿verdad? ¿Podéis decirme ahora por qué me lleváis a la fuerza?

—Di mi palabra. No puedo retractarme.

—El apóstol Pedro negó tres veces a Cristo. Eso no le impidió convertirse en obispo de Roma.

—Pero yo no soy un apóstol.

—Tanto mejor, así no sois el siervo de nadie.

—Di mi palabra.

—Retiradla, es vuestra.

Duns engulle a toda prisa su cena. Joan sabe que esa forma de comer es una señal de malestar en el exalguacil, así que añade, con voz serena, como para mostrarse conciliadora:

—¿Os acordáis de la epístola de Pablo a los corintios?

—Mmm, más o menos…

—La epístola dice: «Si cuando fuiste llamado eras esclavo, no te preocupes; aunque, si tienes la oportunidad de liberarte, debes aprovecharla».

Duns traga su último bocado casi ahogándose. Joan lo oye beber un largo trago de agua. Mejor dicho, de cerveza; acaba de percibir el aroma amargo.

—¿San Pablo escribió eso? ¿De verdad?

—Sí, Duns. Pero también escribió: «De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la mujer libre».

Tras un largo silencio, Duns responde:

—Me pregunto qué quiso decir con eso.

Lo ha dicho en voz muy baja, casi inaudible. Joan ha escuchado con suma atención. Ha notado en esa voz un deje de amargura. Pero no ha percibido el menor signo de arrepentimiento. Ahora sabe que el exalguacil Duns cumplirá su misión hasta el final. Incluso a regañadientes.

Joan guarda silencio. Si hablase, Duns notaría la tristeza en su voz. Una profunda tristeza. Pero ni un ápice de resignación.

*

La noche ha caído y, como todas las noches, Duns busca el sueño. Y cuanto más lo busca, más esquivo le es. Quizá su destino sea convertirse en centinela nocturno, o en pregonero del *haro,* clamando para que los campesinos presten auxilio a la justicia y salgan a la caza de un malhechor. Quién sabe… tal vez así conseguiría dormir durante el día.

Para disipar el tedio, se acerca a la carreta. Ha notado que Joan de Leeds, a pesar de su situación, duerme a pierna suelta, como un angelito. «Eso es lo que me falta para dormir», se dice, «el valor». Es la valentía lo que permite a esa joven abandonarse así al sueño. Duns se dice que, si permanece cerca de Joan, podrá aprender de ella el arte de dormir.

Esa noche, sin embargo, Joan no duerme. «Está ocupada, seguramente dedicada a pequeños preparativos», se dice Duns. «La proximidad de la abadía ha podido con su tranquilidad. Mañana por la mañana cruzaremos el portalón y será el final del largo viaje de Joan de Leeds por el mundo exterior».

—¿Va todo bien, Joan?

Ella no responde. Es posible que se haya equivocado; quizá duerma y mueva los dedos en sueños. Tal vez esté desgranando las cuentas de un rosario invisible.

—Joan, ¿me oís? Quiero que sepáis que…

Duns ha empezado la frase sin saber muy bien cómo seguir. Tendrá que llegar hasta el final.

—Quiero que sepáis que os profeso una honda amistad. Y una profunda admiración. Pero di mi palabra… Si Dios, por algún milagro, me permitiera revivir esta vida, es a vos a quien daría mi palabra.

Joan sigue sin responder. «No», se dice Duns, «¡qué lástima!, ya es demasiado tarde. Hemos llegado al final del camino. Misión cumplida».

*

La priora despierta a la abadesa.

—Están aquí, ya llegan.

La abadesa se aferra a su cruz, da gracias al Señor, pero su voz es apenas audible. La priora le pregunta:

—¿Tenéis fuerzas para levantaros?

Para presenciar el regreso de Joan de Leeds a la abadía sabrá reunir sus últimas fuerzas. El Señor la asistirá. Le enviará a sus ángeles, que la levantarán por los tobillos y los hombros para guiarla hasta el portal. Verá entrar a Joan de Leeds, conducida por un

alguacil. Y entonces, por fin, la abadesa obligará a Joan a pronunciar sus votos por segunda vez. Pobreza, obediencia y castidad.

Se oyen cuchicheos. Las monjas ya lo saben. Han visto llegar la carreta; algunas han reconocido al exalguacil. En un momento, los criados de la abadía abrirán el portal.

—No, todavía no. Dad orden de que me esperen. Quiero estar presente.

—Así se hará.

La priora se aleja. Hace una seña a Winifred para que cuide de la abadesa. Harriet, la otra Mary y algunas criadas la ayudan a incorporarse.

Un par de minutos más tarde, los criados proceden a la apertura de las grandes puertas. La carreta avanza, conducida por Donan. Kyle y el exalguacil la escoltan a caballo. La abadesa está allí, sostenida por dos criadas. Cuando el portón se cierra, hace la señal de la cruz.

—Por fin.

Luego se dirige a la priora:

—Id a buscarla, os lo ruego.

Distingo a Rose, a Lavinia, a la segunda Mary. Un poco más lejos, a Millicent y a Eleanor. Rose, que se ha colocado junto a mí, me coge de la mano.

La priora se acerca a la carreta, levanta un costado de la lona.

—Joan, habéis llegado. Podéis bajar.

Pero vuelve a reinar el silencio. Joan no responde. La madre abadesa se impacienta. La priora insiste:

—Joan, bajad ahora mismo. No es momento de dormir.

No puedo evitar una sonrisa. ¿Será la última desobediencia de Joan de Leeds? ¿Dormir como si reposase en su lecho de gran dama de Londres y pidiese a los criados que la dejen en paz?

—¡Ya está bien; buscadla! —exclama la abadesa con voz acerba.

Duns desmonta. Sin duda considera que es a él a quien compete esa tarea.

Ahora somos muchas las que rodeamos la carreta, y cuesta abrirse paso. Kyle y Donan también se ponen nerviosos. Consigo ver cómo el alguacil salta al interior de la carreta. Lo de menos es si

tiene que arrancarla de allí por la fuerza; yo solo deseo que encuentre a Joan con vida.

Todo el mundo guarda silencio, un silencio expectante. Se oye a Duns moverse, pero nadie comprende la naturaleza de sus gestos. El momento se prolonga en el tiempo larga y pesadamente. Por fin, el rostro fatigado de Duns asoma por la abertura del toldo. Hace un ademán a la priora para que se acerque. La priora sube con dificultad.

—Bueno, ¿a qué viene esta mascarada?

La priora reaparece. Su rostro es blanco como un sepulcro de mármol. Poco después, Duns desciende de la carreta. Su actitud ya no es la de un hombre fatigado, sino la de alguien sobrecogido por una profunda consternación. La priora se acerca a la abadesa, con la cabeza gacha. Adopta la perfecta actitud de una benedictina abatida y temerosa.

—¿Qué ocurre? —pregunta la madre abadesa—. ¿Joan está ahí dentro?

—Sí, en cierto modo.

—¿Qué significa eso?

—Están sus despojos.

—¿Está muerta?

—No —responde la priora, con voz temblorosa—. Todavía no.

Incapaz de contener mi impaciencia, suelto la mano de Rose, que aplasto entre mis dedos con nerviosismo. Empujo sin disculparme a una docena de monjas atónitas y alcanzo por fin la parte trasera de la carreta. Abro de par en par la lona que oculta su carga.

Y la reconozco al instante. Es ella, sin duda.

Una figura hecha de mimbre, paja y cuero trenzado, madera y lana cardada, con la máscara de barro tan fielmente modelada, coronada por una peluca hecha de cabellos verdaderos.

*

—¿Ves, Joan? Al final fue buena idea no decirte adiós. La Providencia ha dispuesto nuestro reencuentro. ¿Qué rumbo tomamos esta vez, madamisela?

El hombrecillo sostiene las riendas con una sola mano. Con el mentón señala los cuatro puntos cardinales. Se requiere cierta destreza para ello.

—¿Escocia, por ahí? ¿Las tierras de los galeses, por el otro lado? ¿Sussex o el estuario del Humber?

Y luego añade, apuntando con la nariz:

—¿O prefieres volver a Londres? Allí se come un excelente Stilton. Así evitamos desviarnos hasta Stilton para probar el queso.

Fergus da dos toques con los talones para cambiar el paso de su caballo.

—Agárrate bien a mí, madamisela. Si te caes de espaldas, no cuentes conmigo para volver a buscarte.

El buhonero emite su risita habitual.

—Si prefieres ir más lejos todavía, podemos recorrer parte del camino juntos. Así que, dime, madamisela, ¿adónde quieres ir?

Hay tierras habitadas por hombres sin cabeza, regiones pobladas por criaturas con un solo pie. En otros lugares hay animales que se alimentan de viento. Y en otros se ocultan las amazonas. Hay hombres sin boca, hombres-pájaro y pueblos de inmortales. Existe, en algún rincón del mundo, un reino colmado de riquezas inimaginables, sobre todo para quien recorre al trote los páramos de Yorkshire.

—¿Y por qué no a París? —sugiere Joan.

—¿Con los franceses? ¡Qué ocurrencia!

Fergus trata de imaginar cómo será la ciudad de París. Tras una sesuda reflexión, el hombrecillo concluye:

—Pensándolo bien, ¿por qué no? A lo mejor es allí donde me aguarda mi mujer… El viaje será largo. Cuéntame cómo lograste escapar de aquella carreta.

—¿Sabes lo que dice el diablo en el Libro de Job? «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene lo dará por salvar su vida».

—Cierto, madamisela. Y me imagino que una mujer, tres cuartos de lo mismo.

—Entonces, escucha mi historia, Fergus. Merece la pena.

Título original: *Le livre de Joan*

Edición en formato digital: marzo de 2026

© Paul Thurin, 2025
© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-38-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Segunda parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Tercera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9

10
11

Créditos